nuevo favor de tu amistad cumplida: que de la España actual la puerta me abras, que lleves tú la voz de mis palabras. Mi juicio de poeta y de cristiano de tu amistad al juicio se sujeta; si al hablar del que fué MAXIMILIANO mi frase parecer puede indiscreta, dala tú discreción: mi intento es sano; de la fe del cristiano y del poeta vo la llave te doy: si alguien la tuerce, sé juez entre mi fe y el que la fuerce. embreros profusumente garonendos y la

Tras voluntario y singular destierro, me es nuestra sociedad mal conocida: vuelvo... como después de un largo entierro volvería un cadáver a la vida. Guiame tú: corríjeme si yerro: levántame si dov una caída;

caballos paramentados de morses en a

ato a fast melicanas con sus naguas acces

tú bien, aunque de ha poco me conoces, explica mis ideas y mis voces.

De este drama fatal voy a la escena a hacerte descender: es una historia, no de altos hechos, de amarguras llena, De sus fastos históricos memoria otras plumas harán; tarea ajena de la mía, no aspiro a tanta gloria: del muerto Emperador, si Dios me auxilia, voy a hablar v de México en familia.

botomadoras do plata y oro, sus anchos Fe de mi Religión, tu sentimiento infunde a mi relato: Madre santa del Cristo, Tú que ves mi buen intento de mi fe al par mi inspiración levanta: voz de mi juventud, vuelve tu aliento y vigor juvenil a mi garganta; y útil sea a mi pueblo castellano mi adhesión al que fué Maximiliano.

COMENTARIO DEL LOCO

Mi querido Pedro: los versos que anteceden y los que van a seguir a esta prosa, serán probablemente música celestial para la mayor parte de los lectores de esta sociedad positivista y calculadora, para la cual nos toca escribir. Me dicen que ya los versos no son letras que corren en el mercado de nuestra patria; y así debe de ser, pues los veo impresos como prosa en los periódicos, y me parecen así estudiantes que, escapados de m casa para ir a un baile de máscaras, pasan con miedo por la calle en que viven sus padres, disfrazados ya bajo un dominó negro, y así pasan los versos por entre las columlas del periódico bajo las largas líneas negras que les disfrazan.

Por eso yo, que soy el espíritu loco condenado por Dios a hacer el viaje de esta vida en compañía del autor de estos versos; que he ido con él a México y que he visto como él oque allí pasa, pero de muy diverso modo y a muy diferente luz de como él lo ha vis-^{to}, he resuelto anotar y comentar esta poesía suya con unos parrafitos de prosa mía; est voy, como si dijéramos, a desleir el azúcar rosado de su poesía, en el agua un si ano es amarga de mis notas y comentarios.

El poeta no ha visto en México, a la templada luz de su siempre sereno cielo, más que sus nunca marchitos paisajes, sus nunca turbias lagunas, sus siempre floridas campiñas, sus productivas haciendas tapizadas de dulces cañas, abanicadas por ondulantes platanares, arrulladas por maizales sonoros y rayadas por las losangeadas melgas de los magueyales, como la piel de los tigres y de las cebras.

El poeta ha visto el risueño valle de la mesa central de México, el más elevado del Nuevo Mundo, como un valioso chal de Cachemira, prendido por sus puntas en las crestas volcánicas de la Sierra-Madre y tendido por Dios sobre aquella tierra, bajo el fanal de su atmósfera tibia y perfumada, como una muestra de las obras que salen no más de sus creadoras manos.

El poeta ha visto a los mejicanos, con sus trajes nacionales cargados de alamares y botonaduras de plata y oro, sus anchos sombreros profusamente galoneados y festonados, sus abigarrados zarapes, sus ligeros caballos paramentados de morisca guadamacilería pasamaneada de oro y sedas; ha visto a las mejicanas con sus naguas de cien colores, sus mal encubridores rebozos, sus ceñidores de seda cuyos flecos ondulan en torno de sus cimbradores talles, sus pies enanos calzados de raso blanco, sus grandes ojos de mirar dulce como los de las gacelas, y su andar gallardo como el de los antílopes; y seducido y deslumbrado el pobre poeta por las inflexiones musicales de su cariñoso acento, por las extrañas y entrañables frases de su atractiva conversación y por las pintorescas imágenes con que expresan en ella sus pensamientos, les ha tomado a ellos y a ellas por abejas prolíficas y susurradoras y por esmaltadas mariposas, revoloteando entre las flores de aquel jardín, que plugo a Dios señalarles para su habitación sobre la tierra.

En resumen: el poeta no ha visto de México más que lo que Dios puso en él; esto es la luz, la vida, la hermosura, la fecundidad, la poesía, en fin, de la creación.

Yo, empero, que mientras él se perdía en espíritu por los espacios imaginarios de su poesía, me he paseado prosaicamente a pie por sus mal empedradas ciudades, he vagado por sus mal guardados caminos, me he alojado en sus aisladas haciendas y he tropezado con los mañosos de sus encrucijadas y los pronunciados de todos colores: yo, que he dado la mano, he llamado compadritos y he tenido que hacer lugar en la mesa a los que unos llamaban jefes, porque tenían subalternos, y otros bandidos, porque andaban en bandas, yo, que me he tuteado caminando mano a mano con algunos, que murieron después honradamente colgados de un nopal a la vera del camino, casi en olor de santidad pero, jay!, olvidados ingratamente por cuantos les conocimos, por temor de ser llamados a dar en su canonización testimonio de sus virtudes; yo, en fin, que he vivida allí observando todas las cosas y metiéndome por todas partes, como loco que soy, sin hogar propio, sin oficio ni beneficio, sin opinión política, sin interés mercantil y esperando solo que Dios rompiera la cadena que me impedía volver a Europa, te voy a decir de México, mi querido Pedro, lo que no te dirán los profundos diplomáticos ni los grandes hom-

bres de Estado, que toman los grandes negocios de las naciones desde una olímpica elevación y les tratan desde ella con una entonación homérica; y las naciones, agradecidas, pagan con su sangre y con su dinero sus sabias combinaciones y sus luminosos discursos.

Yo no pico tan alto, Pedro amigo. Yo voy a darte solamente detalles caseros sobre negocios domésticos; voy tan sólo a hablarte de hechos pequeños, de rumores vulgares desdeñados casi siempre por los hombres de Estado y los diplomáticos y casi nunca bien apreciados por los grandes historiadores; voy a decirte algo no más de México y sus cosas, haciéndote sobre ellas observaciones locas y deduciendo de éstas extravagantes consequencias, cuya misma excentricidad te podrá acaso servir para dar con las causas mímias de graves acontecimientos, que buscarán los grandes políticos en más elevadas regiones.

Tal vez estás pensando al leer éste, que mis comentarios van a estar escritos en un tono informal, ajeno de la formalidad de mi asunto; pero te responderé a esta justa observación tuya, con una confidencia mía, la cual, siendo una de las cosas extravagantes que te decía que habría en este libro, no será seguramente creída por Thiers, Fabre, Forey y demás hombres graves que se han ocupado y se ocuparán de esta cuestión, y es que México es un país de broma, a pesar de todas las atrocidades que allí pasan y que no pasan de bromas pesadas.

Yo te probaré esto en este librejo, mi buen Pedro; y te diré cómo el noble Maximiliano, que tomó lealmente por lo serio a México, que es un país de broma como te digo, llegó primero llamado, buscado, deslumbrado y adulado; después engañado, calumniado, estafado, menospreciado, y, por fin, vendido, al sitio de Querétaro, en donde fué fusilado, en medio de la broma con la cual hicieron probablemente los juaristas de su muerte innecesaria una parodia del acto último de Lucrecia Borja.

Y llamo innecesaria a la muerte del Emperador, porque realmente era inútil; no habiendo sido el imperio más que un cadáver galvanizado, cuya existencia ficticia fué solamente sostenida por la caballerosidad de Maximiliano; incapaz de transigir con nada que creyera que empañaba su honor de caballero, ni de cejar un paso en el cumplimiento de lo que él creyó su deber de soberano.

Por lo demás, Maximiliano debió morir en México; y murió en su lugar.

Desde el momento en que se quedó allí, después de la retirada de los franceses, fué Emperador por su propia cuenta; y arrostrando las consecuencias de su heroica resolución, probó su lealtad y su buena fe, y nadie puede hoy ya tomarle por un aventurero ambicioso del oro y de la vanidad que trae consigo una corona, puesto que no se dejó quitar la suya sino con la cabeza, sobre la cual otros, y no él, se la habían colocado. También te probaré esto más adelante.

El libro que vamos a enviarte detrás de esta introducción, no tiene, mi querido Pedro, pretensiones políticas, sociales ni literarias de ninguna especie; y he aquí las razones por las cuales le escribimos, le vamos a dar a la prensa y te le vamos a dedicar.

El poeta autor de sus versos, habiendo residido once años en México, por causas que a nadie importan, se cree en la obligación y con el derecho de decir algo sobre aquel país en las circunstancias actuales.

Habiendo sido tratado allí por Maximiliano con una deferencia y una cordialidad que sobrepujaron en mucho al escaso valor de su representación personal, tanto en el mundo social como en el literario, el poeta cree deber de su reconocimiento consagrar a la memoria del príncipe, que le honró en tierra extranjera, unas cuantas páginas dictadas por su corazón y escritas con sus lágrimas.

Habiendo sido recibido en España a su vuelta con flores, versos y aplausos, debe de manifestar su gratitud a su patria y explicar al público en general y a los poetas que le saludaron a su llegada, la razón del silencio casi descortés y del aislamiento al parecer esquivo en que ha permanecido hasta hoy: lo cual espera hacer rápidamente en este escrito.

El poeta y yo, que voy a comentar sus versos para decirte en prosa lo que la poesía no debe descender a decir, te la dedicamos a ti, nuestro buen Pedro, porque habiendo sido tú el primero que nos dió la bienvenida, esperamos de tu amistad que te resignes a ser intérprete de nuestra gratitud a la patria en que nacimos y a sombra de cuyo pabellón hemos tenido a orgullo vivir en las naciones que nuestra inconstancia o nuestros pesares nos han hecho visitar.

No te enviaremos, sin embargo, este libro inmediatamente, sino en el transcurso del presente mes de agosto, porque necesitamos este tiempo para saber a qué atenernos sobre algunos hechos de la última catástrofe de México, los cuales, teniendo que pasar por Nueva York, gran fábrica de mentiras y gran desfiguradora de verdades, necesitan confirmación.

Las condiciones de la suscripción a nuestra obrilla, las hallarás en la cubierta de esta introducción y te las enviaremos por los periódicos, por si conoces algunos amigos que se interesen en adquirirla; y deseamos que no sea de tu desagrado, puesto que te la dedicamos como prueba sincera de la estima en que nuestra amistad te tiene.—Vale.

PRIMERA PARTE 63

INTRODUCCIÓN

y a digerir los avarientes boaquires o

Era en aquella edad de fe y de gloria en que, puesta la cruz sobre Granada, jué, cuento de gigantes, nuestra historia página de oro y luz jamás borrada del tiempo posterior en la memoria: y en que Europa creyente y exaltada, juzgó a su aliento con orgullo loco corta la tierra y el espacio poco.

ni hombre errante Hr su inculto mela

Acosaba voraz a Europa entera una hidrópica sed de gloria y oro; una tras otra nave aventurera paso buscaba por el mar del moro a un escondido edén, do una quimera brindaba al más audaz con un tesoro: y atizaban cien tomos de patrañas tal vértigo febril de oro y hazañas.

ENTERS V. DODREDVOIII faistoles act

Universal y extraña calentura que de una gran verdad incubadora, produjo, al fin, la homérica aventura del sueño universal realizadora. Germen al par de gloria y desventura, edén hallado ayer, perdido ahora, un genovés tenaz de fe sencilla nueva mitad del mundo dió a Castilla.

vegetación ni lexide/aron raios,

Era verdad: allá, bajo otro cielo, al del móvil mar tras el cerúleo muro, al del aire azul tras el flotante velo, límite doble a su horizonte oscuro, tuvo Dios la mitad del térreo suelo virgen, oculto, incógnito y seguro de las miradas, la ambición y el ruido, de nuestro medio mundo conocido,

nutren selvas de viy enes frutales,

Y allí había otras razas y otras gentes: y la tierra en su faz y en sus entrañas criaba, de los nuestros diferentes, aves, reptiles, plantas y alimañas; allí entre cataratas y torrentes, y lagos y volcánicas montañas, cerrado a Europa por el juicio eterno estaba aquel edén, que es hoy infierno.

paraiso foras preindo de oro: v envuelto en el materio más profundo

Aquellas cordilleras gigantescas alfombradas de cedros colosales, aquellas grutas cóncavas y frescas entoldadas de líquen y nopales, aquellas soledades pintorescas nido de colibrís y cardenales, aquellos silenciosos precipicios de la labor del hombre sin indicios:

al lago, per el hoss IIV ann no enturbiado.

aquellos cerros de peladas crestas rajados por las lluvias torrentales, aquellos llanos de combadas cuestas cuajados de espinosos magueyales, aquellas rampas ásperas y enhiestas festonadas de estériles juncales, aquellos extensísimos desiertos al sol no más y al huracán abiertos;

The property of the property of the control of the

las playas de aquel mar do a nuestras

asaltan a traición fiebres mortales, aquellas tierras bajas que, calientes, nutren selvas de vírgenes frutales, aquellos golfos sin cesar rugientes que ondulan sobre bosques de corales, encerraban el oro codiciado por la Europa famélica soñado.

all once entared XI berrentes

Y era verdad: había un nuevo mundo tras de distinto mar que el mar del moro; un nuevo mundo real, virgen, fecundo, paraíso feraz preñado de oro: y envuelto en el misterio más profundo guardado había Dios aquel tesoro, con que Europa soñó calenturienta de oro y hazañas pródiga y sedienta.

X

Por vagabundas tribus mal poblado, existía aquel mundo: verdad era. Dormía allí la corza sin cuidado de la desierta loma en la ladera; al lago, por el hombre aun no enturbiado, bajaba sus cachorros la pantera; y el cóndor, aún por él no perseguido, hacía entre los árboles el nido.

cualados de espinIX. magneyales,

De aquellos lagos límpidos a orillas iban entre esos juncos tan preciados, (símbolos de la ley en los golillas, lujo de nuestros viejos magistrados), ágiles a trepar grises ardillas, y a sestear los bisontes fatigados, y a digerir los avarientos boas, y a esconder los salvajes sus canoas,

on the process in cruz solite for the growin

Y eligiendo allí en paz sitios propicios de su industrial familia a las labores, labraban sus curiosos artificios hábiles arquitectos, los castores; tal vez de los primeros edificios labrados en la tierra constructores, al hombre errante por su inculto suelo de la primer ciudad dieron modelo.

XIII

Allí a la margen de insondables ríos que hierven al calor de los volcanes, cuyas riberas y álveo bravíos sacuden terremotos y huracanes, pelícanos volaban y tildíos, garzas y papagayos y faisanes; y se iban a esponjar en sus remansos ánsares roncos y silvestres gansos.

del succión universiVIX livadores

Allí en llanuras que jamás la cava desenyerbó, y en bosques cuyos palos sierra ni hacha privaron de su brava vegetación ni les dejaron ralos, crecía la aromática guayaba, la xagua de buen ver y frutos malos, la piña, el chirimoyo y los mameyes, manjar del vulgo allá y aquí de reyes.

v de volverlaede meVXI la stopara electronical

Y allí otra raza de hombres diferente, de distintas costumbres y lenguaje, tal vez mejor, tal vez más inocente que las de Europa, pero más salvaje, por aquel ignorado continente de la vida mortal hacía el viaje: sin conocer la religión ni el nombre del uno y trino redentor del hombre.

how con Is pala de IVI be also at mos you

¿Quiénes eran? ¿De dónde habían ve-

¿Pordónde habíansaltado a aquella tierra, que un mar inmenso por bajel no hendido en un abismo circular encierra?
Prole de Adán, si de él habían nacido ¿qué cataclismo incógnito, qué guerra de elementos el globo desquiciando les aisló entre los mares? ¿Desde cuándo?

XVII

Del primitivo origen de su raza conservaron recuerdo tan exiguo, que aún hoy buscamos la perdida traza que une su raza a la del mundo antiguo: vivían de la pesca y de la caza algunas de sus tribus, en ambiguo estado y condición semisalvaje, tan pobres de razón como de traje.

norsendo mundos IIIVX o nebo imparios so

Otros, empero, con mejor instinto social, con más saber y aspiraciones, poblaron de ciudades el recinto que les cupo en tan fértiles regiones; diversa ilustración, genio distinto a sus originales poblaciones dieron otro carácter y otro sello, mezcla de lo monstruoso y de lo bello.

que no vean el-matxix sugre minutos an en-que nhoga de Amérim la guerra

Ni Egipto, do entre nieblas y misterio su faz Adán tras Moisés asoma, ni el ojo avaro del celeste imperio que origen cuenta que en los astros toma, alcanzaron a ver este hemisferio que ni Grecia soñó, ni invadió Roma: la fe de España con la luz de Cristo abrió al mundo aquel mundo nunca visto

som formering and observe learn outsition out. T

Colón abrió a la fe el teatro inmenso de la América idólatra; la España consagró a Dios su territorio extenso: fe y valor se pusieron en campaña; húmedo en sangre se quemó el incienso; y en aquella región nueva y extraña, último paladín de la Edad Media, abrió Cortés su heroica tragedia.

navor sette tamen XXI normal atte ma vont

¡Dios, que al viejo Colón diste la llave para abrir a tu luz la tierra entera; que en el mostrastes el poder que cabe en un alma tenaz que cree y espera; que echar la vistes en su frágil nave la fe y las joyas de Isabel primera, y el globo eslabonar de zona a zona con el anillo de su real corona.

que les cupe en ballXX iles recropes:

De Isabel y Colón bajo tu manto las nobles almas en tu gloria encierra: que nunca vuelvan desde el cielo santo su mirada inmortal a aquella tierra: que no vean el mar de sangre y llanto en que ahoga de América la guerra la fe, el honor, la ley, las tradiciones, que la llevó la cruz de sus pendones.

que crircu menta un con los astros tema.

alcanzaron a ver este hemisterio :Dios por quien vivo y cuya sombra

Clemente Dios, cuya paterna mano mi fe sostuvo sobre el mar sonoro, v me amparó en el mundo americano: vo que a aquel litoral no fuí por oro, que amé allí al infeliz Maximiliano, voy a enviar a su féretro sangriento el último suspiro de mi aliento. consugro a 1103 su territorio extenso:

te y valor se pusivixx n campaña;

Dios, luz de la cristiana poesía, que me has visto exhalar en tus altares todo el aliento de la vida mía, v toda la honda fe de mis cantares, hoy en este lamento de agonía es cuando necesito que me ampares! Haz que sea en América mi acento rugido de león calenturiento, a rinda anad

en un altan tenaz VXX ree v esperar

Pero antes de exhalarle audaz, salvaje, como le arranca al corazón de Europa de la feroz América el ultraje, lina la nos

y de volverla de su hiel la copa... joh excelsa poesía!, tu lenguaje celestial y tu noble y áurea ropa que envilezca perdóname y que arraster de tal pueblo al hablar y tal desastre. que las de Europa VXX más salvaje, par aquel ignorady estituente

Para hacerme entender dar de su his. ardmon le la nellgión al nombra

prosaicos detalles necesito: mas cuando de ella la mohosa escoria hoy con la pala del recuerdo agito. tu poética faz, tu luz de gloria jay de míl, sé que anublo y que marchito: y parte tal de la leyenda mía, es narración vulgar, no poesía.

LIBRO PRIMERO

MÉJICO MEJICO

NARRACIÓN

(1551)

Del primitivo origen de se raza

Era en el siglo aquel de las hazañas, en que hidalgos de rústicos solares abrían a la fe nuevas Españas, después que el buen Colón la abrió los corgidata no sindiri ana oh [mares:

y poniendo de madre con entrañas en su pendón la cruz de sus altares, iba España por ambos hemisferios abriendo mundos y borrando imperios.

b otnišani objem neo veznine sekto Pisa Cortés la playa mejicana, y abarcando su espléndido horizonte

se tiende su mirada soberana le paglo rog de volcán en volcán, de monte en monte. De ellos detrás, de multitud lejana que airada espera que contra él se apronte sen amenazador le trae el viento... y audaz le aspira con placer su aliento. En vano el capitan noble y valiente

envishe, deader MejidIL Chatillan en

Tras aquellas ciclópeas montañas v agrestes precipicios solitarios, a donde huyen ante él de sus cabañas míseras los medrosos propietarios, siente alzarse contra él huestes extrañas al rumor de sus pasos temerarios: vendrá acaso sobre él la tierra entera, v él la siente venir y audaz la espera.

sold, lineops no mis one cherra your creys que habia, dorneda en un manue Su ojo de halcón percibe entre la bruma por entre aquellos riscos y barrancos, que fía en Dios y en su constancia suma para poner ante su espada francos, empenachados de pintada pluma móviles grupos v estandartes blancos; un pueblo, en fin, que en presentarse taraliprod al maoly a la remit odofda,

y que a ver antes de atacar aguarda. en favor de la fe y ly monarquiagne al

Francia arriosgo tenaz, do celos flens.

De esos montes detrás hay un imperio: al fin con su señor cruza mensajes; de uno a otro palabras de misterio la la la traen y llevan extraños personajes. A su amago ceder es vituperio, y demencia exigir sus homenajes: mas el misterio penetrar que encierra s fuerza, aunque haya que forzar la a tibitadense on omno la Lairo oftierra.

admiran a lo lumale IVosta-ribrias and in

Cortés cree que cejar deshonra a Es-- .normiq.im.saladson.in.alla.sadofpaña: su fe, acicate de su honor, le incita a acometer la temeraria hazaña de avanzar sobre un pueblo, a quien firrita. y asombra al par su pretensión extraña: su audacia más la oposición excita. y cuanto más glorioso le parece

VII

más en intento tal se fortalece.

De héroes un puñado le acompaña para dar cima a tan hercúleo antojo; asombrada su hueste grita: «¡a España!» Cortés sus naves sin temor ni enoio quema, y abre su homérica campaña. Diciendo a su legión con noble arrojo: «Para volver del mar a la otra orilla ésta hay que conquistar. ¡Dios por Caselilial of Rev. Carles primered

solio en al vincular illivacolarquia universiti, ser rev del mundo entero. Fe, fortuna, valor, estratagemas, tenacidad, homéricas hazañas, desventuras sin par, cuitas extremas, inconcebibles, épicas hazañas (sic), que no caben en libros ni en poemas, marcaron en los mapas dos Españas; fué española del mar la doble orilla. ¡Méjico por Cortés! ¡Dios por Castilla!

e allo por olt av leva XI Intero celle u

Asombro de ambos mundos su victoria, a Cortés del pasado entre la bruma admiran a la luz de tanta gloria los que no envidian su victoria suma. ¿Cuál es después de Méjico la historia? Veloz sobre ella al resbalar mi pluma, tal vez a ser mi cántico descienda frío resumen de vulgar leyenda.

animil allows he was X

«Por España y por Dios», con fe y sin serving of understy alm o miedo

dijo Cortés entrando los lugares: «¡Por Dios y por Españal», el Padre Olmedo

decía detrás de él alzando altares. La furia del soldado templó ledo de Cristo el sacerdote: y ambos pares en la fe, y en valor nadie el segundo, dieron a Carlos Quinto un nuevo mundo.

Diciondo a gu legis IX on noble arreje: ""

El primero de austríaca dinastía, Emperador y Rey, Carlos primero soñó en sí vincular la monarquía universal, ser rey del mundo entero. Dios casi se la dió, cual ser podía en siglo tal, fanático y guerrero: Alumbrando discordias y exterminios, no se ponía el sol en sus dominios.

marcaron on los aIIX dos Espander

Carlos, rey en sus reinos extranjero, imperó en el desorden provocado sólo por él: se levantó Lutero contra Roma: harto de ella y ultrajado se alzó contra su corte el comunero: el viejo mundo, en guerras empeñado

por él, se hundió en desorden tan proo a mount no nomont, oh, historajna n [fundo, que infiltró el germen de él al nuevo .obnum] espera que contra di se sprente Model of Mix lendon

En vano el capitán noble y valiente enviaba desde Méjico a Castilla de aquel nuevo país y nueva gente crónica ingenua en narración sencilla: en vano el sacerdote inteligente de la fe derramando la semilla, pedía para el indio mejicano a la Iglesia favor y al Soberano.

XIV

Era un siglo de gloria y entusiasmo: soñó Europa no más que guerra y oro; crevó que había dormido en un marasmo de indigencia a la boca de un tesoro, cuando a la pobre España vió con pasmo avasallar el mar, rendir al moro: y rey de medio mundo el rey de España, contra la otra mitad salió a campaña.

midles grupos y vyznydartes blancos;

us pueblo, en fin, que en presentarse (ar-Robó tierra a la Iglesia la herejía, la ardiente Inquisición saltó a la arena en favor de la fe y la monarquía; Francia arriesgó tenaz, de celos llena contra el Emperador, cuanto tenía: y él, para batallar en tierra ajena, viendo no más en Méjico un tesoro, le decía no más: «mándame oro».

amgunedur IVX ltuperio, in nearla exigir sus homenajes: El Rey al labrador para soldado sacaba sin piedad de sus hogares, dejando erial el campo no sembrado:

la Inquisición en pro de los altares arrancaba al judío del mercado y al morisco industrial de sus telares: queriendo, con un celo temerario, dar cristianos a Dios y oro al erario.

XVII

Y en pos de libertad o de riqueza, cuantos la Inquisición o la justicia o la guerra dejaban en pobreza, aprovecharon la ocasión propicia de salvar su caudal y su cabeza de la fe armada y de la real codicia; y del juicio y la leva los azares esquivando, lanzáronse a los mares.

XVIII

Por más que los leales y los buenos, que se le habían ganado al Soberano, le pedían, de juicio y razón llenos, que enviara sólo al suelo mejicano jueces de envidia y ambición ajenos y sacerdotes de valor cristiano, el enviaba no más a quien más oro mandara desde Méjico al tesoro.

XIX

Y el ladrón y el apóstata que huían de tribunal civil o religioso, las polillas sociales que nacían del polvo de aquel tiempo borrascoso, langostas de la América, caían sobre su campo virgen y abundoso; y, lejos de la ley, iban sin freno de gérmenes de mal a henchir su seno.

XX

Y el soldado rapaz, el fraile ignaro, el tornadizo de judío y moro,

el juez venal, el mercader avaro, echando al mar vergüenza, fe y decoro, fueron a aquella tierra a vender caro fe, justicia, hasta su alma a cambio de fore:

y de mal estos gérmenes distintos dieron entre los *indios* y los *pintos*.

Last continued on XXI determination in

El indio es haragán, supersticioso, de limitado y torpe entendimiento; como desnudo, impúdico; vicioso como nutrido mal de acre alimento. El pinto, que es de Méjico el leproso, nace manchado el cuerpo macilento de herpéticos lunares movedizos, exudación de virus pegadizos.

XXII

Dios no nos dió en la tierra madre mala; pero aquí como allá la madre tierra al haragán y al vago no regala el pan ni el oro que en su seno encierra: fecúndanla azadón, arado y pala, no sangre derramada en larga guerra: así fué que los vagos que allá fueron, pobres aquí y en Méjico se vieron.

XXIII

Y el estómago de hambre y las entrañas de odio y pesar roídos, acordaron utilizar allí sus viejas mañas; las indias y las pintas no tardaron con ellos en unirse, y sus cabañas otra progenie pésima albergaron: hijos de aquellos padres tornadizos hoy los léperos son y los mestizos.

el juez ventil of VIXX tor hear, or dinbr

Mala sangre española y mala indiana, ni indios en realidad ni castellanos, brotó esta innoble raza americana, del continente occidental gitanos. Y renegados de su raza hispana, y repugnando confesarse indianos, ni cristianos ni idólatras, lo mismo deshonran la india fe que el cristianismo.

XXV

Vale en España más honra que oro: reyes también de América sus reyes, dieron, al fin, a Méjico decoro y alto valor social con sabias leyes: dieron, sin menoscabo del tesoro, pan y justicia al pueblo sus virreyes; y la Iglesia Católica en sus templos les dió instrucción y de virtud ejemplos.

XXVI

Íntegros jueces, nobles caballeros, comerciantes exentos de avaricia y monjes evangélicos y austeros, en pro de la moral y la justicia esgrimieron al par leyes y aceros contra la iniquidad y la codicia: la razón alumbrando y las conciencias su virtud, su palabra y sus sentencias.

XXVII maddle adding

Sabios de toga y nobles de golilla fueron con nobles de solar y espada a echar bajo los fueros de Castilla de otra raza leal, noble y honrada, en aquellas regiones la semilla; solariega nobleza allí creada sembró allí el germen del honor cristiano, prez del blasón del pueblo castellano.

XXVIII

El comercio, la paz, la fe y las leyes a Méjico atrajeron la bonanza de la gloriosa edad de los virreyes; al camino sacó con confianza el rey su oro, el labrador sus bueyes: la nobleza, el comercio, la labranza y el claro se fiaron grandes sumas, sin haber menester prendas ni plumas,

XXIX

No le ocurrió jamás a un castellano súbdito del buen rey Carlos tercero, la palabra poner de un mejicano peor que la de un noble caballero; giraba allá el comercio gaditano oro con que comprar un mundo entero; e indiano que de Méjico venía, hasta el tesoro real franco tenía.

XXX

Y era Méjico un pueblo hospitalario, rumboso, alegre, decidor, sincero; como hijo de andaluz un poco vario, mezcla de comerciante y caballero: y enviaba sus millones al erario queriendo en la metrópoli primero ser hidalgo español que no escatima, que mercader a quien el dar lastima.

IXXXI

Como hijo de la alegre Andalucía, pródigo de convites y de fiestas, aniversario de algo cada día, ferias tenía sin cesar dispuestas:
y en medio de ruidosa cohetería, las campanas a vuelo siempre puestas, en jamaicas pasaba y coleaderos bajo un cielo sin par meses enteros.

por limites w eq. HXXX incitants

El indio humilde, el lépero ladino ya a respetar el fuero acostumbrado, siempre sagaz, pero jamás dañino, del español y el rico apadrinado, en la calle, el paseo y el camino al español y al rico hacía lado: viendo todos sin odio o pesadumbre tal superioridad como costumbre.

de su sigle una HIXXX (umba;

Hombreaba hidalgo el español: el rico al lépero y al indio mantenía; mantenido y en paz, cerraba el pico el pueblo a quien tal yugo no oprimía; el ceño se fruncían un tantico, mas podían llamarse cada día sin ponerse uno a otro en ningún potro, lépero el uno, y gachupín el otro.

hasta allf de leVIXXX estellanes

Aceptando ambos pueblos los deberes de aquella sociedad indocristiana, y de siervo y señor los caracteres (española honradez y astucia indiana), a fundir ayudando las mujeres lazo común de la flaqueza humana, del indio astuto y del audaz hispano se produjo el carácter mejicano.

well breaks delica XXXV at lets examinando.

Áspero el español en su ardimiento de vencedor con humos todavía, manor sagaz en su preciso rendimiento el natural que a su merced vivía, aquel antes hostil doble elemento confundiéndose más fué cada día; hasta que, ni español ni americano, dió de sí un nuevo pueblo: el mejicano.

viejna de EuropIVXXX oleó el cimiento

Pueblo medio oriental, medio europeo, tan descuidado cual de ingenio agudo, gracioso y perspicaz como algo feo, como al trópico cerca, algo desnudo, bailó, cantó y dió gusto a su deseo y a un buen virrey, que se fingió ceñudo por no arriesgar su autoridad, basada en aquella opresión tal vez amada.

alarmedo el pdIVXXX os virreves:

Con un puñado de soldados viejos y unas cuantas parejas de corchetes, and ayudando los rústicos concejos, la coral se regía aquel pueblo: que entre cohetes y repiques, vaciaba los pellejos de pulque, haciendo trovos y motetes lo mismo al noble santo de la fiesta, que a la moza más guapa o mejor puesta.

nunque del genHIVXXX in las alas,

Alguno que otro día por un bando que había un Rey de España se sabía que se llamaba Carlos o Fernando; y por el funeral que se le hacía y el busto del troquel que iba cambiando, que cambiaba de rey se apercibía; y así sufría el pueblo mejicano lo que llamaba el yugo castellano.

SIGLO XIX

confundiendose min fra cada diazes s XIXXX Insta. que, ni espenia in americano, m

Llegó, al fin, nuestro siglo turbulento: sacudió la tormenta las naciones viejas de Europa: bamboleó el cimiento del trono en que dormían los Borbones: el sol de la república sangriento engendró a Napoleón con sus legiones: y en el son de un cantar republicano cruzó la libertad el oceano.

v a un lenen vieredXue se filerio cenulo

Acordonó con tropas y con leyes las aduanas y puertos mejicanos alarmado el poder de los virreyes; los diarios quemó republicanos y ocultó el cautiverio de sus reyes; mas todos sus esfuerzos fueron vanos: la voz de la república francesa envió a través del mar la Marsellesa.

de valque, lucien LIX ayas v andrete-

Las canciones políticas son malas todas sin excepción: pero ninguna aunque del genio y arte sin las alas, deja de hacer prontísima fortuna. Hechas entre clarines, sangre y balas en la hora precisa y oportuna, dan al arte, es verdad, gloria bien poca, mas son un huracán del pueblo en boca.

on a report a calle in XLIII be of the interesting

A falta de noticias y de pruchas, el viento liberal era bastante del apuro español para dar nuevas: supo Méjico, al fin, que delirante abandonaba España hoces y estevas por fusiles y espadas... e incitante a lid, agitador, calenturiento, germen de insurrección bebió en el viento.

demperatore pilitamia definado a la descripción de descripción de rico apadeinado, biam a

Era el viento del siglo: soplo escaso, leve, fugaz, que ni se ve ni zumba como el aire sutil que hiende un vaso al principio, y que al fin moles derrumba: al que se opone de su siglo al paso de su siglo una ráfaga le tumba; y aquélla concitaba subversiva a echar abajo lo que estaba arriba.

madeallo, wen aVLIX realized at a

Francia, realista aún, la independencia apoyó de los norteamericanos por odio de Albión; tal imprudencia los gérmenes caldeó republicanos en los pueblos conquista y dependencia hasta allí de los reyes castellanos: y el viento de la América del Norte nos envió la tormenta a nuestra corte.

eer filmigeard parts XLV ones was rish ob T

¿Era el soplo del siglo? Es cuestión [grave. Que fué el soplo de Dios hay en el día quien opina tal vez; mas Dios lo sabe. Lo que el manto rasgó a la monarquía, arcano es del que Dies tiene la llave: pero mientras España defendía su libertad, sus indias posesiones hacía allá la libertad jirones.

Tree palabras que IVIX ran grandes me

¿De quién la culpa?; lo dirá la historia. Para sondar tan nebuloso arcano, fresca aún de los hechos la memoria, no hay todavía luz: aún es temprano: y ni es para el poeta tal victoria, ni hay tal poder en nuestra débil mano. ¿Quién rebeló la América española?

XLVII

Nuestro siglo es rebelde: no hubo modo de resistir al siglo. Comenzóse a recordar y a comentarlo todo: se evocó lo pasado: apostrofóse al castellano gachupín y godo. Que era invasor tirano declaróse, y empezó en uno y otro conciliábulo la insurrección caliente a tomar pábulo.

Maria quederia XLVIII

Nadie dió una razón muy valedera para tal rebelión: nadie en tal hora de nadie esclavo ni oprimido era, ni era la autoridad más opresora: mas era el genio indócil de la era: había una carcoma roedora la tradición monárquica minado, y aspiró a gobernar lo gobernado.

have Dies amparaXIIX en insticis.

Lejos allá del trono la justicia, lejos el clero de la luz de Roma, lata la disciplina en la milicia, de aquella sociedad eran carcoma superstición, abuso, odio y codicia; como en todo país que creces toma lejos de la metrópoli, impotente contra el volcán que brota de repente.

semplezan hov por all los meilannosts.

Y joh mengua de la América españolal jOh error de la rebelde raza humana que echa sus males sobre sí ella sola! Los que amparaba más la castellana dominación, y a quienes más desola el odio a España y a la fe cristiana del sangriento rencor republicano, dieron a la república la mano.

LI

Un clérigo con otros el primero el estandarte del motín levanta; deja el altar y cíñese el acero a tal insurrección llamando santa.

Recurso musulmán del que heredero es nuestro pueblo aún (y que ni espanta ni engaña a nadie ya): cuando interesa, llamamos santa a la peor empresa.

tal vez que el caralldalgo saco a plaza

o'Mas ni una hay que haya puesto por

o por pretexto a Dios de su malicia que haya salido bien, o a quien amigo haya Dios amparado en su justicia.

Las razas olvidó de que era abrigo
Méjico, en su política impericia, a la la color el cura de Dolores: y a su grito, la la color se alzó otro pueblo que el por él bendito.

apperatición, abuso HIL y continua

«¡Libertad, igualdad, independencial »¡Mueran los españoles, los tiranos! »¡Todos desde hoy iguales, su existencia »empiezan hoy por mí los mejicanos!», dijo el cura; y su ley fué su sentencia: todos libres por él y ciudadanos hechos, a su pendón allegadizos acudieron mulatos y mestizos.

dominación, y a quienes más desola el odio a España y VIII le cristiana

Ley que al necio no más coge de susto es que quien mata a hierro a hierro muefre.

de árbol letal quien le cultiva arbusto, de áspid quien junto así guardarle quiere. Es la ley del Talión. Dios siempre es justo: quien elementos pútridos ingiere en cuerpo sano y opio en planta buena, cuerpo y planta marchita y envenena.

ni engaña a malie VI: cuando interesa,

Libertad e igualdad: principio santo tal vez que el cura Hidalgo sacó a plaza contra el pueblo español: mas que entre-

que él le aplicaba al suyo, cada raza se le aplicaba a sí, bajo su manto dándose de acogerse prisa y traza; y levantó las dos que con las leyes niveladas tenían los virreyes.

an libertad, son lie IVA phresholder and be left at the libertad of bothes a contract of the libertad of bothes a contract of the libertad of

«LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. Tres palabras que encierran grandes mi-

para el bien de la humana sociedad, y que han sido hasta ahora tres mentiras; pues tan sólo la han dado, en realidad, opresión, desnivel, discordia e iras; mas tres palabras son que, una vez suel-

han de hacer dar al mundo muchas vuel-

LVII

La de Méjico fué vuelta completa; se hizo libre: salió de tutoría.
Yo no sé si fué vuelta o voltereta en república dar de monarquía: pero ésta no es cuestión para el poeta. ¿Por qué está desde entonces la anarquía entronizada en Méjico? Es un punto para el historiador; no es nuestro asunto.

Here and the partial constallange

El mulato, el mestizo, el pinto feo eran hombres, sin duda, como todos: mas, en vil sociedad e innoble empleo, de mal instinto y de peores modos; eran, si va a decirlo sin rodeo, los polvos de que vienen estos lodos; eran lodo social; fermentaciones del limo vil de Adán en las naciones.

person en dende a LIX con los volcanes

Republicano ya e independiente. tuvo en su sociedad que dar cabida Méjico liberal a aquella gente: vella, astuta y sagaz, bien advertida ingiriéndose en ella mansamente. inoculó en la savia de su vida mana da T republicana, gérmenes perversos y de su esencia natural diversos. una suave, y perenne primeyeran ... v

berta promotida em LX

Aquellos a mandar por tantos años y en el hogar del blanco no admitidos. asaltaron con cábalas y engaños el hogar y el gobierno prohibidos; mas llevando consigo sus amaños v vicios en la crápula adquiridos, infiltraron su hez negra v villana soldid en lo azul de la sangre mejicana.

mento rico de la LXI

Porque el mestizo, el pinto y el mulato, extremados en su odio al europeo. este odio la infiltraron en su trato con la raza española: su deseo fué, con fe desleal e instinto ingrato. emplear desde la estafa hasta el saqueo, hasta quedarse del país señores la ordina únicos en los tiempos posteriores.

youre sombra v dixion a sus constant

luchas do mi politica o los giros. Por eso se afanaron cada día la influencia en roer de la fe hispana falseando sus recuerdos: todo había sido opresión sultánica y tirana. Pero, zv la religión?, zv la hidalguía? zy el comercio?, zy la lengua castellana? Superstición, orgullo y latrocinio: digno todo de escarnio y de exterminio.

escriben Diones HHXA non lemans and

Los hijos de los nobles castellanos. vistos ya como indianos por las leves, eran los verdaderos mejicanos al negar obediencia a nuestros reves: dueños de haciendas mil, ricas en granos, en chilares, en cañas y magueves, que de sustentaban al pueblo y al erario con su alto lujo y su comercio vario,

hoy en Mileo averige las pasiones la le vila libertad sulte cañones, seu sell Mas vieron éstos con mortal disgusto a altos puestos optar antojadizos, y ponerles, tal vez, el ceño adusto, a los que con desdén de advenidizos trataron: mas fué tarde y no era justo: los pintos, los mulatos, los mestizos, va con ellos al par republicanos, ab our eran libres también v ciudadanos.

Dies y la libertad VXII van cuentas;

max por no analigames en vel suelo-Entonces unos con pesar los ojos pusieron en Europa y la esperanza: otros, vueltos al Norte, hasta despojos le ofrecieron por vientos de mudanza: se llamaron, al fin, mochos y rojos y entraron en lid de odio y de venganza, alzando dos banderas nacionales reaccionarios hoy y liberales.

Tal of foce del fury del inflerno

que da alimento a su salvaje guerra; Desde entonces, queriendo con el velo santo de religión y de civismo

cubrir su afán de poseer el suelo, su igual intolerancia y egoísmo, unos han invocado al Dios del cielo y otros la libertad y el patriotismo; y ambos bandos, sin fe y con ira extrema, escriben *Dios y libertad* por lema.

Los hijos de le IVXLIos custellarios.

Mas es afán sacrílego y artero; pues no hay ya cosa allí que no se llame por su nombre genuino y verdadero: hoy, por más que el político declame, detrás de la opinión se ve el dinero, tras las proclamas, la ambición infame: hoy en Méjico arrastran las pasiones la fe y la libertad entre cañones.

a altos emestes HIVX Intojudixos,

¡Oh fe sin Dios! ¡Oh libertad esclava, que vaso hacéis en que beber sedientas del corazón en que el puñal se clava: que dais a vuestro Dios aras sangrientas y a vuestra libertad mordaza y traba! Dios y la libertad os llevan cuentas; mas por no apadrinaros en el suelo, Dios y la libertad se han ido al cielo.

otros, vueltos al XIXA hasta despojos

Tal es la historia triste del moderno Méjico y el carácter de esta tierra: tal la razón del desarreglo eterno y de la indócil inquietud que encierra. Tal el foco del fuego del infierno que da alimento a su salvaje guerra; inconcebibles vista por encima gente tan dulce en tan benigno clima.

LXX

Méjico tiene un cielo que le cubre como un fanal azul y trasparente; tibio, aromado, diáfano y salubre, templa el pulmón y el corazón su am-

Tan sereno en abril como en octubre brilla, jamás glacial, jamás ardiente; una sola estación bajo él impera; una suave y perenne primayera.

LXXI

Su sol, que reverbera en unos lagos cercados de volcánicas montañas, no hace al herirla en la pupila estragos; ni el ojo necesita las pestañas para templar sus resplandores vagos, tibios, suaves, rosados y de extrañas tintas: no hay sol que al mejicano iguale cuando se va del horizonte o sale.

LXXII

Muy alto sobre el mar, el valle ameno de la mesa central, es el paisaje de más variados accidentes lleno: quintas floridas, páramos salvajes, pedregales y montes cuyo seno nutre olorosos árboles, plumajes que empenachan, cimbrándose, sus cres-[tas,

y que sombra y tapiz dan a sus cuestas.

alb at LXXIII has as one well

Llanos que dan poquísimos afanes y gran cosecha al labrador, calizas rocas en donde aún abren los volcanes jocas que obstruyen hoy muertas cenilzas:

ruinas do aún salen a vagar los manes de héroes, que entre las ondas movedizas de las lagunas de Tezcoco y Chalco, hallaron cristalino catafalco.

and the LXXIV of owns are an

Y en medio de este valle pintoresco, perla prendida en árabe acerico, ciudad como esas que el primor chinesco labra sobre el marfil de un abanico, blanco, claro, gentil, aéreo, fresco, Méjico yace perezoso y rico, como Sultán que en sus jardines fuma viendo al mar a sus pies hacer espuma.

tione en su acciónVXXI a y su yez suste

Méjico es la ciudad de los cantares, huerto rico de frutas y de flores; y en medio de la guerra y sus azares, y en medio de la peste y sus horrores, se mece en sus chinampas seculares, cantando ante su tumba sus amores en un cantar que abarca estos extremos: «Cantemos hoy; mañana moriremos.»

no hay alli mai IVXXI purezes player inferno que inc eden, non en en meloj el

Mezcladas, aunque hostiles, hoy sus [razas y hechas de su política a los giros, en salones, haciendas, campo y plazas ballan, ya acostumbradas, entre tiros, besos, quejas, requiebros y amenazas: viven entre cantares y suspiros,

y mueren con la misma indiferencia. de batalla o festín por consecuencia.

competit en desHVXXLiplomodus

Galanes y diestrísimos jinetes, llevan en sus caballos un tesoro en chapas, hebillajes y filetes; y ostenta, recordando el gusto moro, su cairelado arnés flecos y herretes: gastadores sin par de tiempo y oro, toman, mirando el oro como barro, por liberalidad el despilfarro.

con tono dulce HIVXXII o y lento,

Hechos a ver sin pesadumbre alguna, cual sin placer ni afán, en juego y guerra dar vueltas a su vida y su fortuna, que un naipe o un cañón corta o encierra, de su viaje al panteón desde la cuna el camino peor no les aterra: lo necesario es oro para el viaje; y con la guerra van juego y pillaje.

del amor y la fe XIXXA el manto,

Sus derechos iguales todo a todos, cindadanos e iguales, les conceden:
«En toda era y país por varios modos »pocas del oro a la virtud no ceden: dicen: «barniz dorado limpia lodos; »no hay peces que en red de oro no se [enreden».

Todo allí todos a su alcance miran: todos a todo sin temor aspiran.

Ils naestra lenguXXXI esposeida

Y hechos de limo tal los mejicanos, y a vivir en la alerta y suspicacia de una guerra, que cambia los hermanos en enemigos y la fe en falacia, pueden, con los más diestros cortesanos, competir en destreza y diplomacia: y no les hay sobre la tierra iguales en gracia de palabras y modales.

en chapas, hebillIXXXIIetes:

Este pueblo habla aún el castellano:
mas con tal fraseología y tal acento,
que el lépero más rústico y villano
sabe en ella expresar su pensamiento
con un período culto y cortesano,
con tono dulce, cadencioso y lento,
de imágenes y tropos con gran copia,
con natural aceión, fácil y propia.

der vueltas a su IIXXXII tortuna

Méjico es el país de más talento, de más gracia, más magia y más encanto en su trato social; el sentimiento está en sus frases con cariño tanto expresado y tan bien cada momento, del amor y la fe tan bajo el manto, que sus pláticas son, de encanto llenas, hermanas del cantar de las Sirenas.

and toda era y IIIXXXI arros noc apocas del oro a la arrud no ceden:

«¡Ángel mío!, ¡primor!, ¡mi alma!, ¡mi

Cuanta frase al decir presta incentivo, va en su conversación tan repetida cual si fuera de amor diálogo vivo.

Es nuestra lengua, sí: desposeída de su carácter varonil nativo: el español hablando es franco y grave: el mejicano, seductor y suave.

seem on donde VIXXXIv los volcanes

Rápido en concebir, en lo que piensa cuando la idea se le ocurre, abarca su acepción y ampliación la más extensa, y en su interpretación vía se marca con su veloz perspicuidad inmensa; siempre está sobre sí: jamás se embarca en agua cuyo fondo no sondea: siempre a su fin para llegar rodea.

perla prendida eVXXXJacerico,

Dulce y flexible, cuanto astuto y vivo, envuelve en la palabra el pensamiento con el giro más diestro y persuasivo, y al eco musical da de su acento con su faz y su acción doble atractivo. La mejicana que relata un cuento tiene en su acción graciosa y su voz suave algo del vuelo y del cantar del ave.

hearto rico de (IVXXXII flores:

Todo allí es seductor, todo allí es grato; todo embelesa, atrae, deslumbra, embria-[ga,

elima, país, lenguaje, hábitos, trato; hasta el mismo desorden que lo estraga todo, es característico e innato; no hay allí mal que nos parezca plaga: infierno que fué edén, aún en su suelo hay no sé qué del primitivo cielo.

r bechas de su IIVXXXI los giros, es salones, haciendas, compo y planas

Tal fué Méjico ayer; tal es, en suma, hoy: mezcla de contrarios elementos: con sangre de Cortés y Moctezuma y con odio a los dos: rico en talentos, canto, sagaz... y vario como espuma del mar que agitan sobre el mar los vienstante decelepted interior design to ftos.

y a esta nación del mundo americano fué engañado a reinar Maximiliano.

v mientras myl db googs con anhela LIBRO SEGUNDO MAXIMILIANO

Sembanda con gold Z dos avoltura ause unos pies de poffención ename

Tibio, rosado, diáfano, sereno, daba su limpia luz a una mañana un sel primaveral. De vida lleno, Mélico respiraba el aura sana que le traía en su ondulante seno el aroma vital de la cercana sierra cedrosa, y los perfumes vagos del agua azul de los salobres lagos.

dislemme, en Nursitalia moranti con impuetto de

Y esta aura en sus balsámicos vapores a la risueña capital traía vago son de campanas y tambores. que brotaba confuso en lejanía. La ciudad exhalaba mil rumores que acusaban de insólita alegría. con su alegre susurro y movimiento, de placer un incógnito elemento.

como un iris do paz un Sonorinos to esta a los « III des las ofe per

No hay mirador, ni torre, ni azotea in pendón, banderola o gallardete: ni minuto en que alzarse no se vea a estallar en los aires algún cohete; mal parece la esquina en que no humea exhalando su aroma algún pebete: ad ab lazos, cifras, divisas, pabellones, y guirnaldas en rejas y balcones, mil may

busca alanosa sin hWhirle paso.

Doquier se tienda la curiosa vista, halla de la ciudad vestido el casco de terciopelo, brocatel, batista, raso, blanda, moaré, tul y damasco. Canastillo adornado por florista. o de ámbar chino cincelado frasco a una novia ofrecidos por su amante, Méjico se parece en tal instante. curves, dragones y bilances franceses

brillindo en sus ensVins v pendones

Entapiza sus calles fina arena, má tiles, pilarillos y jarrones sostienen de jazmín, rosas, verbena v enredaderas ondas v festones; tu bulliciosa población, ajena de afán, por puertas, pórticos, balcones, puentes, pretiles, muestra la galana Méjico, la Venecia americana.

a sea mujeres, envelve risueda

Cruza allá una simbólica carroza que alegoría del país encierra, en torno de la cual piafa y retoza cuadrilla de jinetes de la tierra Allá el camino artificial destroza tren militar con séquito de guerra; v allá atraviesa un víctor de muchachos cargado de infantiles mamarrachos.

que acaso el paso yriy lesco azazan

de alguno que al masar los cono al caso: Indias allá que trotan divididas de su cuadrilla de indios forastera; besos, encargos, señas, despedidas de balcón a balcón, de acera a acera de familias fuereñas, que perdidas van un puesto a buscar en la carrera: a la cual su torpeza ya en retraso busca afanosa sin hallarle paso.

halls de la cindad HIValo el casco

Acota esta carrera una muralla de marciales trofeos y paveses: cubiertos como en día de batalla de sus armas y bélicos arneses, desde el campo al palacio forman valla zuavos, dragones y húsares franceses: brillando en sus enseñas y pendones la N. de los audaces Napoleones.

sostlenen de jazmin, rosas, verbena

Mostrando entre sus filas van ufanos al francés, que le admira y le desdeña, su traje nacional los mejicanos, sin dar la faz a la francesa enseña: sino enviando galanes besamanos a sus mujeres, cuya faz risueña asoma alegre entre aderezos ricos a través de sus blondas y abanicos.

en forne de la cual X tin y retexa

Todo es el aire señas que se cruzan, abanicos y guantes que al acaso caen: flores que albas manos desmenuzan, lentes, pedazos de batista y raso, que acaso el paso y el deseo azuzan de alguno que al pasar los coge al paso: consecuencias del ser, culpas eternas de las fiestas antiguas y modernas.

concelle a los del X-lest per falicatos.

Son el compendio de la humana vida: doquier que el mundo de placer o duelo a espectáculo alguno nos convida, cubre doquier la multitud el suelo. Uno del espectáculo se cuida, y mientras mil, de goces con anhelo, en buscar el placer su ingenio agotan, pasa otro a quien coronan o acogotan.

XII

Esto es todo. ¿A qué vamos al paseo, al teatro, a visitas, a la calle? A ser vistos y a ver. Es gran recreo ver y hallar agradable algún detalle; y el agrado es el padre del deseo, y la tierra es de llanto y gustos valle, y... ¡oh inútil reflexión!, ¡oh moral vana!..., ¡jamás podréis con la flaqueza humana!

XIII

Grande es la fiesta de hoy, y al par la

que Méjico registra en sus anales desde que fué cristiana y española. Por la primera vez sus naturales van al príncipe a ver por quien tremola la nación sus banderas nacionales: hoy va de Europa al pueblo mejicano como un iris de paz un Soberano.

XIV

Todo es oro y primor en la carrera: allá, tipo genuino, va el ranchero que de botones mil la calzonera carga, y oria de aljófar el sombrero, y prende con diamantes la chorrera, el zarape en los hombros, el esmero ostentando y el lujo mejicano par con el andaluz y el africano.

Merica especia del VX erio eloria

La china (que se pierde, mas que aún [dura)

mezcla de la manola y la gitana,
marchando con gentil desenvoltura
sobre unos pies de perfección enana,
su equívoco pudor y su hermosura
mal envolviendo entre cendal y grana,
ostenta (en desnudez piernas y brazos),
de americana piel rojos pedazos.

mas su horizonte alVX-u playa igneta

El grave inglés, en Londres tintorero y jefe allí de lucrativa empresa; el alemán, en Nuremberg cubero, neo aquí con juguetes de sorpresa; el ayer en Pachuca barretero y hoy señor de la barra de oro-pesa, y el montero que debe a sus barajas ser rifa andando y anaquel de alhajas;

Mas returniba el collVX va la campana

y el general bordado hasta las cejas; y el guerrillero jefe de cuerudos, que corta a los contrarios las orejas y a los de su facción deja desnudos; las de damas equívocas parejas, las de yánkees groseros y zancudos, el que a hacer va un millón con una tienda, y el que debe otro ya sobre su hacienda:

los garagos, do mIIIVX- colores,

y el cura, que hizo más de una cam-[paña, y el héroe que cien veces se ha escondido, y el banquero, que lo es por su hábil [maña

en contrabando audaz jamás cogido, y el libelista, que de vil patraña sobre el ajeno honor sacó partido..., cuanto compone allí raza o ralea, en la carrera bulle y se codea.

contribuye a pour XIX neusadora

En tal clima no ardiente y siempre
[fresco,
que abrigo al par y desnudez permite,
do al indio rojo el pálido tudesco,
si interés media, a sociedad admite,
el público se ve más pintoresco,
cuando en su cuadro original compite
de aquel pueblo tan gárrulo y bizarro
el lujo señoril y el gusto charro.

w hey comietan a XX car para su suelo

Los más de nuestros pueblos europeos en fiesta o reunión pública juntos, con nuestros negros lóbregos arreos que hacen ser a sus hombres negros punparecen por las calles y paseos [tos, triste acompañamiento de difuntos: los pueblos de la América, al contrario, presentan un conjunto alegre y vario.

ver claro el sol delXX cenir crofa;

Los azules y rojos zagalejos, los verdes y amarillos ceñidores, los alamares mil y rapacejos, los zarapes de múltiples colores, hacen, mirado en Méjico de lejos, al pueblo parecer campo de flores, que el ojo al par y el corazón recrea cual vista de jardín que el aire orea.

on contrabando asetas famás corido.

Y he aquí que en sus calles a esta hora todo cuanto hay en Méjico de bello, cuanto en él choca, admira y enamora, cuanto a su aspecto popular el sello contribuye a poner, la acusadora marca, el característico destello que da a un pueblo a juzgar por su conjunto, junto se encuentra y de juzgarse a punto.

al interes media. HIXX adad admite,

Tras medio siglo de discordia y duelo, presa de la ambición y la venganza, le parece, por fin, que va en su cielo a amanecer el sol de la esperanza; y hoy comienza a esperar para su suelo nueva era de paz y bienandanza, plantando ante el dosel de un Soberano el jardín de un imperio mejicano.

que lucen ser a sis bombres negros punparecen por las calvaX pascos (tos

La águila liberal republicana de la francesa al litoral huía: por la primera vez Méjico, ufana, ver claro el sol del porvenir creía: y acaso ya la pompa cortesana le halaga de la fiesta de aquel día; pues monárquica ayer, tal vez simpática ve su futura vida aristocrática.

cares, y orla de VXXr el sombreus.

Mas, ¡ay!, olvida su moderna historia:
de un anterior imperio se nos cuenta
la rápida y fatídica memoria
en una breve página sangrienta:
Méjico espera del imperio gloria
y en tan dulce esperanza se apacenta:
mas, ¿quién sabe si Dios le abre en su
[imperio

en lugar de un jardín un cementerio?

obre unos pies IVXX ección enana, en confutes mulacon su betatoparas en

La que del sol de la esperanza brota es una luz rosada, que ilumina con rayos de oro la región remota donde risueña la ilusión domina; mas su horizonte azul en playa ignota de mar tempestuosísimo termina; en cuya playa estéril llora huraño, solitario y desnudo el desengaño.

the acut con fullVXX to sorpress;

¡Quién sabe si la raza mejicana que a su segundo Emperador espera, su segunda corona va mañana en la sangre a arrojar con la primera! Mas retumba el cañón: ya la campana la comitiva anuncia, y la carrera despejan por las filas circulando señales de atención, voces de mando.

solumed a XXVIII at me sheet at

Ya está libre la vía: ya el ambiente vibra al son de las trompas y atabales: ya ve avanzar la mejicana gente sus tropas y banderas nacionales, donde brillan con luz del sol naciente la corona y las armas imperiales: y en cien carrozas de esplendente lujo cuanto mantiene autoridad e influjo.

con benevola las XIXX reiem purat li a

Clero, ciudad, consejos, regidores, las damas de palacio, la grandeza, chambelanes, regencia, embajadores, ciencia, magistratura, armas, nobleza; placas, bordados, plumas, blondas, flores, la corte, en fin, con su imperial riqueza, como un enjambre de áureas mariposas, avanza entre una lluvia de oro y rosas.

iss damas meliculasi on primoresingal tales sin par, pero, chor que no aclama

Luego en grupo fantástico que ondea, la imperial comitiva, que camina con grave lentitud: en él campea de la brillante guardia palatina el uniforme rojo y la librea roja imperial; cuyo color domina de aquel dorado grupo entre las olas, como entre rubia mies las amapolas.

wine entra con mala sombra y mala plus succine - IXXX magni sombra

Y... Iqué delirios la aprensión inventa! El rojo que, apagando los colores los todos, al avanzar rojos ostenta pajes, guardias, aurigas, picadores..., de su manto imperial cauda sangrienta, parece tras los dos Emperadores.

Color siniestro, cuyos visos rojos vertigo dan al alma y a los ojos!

que, cumdo al HXXX sa busto muove,

Ellos son: la apiñada muchedumbre in se aglomera y a verles se prepara, de ver a sus monarcas sin costumbre y espectáculo tal de ver avara. Ya avanza entre su roja servidumbre la carroza imperial; ya cara a cara mira el pueblo a sus nobles soberanos, y... olvida por mirar lenguas y manos.

periodo juvenil mixxx e hermosura rebosa estilo y digartad: ajeno

Ellos son: la simpática Carlota, de alto decoro y dignidad modelo: sencillez en alcázares ignota da a su faz juvenil púdico velo: grave, serena, perspicaz, lo nota todo, y mira de frente, sin recelo de parecer, fijándose, altanera; que no tiene doblez su alma sincera.

ind que, hiju del sol, a venircibar baptoquana raxa rubia a sec VIXXX annuistadore: sec

Su cabeza gentil se gallardea en sus hombros con gracia soberana: su frente nobilísima rodea con la imperial diadema mejicana; en sus brillantes diáfanos campea el águila que fué republicana; y al pueblo absorto al saludar Carlota, luz, como un astro, de su frente brota.

sobre la multitaVXXX francimente, deque si o los hay que provocarles esan,

Blanco como los copos de la nieve que de Alemania cubre las montañas, il rubio, que dar al sol envidia debe; y tan rico de barba y de pestañas

que, cuando al saludar su busto mueve. de su barba partida las marañas riquísimas circundan su semblante de áurea luz con ráfaga ondulante;

and XXXVI

Cortés, sencillo, natural, sereno Maximiliano avanza. Su figura noble y característica, en el pleno período juvenil, más que hermosura rebosa estilo y dignidad: ajeno de altivez imperial, su fe segura revela en el cortés Maximiliano más el hombre leal que el Soberano.

grave, sorena, HVXXXX. In nota

Tradición de la gente primitiva del idólatra Anáhuac moradora, fué que, hija del sol, a venir iba raza rubia a ser de él conquistadora: y ve el indio tal vez, tradición viva, llegar al rubio emperador ahora: y si no hijo del sol, del sol hermano le parece tal vez Maximiliano.

of armid que (HVXXX

Sus ojos, de un azul más trasparente que el del cielo de Méjico, se posan sobre la multitud tan francamente. que si ojos hay que provocarles osan. sondan bien la honradez benevolente. la fe y la lealtad en que rebosan: los ojos del leal Maximiliano tienen la calma del valor cristiano.

me tropped y b.XIXX neighbors,

sonde brillan con lus del sol mariente: Rica de juventud y de hermosura, modelo de elegancia cortesana, iris augurador de paz futura, avanza la pareja soberana con benévola faz e intención pura entre la absorta turba mejicana: y recorrido ya el mayor espacio de la carrera, avistan el palacio.

XL La milicia les rinde los honores que su alto rango y dignidad reclaman: polvo de oro y esencias entre flores sobre ellos al pasar franças derraman las damas mejicanas, en primores tales sin par; pero, ¿por qué no aclaman las turbas espesísimas sus nombres. ni lanzan vivas en su honor los hombres?

con grave lentitud: Fry a campea de la brillante entardia palatina

¿Por qué un grito espontáneo no levanta Méjico ante el cortés Maximiliano? Al ver tal juventud y gracia tanta ¿qué es lo que dice el pueblo mejicano? «Que entra con mala sombra y mala plan-

»porque pone a su solio el soberano »bayonetas francesas por alfombra »y del pendón francés bajo la sombra. todos, al ayantar rojos ostenta

peles, guardina, aHJX, piendores...,

de su manto, imperial canda sangrienta, Los pueblos tienen siempre más instinto correspondente vistas rollas rentra

I omeT-affirm

que las sesudas testas diplomáticas.

A éstas las llevan siempre a un laberinto sus elucubraciones sistemáticas; los pueblos ven su mal claro y distinto y hacen sobre él buen juicio y buenas plá-

lo que en el solio Méjico ve malo manda la es el favor del inconstante Galo.

v el séquite impellilX é en mis eles

El pueblo es ignorante: nunca extiende sobre el papel discursos eruditos: mas por su instinto su interés comprende, porque su instinto se lo dice a gritos: ni le alucina nunca quien le vende aunque le haga discursos muy bonitos: dijo la intervención: «Paz, abundancia, imperio y ley» y el pueblo dijo: «¡Francia!»

me parecieron paj VIIX n nido,

Méjico es hijo nuestro, Carlos Quinto su primer rey, con Francia se batía al poblar de españoles su recinto: al renegar de España nos veía con ella en guerra, y heredó ese instinto contra Francia en la sangre que hasta el [día tiene nuestra; y la tiene, aunque le ciegue su odio e ingratitud y la reniegue.

sino males no másVIX bnenos nombres!

Mas, ¿la sombra de Francia es tan odiosa que torne descortés a un pueblo entero con una dama tan gentil y hermosa y un príncipe leal y caballero? ¿No queda de hoy en su carácter cosa de su carácter español primero? Republicano o no, ¿puede a un saludo de Méjico liberal quedarse mudo?

y olensiyo a tan sIVIX extranjeros;

No: quedan, aunque ayer republicanas, raza de las hidalgas españolas, mil generosas damas mejicanas que, corazón y fe guardando solas, arrojan por balcones y ventanas de oro y esencias y de flores olas: enviando con la ofrenda de sus manos sus almas a los nobles soberanos.

XLVII

La mujer siempre es noble y generosa en toda edad y pueblo: por instinto, es imparcial y justa: no la acosa la política vil con su inextinto rencor: la mejicana cariñosa recibió al sucersor de Carlos Quinto, porque su instinto femenil sentía por la pareja mártir simpatía.

lanaó aquel vivality a celeldente, un borrente da ruido a covo eco

¡Sexo noble y leal, Dios te bendiga!

Dios por tu instinto fraternal te abone cuando el ruin odio que tu pueblo abriga contra la Europa tras la lid se encone: tú, que tiendes no más tu mano amiga al que ahí Dios en el tormento pone, ¡que Dios te tienda su paterna mano entre el pueblo al fallar y el soberano!

cannto of preciniXIIX an according at

Fué una ovación al fin: frente el palacio al llegar, de ambas calles de plateros las damas anublaron el espacio
canastillos por él lanzando enteros
sobre el silencio descortés, reacio
y ofensivo a tan nobles extranjeros;
una voz. delicada y femenina
hizo al pueblo estallar como una mina.

mil generosas damas mejicanas que, corazón y fe guardando solas, $_{100}$

e¡Viva el Emperador!» A par veloces son la electricidad y el entusiasmo: evocó aquella voz todas las voces e hizo al pueblo salir de su marasmo: y aun los republicanos más feroces arrastrados sintiéndose con pasmo, rompieron, a su franca iniciativa en un inmenso y estruendoso viva.

es imparcial y justar no la acosa la política vil con sil nextinto

Como abriendo sus flancos de repente lanza un nublado en el barranco seco abierto entre dos montes un torrente, en el ámbito azul del aire hueco lanzó aquel viva unánime, estridente, un torrente de ruido: a cuyo eco ondeó sobre la plaza y el palacio de la trama de la luz en el espacio.

Roto una vez su dique, el agua, el ruido y el entusiasmo al fin se precipitan, y son inundación, trueno, estallido, rrenesí, que arrebatan y que agitan cuanto al precipitarse han recogido: y así en Méjico estallan, crujen, gritan y repican frenéticas y locas, campanas, músicas y bocas, como a la salvas, campanas, músicas y bocas, como a la salvas.

A setas las llevante. Historia a un laberinto

Entraron en su alcázar entre flores y entre ésta, aunque tardía, gigantea aclamación, los dos Emperadores. El sangriento color de su librea que vió la multitud que victorea: y el séquito imperial dejó en mis ojos del siniestro color los visos rojos.

Il pneblo es ignorante: nunca extiende mbre el papel discu**VIA** eruditos: mas por su instinto su interés comprende.

Porque yo estaba alli; yo conocía la raza y el país; yo era extranjero en él y huésped: mas nacido había hidalgo y español, y soy sincero, sentí por ellos honda simpatía: y ella tan noble y él tan caballero, me parecieron pájaros sin nido, que, por darse a volar, le habían perdido.

m primer rey, con Whoin se batin d poblar de españoles su recinto:

¿Por qué tienden a América su vuelo esta garza real de blanca pluma y este noble condor de ojos de cielo? ¿Qué es loque esperan encentrar, en sude la ya libre América en el suelo, [ma, si en la tierra infeliz de Moctezuma no han dejado los vicios de los hombres sino males no más con buenos nombres?

Mas, the sombre dVL ancia es tan ediosa

Vuelve a tu limpia Bélgica, Carlota: torna a tu Miramar, Maximiliano. Llanto y sangre no más es lo que brota y espinas de oro el suelo mejicano. De Austria y de Moctezuma os da ya rota la corona imperial traidora mano. Ay del que por malicia o ignorancia la os trae aquí bajo el pendón de Francial

LIBRO TERCERO

(1865)

Maximiliano aspire los aromasoren que eximia de las edirens cordificat con

No se hartan de gozar la luz del cielo ni de aspirar el aromado ambiente, ni de pasear por el florido suelo, ni de admirar el lago trasparente ni de escuchar la lengua, con anhelo de comprenderla en boca de una gente que da al idioma varonil de España suavidad femenil que les extraña.

Y de cl en derroi**'n** clen ingarejos, rancherias y fabricas y haciendas

Están pasando el vértigo del clima y aspirando el vapor que en él embriaga. Desde el fondo del valle hasta la cima del volcán, cuanto en torno de ellos vaga, bulle a sus pies o de ellos flota encima, les arrulla, les ciega y les halaga; su imperio es un edén que acotan montes de incopiables paisajes y horizontes.

Alla, mis nacia III interpor poden

Todo les enamora y les encanta, al bitodo les ilusiona y les seduce, aqua que brota, el pájaro que canta, el eco que sus pasos reproduce, la bruma que del agua se levanta, la canoa que el lépero conduce,

el cantar que se pierde en lejanía, la campana que anuncia el fin del día:

valle: el más elevado que en la tierra como doble paisaie de abanico

el ranchero, la china, el indio, el pinto, las damas, los jinetes, los carruajes, cuantas guarda de Méjico el recinto muestras de razas cultas y salvajes, cuanto Dios en el gayo laberinto sembró de estos poéticos parajes, todo lo miran a través del velo que a Méjico envolvió cuando fué cielo.

que le orla de esmevaldas como cinta

Y a fe que de aquel valle incomparable no habrá jamás quien la beldad conciba por lo que de él se escriba ni se hable, aunque de él con primor se hable o es-[criba.

Su suave luz y su aura saludable nunca imaginará quien no reciba latentes en sus ojos y en su cara su oreo sano y trasparencia clara.

Con que infantil în Vanidad envia

Desde el alcázar del antiguo Azteca, Chapultereo, donde el austríaco mora, (monte faraz que ni en estío seca ni deshoja en invierno ni desflora un clima igual que de estación no trueca), de un ambiente a través que el sol colora con resplandor que alumbra y que no monte de la colora del colora de la colora della colora della colora de la colora de la colora de la colora della col

la vista sobre Méjico se extiende.

of garden one se pidly on leignfulled and

Se extiende sobre Méjico y su rico valle: el más elevado que en la tierra como doble paisaje de abanico envuelve en marco circular la sierra. Desde el volcán, cuyo nevado pico en pabellón de niebla el cielo encierra, hasta el vago horizonte de Tlascala, hay un país al que ninguno iguala.

rodo lo miran a traves del velo

Chapultepec, de los virreyes quinta, sobre un añoso bosque se levanta, que le orla de esmeraldas como cinta puesta de reina india en la garganta: de cuyo sacro bosque nunca extinta la rumorosa soledad encanta música natural, que en son de fiesta de sus pájaros mil le da la orquesta.

Su senve lox v en XIa saludable

¡Con qué expansión de cándida alegría el espléndido valle mejicano mas sale a admirar al despuntar el día desde Chapulterec Maximiliano! ¡Con qué infantil ingenuidad envía al vecino volcán como a un hermano (¡de inocente placer cándido exceso!) I un saludo cordial..., tal vez un beso!

ni desheja en lavierX nr desilora - 100 c

¡La luz! Ante su albor rompe y se excom sup radiante sup roma [tiende de los alegres pájaros la salva, mientra el crespón de las tinieblas hiende con alboreos trémulos el alba:
y tras la niebla azul con que se prende
el Popocatepec la frente calva,
salta, y derrama el sol la poesía,
la música y la luz del nuevo día.

X

Maximiliano aspira los aromas que exhalan de las curvas cordilleras los frescos valles y enyerbadas lomas, llenos de aloes, cedros y palmeras. Abajo, azules bandas de palomas vagan del limpio lago en las riberas, espejo móvil en cuya haz se pinta el cielo azul con incopiable tinta.

the property of the second state of the second seco

Y de él en derredor cien lugarejos, rancherías y fábricas y haciendas y santuarios blanquean a lo lejos, cual de disperso campamento tiendas. Tras él Chalco y Tezcoco, de los viejos héroes aliados de Cortés, viviendas; y allá, en último término, el sombrío temeroso encinar de Riofrío.

Allá, más hacia el Norte, por encima del cerro a que su iglesia y su convento de las lagunas por temor arrima Guadalupe, se alcanza el opulento terreno de Apam; su cosecha opima es del fisco el más pingüe rendimiento: y a sus labriegos da renta de reyes con la miel y el licor de sus magueyes

predicando otra i VIX a saco ofinare

Idolatras vigías de los Llanos,
alli Teotihuacán pares levanta,
geroglíficos mudos mejicanos,
dos pirámides: montes que de planta
amasaron los indios con las manos
y que coronan hoy con la cruz santa:
misteriosos y bárbaros trofeos
que tal vez recordaron al de Ceos.

que otra ves de leveropa la divida. Y esa es boy su política, la sola

Allá, al Sur, en la plácida vertiente del tajo que da paso a los jardines de la amena y febril tierra caliente, l'alpam, reina del juego y los festines, blanquea entre castaños y bullentes manantiales del valle a los confines: reina holgazana del país del vicio, con la baraja por blasón y oficio.

cuyo aire sano colVX n respira,

Allá, al Poniente, el gárrulo Cabrío, laberinto de chozas y frutales; San Ángel más acá, quinta de estío que aroman el azahar y los fresales. Coyoacán, engastado en su bravío ceñidor de salvajes pedregales; y Ajusco, madriguera de ladrones al servicio de todas las facciones.

monstruosa que HVXre de vilezas

Y en el centro del valle, chal chinesco prendido por sus puntas en la cresta de la sierra, tapiz mullido y fresco sobre el cual duerme Méjico la siesta, alza su limpio casco pintoresco la capital junto a las aguas puesta: nardo que el lago juguetón salpica y perfumado el céfiro abanica.

lus nombres de HIVXeras, los mercados, las calles, las basilicas, los puentes,

Tranquilo... alegre... satisfecho... ufano contempla de este edén la perspectiva desde Chapultepec Maximiliano: y halaga sus oídos allá arriba el rumor matinal, el son temprano de la ciudad, que se despierta viva y amorosa entre música y aroma, como una hurí del cielo de Mahoma.

la siesta, los refrance, los cantares, los bailes, las domenicas labores,

Mas un día vendrá tras otro día, y se irá desgarrando el velo externo que cubre este país de poesía, y el volcán que bajo él fermenta eterno. Y este edén lleno de ámbar y ambrosía tornándosele irá lóbrego infierno... y jay del que a infierno tal su solio trajo dejando el cráter del volcán debajo!

social, que a la leXX idelatria

Aquella capital, aquel perdido paraíso, aquel valle, aquella tierra sin par, que ha tiempo que ensordece el [ruido

y alumbra el fuego de intestina guerra, aquel jardín ayer de amores nido y hoy vivero de crímenes, no encierra ni una piedra labrada, ni una sola que no haya puesto allí mano española.

alza su limpio enlXX intoresco

Todo allí a voces nos recuerda ausentes: rótulos por doquier aún no borrados dicen en español a los presentes los nombres de las plazas, los mercados, las calles, las basílicas, los puentes, los cerros, los alcázares, los prados, los paseos, las fuentes, las haciendas, desde las carreteras a las tiendas.

cl rumor matinal IXX on temprano

Sus casas con balcones, miradores y alcobas; sus refrescos, sus manjares, sus trajes, sus costumbres interiores, la siesta, los refranes, los cantares, los bailes, las domésticas labores, hasta las inscripciones tumulares todo, desde el palacio a la cabaña, dice allí en español: «esto fué España».

y el voleán que mixx lermenta eteme. Y este edén llene de ambar y ambrosia

Y jué la nueva España a donde un día Cortés, con el pendón de Carlos Quinto llevó la religión, la monarquía y el comercio, y la imprenta y el instinto social, que a la feroz idolatría antropófaga echó de su recinto, y, en fin, la noble lengua castellana para entenderse con la raza humana.

XXIV

Y en esa tierra hoy con ira ciega se invoca en nuestra lengua la doctrina Monroe, y del origen se reniega español, y a los pueblos se alucina predicando otra fe que a saco entrega y al vilipendio nuestra fe divina, y se demanda en nuestra lengua bella que del nombre español no quede huella.

dos pirámides: montes que de planta vanas emission los indices en las manos

Méjico, si, y la América española piden en español que al cielo unida alce el mar, cual un muro, una grande ola que otra vez de la Europa la divida. Y esa es hoy su política, la sola aspiración de su agitada vida... Y eso es lo que no cree Maximiliano que se oculta en su valle mejicano.

blanques entre cIVXXs y bullentes

Allí, en aquel edén que le enamora, cuyo incopiable panorama admira, cuyo almo sol bendice a cada hora, cuyo aire sano con afán respira, cuyos recuerdos como artista adora, con cuya gloria y porvenir delira, se esconde torva y a traición le acecha, hidra feroz a las traiciones hecha.

(oyozeán, engustado en su bravio ocidor de salva HVXX ogales;

Allí vela el dragón de mil cabezas que se llama política: serpiente monstruosa que se nutre de vilezas y se arrastra en el fango pestilente de la ambición; do incuba las bajezas del servilismo hipócrita, sirviente vil de todo poder, de todo yugo inventor, y compadre del verdugo.

nadic seguro en HIVXX ni en vida.

La política, vieja prostituta
que los crímenes todos apadrina;
de cuyo amparo protector disfruta
todo audaz charlatán, toda doctrina
venenosa: a quien da la fuerza bruta
por muleta un fusil cuando camina:
que de justicia y buena fe blasona,
de la inocente buena fe ladrona.

y luz de la fe pública an el foro

Allí está la política villana, en aquel paraíso ya perdido de la facciosa tierra mejičana, cauta en acecho del primer descuido del europeo Emperador, y ufana de su ingenio sagaz, prostituído en diez lustros de vicios y traiciones, hilvanando contra él conspiraciones.

por sed de vanidaXXXe dinere.

no tiende al cetro con afán la mano

Alli están los sangrientos partidarios de la alma libertad, que alli esclavizan los pueblos y saquean los santuarios: alli los que a los pueblos moralizan con loas a la fe y devocionarios, y las pasiones de su pueblo atizan; y en el nombre de Dios tocando a guerra, en el nombre de Dios roban la tierra.

le deben su favor IXXXonsejo la readición, la fe y la monarquial and

Todos degolladores e incendiarios, illa con la misma ambición y el mismo encono evocan, de la tierra propietarios de la tierra propietario de la tierra de la t

y unos con las campanas e incensarios, y otros con el cañón, tiran al trono: los dos partidos que al imperio atienden le combaten los dos, los dos le venden.

el que produce MIXXX, el pueblo sano, la mación, nada del imperio espera; el

Ambos a las naciones extranjeras trabajan por burlar: las alucinan con el lema mendaz de sus banderas: ambos a dos las ciegan y fascinan con datos y memorias embusteras: y con falaz astucia ambos inclinan en su favor de Europa a las naciones, de engañarlas después con intenciones

De los crímenes mismos ambas reas, pagan corresponsales y emisarios que doren su desmán con las ideas de que a sus jefes dan por partidarios: y las ciegas naciones europeas abren en sus Congresos y diarios de ambas en pro calientes discusiones, dando fe a sus hipócritas razones.

Ya solo en un coVIXXX eve el encono

¡Oh impudente política blasfema, del progreso social dique y carcoma, que los más santos símbolos por lema de su ambición y su venganza toma! ¡Oh política vil, que el anatema y apoyo invoca de la Unión y Roma! ¡Tirana libertad, fe sin decoro que hacen cómplice a Dios de su sed de [oro!]

y must con las caVXXX e incensurios.

Y el pueblo..., la familia verdadera del pueblo..., el labrador, el artesano, el que de la política está fuera, el que produce y paga..., el pueblo sano, la nación, nada del imperio espera; y he aquí lo que no ve Maximiliano en el infierno-edén donde confía en paz hacerse bendecir un día.

aminos a dos las ciones y fascinan

Unos pocos leales que sinceros la fe le dan que la ambición le niega, unos pocos no más que, caballeros sabrán morir con él si el caso llega, guiar con mejor luz y por senderos mejores la fe intentan que le ciega; y he aquí del nuevo imperio mejicano cómo es Emperador Maximiliano.

de que a sus jel HVXXX partidaries; v les ciena naciones europeas

Así sueña aquel príncipe en su trono en restaurar a Méjico, y se afana por dar al orden con la ley abono en la fe confiando mejicana.

Ya sólo en un confín hierve el encono de la errante facción republicana: mas ¿cuál el porvenir es de su imperio? Encima de un volcán un cementerio.

de su ambielen HIVXXX nan tomal

La tradición monárquica perdida, la religión católica befada, la dignidad social escarnecida, la hereditaria propiedad saqueada, nadie seguro en heredad ni en vida, todos queriendo todo hacer de nada, muerto el comercio, provocada Europa, Méjico es la anarquía viento en popa.

rodo andaz char XIXXX da doctrina

Maximiliano al ir lleva consigo la tradición histórica: el decoro social: la religión: la ley, abrigo y luz de la fe pública en el foro, y del instinto antisocial castigo: la ilustración: el crédito, y el oro que va tras él: todo esto representa allí: mas nadie se lo toma en cuenta,

del europeo EmperdXr, v ufana

Maximiliano al ir, como cristiano, como europeo y culto y caballero, no tiende al cetro con afán la mano por sed de vanidad y de dinero. Hacer del pueblo inquieto mejicano un pueblo grande y libre, un verdadero núcleo de nación es lo que intenta. ¡Dios se lo tome en su justicia en cuenta!

r les pasiones de sLIX oblo atisan;

Para regenerar pueblo tan viejo en la inmoralidad de la anarquía, le deben su favor y su consejo la tradición, la fe y la monarquía. Allí Maximiliano es el espejo en que se ha de mirar la Europa un díade acíbar o de miel, su imperio es copa que ha de apurar con él la vieja Europa.

OMAXLII

Roma arriesga con él su fe y su oro; su sangre el Austria y Bélgica: la Francia sus soldados, su fama, su decoro, su dinero y su actual preponderancia: de su honor, su comercio o su tesoro tienen algo a que dar fe o importancia del imperio de Méjico en la tierra cuantas naciones hoy la Europa encierra,

su patria mios squarx mis hermanos

Roma tiene una niebla ante los ojos: Roma ha escuchado erróneos consejos, y ha cedido a políticos antojos: y aunque jamás sus ojos serán viejos, ha mirado al imperio con enojos y hoy de Roma está Méjico más lejos. El imperio es católico; en América por Roma lidia mal la fe colérica.

de escably al XLIV

MAXIMILIANO

Madre, tú estás del mar al otro lado, y en el pueblo revuelto que dirijo han vendido tu hacienda en el mercado. Madre, ilústrame tú: yo soy tu hijo.

Francia no debe AMOS ni ser vencida,

Que restituyan todos: me han robado.

MAXIMILIANO

Transige, Madre santa.

all smalls and to ROMA a mail mixel f.

No transijo.

MAXIMILIANO

Perdónales si no, mos les ordans zon

su glorioso pend'AMORE todas parties,

controlled no siNo les perdono. discussos

MAXIMILIANO SE E OSETIO

El perdón base de la fe y el trono será: cede, acomódate.

patternia attenia pe ROMA sinua ne om o requi

mi hacienda es la de Dios: no hay acomo-

MAXIMILIANO Officera is supposed in the suppos

.ob]basta a sus amigos importunat

Madre, es un laberinto en que me enre-Cedamos algo, o lo perdemos todo. [do.

ROMA

Tú eres Emperador: yo nada puedo ceder: soy infalible.

MAXIMILIANO MAXIMILIANO

Pues me quedo, y por ti, buen católico, me inmolo. ¡A la merced de Dios! Lidiaré solo.

Yo mando: soy lad nexts: the true summer

Maximiliano en Méjico batalla solo: Roma lo ve... no puede... y calla.

del punblo..., el la LXV., el ustesano...

Francia va a la cabeza de la Europa: hoy centro del comercio y de las artes, tremola con ventura viento en popa su glorioso pendón por todas partes. Roma vive por ella: libre Italia venció al Austria por ella en Solferino: África se la abrió: no ve la Galia cerrado a su valor mar ni camino.

Li penion bas IVIX le y el tronor al

Es gran nación: acaso la primera: pero no se hará amar en tierra alguna, porque en todas incómoda extranjera, jamás se identifica con ninguna: porque audaz, petulante y altanera, es hasta a sus amigos importuna: y creyendo a sus pies la tierra entera, siempre al fin se la vuelve la fortuna; cuando da humilla, cuando ampara ofende.

y pára en ser vendida, si no vende.

XLVII

MAXIMILIANO II VOS ITOLIO

Francia, ampárame bien, o no me am-[pares.

FRANCIA

Yo mando: soy la fuerza de tus manos.

MAXIMILIANO ON THE

o Yo quiero la razón en mis hogares,

onosob a FRANCIARE, sobablos em

Yo te avasallaré a los mejicanos, ab

MAXIMILIANO I OTOMINI ISL

Yo me los haré amigos: sus altares su patria míos son: son mis hermanos.

zoio gol otus a FRANCIA, onoit annoil

No te amarán. sociallog a oblibas ad w

and maximiliano is observed at

Abdicaré.

FRANCIA

To wide

juegas: partiré antes.

MAXIMILIANO

y en el pueblo taTpelto que dirijo han vendido ta hacienda en el mercado,

Madre, ilistramaionas soy tu hijo,

Dara regenerar mable Sin duda:

Francia no debe errar ni ser vencida. Tú eres el responsable.

MAXIMILIANO

en que so ha oyastrarza Maropa la de achara o de miel, a Tal ayuda

es traición.

or red in the FRANCIA of the tribe I .o.

ni on la muestra linagine que braveous Pero es mía la partida un in ni necesario a nadie, vi miente o vera

MAXIMILIANO

Mi fe ante el mundo y ante Dios me abused serk jamas, ni nunca he side. charge le no FRANCIA:09 anu oup sam

por Ella morirás. Por ella morirás.

obihas MAXIMILIANO omoth nu oh

obinos Lo sé y me inmolo.con A la merced de Dios! Déjame solo. que al mundo alumbran quando está de-

Y solo, ejemplo de leal constancia, lidia con la república sin Francia.

Avl... v ni ann IIIVAX nor su armente

Inglaterra... va sola. Comerciante de escasa propiedad de tierra ingrata al labrador, isleña navegante, de la marina universal pirata, ni cree que hay otro Dios, ni por delante lleva más su política que plata. Toda revolución la da intereses: a revuelta nación, pesca de ingleses.

tal vez erintela XLIX, aparire zev lat

sima profunda Ud bondo averno aman Y el drama de interés más palpitante que ha puesto nuestra época en escena, es el drama de Méjico: anhelante at 2017 la Europa asiste a él: de encono llena, la América española está delante del proscenio agitándose: serena phasiv

al parecer, la Unión calla arrogante, mas la opinión del público envenena hábil v sutilísima intrigante; stores em y espera el desenlace, que condena y al a América o a Europa eternamente el mercado a perder de un continente.

TLT

Y he aquí la incierta situación del amablees en las almest inex sucreme del cual en su alma el buen Maximiliano, sin conducir la acción, teje la trama. ¡Dios al final le tenga de su mano! Él no conoce a Méjico y le ama: ne ob monarca liberal, por ciudadano se tiene ya del pueblo que le llama o c señor, y de su pueblo por hermano.

Livers, on an elroule Lift selection.

Méjico, empero, ingrato americano, de gérmenes viciados amalgama, se hartará del amor de un Soberano que paz en cambio de su amor reclama: le venderá, calumniará su fama y le hará, al fin (si con furor villano su generosa sangre no derrama). caer y huir llamándole tirano. Y él, del árbol de Hapsburgo noble rama, solo, privado del favor romano, y de la Unión y Francia ajeno al dolo, si vence Emperador, vencerá solo, solo caerá si cae... mártir cristiano.

Por quel gludenHIP sque valgo? sque

Porque, jes verdadl, la Francia le abanand a balance der su limberio pongo como a un desheredado aventurero;

y él, que de noble príncipe blasona, queda, solo, a probar al mundo entero que acepta, rey leal, buen caballero. Idad de Emperador o mártir la corona. ¿Será, al fin, en su solio mejicano. mártir o Emperador Maximiliano? boy centro del comundo o de las setes.

toemola con vantLIIIviento on popa

¡Dios, único que ves en lo futuro v que lees en las almas; juez supremo del súbdito y del rey; único puro la la lab v en quien no cabe error..., yo debo v ometal final le teurs de su manol

de su siniestro porvenir oscuro nos da 13 llegar con él hasta el ignoto extremo... Yo no temo morir en tierra extraña: mas no quiero morir sin ver a España.

LIV

Oye ahora, Alarcón...: yo le he seguido por todas las escenas de su drama. Su abnegación me asombra: su fe mido por ella, y su fe muda mi fe inflama. Por su poder magnético atraído marcho tras él: mi corazón le ama: v Emperador o mártir, triunfe o muera, no perderé de vista su bandera.

si vence Emperador vencerá solo, solo cueri el cue. Valutio eristiano:

¿Por qué? ¿Quién soy? ¿Qué valgo? ¿Qué [supongo?

¿Qué la añade, qué pesa en su fortuna que en la balanza de su imperio pongo mi fe? ¿Presumo de importancia alguna? No. Pedro mío, no: quien en su tierra ni en la nuestra imagine que braveo, ni que por algo superior me creo ni necesario a nadie, o miente o yerra.

and said ones will be being being being being Yo no seré jamás, ni nunca he sido más que una voz lanzada en el espacio por Dios, mi criador: un vagaroso murmullo, el casi imperceptible ruido de un átomo sonoro, desprendido del ruido universal, que en el reposo nocturno exhala su fugaz sonido. a la luz de esas chispas de topacio que al mundo alumbran cuando está dor-

un eco que en América perdido Maximiliano oyó, y en su palacio le hizo sonar porque halagó su oído. ¡Ay!... y ni aún le halagó por su armonía, sino porque en América le oía. Inglaterra... va sola. Comercidate

de escassi propiednivie tierra ingrata al labrador, islena navoganta

Eso soy: eco que precipita del aire hueco por la extensión la voz amante de un alma errante, que necesita cantar constante la fe inmarchita de un corazón. ¡Voz vagabunda, santa o precita, tal vez oriunda de la maldita sima profunda del hondo averno, del que no alegra la noche negra ni un rayo pálido, ni un dulce son! Voz tal vez de alma de fe infinita; mas que sin calma gime y se agita cumpliendo un plazo de expiación: viendo a lo lejos la luz bendita

y en torno errante de la mansión, que con reflejos de gloria inunda la faz radiante del ser Eterno, en cuya palma posa y gravita viva y fecunda la creación!

LVIII

Voz solitaria que, consonante con cuanta varia modulación lanzan al viento esos millones de vagos sones que, en reunión, forman (aliento del mundo vivo) el son solemne, perpetuo, activo, de su perenne respiración, inquieta gira; de todo ruido que va perdido loca se inspira; de todo eco hace reproducción.

Y sine but one extra trained to

Y aguda, lenta, tierna, vibrante, ronca, violenta, triste, exaltada. fresca, expirante, côncava, ahogada, trémula, llena, vaga, sonora, desesperada, desgarradora, de gozo y pena rara expresión, trina, suspira, murmura, llora, gorjea, ruge, retumba, canta, ondea, muge, deleita, encanta, conmueve, inspira, mece, enamora, arrulla, hechiza, crispa, amedrenta, pasma, electriza, hiere o espanta, conforme aumenta, mengua, se ahuyenta, o se adelanta o se acrecienta. Voll ovlony según lanzada o apareada va despeñada con la cascada, o arrebatada con la tormenta del aire concavo por la región.

the needing that LX belower and and

Ya susurra en las hojas de olmos v

[cañas; ya entre las algas flojas, las espadañas y el líquen de los lagos y las montañas; ya exhala con las aves gorjeos suaves; ya eleva con la fuente rumor bullente y burbujeos vagos de agua corriente: ya silba entre las grietas de los breñales; ya zumba en las veletas y en los cristales de alcázares, castillos y catedrales...

LXI

Y al fin rodando de soto en soto. de vega en vega, de coto en coto, se va alejando de monte en monte. v hasta el mar llega, que el horizonte cierra en su círculo sin solución. v con sus ondas de orlas redondas da notas hondas, cuvo hondo son sobre las olas, que por sí solas nacen, renacen v se deshacen, y otra vez se hacen, y se rehacen en su perpetua reproducción, se desarrolla, comba v ondea, hierve, borbolla, flota, cimbrea, bulle, se mece, boga, se aleja, del agua encima llevar se deja. ya se aproxima, ya desparece; se va: se acrece: retumba, vaga, vibra, se apaga: reaparece, se desvanece; y al fin fenece flébil v exhausto su último son entre las nieblas con que la bruma da a las tinieblas fleco ondulante. antes que errante y agonizante la luz se suma, cuando la sorbe

la noche densa bajo su inmensa sombra flotante, que sirve al orbe y combo de pabellón... Truma a l'Y allá a lo lejos, entre el sombrío tul del yacío, ya sin reflejos de le den pálida coloración, mand la aún el oído cree oír perdido de su sonido la vibración...

:atnormY es de la espuma goajndrud a salanard sburbujadora ani antro adils av salanara soque le devora ani na admin ar salanara salana salana salanana salananana admin

LXII

Y eso soy: nada más, De orgullo ajeno, extraño casi al mundo en que respiro, yo no soy más que un átomo que sueno, y en el silencie de la noche giro del aire azul en el vacío seno; vibro un instante en él, y en él expiro.

Y eso es no más lo que mi ser encierra: y hoy no soy más que el son fugaz, liviano, del eco de su nombre, que en la tierra dejará tras de sí Maximiliano: y con este papel, en que de lleno su llanto y fe mi corazón derrama, ni blasono de ser, ni a ser aspiro más que el sincero e íntimo suspiro de un corazón que agradecido le ama: el jay! postrero de la voz amiga que tras su solio o su sepulcro diga «jviva el 'Emperador!», al fin del drama.

Hébil y exhausto su áltimo son entre las nieblas cen que la bruma da a las tinieblas fleco ondulante, autes que errante y agonizante la luz se suma, cuando la sorbe

SEGUNDA PARTE 10) 10 v

LIBRO CUARTO siber and a

FE Y PATRIA (AGOSTO, 1866)

Von solitaria que l'enconante de voi

Yo he visto a Dios su protectora mano tenderme sin cesar: cuando rugía voraz bajo mis pies el oceano, cuando el cañón que frente a mí crujía cubría de cadáveres el llano, cuando hervía la peste..., jyo vivial Y el que así vive, la bondad eterna reconoce, cree en Dios y se prosterna.

de todo eco hace reproducción.

Y años ha que en América le pido que si me ha de matar en tierra extraña, no me hunda allá en el polvo del olvido sin dejarme tornar a ver a España.

Y mi voz ha llegado hasta su oído, pues su amparo visible me acompaña.
¿Cómo no, si por medio de María en América a Dios me dirigía?

cajes, ruge, retumba, canta, si contes, muye, deleitHencenta

Y vuelvo al fin. Con su favor los mares y las tierras crucé. ¡Salvo, tranquilo de peligros, aunque harto de pesares, vuelvo hoy a entrar en el caliente asilo del patrio hogar y los paternos lares. Siento de afán mi corazón en vilo y no late, que salta de alegríal ¡Ya aspiro el aire de la patria míal

Por la plaza, una VIelta por la Arena

He aquí ya la frontera: ya es el viento español el que orea mis facciones.

Con qué delicia penetrar le siento y dilatar mis ávidos pulmones!

Su soplo abre mi alma al sentimiento de pasadas memorias y afecciones.

Patria, tus auras de recuerdos llenas se llevan las memorias de mis penas!

son mis dulces menVorias, y reposo

Ya aquí tienen las gentes otro porte y el país otras fábricas y otro arte. ¡Alto!, llaves, registro, pasaporte: la tierra aquí con el francés se parte. ¡España!..., ¿qué hay aquí que no soporte el que antes de morir vuelve a besarte? ¡Vamos! Ya el conductor la fusta empuña: ya partimos,..., ya estoy en Cataluña.

al cruzar la ciudad que me dió cuna, los lugares queridos. Vios rincones

¡España!, ¡fuera ya pesar y afanes! España..., ¡fuera ya tiros franceses! ¡Ah, bravos postillones catalanes! ¡Ah, valientes caballos montañeses! ¡Ah escape!, ¡galopad como huracanes; corred hasta que salten los arneses! Corred, ¡mare de Deul, aunque volquemos: corred..., ya a Dios aquí tentar podemos.

que ann blasonan HV diros escudes ...

¡Asíl No hay que cuidarse del camino.

Adelante está Dios, y atrás se queda

ebrio de rabia nuestro mal destino.

¡Asíl, ¡poder de Dios, qué polvareda!

con regia profusión lambrequinados;

¡Que nos crea la tierra un torbellino: que no toque en su haz ninguna rueda! ¡Corred!... Mare de Deu de Monserrate, sólo aquí temo que el placer me mate.

que al ver cumpidHVal ferviente anhelo

¡Oh, qué hermoso país!, ¡qué brava

De aquí sacó sus héroes audaces
Roger de Flor para asombrar a Oriente:
aquí hicieron paisanos pertinaces
guerra a España y a Francia juntamente.
De todo aquí los hombres son capaces:
un patrón catalán de un mal falucho
dar yuelta al mundo en él no cree aquí
[mucho.]

la ofrenda te traeré oXI hov no me abona:

¡Oh, qué hermoso país! Aquella sierra tan pintoresca, original y extraña, sobre cuyos crestones abre y cierra la niebla una fantástica maraña que rasgan viento y sol con ella en guerra, aquella es la romántica montaña que cobija en su centro solitario, Virgen de Monserrate, tu santuario.

X

¡Tórtola casta que en el monte anidas, lirio fragante que en las peñas creces, Madre que en vela de tus hijos cuidas y a Dios te encargas de elevar sus preces! Tú, que a ninguno en el afán olvidas, y amparo a todos en el riesgo ofreces, Santa Madre de Dios de Monserrate a quien oré en el mar y en el combate:

Company of XI at all win son and

Virgen del monte, a cuyo auxilio santo debo el tornar a ver el patrio suelo; la primera oración y el primer canto que al ver cumplido mi ferviente anhelo a Dios en mi honda gratitud levanto, te confío: ¡dirígeles al cielo! Yo ofrecí, al otro lado de los mares, venirles a poner en tus altares.

aqui hicieron paistilIX portinness

Iris de tu poética montaña, a color de estrella tutelar de Barcelona, antique empresa de su escudo en la campaña, santo florón de su condal corona, antes que vuelva a abandonar a España la ofrenda te traeré que hoy no me abona: obra debe de ser de mis afanes si me la han de estimar tus catalanes.

solve cuymocrestor HIX re v cierra

¡A Castilla!, ¡al hogar en que he nacido! Quiero ver la ciudad y los lugares de mis recuerdos infantiles nido, antes que torne, pájaro perdido, solo a morir allende de los mares.

XIV

(SEPTIEMBRE)

Esta es Valladolid..., ¡al fin la veo! ¡Con qué placer..., como la luz primera cuando en ella nací! ¡Dios mío!, creo que vuelvo hoy a nacer. Espera, espera cariñosa amistad!, sólo un paseo

Por la plaza, una vuelta por la Acera, déjame este aire respirar: deseo beber las dulces aguas de esta fuente de mis recuerdos y bañar mi alma en el remanso tibio y trasparente que hace, con ellas resbalando en calma, del tranquilo Pisuerga la corriente. Déjame..., quiero hablar con estas picfaras,

y abrazar estos árboles, y ansioso besar estas paredes de que yedras son mis dulces memorias, y reposo tomar en estos bancos en que un día, mal estudiante, a divagar venía.

take Hoves degist XV pasaporterin tory

¡Con cuán profunda gratitud recibo el premio de volver al patrio suelo después de tantas desventuras vivo! ¡Con qué dulce placer halla mi anhelo, al cruzar la ciudad que me dió cuna, los lugares queridos, los rincones que conservan aún, por mi fortuna, su antigua faz: conozco los portones que para mí se abrían; los umbrales de las casas amigas: los balcones donde amistad o amor me han esperado enviándome a través de los cristales sonrisas y esperanzas... ¡Sombras bellas que un día ante mis ojos han pasado dejando sólo en mi memoria huellas!

Estos son los palacios ya rajados que aún blasonan heráldicos escudos con regia profusión lambrequinados; jeroglíficos hoy aún no borrados, mas para el pueblo de hoy rótulos mudos.

.... deboteviet shup deel C. elt. relesta.

261

Aquellas son las torres bizantinas del buen don Per-Anzules..., en mi oído, no olvidado jamás, vibrando ha ido el son de sus campanas argentinas.

visto como a tua pica me bantizaron:

¡Que esta es Valladolid! Fábricas nuevas, banco, teatros, fuentes, adoquines, eanal, ferrocarril...; ¿y mis Esguevas?, ¿y mis prados de ayer?..., plazas..., jar-[dines,

pero, oh noble amistad!, ¿dónde me lle-[vas?

Yo recuerdo estos curvos callejones:
conozco esos antiguos caserones...
Esta es la calle de terreno escasa
donde mis muertos padres han vivido:
y esa..., ¡que existe aún!..., esa es la casa
donde a mi vida inútil he nacido.

y yo vucive per alls a tus altares.

¿Sueño? No sé lo que en mi alma pasa. ¡Qué oigo!, ¡me tienen el placer sin tasa en mi patria a mi vuelta prevenido! ¡La casa en que nací!, ¿huésped en ella hoy? A sus puertas bendecirte quiero, nueva y santa amistad, que en mis ho-

me haces hoy encontrar, sobre la huella de mis recuerdos cándidos de niño, sus primitivos genios familiares: y una familia nueva, un verdadero nuevo paterno hogar donde el cariño noble, leal, simpático y sincero de una afección sin cortesano aliño, me brinda para el tiempo venidero, de sensaciones íntimas tesoro,

con un amor de corazones de oro que anuda al mío voluntad de Acero.

do amendifitir/conf XVIII prend fab sovenis

¡Luces, ruido, ¿esto más?, músicas, floy coronas y vítores y ofrendas! ¡Dónde, cuándo gané tales honores! ¡Dónde ha de conservar tan caras prendas quien debe de volver a tierra extraña solo v triste a morir lejos de España! Esa gloria me espanta y me fascina al par: porque esa gloria aquí a mi faz levanta. de ese templo al mirar la puerta santa, contra mí mi conciencia v mi memoria. Esa iglesia..., jav de mil, de ella contemplo salir en larga y silenciosa hilera todos mis años idos..., triste ejemplo de una existencia inútil, que va entera a caer en la honda eternidad mañana sin costar una lágrima siquiera, sin dejar en la tierra un alma hermana de sus dichas y duelos compañera,

Aquí vine a nacer; en ese templo santo me bautizaron..., «pues espera, »andrajo de oropel de gloria humana, »átomo errante de rumor inútil, »insaboro raudal, manojo fútil »de palabras de lengua castellana, »espera aquí. ¡Prostérnate, altanera, »ruin y vacía vanidad mundana!... »¡De rodillas, orgullo, de rodillas! »Haz algo bueno alguna vez, villana »vanagloria procaz, y ora sincera.

»¿Qué vales, polvo vil, si no te humillas? »Prostérnate: yo soy tu fe cristiana: »obedece: en mi voz te habla lejana »la voz del huracán de las Antillas »y el eco de las tumbas de la Habana».

XIX

Virgen de San Martín, a cuyas plantas casi muerto al nacer recibí un día del agua bautismal las gotas santas: tú que vida me diste en la agonía, tú que mi fe sostienes, y levantas en alas de mi fe mi poesía, luz de mi inspiración, en tus altares acepta tú mis últimos cantares.

contra unt un concentra y mi memoria.

FEBRERO-21-1867

¡Madre del hombre Dios y Madre mía! Cuando el Cristo en el Gólgota expiraba, a la raza de Adán, por quien moría, de tu amor al amparo encomendaba. Desde que vi a tus pies la luz del día, hoy medio siglo de cumplirse acaba: Madre, tras medio siglo de pesares, vuelvo al pie de tu altar a que me ampares.

Aqui vine a mixx en ese templo santo me baufixaron... spues espera

¡Madre buena del triste y del que llora..., no desoigas mi voz, no me abandones! Recuerda que tu fe consoladora inspiró desde niño mis canciones; solo, con mi arpa y con tu fe, Señora, crucé de medio mundo las regiones: y hoy del mundo a traves con mis canta-

me trae mi fe a tus pies a que me ampares.

Additional of the HXX a bixartillas

A sombra de tu torre bizantina del vientre de mi madre me sacaron; desde el nicho en que estás, tras tu cor-

viste cómo a tus pies me bautizaron; a tu materna protección divina mis padres al nacer me encomendaron: la primera oración que en mis hogares aprendi, fui a rezarla en tus altares.

pero, of noble ametad, dende me for

Mi madre... (¡desdichada madre míal, ¿quién el futuro mal nos predijera?), mi madre me enseñaba y yo aprendía de tus dolores la epopeya entera: mi madre dió su fe a mi poesía, yo uní el tuyo a su amor con fe sincera; ella murió abrevada de pesares, y yo vuelvo por ella a tus altares.

VIXX Volume To the form of the pass.

¡Infeliz madre mía!, en tedio y duelo vivió por mí sus postrimeros años. Yo abandoné mi hogar aun muchachuelo del mundo por correr tras los engaños: ella por mí a tus pies oraba al cielo mientras corría yo climas extraños. ¿Y a quién debí salvar tierras y mares si no fué a su oración en tus altares?

y una familia nueVXX n verdadero ou

¿Quién si no Tú y por quién si no por ella pudo velar por mí en la tierra extraña? ¿A quién debo, sino, la fausta estrella que en mi loca existencia me acompaña? ¿A quién debo las flores que mi huella doquiera pisa cuando vuelvo a España? ¿Y donde, si no al pie de tus altares debo poner mis lauros y cantares?

me echils all pastVXX great d Lans

Por quien, sino por Ti me han respeper quien, sino por Ti me han respearrate aoi, no obstrato

la fiebre, el mar, el cólera, la guerra y el odio que a mi raza inveterado de otra en el ciego corazón se encierra? Al llegar y al volver, me han alfombrado allá de flores como acá/la tierra: y ¿quiênes son los genios tutelares que enfloran para mí tierras y mares?

pues españoles sHVXX generoses

Tras mí dejo mi huella, madre mía, marcada por doquier con sepulturas: cuantos darme quisieron compañía murieron en mis locas aventuras: dejo a los que allí me aman todavía un porvenir de sangre y desventuras: y a través de tan múltiples azares solo, incólume, yo vuelvo a mis lares!

a la honda con IIIVXX lel desengalis: mas vo a mi fe mirvanidad inmolo.

¿Quién si no Tú me guarda, Virgen [santa? ¿Quién a mi bien si no tu amor me guía? ¿Quién conserva la voz en mi garganta? ¿Quién mantiene la fe en mi poesía? ¿Quién hacia Díos mi espíritu levanta? ¿Quién mi alma acogerá en mi último día? La historia de mi vida y mis cantares tienen principio y fin en tus cantares.

Libra de humo qXIXX bringa mi cabeza, salva a mi corazón de mi arrorancia:

Y he aquí toda la historia de mi vida: de esta vida que aún mima la fortuna, toda en el vicio por mi mal perdida, las horas he perdido una por una. Tan sólo la oración por mí aprendida de mi madre en los brazos en la cuna no olvidé, ni he perdido en tus altares mi fe, y vengo con ella a que me ampares.

prendas son, Madre, para mi muy caras, mas aún debo pa XXX extrañas xonas,

Pródigo me dió el mundo sus placeres, su gloria el suelo me alfombró de flores, amé y me amaron mucho las mujeres, me embriagó la fortuna de favores, me honraron de la tierra los poderes, la fama me aclamó con los mejores: aún me corona el mundo en sus altares, mas yo vengo a tu altar a que me ampares.

diles que trases na key en mi garganta con que agradezes yo tales honores:

La gloria y el favor son polvo y humo: las coronas del mundo son de espinas; no hay laurel que no tenga amargo zumo, no hay aura sin moléculas dañinas: no hay triunfo colosal ni éxito sumo sin envidias rastreras y mezquinas: con mis coronas vengo a tus altares de mi gloria mortal a que me ampares.

abraganda en HXXX delorida

abledition the alle obsairpent

Madre, yo reconozco mi bajeza, yo sé mi pequeñez y mi ignorancia. Salva del rudo escollo en que hoy tropieza el barquichuelo ruin de mi importancia. Libra de humo que embriaga mi cabeza, salva a mi corazón de mi arrogancia: pues vengo en bien y en mal a tus altares, ni en el mal ni en el bien me desampares.

las horas he peliixxxa por una. Tan solo la oración por mi aprendida

Madre, hoy en prenda de mi fe, en tus [aras vengo a colgar humilde mis coronas; prendas son, Madre, para mí muy caras, mas aún debo partir a extrañas zonas. Por si allá por recónditas y raras razones y desdichas me abandonas, y me pierdo, y Ias pierdo en mis azares..., guárdalas, Madre mía, en tus altares.

me honraron de la rierra los poderes, la fama me acieme con los mejores:

Y a aquellos que pusieron a mi planta o en mi sien esos lauros y esas flores, díles que frases no hay en mi garganta con que agradezca yo tales honores: y si en mi fe no creen..., joh Virgen santa!, si me juzgan ingrato a sus favores... ¡Madre mía y del Cristo, a tus altares vendré de su injusticia a que me ampares!

sin envides rasVXXXv mezquinas:

Virgen santa cuyo amparo guardo allá mi inútil vida, guarda en mi alma dolorida las semillas de tu fe: pues tu amparo a mí es tan claro mis coronas bajo él dejo: ya sin raza..., solo... y viejo para quién las guardaré?

at quien debo HVXXX que ini buella

A LOS JÓVENES REDACTORES DE LA «CRÓ-NICA MERCANTIL», DE VALLADOLID

Vosotros, los que flores y cantares me echáis al paso al regresar a España, perdonadme la hiel de los pesares que hace muda mi voz, mi faz huraña. Excusad que postrado en los altares conjure al genio ruin que me acompaña: dejadme hablar, para calmar mi duelo antes que con vosotros, con el cielo.

alla de fleros collVXXX a tictra:

Hermanos, que acatáis mis piadosos votos, dejadme orar, pues sois cristianos; pues españoles sois, sed generosos conmigo y tolerantes como hermanos. Dejadme, tras veinte años azarosos, que alzando al sol de mi país las manos, vuelva de calma con afán profundo el corazón a Dios, la espalda al mundo.

en porvenir delHVXXX desventuras;

Esto que oso decir sé que es extraño; que puede apenas perdonarse sólo a la honda convicción del desengaño: mas yo a mi fe mi vanidad inmolo. Sé también que es encubridor amaño hoy tal vez la piedad y la fe un dolo; que al par que la ambición a la fe adula, con la fe la política especula.

Suther balance XXXX printing lovering

Mas mi fe no es hipócrita ni artera, ni a político bando pertenece, ni a sombra del favor medrar espera, ni adula a la opinión porque enriquece la pluma. Creo en Dios con fe sincera, y me humillo al favor que me enaltece: v el que no crea que con fe lo digo. vuelva a la mar y a Méjico conmigo. en que escribina obser lab roma lo

y a los bijos se lolXital dikalas nu

Venga conmigo al mar y en la crujiente nave que el agua con furor azota, y que arrebata el huracán rugiente v que va ya desarbolada y rota. alzará, como yo, al Omnipotente con voz exhausta su oración devota. pidiéndole no más con hondo anhelo un punto azul en el perdido cielo.

amin la XLI sion said em eup

Venga conmigo a la nación que en guacivil grita ha diez lustros ¡muera España!,

y en aquel pueblo y en aquella tierra que no producen más que odio y cizaña, al Dios se volverá que allí le encierra en tal sentina de doblez y saña: v si le vuelve Dios libre a Castilla, o apostató de Dios, o se arrodilla.

que me dejas tituX fuera de tu sepultura

Vosotros que del vil materialismo guardado habéis vuestra alma castellana, y del frío e hipócrita egoísmo ag soi C que roen hoy la sociedad humana, que creéis en la fe que hay en mí mismo, que no dudáis en mi humildad cristiana, sed mi mundo vosotros, sed mi escudo contra ese mundo ante quien paso mudo.

voy en su sepullilX oran iven son

Oh hermanos míos!, mi honra v mi saida omitta na de esperanza

encomendados dejo en vuestras manos: si mientras por las vegas del Arlanza voy mis deberes a cumplir cristianos. de la calumnia o el rencor me alcanza algún dardo traidor, rompedle, hermanos: y cuando muera, de mi fe en abono, decid a mi agresor que le perdono.

penetrol..., peroVIIX renembro

A dar un adiós último a Castilla vov en la inmensidad de mi tristeza. Debo volver del mar a la otra orilla: si voy..., de no tornar tengo certeza. Vosotros que sondáis por qué se humilla coronada de flores mi cabeza. sancionad mi silencio con el mundo sin dar razón de mi pesar profundo.

Me cantan por do voy, y no respondo: me aplauden por doquier y paso mudo como un espectro que devuelve el fondo de su tumba a la luz hosco y ceñudo: me buscan mis amigos y me escondo: me saludan las damas, y el saludo no devuelvo..., įvelad por mi conciencia mientras cumplo hasta el fin mi peni-[tencia!

XLVI

*** MARZO, 13

Mis padres yacen aquí: antes de volver al mar,

2040 vov en su sepulcro a orar por si el mar me traga a mí. Sin mí les cogió la muerte de do no escuché su último adiós: quiero dejar de los dos sobabnomosna recogido el polvo inerte, og samular is Me dejaron al morir andeb sim you sin hacienda y sin hogar:inmules al ob y yo les quiero dejar him tobah abala un panteón en que dormir, obnaso y (Con qué emoción, con qué afánicol) por el cementerio adentro penetro!..., pero no encuentro sus sepulcros..., ¿dónde están? Al guardián octogenario demando: «¿Qué ha sido de ellos?» Y me eriza los cabellos b review odell con un cuento funerario: «Sus huesos ha removido a souleso V stantas veces mi azadón, deb abandono »que Dios sólo en el montón »sabe ya cuyos han sido.» -IRompiste sus tumbas! tu padre me lo mandó. Me dadan por do vey, v no reglià;... obur-gNo sabes eso? ou nobustus our como un con-co que devuelve el fondo cuéntamelo, ossod zoi al a admit na obme buscan mis andaras me escondo: me saludacidas damas, y el saludo mientras camplo basto el fint mi pepi-

Mis mades yaber aque, al

. resoure, of . nor spirit, not perfected a esertions our exp. west to officing in Oh politica maldita, or on our le o cuya ciega fe insensata um al a melanel amor del padre mata y a los hijos se le quita! ¡Maldita sea en la tierra la política opinión la opimado agra/ que echa a Dios del corazón y a los hijos se le cierral y que ya ya desarbolada y tota.

shars, come yo. HIVIX spotente

al a sembra del faHVAIX eduar cepera,

si sdula a la opinión porque enriquece

Espíritu, que va en calma duermes en la eternidad. mo veas la soledad que me has dejado en el alma!

He ahí lo que pido a Dios: que nunca ver te permita la desventura infinita que has dejado de ti en pos.

Mucho erré en mi juventud: mucho errando te ofendí; mas..., mi aún dejas para mí tu polvo en el ataúdl

Tanto, padre, tu amargura te cegó el alma y los ojos, que me dejas tus enojos fuera de tu sepultura!

Bien hecho está lo que has hecho: yo me avengo a tal castigo. chalman ¡Dios para hacer tal conmigo and lab te acuerde cual yo derechold most esp Sino fué de ambos fatalla silves amp Condenados a él nacimos: abob an ago y nunca nos comprendimes ann la ber y el bien se nos tornó en mal.

Fama y oro para tipul minigal gané con fortuna raram, al pizario jy me volviste la cara cuando a ofrecértelos fuíl ¡Tal odio a la poesía! Rechazaste hasta una losa en que escribiera piadosa un epitafio la mía:

y ella tu hacienda empeñada con sus versos ha pagado. ¡Pobres versos que has odiado!... Por ellos no debes nada.

¡Yo soy quien los odio ahora; and pues por ellos he perdido la ello esta vida que he vivido atango. día a día, hora por hora!

Mis versos son un cordel and que me aprieta el corazón: de inequirado por echó la maldición de ahogar mi dicha con élla para con

Y por ellos me condena de sol tal vez a dar honra y vida og en por una causa perdida en se y empeñada en tierra ajena.

Mas, ¿qué importa ya el lugar ni el por qué pueda morir el que no supo lograr de su padre hacerse amar, ni con su padre vivir, ni sucederle en su hogar, ni sus huesos reunir bajo una cruz tumular donde ir por él a llorar y a Dios por él a pedir? [Maldita tal poesía

imaldita tal poesía
causa de tal desventura!

[Y que haya una criatura de pour
que aún tenga en algo la mía!

¡Que aún haya en la tierra un hombre

que envidie como laureles osal el talco y los oropeles ano le ados con que empenachan mi nombre!

¡Vivas ruindades mezquinas! our Mi única venganza fuera ob volt v coronaros, si pudiera, com mis coronas de espinas.

¡Jamás el alma os taladre de la mía el duelo sumo!
Yo vago entre ruido y humo, paria sin raza y sin padre.

Maldita sea la opinión política por la cual manda ahogó el amor paternal el mío en su corazón.

Jamás bando seguiré: mas si uno a seguir me obligan, no será el de los que sigan el que de mi padre fué.

¡Pobre padre!, partidario de la ingratitud, moriste obcecado, pobre, triste y olvidado y solitario.

Y tu obcecación fatal hizo tu opinión tan brava, que hasta privarme intentaba del cariño maternal.

Dios no te lo permitió: mi madre a Dios por su hijo pidió... y lloró... y me bendijo... y me amó y me perdonó.

Mi madre en mis manos deja, por tú no cuidarte de ellos, de sus hermosos cabellos una perdida guedeja.

No lo supiste jamás, y es la única herencia mía. No he preguntado hasta el día si había de ella algo más. Lazo que siempre llevé name sipsobre el corazón sujeto, la colad la ha sido santo amuleto amo sup nos que le dió esperanza y fe;

y hoy dos que a mi madre amamos sus cabellos repartimos, y los dos la bendecimos, y los dos por ti rogamos:

pero pidiéndole a Dios que a tu alma ver no permita la desventura infinita que nos dejas de ti en pos.

Por mí, padre, bien has hecho: yo me avengo a tal castigo: ¡Dios para hacer tal conmigo te acuerde cual yo derecho!

Tu política tenaz
te humilló y te empobreció:
en sus promesas falaz
te abandonó y te olvidó:
de sentimiento incapaz
el corazón te secó:
y en tedio amargo y voraz
lejos de mí te mató.
La política mendaz
fué la que te descarrió.
Espíritu, duerme en paz:
contra ti... ni Dios, ni yo.

Mi poesía tenaz
los plazos por ti cumplió:
en sus promesas veraz,
del olvido te sacó:
de una inmensa fe capaz,
mi cariño te guardó;
la política mendaz
que no me contaminó
a ser te arrastró, falaz,
ciego, sí; mal padre, no.

Espíritu, duerme en paz:

in a office of the color of the

Dios que las conciencias ves, sé para mi padre ciego: la pena de ambos te ruego que a mí en la tierra me des.

Sirva a ambos de expiación la existencia solitaria que he llevado como un paria de la civilización.

Dígnate en cuenta tomar que los versos que él maldijo de son Sambenito que el hijo penitente ha de llevar.

Y que toma en cuenta ten por igual como favores los silbidos y las flores que por sus versos le den.

Y en cuenta ten que, en su afán, con esos versos malditos se ha de ir confesando a gritos y mendigando su pan.

¡Dios mío!, aunque yo infeliz viva mucho, y mal acabe, yo solo de entrambos lave hasta el último desliz.

Dame de mi posición conocimiento profundo, para no ser en el mundo fariseo ni bufón.

Dame, Dios mío!, humildad que en la eternidad me abone, y como Tú me perdone mi padre en la eternidad. Villa en que heredar debí la casa y fincas solariegas y que hasta el polvo me niegas del barro de quien nací; ¡Adiós! Pues ya para mí no hay en ti lecho, ni hogar, que derecho a reposar vivo ni muerto me acuerde la que de él..., ¡adiós!..., ¿qué se pierde con que me pierda en el mar?

¡Bendito el pobre lugarimi oranzi donde mi madro naciól, sivarra sup ¡Bendito el mode**!U** hogar donde la luz a mirar

Deja la tierra, corcel, and alla de este lugar tras de ti.
¡Hasta las piedras en él dibadi manan lágrimas y hiel de dibadi y vergüenza para míl a lativ olt al

Corre, que ya esta carrera mi supva a ser tal vez la postrera en que tus lomos me das: dibasell corre y dejemos atrás toda su comarca entera. Tubo oprob

Corre; y de correr no ceses and lo hasta dar en las campiñas y los valles burgaleses: a atimo la atropella por sus mieses, od ano atraviesa por sus viñas.

Corre; ya veo a lo lejos brooms lo de sus cerros solitarios los ruinosos castillejos, par abalá, y los gayos campanarios supreso y de sus pardos lugarejos. Ya entramos en su distrito: ob v corcel, tu paso contén ob soles sol por aquí; que necesito buscar aquí un pueblecito no indo que para mí es un edén. Jornal do

Castilla, cuyos castillos or all ob hoy en escombros abruman observor tus débiles lugarcillos, y cuyas ruinas perfuman producti las salvias y los tomillos:

te llevé fotografiada
por donde fuí en mi memoria;
no he olvidado de ti nada:
jornada sé por jornada
toda tu tierra y tu historia.

Heme aquí en terreno amigo; conozco el rumbo que sigo palmo a palmo: sí, allí están el hidalgo Villodrigo y el moro Villaquirán.

Allá Pampliega en el cerro que su alta nobleza abona, alzando una cruz de hierro do llevó Wamba a un encierro su cabeza sin corona.

Allá detrás de una cuesta de una veo de Villaldemiro de company de la iglesia en un cerro puesta:

y de aquel pico en la cresta o a7 los restos de Muñó miro qui decido en sudo santo oficegon sup dupa con

¿Quién así te maltrató, upa rasand joh Muñó!, en ausencia mía, und aup que tan pobre te dejó de las piedras con que un día and torreado te vi yo? sonduoses us vod

¡Pobre Muño!, a duras penas conozco ya tus cimientos: y tus torres con almenas y tus puentes con cadenas son ya un cuento de mis cuentos.

¡Pobre Muñó!, todavía por tus recuerdos te adoro; y no está lejos el día en que halle mi poesía en tus ruinas un tesoro.

¡Pobre Muño!, tú me distes en mi juventud abrigo, y debo hoy que envejecistes probarte que en mí adquiristes entonces un buen amigo.

Sólo te queda un cantar axedas per que recuerda tu fin triste:

y yo sé cómo evocar per al implé a alguien que pueda contar accura a tu pesar lo que fuiste. axenta les appropries al sero le alle y

Pero... ¡Adiós! No formes queja y Muñó, si adelante sigo entre Arroyo y Villavieja: 105 MIA que pararme no me deja 117 ob ooz un afán que va conmigo, a sigo a dela la constant de la cons

Voy a buscar un lugar en donde tengo un altar en el que antes de morir, no elliv quiero a mi ángel tittelaroni y asso evocar y bendecirag lo alend ono y

Allí, tras aquella loma, de labala al pie de una torrecilla de vad on blanca como una paloma, para aup las pardas tejas asoma p

¡Bendito el pobre lugar donde mi madre nació! ¡Bendito el modesto hogar donde la luz a mirar sus negros ojos abrió!

¡Bendito el aire que aliento sallinspirando en su pulmón, an manan la dió vital sentimiento con el primer movimiento que imprimió a su corazón!

va a ser tal vez la postreru

de este lugar tras de ti.

¡Bendita sea la estancia de principal de esta casa oscura y fría, y otros donde durmió en la ignorancia aborangelical de la infancia el sueño del primer día! y otros de primer día! y

¡Bendita sea la campana la val y con que tocó a su bautizo, lloque y la fuente de que mana el agua con que cristiana el sacerdote la hizo!

Madre a quien indolatré, mint sol y con quien nunca viví, sovag sol 7 y cuya vida amargué... obras sus ob Porque tal mi sino fué...ombelyarda perque Dios lo quiso asil ably im ah was un gonfo fatal que me avvemaño

Madre, de cuvo cariño on soul tan pocos años gocé, sbirupao al a in de quien me apartaron niño. y a quien, indocil lampiño p al a in vo obcecado abandoné; muot baixmen

con cuánto afán busco ahora cuanto dejaste tras ti! Con cuánta fe mi alma adora cuanto imagino, señora. que guarda algo tuvo aquíf

De estas llaves y aldabones de ventanas y portones se aseguraron tus manos, v sobre estos escalones tus piececitos enanos.

Bajo este envigado techo sonó aquella voz tan suave que salía de tu pecho: que Dios para ti había hecho, como el canto para el ave.

miro al ciclo, y el aire que le azula En este rincón tenías en e esermenos tu lecho casto y modesto; og le cebnos y aqui ante la luz ponías estrod us no el espejo en que veías a mana oroina tu faz, y tocado honesto.

Por estas calles pasaste, por estas eras corriste, en esta iglesia rezaste... ¡Madre, por qué no me ahogaste cuando la vida me distel pendo le nos eni me hubieran coronado, a alle nos

¿Por qué de la madre tierna es in no pudo más el amora naraidad om que la vanidad paterna, de quien nos tuvo el rigor de de quien nos tuvo el rigor de de la companya de la en separación eterna? aroidad silol y

¿Por qué a extraños al fiar il 100 mi padre mi educación, doin la como antes que a tu hijo soltar, no te dejaste arrancar los brazos y el corazón? b anom no

¿Qué necesidad habías or maimos de lanzarme al mundo vano, al man a mí, que adorado habría la ignorada medianía uz obnaso Y del labrador castellano? idud oberras

¿Qué nos importaba en él austral con humos de alta nobleza mui anu salir a hacer un papel, si en la alma se torna hielinifo(1) el humo de la cabeza?/ satanta om

Aquí hubiéramos vivido, la a onp madre, los dos tan felicesty las a ve Nos hubieran mantenido tan bien sin gloria y sin ruido nuestros granos y raíces!

Te hubiera aquí sin cesar, pues que tu solo hijo fuíob babolo? día y noche/hastabexpirar somiup a al calor de nuestro hogar somadato tenido vel junto a mí, eb adaldad es

Nadie hubiera de mi hablado. ni me hubieran aplaudido, ob od in me hubieran reyes tenido... obng on

Pero hubiera sido honrado, de ob y feliz hubiera sido, to milantagos no viviendo siempre a tu lado, por ti en ta hogar cobijado como el pichón en su nido, abag im-

Mejor que en tierras extrañas en mesas de Emperadores sound sol joh madre de mis entrañas!. comiera yo en sus cabañas n anos pan tuvo con tus pastores;

Y cuando tus ojos Dios baronal al cerrado hubiera a la luz, obradal lab al morir vo de ti en pos. bastara para los dos emi son anO; una tumba y una cruz, some i nos

Delirios! Hacia la mar la al mo la me arrastra ya mi deber. I omid le ¡Adiós, villa!, ¡adiós, hogar que a ella la visteis nacer y a mí venirla a llorarla sol subana

Robertos grands III feesin at olos

Virgen santa de Muñó, sidud o'T Soledad de Quintanilla, in sup song a quienes mi madre v volcon v mb orábamos cuando aún no ob roles la se hablaba de mí en Castilla, chiand

pues que ni vivió conmigo ni he de tener al morir sidud om in con ella en la tumba abrigo, am in abreviadme, jay!, el castigo omno de mi vida por venir.ol/goi(I supreq en al mo antes de moris as

Pues no me podéis volver ni a la oscuridad de ayer, amog mer ni a la calma de mi hogar, nome al ni a la que en él me dió el ser..., jenviad tormentas al marlacacido es the say come una naloma les

Que del buque en que a él me lance vaya un huracán en pos, y en él de mi muerte el trance tan sólo a saber alcance el mar en que le hunda Dios!

LIBRO QUINTO

¡VAE VICTIS! y sobre estos escalones

tus piececifos englos.

EN LA CATEDRAL DE BURGOS

(19 JUNIO 1867)

Honda inquietud el alma me atribula, vago terror el corazón me prensa: miro al cielo, y el aire que le azula ennegrece a mis ojos niebla densa: sondeo el porvenir, y se acumula en su horizonte tempestad inmensa; quiero cantar, y el llanto me sofoca: orar, y no hallo preces en mi boca.

Por estas entirell'assistated abreogs le por estas eras corriste.

el agua con que cristiana

Vuelvo tras larga ausencia a ver a Es y contangeds omnon cart non or paña, con el placer que un naufrago la orilla y me acoge al volver de tierra extraña en su regazo maternal Castilla: mas un genio fatal que me acompaña mi lengua anuda y mi cabeza humilla, y mal mi pecho en su pavor alienta, y de pesar mi corazón revienta.

ra CatedraabiatusHir zovelat sisatxà la

¿Qué es de mi gratitud y mis cantares? ¿Vuelvo, tal vez, sin alma y sin aliento o desdeño la tierra y los solares do fuí feliz y amé y viví contento? ¿Dejé mi alma allende de los mares y quedaron allá mi fe y mi acento? No, todo en mi alma por Castilla aboga: es mi duelo interior el que me ahoga.

los bustos de los tellalos saludo:

Algo a mí superior me paraliza, mi inspiración poética impotente torna, y mi pobre ingenio esteriliza: no brotan las ideas en mi mente, mi voz mi antigua fe no vigoriza, presa del miedo el corazón se siente, y la tristeza que me roe el alma silencio exige y soledad y calma.

salen con sus perillys y ses golas

A través de los mares, de un amigo espero oír la voz, y... ¡tarda mucho! En vano tras sus nuevas me fatigo, la tierra exploro y el silencio escucho: y en la esperanza que de oírla abrigo, con mi pavor desesperado lucho. ¿Qué es lo que oculta en Méjico ¡Dios [bueno!,

este silencio de amenazas lleno?

mientras yo, ignar Wiffi, sálo saciaba

¡Insoportable afán. La noche oscura no trae ya para mí la paz del sueño: de día entre las gentes con premura paso como visión de torvo ceño: me enoja quien consuelos me procura: frío, el amor y la amistad desdeño, y espero de esperar desesperado. ¡Oh, si estuviera el globo taladrado!

del ceraxen en su IIV nto bendito:

Tanta nueva invención..., tanto ade-

tanta electricidad, telegrafía, globos, vapores... ¡y silencio tanto y tanta soledad..., tanta agonía! ¡Y no poder en mi inquietud, Dios santo, la pena revelar del alma mía! ¡Y creer en ti, buen Dios, con fe sincera y no poderte ni rezar siquiera!

podemos concehir sobre la tierra: desde el libro y el cantico profético.

Porque yo vengo al templo, y sin rezarte que estoy hincado ante tu altar advierto, que está mi pensamiento en otra parte, y que con frases para orar no acierto: y mis vagas ideas ni aun del arte con el primor multíplice divierto: yo, que entro en esta Catedral bendita y el mundo de delante se me quita.

nucetra sin par deXI brica eristiuna,

Yo, que he venido a ella pequeñuelo con mi madre infeliz, que me enseñaba a oír la misa y a invocar al cielo:

mientras yo, ignaro aún, sólo saciaba de ver el templo mi infantil anhelo, y sus palabras santas no escuchaba; y en lugar de atender al sacrificio, admiraba, encantado, el edificio.

me enoja quien coxseios me produci: frio, el amor y la amerad desdeño

Yo, que por fe, placer, arte y costumbre, cuando de Burgos la ciudad habito, vengo a soliviantar la pesadumbre del corazón en su ámbito bendito: y esquivo la devota muchedumbre aquí, cual fuera la mundana evito, para dejar que se apacente el alma de triste paz y religiosa calma.

y tanta soledad... IXanta agonlet'nt le ¡Y no poder en mi Inquietrid, Dios santo,

¡Cuán poético es Dios!, ¡y cuán poético es un templo católico, que encierra cuanto conmovedor, grande y magnético podemos concebir sobre la tierra: desde el libro y el cántico profético, hasta el grosero material de tierra desde la prueba real, hasta el misterio, todo, desde el bautismo, al cementerio.

y mis vagas ideasHX ann del arfe

La Catedral de Burgos, maravilla del arte, de la tierra castellana del gloria y joyel, y fuera de Castilla muestra sin par de fábrica cristiana, es el templo ojival donde más brilla la fe de una nación en su arte humana; modelo de arte y fe, yo la contemplo de ellas a par como museo y templo.

was acoge at vol HXP in the agose are y

Percibe en sus católicos santuarios la presencia de Dios el alma mía: aspira en sus andenes solitarios inspiración y fe mi poesía: exaltan sus prodigios estatuarios al éxtasis tal vez mi fantasía... ¡Con la imaginería de un retablo, delirando tal vez, plática entablo!

a desdeño la tiara VIX los solares and v

Solo a quedarme en su recinto espero o a él cuando solo le supongo acudo: y olvidándome aquí del mundo entero, aquí al arte y a Dios adoro mudo: sonrío a los relieves del crucero; los bustos de los túmulos saludo: canto en el coro, baso los altares, y abrazo las estatuas y pilares.

teran, y mi pobre incorio esteriliza: no brotan las ideas en mi mente.

Y platico en espíritu a mis solas con cuantos en su fábrica pusieron las manos. Con sus mitras y sus colas vienen tras mí arzobispos y arcedianos; salen con sus perillas y sus golas a hablarme con sus obras, castellanos y extranjeros a un tiempo, entalladores, plateros, arquitectos y escultores.

la tierra explero MVX ilencio esqueho:

Sánchez, Diego de Siloe, Vallejo, Gil, Berruguete, el Borgoñón, Camargo... toda gente leal del tiempo viejo que vivirá en la historia tiempo largo, salen conmigo a plática o consejo rempiendo un punto su mortal letargo, y a hacerme imaginaria compañía, dandoles voz mi ignara poesía.

¡Un relámpagol... IIVX eblan aire y sach moviles bultos mil-jun truenol... y viete

La Catedral de Burgos abre ahora de consuelo a mi espíritu un tesoro: aquí ve a Dios mi alma, aquí le adora, aquí su amparo omnipotente imploro: y en la inquietud aquí que me devora, por los que en riesgo están le ruego y lloro; y aquí a solas a Dios pregunto en vano, qué es, joh buen Dios!, del buen Maximiliano?

que de grandeza hrtistica reposal sero a al enunciar el p'IIIVX istignismo;

Aquí, frente a la mágica escultura, ebra del Borgoñón incomparable, me siento a ver cerrar la noche oscura al umbral del cancel del Condestable: y espero que del Cristo la figura de su relieve se desprenda y hable; y le pregunto en mi delirio insano, qué es, buen Jesús, del buen Maximilia-

haciendo per dedXIX que el pueldesva-

sa sentido simbolico y oculto:

Todas las tardes vengo: todas miro mientras hay luz el Cristo del relieve: y en vano todas a sus pies suspiro, porque ni me habla el Cristo ni se mueve. Todas, esperanzado, me retiro de que alguna, por fin, moverse debe y darme nuevas de él..., ¡delirio insano de mi afán por el buen Maximiliano!

lanzas de militar aXXileria

Es una tarde parda; centellea el sol entre los cárdenos celajes de un aplomado nubarrón que ondea ante él, cuyos flotantes cortinajes entoldan su fulgor; amarillea desgarrándole el sol por mil parajes con mil rayos de luz de cuando en cuando; mas el nublado ante él se va cuajando.

reptiles que en los maros culciveau; las capillas profuncax, panteones

Penetran en las naves, por los huecos de sus ojivos dobles ajimeces, los relámpagos vagos y los secos truenos, roncos aún: siéntese a veces de las hondas capillas a los ecos ir por las insondables lobregueces el trueno a repetir que afuera zumba de rincón en rincón, de tumba en tumba.

incoherentes, ghr HXX doens,

A la luz temerosa y fugitiva del rápido relámpago brillante, los arquitrabes en que el templo estriba vacilan desquiciados un instante. Toda imagen de altar salta de él viva: no hay busto que no marche o se levante, pareciendo en redor por un momento toda inmovilidad en movimiento.

unn rataga silba HIXXa reja,

Parece la calada cresteria de los arcos y nichos ojivales, ondulante y flexible encajería: las verjas y barreados barandales lanzas de militar caballería que avanza en escuadrones desiguales; y los tubos del órgano salientes, crestas de grifos, colas de serpientes.

ante èl, cuyos flyixx cortinajes entoldan su fulcor, sonarilles

Tórnanse a su fulgor los rosetones, ojos de Leviatán que parpadean: la labor de hojarasca y canelones, reptiles que en los muros culebrean: las capillas profundas, panteones donde libres los muertos se pasean: las ventanas de vidrios losangeados, hornos de salamandras atestados.

de lus hundas oupYXX a los ocos

Al lejano rumor de un ronco trueno, miles de voces de invisibles bocas pueblan del aire el impalpable seno, incoherentes, gárrulas y locas.

Allí resuena un jay! de angustia lleno, allá muge un torrente entre las rocas, allá el crujido del incendio estalla, allá rompe el clamor de una batalla.

no hay busto que IVXX rohe o se levante.

Gime allí un moribundo que se queja, allá rechina un cable que se amarra; una ráfaga silba en una reja, una tela se rasga en una barra, canta en una cornisa una corneja...
y el ruido del turbión que se desgarra, en los huecos del órgano gorjea, bufa, muge, relincha y cacarea.

ates counigo aHVXX e consejo

Del trueno al son y al resplandor del [cielo, nada queda sin voz ni yace inerte. ¡Un relámpago!... y pueblan aire y suelo móviles bultos mil—¡un trueno!... y vierte su voz en él mil ecos de odio, anhelo, triunfo, terror, placer, victoria o muerte. Pasan... y pasa cuanto suena y gira.

y en la inquietud, aqui que me devera, ser los que en r. HIVXX el pruego y lloro:

la calma torna y el rumor expira.

¡Cuán poético es Dios!, ¡qué poderosa la fe del creador catolicismo, que de grandeza artística rebosa al enunciar el pobre cristianismo, con esa sencillez maravillosa de quien trae su poder consigo mismo! ¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía, oh santa Catedral, tu poesía!

v espero que delXIXX la lignica

¡Bendita sea, sí, bendita sea la religión sublime cuyo culto todas las artes en glosar emplea su sentido simbólico y oculto: haciendo por doquier que el pueblo vea su tradición histórica de bulto, en iglesias, imágenes y fiestas, el sentimiento para herir dispuestas.

people ni me hab XXX risto ni se mueve.

¡Qué fe, qué inspiración, qué poesía aspira en esta nave solitaria exaltada esta tarde el alma mía! ¡Cómo en este primor de imaginaria del Borgoñón Felipe me extasía la escena angustiadora y tumultuaria, en que la imagen de Jesús divina para en inocente al patíbulo camina!

al marchar por cIXXXo del relieva

Oh poder misterioso, oh fe del artel En esta maravilla de escultura, se ve que el hombre en su alma tiene

de aquella esencia creadora y pura con que Dios le hizo a él: Dios la reparte en almas aptas a crear, y dura en sus obras la chispa creadora a cuya luz quien cree las ve y adora.

mas de quienes HXXX os y ninturas

Esa imagen del Cristo que camina por el ajeno crimen al suplicio, de ese pueblo feroz que le asesina y le escarnece audaz entre el bullicio..., del pueblo que hoy ante él se arremolina para verle marchar al sacrificio, como ayer a aclamarle se agolpaba cuando triunfante en la ciudad entraba.

Fernando e Isabelizzaz su cabeza ciñen ya de ambos ucundos la corone

hace en mí una impresión inexplicable.

Esa escultura al contemplar, me siento extasiado en un doble e inefable artístico y piadoso arrobamiento.

Paréceme imposible que no hable ni se ponga ese cuadro en movimiento: y la figura mística del Cristo me hace acordar... de un hombre a quien [he visto.

an Inlgor on las VIXXX sagradas,

Libre de culpa y de virtud ejemplo.
contempla al Redentor mi fe cristiana...,
Mas... ruje el huracán fuera del templo,
y a intervalos la imagen soberana
a la luz del relámpago contemplo.
Esa escultura, jaberración insana!,
me hace acordar del buen Maximiliano
a merced del furor republicano.

Siento algo que eVXXXnbra se adelanta:

Estalló, al fin, la tempestad violenta: el viento las vidrieras estremece; y desencadenada la tormenta, que va a arrancar la Catedral parece. Culebrea el relámpago: revienta el trueno: el agua cae: desaparece la luz..., ya no distingo las figuras santas de las marmóreas esculturas.

a la l'algravea lux IVX XX (Fisto

¡Qué tempestad, Dios mío!..., ¡qué me-

soledad! Vago y temeroso ruido
llena la oscuridad, que pavorosa
por capillas y naves se ha extendido.
Estremécese el suelo en que reposa
la fábrica maciza al estallido
del trueno, y del relámpago a la llama
la tenebrosa oscuridad se inflama.

el embargado es HVXXX Hena.

¡Qué efecto tan fantástico producen en mi imaginación las llamaradas de luz intermitente, que introducen su fulgor en las bóvedas sagradas, y a sus puntos más lóbregos conducen olas de luz sulfúrea descarriadas que, al alumbrar los lóbregos rincones, les pueblan de fantásticas visiones!

of the life deliver III by leb and all a

Es la primera vez que me amedrenta la soledad de un templo, y que me espanta la voz con que habla Dios en la tormenta. Siento algo que en la sombra se adelanta: algo percibo que en la sombra alienta: presa me siento de pavura santa..., cree mi fe..., aunque mi espíritu flutúa..., que un misterio en la sombra se efectúa.

('nleines el rels XIXXX evienta

¡El relámpago!... ¡Dios!, ¿qué es lo que [he visto en el cuadro de piedra?; tengo miedo: a la fúlgurea luz creí del Cristo ver la figura andar..., mover no puedo los pies. ¡Otro relámpago!..., ¡oh, resisto en vano a la evidencia..., el rostro ledo volvió hacia mí la imagen... No respiro de pavor. ¡Oh prodigio! Yo deliro.

Estremécese el sue IX e cue reposa

¡Esa escultura vive!; una armonía do imperceptible casi en ella suena, que de santa y febril melancolía el embargado espíritu me llena.
Un incoloro albor de opaco día comienza a herir la escultural escena; y a su mística luz la piedra inerte un reen visión a mis ojos se convierte.

come en cete pri LIX de integinaria.

Todo en el cuadro escultural se muevelas figuras de piedra se adelantan detrás del Salvador, con pie tan leve que rumor con sus pasos no levantan al marchar por el campo del relieve. No oso a Jesús mirar, porque no aguantan mis pupilas la luz y la belleza de su gloriosa y celestial cabeza.

ILIX III de aquella esendia vecadora y pura

Del cuadro, tras Jesús, desvaneciendo se van del Borgoñón las esculturas, y de Jerusalén a él van saliendo por la puerta de piedra otras figuras: cuya presencia bien aún no comprendo, mas de quienes por bustos y pinturas de relieves, sepulcros y paisajes, reconociendo voy los personajes.

XLIII

Cuanto la fe, el valor y la grandeza de la España a la América eslabona, pasa ante mí: la histórica nobleza que recibió a Colón en Barcelona; Fernando e Isabel que a su cabeza ciñen ya de ambos mundos la corena; y Beatriz Galindo, la Latina, entre Guttemberg y Colón camina.

chiles y pladosVLIX amiento.

Los monjes de la Rábida, el aliento de la fe de Colón, de quienes queda la memoria en el gran descubrimiento: Juan de Grijalva y Álvarez Pineda, modelos de constancia y ardimiento, con Vespucio, Solís, Pinzón y Ojeda: y el Papa que los mares con su mano partió, cual Dios del mundo soberano.

marigoras de plo XLV

Luego tras de Cortés los compañeros de su sin par homérico heroísmo.

Las Casas, con los santos misioneros que llevaron la luz del cristianismo a la idólatra Méjico: primeros mártires del rencor, el egoísmo y la ambición fatal de una raquítica torpe y errónea y suspicaz política.

XLVI

Carlos Quinto, ya monje, del convento con el traje claustral, su dinastía austríaca trae en pos, con paso lento, torva faz y mortal melancolía. Cuantos al trono o a la fe alimento dieron o gloria a Méjico algún día, los obispos, los jueces, los virreyes que le dieron fe, paz, gobierno y leyes.

XLVII

Los mercaderes íntegros y honrados que luego, opulentísimos señores, fueron en sus incultos despoblados de ciudades y puertos fundadores.

Los que dieron el nombre a sus Estados, de su vida social los creadores, dando a las tribus bárbaras indianas la honradez y la lengua castellanas.

Todo este lento y silencioso bando de evocadas históricas figuras, se va sobre el relieve colocando de la lugar de las santas esculturas: y un ancho semicírculo formando y del paisaje ampliando las anchuras, del postigo de piedra el paso franco dejan, y en frente de él un cuadro blanco.

all pendon docid XLIX harmonusquial

Yo no sé qué de horrible me acongoja viendo en el cuadro el pórtico judío, al que un poder incógnito despoja de sus figuras, ante mí vacío.

Yo no sé qué de horrible se me antoja que va a salir por él: marmóreo, frío, como acceso febril me sobrecoge; el corazón no late y se me encoge.

tu simpătica voz manga y serena, por la postrera voz, simque me llene,...

Mis pupilas devoran el oscuro hueco cancel de la ciudad impía, que libre deja en el judío muro la evocación ante la vista mía. Siento tras él un paso igual, seguro: de tropa..., hela allí ya..., una compañía de rifleros... ¡Dios mío..., yo me pierdo de ese tren militar tras un recuerdo!

Dam, specifica LI in verdup a

¡Sueño, visión, delirio..., los antojos disipa con que el alma me acongojas! Sondar me aterra los que ven mis ojos: de lanzas y de sables hierros y hojas..., rojas divisas..., uniformes rojos...,
¡la librea imperial!..., no..., ¡blusas rojas!,
¡forman el cuadro! ¿Quién?, ¡delirio insapropria a la compania de la compania del compania de la compania de la compania del compania de la compania del compania de la compania de la compania del compania de la compania de la compania de la compania de la compania del compania del

en lugar de las santas esculturas: y un ancho semicirillo formando

y det paisale ampliando las anchuras,

¡Prisioneros con él sus generales dentro del cuadro!... Miramón, Mejía... ¡Los últimos..., los únicos leales al pendón de la hundida monarquía! ¡Vivos! ¡Fué vuestro afán! ¡Sois liberales los que bebéis su sangre a sangre fría! Él me ve..., me sonríe..., se adelanta hacia mí..., me va a hablar, ¡víctima san-

Yo no sé que de boráble se me antoja case va a sair por el: marmareo, irio,

Habla, te escucho; que en mi oído sue-

tu simpática voz mansa y serena por la postrera vez, aunque me llene..., aunque me parta el corazón de pena. Háblame, aunque la vida me envenene tu última frase de amargura llena. Pon fin a la agonía con que lucho: habla..., aunque sea un sueño: ya te es-

de rifleros ... (DiosVII) ... vo une pierdo

MAXIMILIANO

«Oye: la tierra entera me abandona, »Dios sea juez de los que a tal abismo »me han arrastrado; mi alma les perdona! »Dios me basta: aquí en paz conmigo mis»la tradición histórica me abona, »acompáñame el viejo cristianismo, »y asisten a mi muerte desastrada »la fe y la gloria de la edad pasada.

LV

»Francia... se hizo a la mar: Roma, me [olvida; pero pierden conmigo estas regiones: »la Iglesia queda tras de mí vendida, »muertas las europeas tradiciones. »Lo que Méjico mata no es mi vida: »lo que a la boca aquí de sus cañones »tiene de su república la tropa, »es la vida en América de Europa.

LVI

»Conmigo aquí que su poder abdique:
»de los Hapsburgos hostia expiatoria,
»que la posteridad me justifique.
»Ni una palabra tú. Dios y la historia
»hablarán: deja a Dios que me vindique:
»mas si vuelye a Carlota la memoria....
»conocerá tu voz..., dila que muero
»cristiano, emperador y caballero.»

ciner valde am LVII

Dijo así: saludóme con la mano; tomó lugar entre sus dos leales, Mejía y Miramón, Maximiliano, y ofreció a los fusiles liberales la noble faz y el corazón cristiano. Precisión militar juntas e iguales las armas asestó contra su seno: ¡Fuegol, dijo una voz, y estalló un trueno.

mas delirus si sucHVLire tu mano

Sueño, visión, delirio..., a su estallido todo se disipó: letargo breve me embargó: y al volver despavorido de él, trémulo de afán miré al relieve. Sus figuras de piedra no han perdido su inmóvil posición: nada se mueve: la lluvia cesa, el huracán se calma..., queda la tempestad sólo en mi alma.

To, con las balas quXII enviaste al pecha

¡Oh leal monarca bueno, que pudiendo tu persona rescatar con tu corona arrojándola a la mar, de egoísmo ruin ajeno, de tu buena fe en abono tu cabeza al pie del trono preferistes arrojar;

por propia voluntaXLs fue tirano

como en Cristo en ti han befado
de una ley las tradiciones,
y el error de las naciones
te arrastraron a expiar:
como a Cristo te han llevado
a traición al sacrificio,
mas como Él en el suplicio
encontrastes un altar!

v en lugar de romIXI us grillos viejos

¡Santo mártir! ¡Cuál sería de tu espíritu la pena al morir en tierra ajena de como infame salteador!

Yo te veo en tu agonía como a Cristo en el Calvario expirando solitario, Holl de tu raza redentor.

que Berge d'Son y autreman per lenna ta Dies es un vil fdolo: en su insano faror de Dies tal**IXA** ad blastema.

.... Proceikkaras (revers op byst)

De tu crónica funesta viva página arrancada para dar, por Dios salvada, testimonio de tu fe, con mi voz desde la cresta de un peñasco de Castilla, como el buho y la abubilla las tinieblas turbaré.

de quien differe IIIXInión con ollu; -;

Y si al son de sus cañones, presa en guerra ya cercana, olvidar puede mañana Europa al Emperador, en los viejos paredones de su albergue castellano, llorará a Maximiliano, mientras viva, su lector.

odia la tirania y VIXI roma,

Dios, que libras las naciones properties y las cargas de odio y yugos;
Dios, que juez de los verdugos y las víctimas serás;
Dios, que el sello a todo pones, yo a tus pies por ÉL orando no venganza te demando..., la propertie de la libra de la lib

Yo to veccontivXXImia analysis of of your companies of the companies of th

EPÍLOGO de obimilgos

Oye, pueblo sagaz, republicano que llevas «Dios y libertad» por lema, tu Dios es un vil ídolo: en su insano furor de Dios tu libertad blasfema. Tiene la libertad limpia la mano de oro y de sangre: su equidad suprema de la equidad de Dios es santa hermana. ¿Es esta libertad la mejicana?

Vival plas vuestal at ab vinumited -

No lo es: tu libertad liberticida se ceba en los vencidos, atropella la libertad que en la conciencia anida de quien difiere de opinión con ella; al que encomienda a su merced la vida, por el afán de degollar, degüella: y va, cual hiena vil, con el insulto a hozar en el cadáver insepulto.

en los viejos iIIVXJes de su albergue castellano.

La libertad es generosa: empieza por lidiar y vencer; triunfa y perdona: sólo acepta del alma la nobleza, odia la tiranía y la destrona.

La tuya les arranca la cabeza por quitar a los reyes la corona.

Méjico audaz, de regicidio rea, si esa es tu libertad, ¡maldita sea!

Place indeed LXVIII Is some said

Oye, Mejico aún: Maximiliano no tendrá vengadores en la tierra:

mas deliras si sueñas que tu mano le hizo tu prisionero en buena guerra. No: Dios te le entregó: y es un arcano de su justicia que en su juicio encierra. No tienen en la tierra vengadores los que cual Cristo y él son redentores.

Firewith on of LXIX blong below in

Dios de su raza redentor le ha hecho y ÉL sus crímenes viejos ha expiado; Tú, con las balas que le enviaste al pecho, cuanto a Europa te liga has fusilado; todos los lazos mutuos has deshecho: mas tal nudo al romper con tal pecado, olvidaste en tu cólera insensata que muere a hierro quien a hierro mata.

de tu buena le XXI one

onest lab ele la gyadas at

Lo sabes como yo: Maximiliano tu corona en las sienes no se puso por propia voluntad; ni fué tirano ni usurpador en Méjico ni intruso: fué a engañarle un partido mejicano diciendo que era tu nación: fué iluso, fué víctima: vivió y murió tu amigo: y es venganza su muerte, no castigo.

LXXIa la phisiant a

Mas tu odio a Europa te arrastró muy tu libertad con él has fusilado, [lejos: y en lugar de romper tus grillos viejos otros grillos más duros te has forjado. Escuchaste del yankee los consejos, y del yankee en la red te has enredado. Pues tanto odias tu sangre de europes.... jojalá seas yankee y yo lo veal

a classical de LXXII e valle de Males

jojalá seas yankee y luterana!, OI/AO porque para llegar hasta ese día has de arrojar la lengua castellana. la religión del hijo de María, v tu ruin libertad republicana en el vil lodazal de tu anarquía: y sin fuerza, sin honra y sin altares, entregarás al yankee tus hogares. tas vi comentarios, no han de sed promas-

easebrechine lo LXXIII obitrevices ad ea

Pero el yankee jamás será tu hermano, ni irá a la par contigo; no lo esperes. Dueño una vez del suelo mejicano se apropiará tus minas v placeres: te obligará a sembrar para él tu grano v dará a sus colonos tus mujeres, porque tu raza india hallará fea... Ojalá seas yankee y yo lo vea!

and produce limitance LXXIV of LXXIV

Ojalá pronto tu anexión reclamen los Estados Unidos, pueblo iluso! Y haz que a su madre en español no llamen e habitrae robado para enstanda

tus hijos, siervos ya del yankee intruso, y odio en la leche de su madre mamen al padre vil que en su poder les puso. Es la ley del Talión, nación ingrata: Oye, Francia versátil y altanera,

que hay en él de español y de cristiano. borrando en tus banderas nacionales tu «Dios y Libertad» en castellano: porque, joh nación de deicidio rea!, Dios con tu libertad no se aparea.

¿Un pueblo independiente y soberano quieres ser?; el derecho está en tu abono: mas eres más sacrílego y tirano que el rey peor que se sentó en un trono. Asesinas al buen Maximiliano, a la Europa, tu madre, por encono! Méjico en ÉL de parricidio rea, gesa es tu libertad?, ¡maldita sea!

ADICIÓN DEL LOCO COMENTADOR

Oye, Roma política y mundana; si apegada a los bienes de la tierra, sin humildad ni caridad cristiana fomentas las discordias y la guerra, sin atender a la razón humana, ni al tiempo oir que la verdad encierra.. Dios de todos es juez, y no perdona al que el rencor y la venganza encona.

l hierro muere quien a hierro mata. que juegas con la fe de las naciones; la fortuna no es más que una escalera LXXV de mal asegurados escalones. Quien pisa en uno mal, la rueda entera: Desparrama tus hordas liberales y como en ella des dos resbalones por tu suelo infeliz republicano: como el que diste en Méjico, te quedas y que borren las últimas señales de la escalera al pie, porque la ruedas.

Onlis sees MODRALARCON DE ALARCON PEDRO INTONIO DE ALARCON Asserblance

Dies con in libertan no se anaren.

Los poetas, mi querido Pedro, son insoportables: y tenía razón aquel sabio de la antigüedad que quería que fuesen excluídos de la república. Ni aun los locos podemos entrar en sociedad con ellos, sin salir con las manos en la cabeza.

Este libro no es el que te prometi en mi prospecto: y como todas las sabrosas especias con que había yo salpimentado mis notas y comentarios, no han de ser ya capaces de sazonar la desaborida pepitoria en que ha convertido este libro el autor de sus versos, me retracto de lo ofrecido por mí; y haciendo al poeta solo responsable de todo lo en él escrito, renuncio a enviarte la estupenda prosa, que debía de hacerme famoso, a la par de los versos que deben en mi juicio desacreditarle a él. Suum cuique.

Yo te enviaré, por mi propia cuenta y bajo mi sola firma, el librejo de notas y comentarios que te prometí añadir a sus versos; y en él te diré el algo sobre Méjico y Maximiliano que a mí me correspondía decir: cargue el poeta con el mal porvenir de su drama del alma; que no quiero yo condenar la mía por pecados de la suya.

Para declarar disuelta mi compañía con el poeta, tengo, aunque loco, mis razones,

y te las voy a exponer sin reparar en pelillos.

Como lo echarás fácilmente de ver por el número de páginas que los versos ocupan, el poeta se ha apropiado las doscientas a que debía limitarse el trabajo de ambos; y si a lo menos sus versos valieran la pena de suprimir mi prosa, podría yo resignarme a ello: pero escucha, Pedro mío, lo que es el trabajo del tal poeta: a quien Dios se le perdone después de que el público se le desdeñe, la crítica justa se le destroce y la mordaz y apasionada le dé por él la más merecida cencerrada y la más oportuna paliza.

El autor de los versos de este libro (además de haberme robado para sus ramplonas estrofas el lugar destinado en el para una prosa que debía inmortalizarme), ha hecho del libro primero de los cinco en que le divide, un trabajo literario digno del sacristán

que puso en octavas reales la Regla de San Benito, q sel reboq ara no oup liv orban la

En su libro tercero, primo hermano del primero, ha enjaretado en verso prosaico unos dialoguitos entre Roma, Francia y Maximiliano, que pueden arder en un candiliconcluyendo el tal tercer libro con una fantasía de pésimo gusto, que hubiera extasiado y dejado bizcos a los románticos de 1839; pero que no hay narioes con que leer en 1867, por falta de espacios en que colocar los alientos, y de un solo período del cual pueda colegirse que el autor tiene sentido común.

En su libro cuarto, se echa por esos trigos de Dios a buscar a su padre y a su madre, y a encomendarse a María Santísima: cosas muy santas y muy buenas tal vez, si no deja-

ra plantado al lector en el valle de Méjico, para venirse de un salto a rezar y lloriquear nor Cataluña y Castilla la Vieja. ¡Vaya un brinco, Pedro míol Y échales galgos a los escribir sesenta cartas bumorísticas a Carlos Frontaura, y misyo-sencios a Nune zapog

Mis más desesperados esfuerzos para encarrilarle por la vereda de su argumento han sido inútiles: y todas mis razones de loco se han estrellado en sus razones de pie general Jovelher, y at reacquée de Herodia, y a la duquesa de N. y at mare cond et

A la crítica mía de la narración prosaica de su libro segundo, me ha respondido con el más impertinente desenfado; que «si no era verso, era verdad»; y a la de sus extemnoráneas excursiones del libro cuarto, me ha contestado: que hacía veinte años que estaha ausente de España y que quería hartarse de andar por ella; que los vallesolitanos. los burgaleses y los palentinos, eran hermanos suyos de padre y madre, y que no pensaba dormir en cama hasta haber dado a todos y a cada uno de ellos un cordial apretón de manos, orinnar limitando folan tras vivas sus basticacionization notaringia achatracallo

Figurate tú lo que habré tenido que sudar para impedirle que abrazara a cuantos topaba por las calles de Burgos y Valladolid; que se parara a gimotear con cuanta vieja la hablaba del tiempo pasado, y que besara y limpiara los mocos a los chicos de Quintanilla, como si fueran hijos suyos. Por más que le asía yo del brazo y me le ponía delante para enveredarle por su asunto, él se me largaba por una puerta falsa a un huerto vecino, o por una senda de cabras se me encaramaba hasta las ruinas de un castillejo, o se me arrodillaba, en fin, en un abandonado santuario; y dale con que por aquella ventana le llamaba su madre y que por aquella puerta salía su abuela, y que en aquel cuarto se le había muerto un tío, y que al pie de aquel peral le había dado un beso una prima suya; como si a cada hijo de vecino de su edad no se le hubieran ya muerto padres y abuelos, y no le hubiera dado algún beso alguna prima: cosa tan natural entre parientes tan próximos, aldad al babilaibnos aumerani nos pure sel escabasta nalbon aup discorrati

Pero todos estos sustos y afanes míos, mi benévolo Pedro, han sido tortas y pan pintado, comparados con el trabajo de Hércules a que he tenido que dar cima, para no dejarle meterse en otro berenjenal, del que no nos hubiera podido sacar en seis meses aquel forzudo semi dios de la maza, modelo, envidia y admiración de los gañanes y mozos de cuerda. Quería nada menos mi disparatado versificador, que dar gracias a todos y a cada uno de los poetas y amigos que le habían saludado a su vuelta a la patria; contestando a sus versos con otros en la misma rima y con los mismos consonantes: sin duda por aquello de interrogatio et responsio. Quería hacer trescientas quintillas a la gentil, franca y leal Carolina Coronado, precedidas de retumbante prosa al honrado Ferrer del Río: ésta impresa en letra muy gorda, para que correspondiera con el tamaño de la persona a quien debía ir dirigida; y unos muy repiqueteados ovillejos a sus viejos amigos los Asquerinos: éstos en letra muy pequeña por razón contraria a la de la prosa de Ferrer: y una colección de romances a Ventura Ruiz de Aguilera, y a Camilo Jover, y a Narciso Campillo, y a Flores Arenas, y a Emilia Pardo Bazán, y al simpático Grilo, y a todos los redactores del Lloyd español y de la Corona de Cataluña, y de todos los periódicos de Burgos, Valladolid y Madrid, que le dieron los buenos días o las buenas noches; y quería escribir sesenta cartas humorísticas a Carlos Frontaura, y nueve sonetos a Núñez Arce, y una novela en cuatrocientos capítulos a Fernández González: y tenía, además, el plan de un poema fantástico, en el cual mostrara su gratitud al señor barón de Andilla, y al general Jovellar, y al marqués de Heredia, y a la duquesa de N, y al marqués de X, y a la vizcondesa de***, y a todos los que le habían honrado convidándole a comer y a bailar y a tomar té, y hasta a los que sólo lo habían pensado; concluyendo su obra con un doble rombo, bien piramidal, que figurase un bonito reloj de arena, como aquellos que hacían la Avellaneda, Espronceda y él en aquellos tiempos romboidales, en que tomó la poesía todas las formas, hasta la de la alcuza. En esta desatinada idea estaba emperradísimo el desatinado autor de los versos de este libro: pero al fin desistió de ella ante las siguientes reflexiones:

Primera: que todo aquel fárrago con que él quería llenar diez volúmenes, podía reducirse a una sola composición dirigida a todos; puesto que iba a decirles a todos lo mismo.

Segunda: que aun esta única era preciso que la pensara mucho; porque podía parecer gana de prolongar el ruido, y comezón inextinguible de hablar de sí mismo: defecto abominable en que había incurrido mil veces en estos últimos tiempos, y de que había llegado ya el de que se corrigiera para siempre; porque la modestia dobla el valor del que algo vale, y hace valer algo al que ninguno tiene: y que darse por entendido de los hiperbólicos elogios que en tales casos se hacen a los que su fortuna se los procura, era lo mismo que ir diciendo por la calle: «miren qué buen mozo soy y qué talento tengo, cuando tantos chicoleos me echan al pasar los hombres y las mujeres».

Tercera: que podían ofenderse los que con ingenua cordialidad le habían hecho versos y obsequios, al ver que se apresuraba a devolvérselos, como si fueran dineros prestados por usureros que se gravaban con intereses, y en fin, que lo mejor que podía hacer, era aguardar a que se presentara una ocasión oportuna de manifestarse agradecido al público y a sus amigos: que Dios se la depararía, sin duda, pues no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

Estas reflexiones mías debieron de hacerle fuerza; porque se puso a escribir el libro quinto de este volumen, que era a lo que debía haberse limitado desde el principio; encomendándome que tratara contigo, Pedro bueno, de buscar ocasión y manera de no pasar por vanidoso ni ingrato; y paréceme a mí que la publicación de este librejo es una ocasión pintiparada para que yo te encargue, a ti que conoces a toda la gente de talento, a todos los literatos, poetas, artistas y actores de España, que la han dado lustre con su nombre durante nuestra voluntaria expatriación, que les digas de nuestra parte estas o semejantes palabras:

«Que cuando se nace en Castilla y se encuentra uno a dos mil leguas de España,

en una tierra que tiene el empeño monómano de rebajar nuestras glorias nacionales, se reciben allá las noticias de nuestra patria como auras vitales que confortan y alargan nuestra existencia: que para los desterrados allende el mar, no hay partidos políticos ni literarios: y se enorgullecen con los triunfos logrados en la guerra de África por nuestros generales y ejércitos, como con los conseguidos en la tribuna, en la prensa y en el teatro, por nuestros oradores, poetas y actores: que leen con lágrimas de placer y de entusiasmo, los versos de Selgas y Campoamor y Grilo, y las novelas de F. Caballero, Tárrago y Mateos y Fernández González: que se rompen con gusto los guantes y las manos aplaudiendo el tanto por ciento, las querellas del rey sabio, la campana de la las ingenios nuevos, como si fueran obra de sus hermanos y de sus hijos: y que eso es lo que han hecho el autor de estos versos y el loco de ellos comentador en Méjico, y lo que esperan continuar haciendo mientras vivan en España: porque Dios les ha dado felizmente un corazón sin envidia y una lealtad de la cual pueden dudar solamente los que no les conocen.

»Diles también, Pedro, que el que pueda creer que un hombre en la posición del poeta autor de los versos de este libro, puede no agradecer o desdeñar las muestras públicas de cariño que ha recibido al regresar a su patria, es preciso que tenga perdido el juicio o gangrenado el corazón: y que el que no comprenda su fe cristiana, y las causas de su silencio y aislamiento en las circunstancias en que le ha colocado la suerte en 1867, tiene que ser más tonto que lo que yo sería si escribiera sobre esto una sola palabra más.

«Con que haz leer esta página, mi querido Alarcón, a los que tú creas que deben de leerla: y no les dejes leer las demás, porque ésta es la única de este libro que vale la pena de ser leída, por ser la sola en que manifestamos, a nuestro entender, un átomo de talento, y es la que expresa la gratitud y lealtad de nuestra alma castellana.»

retornes, con mandre de algunes y contento de untelos, pero ain caso o Y le. Habla vendido not mis de setenta millones de duros do biones de de concultado de setentado de set

massir parto de los templos y memasterios Hystorista do a los faciles y medical estados el marcineo control con los faciles en estados el marcineo el marcineo control con el marcineo el

En cuanto a aquel ALGO SOBRE MÉJICO Y MAXIMILIANO que yo intentaba decirte, formará libro aparte como ya te he indicado; y lo recibirás, mi querido Pedro, cuando el tiempo lo permita; porque aun cuando el poeta autor de los versos de este libro, ha marcado en ellos con su pluma los puntos culminantes del cuadro que debí yo dibujar ante tus ojos, la poesía no es más que música celestial; y cuando es como la del hibro segundo de los cinco versos de éste, no llega a la destemplada música de la más desacordada murga.

Además, mis opiniones difieren de las del poeta respecto a Méjico: y los detalles rapidísimos que voy a darte en lugar de mis notas y comentarios, te darán la muestra de muestra divergencia de pareceres; constituyendo aquéllos la base de una historia

de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano en Méjico, algo diferente de las que se escribirán en Méjico y en Francia, por republicanos e imperialistas.

Y he aquí algo de aquel ALGO que me proponía decirte.

La idea del imperio mejicano fué la elucubración de algunos diplomáticos, que no conocían a Méjico; unos por haber permanecido ausentes muchos años de aquella tierra. y otros por no haber estado jamás en ella, ma y estado combano combana do estado

Y permiteme, Pedro, que te haga una observación entre paréntesis. (Los diplomáticos tengo yo para mí que son los que menos saben de los países extranjeros por donde viajan; porque como viven sólo en las cortes y capitales, y están convidados a todos los bailes y a todas las cenas de los palacios y tienen que pagar tantas visitas, no tienen tiempo de estudiar los países; sabiendo de ellos lo que les dicen los periódicos y los habitantes de la capital. Y hecha esta observación, que no lleva intención maligna contra nadie, cierro el paréntesis y voy adelante con mi cuento.) m obnainad animilron apparent

El poeta te dice en este libro que los mejicanos tienen mucho talento y mucha sagacidad. Esto debe de ser una gran verdad, aunque él te la haya dicho en verso; puesto que embarcaron en su descabellada intervención a los Emperadores de Austria y Francia, al buen rey Leopoldo de Bélgica, a quien como sabes elegían todos los soberanos de Europa por árbitro de sus negocios, y a las reinas de España y de Inglaterra. Ya ves si tendrían talento los mejicanos, cuando levantaron con él una polvareda capaz de cegar a todos los ministros, consejeros y diplómatas de aquellos dos imperios y de estos tres reinos, ratas ann auso endos medidiresso la sinascov ago ob elevação dos santes em

Los que desde Méjico azuzaban a los visionarios imperialistas de acá, eran, en su mayor parte, los del partido mejicano que ha tomado por lema «Religión y fueros»: quienes por aquel entonces llevaban lo peor en su revuelta tierra; y en donde Juárez, de regreso de su segunda hégira, había audazmente acometido las más ultraliberales reformas, con asombro de algunos y contento de muchos; pero sin oposición de nadie. Había vendido por más de setenta millones de duros de bienes del clero; derribado la mayor parte de los templos y monasterios; exclaustrado a los frailes y monjas; establecido el matrimonio civil; abolido todos los fueros y privilegios: prohibido el traje eclesiástico, el toque de campanas, la enseñanza religiosa en las escuelas, etc., etc., etc., etc. buen Juárez lleva en las banderas de su partido el lema nacional de la república, que es «Dios y libertad». Averigua tú de qué Dios y de qué libertad hablará aquel lema.

Pero el de «Religión y fueros» de los otros, también tiene gracia. La religión (suponiendo que sea la de Jesucristo) establece la igualdad ante el tribunal de Dios y ante el de todos los poderes y tribunales que por medio de la administración de justicia representan su divina autoridad en la tierra: y el lema de este partido añade a su religión los fueros; es decir, exenciones, privilegios, rancho aparte del resto del pueblo. Este partido tenía sus periódicos, el más marcado de los cuales era El Pájaro Verde, fundado y sostenido (según voz pública, tal vez mentirosa) por un alto personaje de aquella comunión política y dirigido por un hijo de español, que se ocupaba en ét de averiguar las vidas ajenas, de apuntar todos los rumores injuriosos y perjudiciales al bando contrario, encabezando sus artículos de fondo con textos latinos de los Apóstoles y los Santos Padresy e oncluyendo con folletines morales de Eug. Sué y Alej. Dumas; enidando, además, de alimentar su imprenta con reimpresiones de las novelas de los autores españoles y de las obras teatrales y líricas de sus poetas más favoritos de los lectores. Ya ves lo que ganarán los editores que de aquí envían ejemplares de ellas, con corresponsales como El Pájaro Verde.

Te estoy viendo fruncir el entrecejo, Pedro: y te hace cosquillas en el pensamiento la idea de que voy mostrando mis puntas de liberalesco, como ahora he visto que por acá se escribe; pero para que te convenzas de que mi relato es imparcial, no tienes más que tomarte la molestia de descomponer el título del tal periódico y hallarás que El Pájaro Verde es el anagrama de Arde pleve roja (esta pleve con v pertenece a la ortogra-fía mejicana, que no hace diferencia entre la b y la v, ni entre la s, la z y la c: y que es prima hermana de la del maestro andaluz, que decía a sus discípulos: ñiñoz, zordao ze ezcribe con eze y con ele). Me parece que en las columnas de un periódico cuyo título anunciaba el deseo de quemar a la plebe, no rebosarían la tolerancia evangélica ni la caridad cristiana: y no creo en conciencia Ievantarle ningún falso testimonio, suponiéndole para sus contrarios las intenciones de un gavilán con respecto al pollo que se lleva en las garras.

Entre estos dos partidos arrojó al desventurado y leal Maximiliano la intervención europea; de la cual tuvo Prim el buen instinto de separar el pabellón español en las playas de Veracruz; por lo cual le debe de estar la patria agradecida, aunque yo no estoy conforme con el inodo con que se ganó el derecho a tal agradecimiento, como te contaré en mi otro libro.

Los franceses, que creen que el universo entero no es más que el patio de París, se fueron metiendo por Méjico como por su casa; hasta que en Puebla les dieron los mejicanos una tollina, que les obligó a tantear la tierra antes de sentar el pie sobre ella.

El poeta y yo te repetimos que los mejicanos tienen muchísimo talento: y yo te añado que tienen muchísimos talentos; uno de los cuales es el de buscar y hallar el lado flaco o ridículo a todo lo grande, bello o sublime que va de Europa, o que puede hacerles sombra. Éste es un gran sistema: con un cuentecito, una cancioncilla o un dicharacho ingeniosísimos, apagan ante los ojos del vulgo la más luminosa reputación, antes de que tenga tiempo de admirar su brillantez. Este talento le destilan a través de aquel principio florentino de calumnia, que algo queda en unas composiciones que llaman ensaladillas», cada una de cuyas estrofas es una saeta envenenada, que va derecha a la honra de un hombre, de una mujer, de una familia o de una sociedad entera.

Unos ejemplitos: se dió un beneficio en el teatro (no importa para qué objeto) y tomaron todos sus palcos las familias de más alta posición. Al día siguiente circuló

una ensaladilla por la ciudad, en la cual no había más que la numeración de los palcos de esta manera: En el que ocupaba la familia de un rico banquero, cuyas señoras oían misa todos los días y concurrían todas las noches al teatro, decía: a obnaradam como Palco núm... La ópera y el sermón, mitollol, acco objecto por mitollo de la constante de la co

En el de un conocido personaje cuya esposa tenía fama de dominarle, decía: sol Palco núm. . . Lo de arriba abajo inllag aslanhast acado anl ab y solonagas sontas

En el de una familia cuyo jefe tenía afición al juego, decía:

Palco núm... El rey de bastos.

Y así de todos los palcos; aplicando a las familias que les ocupaban el título de una comedia, que las satirizara, combrode el catung sin objecticom govern el cali-

Llegó nuestro Embajador Pacheco, que era el primer embajador que iba a Méjico. no habiendo tenido allí las naciones europeas más que encargados de negocios, ministros plenipotenciarios o consules generales. Todo lo que en una república puede tomarse por aristocracia y toda la gente acomodada, salió a recibirle. Más de una legua de camino se cubrió de carruajes y de jinetes; toda la población estaba sobre la carretera de Veracruz. A los pocos días se vendía en las tiendas una bebida, mezcla de aguardiente pulque y otros ingredientes espirituosos, que los léperos pedían a los tenderos, diciendo: «Deme usted dos cuartos de Embajada de España.» Estos detalles prueban la verdad de lo que en mi prospecto te dije; que Méjico es un país de broma; y ahora verás.

Avanzaban los franceses sobre Puebla y la pusieron sitio: Una de las cosas que con más cuidado traía a los mejicanos, era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quien aseguraba que ensartaban moscas en ella y que un solo francés, con aquella arma, daba cuenta de tres jinetes mejicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio: atacaron los franceses y resistieron los mejicanos: éstos se batieron como buenos: yo soy quien te lo digo, Pedro: la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques a la bayoneta con los mejicanos, era que el francés ensartaba en su bayoneta al mejicano por debajo del esternón, mientras el mejicano introducía la suya al francés por la mismísima boca del estómago, quedando ensartadas en sus fusiles muchas parejas de muertos de ambas naciones. A estas infelices parejas las llamaron los mejicanos los gemelitos (las mancuernitas, que es como se llaman allá los dobles botones del puño de las camisas), y esta sola palabra, igualando al soldado mejicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste sobre aquél. Y aquí concluyó el miedo a las bayonetas francesas.

Lo mismo hicieron con todo; y así avanzó la intervención por la comarca de Méjico, hasta dejar a Maximiliano y Carlota en su trono y su capital.

Los republicanos se retiraron delante de ellos; pero teniendo la astuta previsión de dar en escritos, versos y cantares el título de traidores a los partidarios del imperio: título que nunca favorece a ningún partido en ninguna nación, a podificación soul.

Maximiliano creyo, y era lógico en su opinión, que él no debía ser jefe de un partido:

sino formar, con los elementos encontrados de todos los de Méjico, el núcleo del elemento imperial, que debía fundir en un solo bando nacional, todas las discordes aspiraciones y mal avenidos intereses: y creyó también, y en esto también era lógico, que habiendo estado Méjico medio siglo constituído en república, su imperio debía basarse en una constitución y unas instituciones necesariamente liberales, si no habían de chocar con les hábites contraídes por el pueblo. Pero aquí de les de «Religión y fueros», que habían contado con que Maximiliano, católico y bendecido por el Papa, fusilaría y ahorcaría a todos los compradores de bienes eclesiásticos nacionalizados por Juárez, repartiendo a su vez entre los imperialistas los bienes y haciendas de los republicanos. Maximiliano no podía acceder a semejante pretensión, que hubiera enajenado al imperio la simpatía del comercio extranjero, y de los que con él habían adquirido aquellas fincas, al precio y bajo las condiciones con que el Gobierno entonces establecido las había sacado a venta. Maximiliano ordenó una revisión de las escrituras de venta, en pro de los compradores de buena fe, y ordenó que devolvieran al Estado las fincas no pagadas, Los de religión y fueros le dijeron que el Gobierno de Juárez era ilegítimo y que no había podido vender; repuso el Emperador que tan legítimo era el Gobierno de Juárez como el de todos los Presidentes que lo habían sido por la fuerza o por la intriga: los dos únicos modos de llegar a la presidencia, desde la emancipación del país de la dominación española; tornaron a replicar ellos, y a negar él; y en cuanto vieron que la revisión se entablaba y que una comisión mejicana debía de hacer presentes a Pío IX la situación del país y las dificultades del negocio, hicieron comprender a los magistrados que incurrían en excomunión si daban curso a las revisiones, y la conciencia de los jueces, que habían sancionado las escrituras de venta hecha por Juárez, se escandalizó de la revisión de Maximiliano. Partió a Roma la comisión mejicana, para someter humildemente al Papa las bases de un Concordato, como los que se han hecho en nuestras naciones europeas, pero los de «Religión y fueros» les minaron el terreno por medio de sus agentes en Europa. Hom sofi a nama un mudadorn oun alimonava de sonoinisonoun sur sionna

Entonces fué cuando algunos periódicos europeos, a quienes tenían embaucados los religioneros-fueristas, cayeron sobre el acorralado Maximiliano, a quien dieron poco menos que por apóstata y hereje, diciendo que se vendía a los liberales, etc., etc.

La comisión mejicana anduvo muchos meses por Roma sin dar con Su Santidad: y Maximiliano se desprestigiaba con su poca influencia en las cortes de Europa. La Emperatriz, que quiso ayudar a su marido en esta cuestión, la más vital de un imperio, estudiándola con su extraordinaria perspicuidad mujeril, se embarcó también para Europa, modelo de esposa y soberana, a abogar ante las testas coronadas por la causa del Emperador, su marido; pero tuvo la desgracia de *indisponerse* al ir a entablar su demanda, y Maximiliano esperó allá el resultado de su viaje, que no llegó nunca a saber positivamente.

Entretanto, los franceses (que se habían hecho lugar con el pueblo, durante el man-

do benéfico y conciliador del honrado Mariscal Forey), empezaron en el del general Bazaine a azotar a los mejicanos en el patio de la casa donde estaba alojado uno de los jefes, y después a fusilarles en la plaza de Mixcalco, so pretexto de que todos eran ladrones y de que era preciso extinguir el robo. Comenzó a rebelarse el amor propio de los que un año antes eran ciudadanos viéndose azotados como esclavos, y comenzó a despertarse el odio y el deseo de las represalias, sin que Maximiliano lograra mitigar aquellos rigores, pues las comisiones militares francesas eran inexorables, y sobre él echaron después los liberales lo odioso de aquel procedimiento arbitrario y tiránico.

Y aquí se vió un caso curioso en los anales de las intervenciones, que prueba que la peor causa puede llegar a hacerse nacional en un pueblo por la torpeza de los que le gobiernan.

La plebe mejicana tomó el empeño de sostener el robo como si fuera una industria nacional, y protestó contra su castigo de una manera original, que merece ser tomada en cuenta.

Mientras los franceses fusilaban a un mejicano, el oficial y los soldados del pelotón eran despojados por los léperos de alguna prenda de su vestuario, que echaban de menos después de la ejecución; operación que ejecutaban los *léperos* a riesgo de la vída, y que significaba bien claramente: «nos fusilaréis, pero os robaremos hasta que podamos fusilaros».

Convencidos de su impotencia, o por causas que no me importa investigar ahora, los franceses se retiraron de Méjico; los republicanos comenzaron a extender sus guerrillas depredadoras por los terrenos que la abandonaban; los imperialistas de buena fe comenzaron a desconfiar del porvenir, y Maximiliano bajó a Orizaba, enviando sus papeles y equipajes a Veracruz, resuelto a abdicar. Trató de entablar negociaciones con los jefes republicanos, con el fin de asegurar las personas e intereses de los que le habían sido adictos; pero los jefes republicanos, seguros ya de su triunfo, desecharon con desprecio sus proposiciones de avenencia, que probaban su amor a los mejicanos, a quienes ya sólo podía proteger humillándose: lo que no vacilaba en hacer en pro de los suyos.

Dios le había destinado para pagar los pecados de Europa en América; y como a un corazón leal se le puede engañar muchas veces, se le volvió a hacer creer que el imperio era popular: que sólo le desprestigiaba la alianza y presencia de los franceses y que los imperialistas podían aún disponer de veinte mil hombres y veinte millones de duros para que el Emperador salvara en Méjico la causa de la religión, de la sociedad y de las tradiciones europeas.

El caballeroso Maximiliano creyó que le deshonraría el volver la espalda a los que se creía en deber de proteger; y formando un plan de campaña, que todavía hubiera podido dar un resultado más favorable y que le hubiera permitido salir al menos con honor del país, se fué a encerrar en Querétaro con Miramón, Mejía y Castillo, provocando a los republicanos a sitiarle en aquella plaza, mientras Márquez reunia en Méjico

el euerpo de ejército y los elementos de guerra suficientes para caer sobre los sitiadores. Éstos no dejaron de acudir a la audaz provocación de los imperiales y sitiaron a Querétaro: pero Márquez, en lugar de seguir puntualmente el plan del Emperador, fué torpemente a hacerse derrotar en Puebla por Porfirio Díaz, y volvió fugitivo a la capital, donde hizo maldecir al imperio y desear la vuelta de los republicanos, con sus tropelías y exacciones. Encarceló a los ricos para hacerles vomitar dinero, y les tuvo en ple sin silla ni cama en que reposar; echó una contribución diaria a todo vecino que tenía algo y cogió de leva a los indios abastecedores de víveres a la capital, para hacerles trabajar en las trincheras, privando así a la ciudad de abastecimiento. Se pagaba el maíz a cien duros y el trigo a ciento cincuenta: los pobres se morían materialmente de hambre, y unas familias vendían, para comprar alimento, los muebles, que otras más ricas compraban para calentar el suyo. Sabiendo la catástrofe de Querétaro, dió la falsa noticia de la derrota de Juárez y de la vuelta próxima de Maximiliano triunfante. Se echaron las campanas a vuelo y se creyó en un milagro de Dios: entre cuyo tumulto desapareció el general, y al día siguiente los liberales intimaron la rendición a la capital.

Así cayó Maximiliano en poder de Juárez: y los periódicos que le tacharon de mal católico, de mal europeo y de traidor a su propia causa, dijeron que era un héroe y un mártir y pidieron a grito herido venganza a Dios. ¡Ay! Dios no es ministro de la venganza de nadie. Dios castiga, pero no se venga; porque la venganza, que pudo ser el placer de los dioses del paganismo, no cabe en el Dios de los cristianos, que es la suma justicia y la suma perfección: Dios castiga y nada deja sin premio y sin castigo sobre la tierra —pero no se venga—, Dios castigará.

Por estos rápidos y desaliñados apuntes, comprenderás, Pedro mío, que el algo que yo intentaba decirte, debía de constituir una historia de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano en Méjico, algo diferente de como la contarán los franceses y los mejicanos: los republicanos que fusilaron al Emperador y los imperialistas que le abandonaron: y de cuya historia mía iban a desprenderse, naturalmente, las siguientes consecuencias:

Que el imperio mejicano fué un sueño, que no pudieron realizar Austria, Francia y Bélgica, que dieron tropas para tal intervención, y que este desengaño debe servir a la Europa de lección, y darla la norma de sus relaciones futuras con las Américas españolas.

Que lo que se deseaba en Méjico por el bando anti-juarista, no era un imperio nacional mejicano, sino un imperio que hiciera triunfar su partido.

Que el catolicismo hubiera logrado más de un Concordato hecho por Maximiliano, que lo que ha de rescatar de las garras de Juárez y de las de los republicanos, que no dejarán el valor de dos reales de la hacienda de la Iglesia.

Que los partidos religiosos y sus periódicos de acá, deben de reflexionar antes de hacer suya la causa de los partidos religioneros de allá: porque el Dios y la libertad de

América, no deben de ser los mismos que los nuestros: pues Dios y libertad, religión y fueros y todos sus programas, sus proclamas y sus anagramas y todos sus lemas, se traducen al castellano por éste: detrás de la cruz, el diablo, y que las palabras y las teorías son las mismas, pero las prácticas de los hombres no es fácil que las apadrinen como suyas ni Dios ni la libertad.

Que por aquello de morto leone, de a moro muerto, y del árbol caído, Maximiliano tendrá por ahora que cargar con las culpas de todos—y verás cómo Lerdo de Tejada (que es uno de los menos lerdos de aquel país en donde nacen pocos) te prueba en su memorandum, como tres y dos son nueve, que sus republicanos eran inocentes e inofensivos como monjas, hasta que el bribón de Maximiliano vino a degollarles como corderos. Y verás también cómo, si los religioneros vuelven al poder y publican su memorandum, para emparejar con el de Lerdo, te prueban también en él que la ignorancia, la ineptitud y la terquedad del herético Maximiliano, fueron la causa de la caída del imperio, porque aquel obcecado príncipe no se dejó gobernar y aconsejar por ellos, que le hablaban en nombre de Dios.

Que la república será de hoy más la forma de gobierno en Méjico y en la América española, donde la Europa ha perdido toda su influencia y la mitad de su comercio futuro, por el error de Francia, y que por este error se ha burlado, se está burlando y se burlará Méjico sólo de la mitad de la Europa.

Que Juárez y sus republicanos estuvieron en su derecho al fusilar a Maximiliano, a quien nunca reconocieron más que por su enemigo, pero que abusaron infamemente de tal derecho, fusilando a un hombre cuya bondad conocían; acusándole de crímenes que jamás pensó cometer y ponderando la necesidad en que se vieron de fusilarle para la salvación de la patria, que no puede estar más perdida que en sus manos.

Que nosotros no abogamos por Maximiliano y Carlota, sólo porque ellos fuesen principes o porque nosotros seamos serviles, sino porque eran unos príncipes buenos, inteligentes y deseosos de buena fe del bien y progreso de Méjico.

Que el autor de los versos de este libro y yo no tenemos el más leve átomo de rencor ni enemistad a los mejicanos, cuya perspicacia, talento, cortesía e instrucción, hemos celebrado de buena fe en este libro, cuando de ellos nos ha tocado hablar: que pensamos dar idea de su civilización y de la poesía de sus costumbres, y de su país en otro libro menos ingrato, en que hablaremos de su vida, de sus haciendas, de los gallardos ejercicios de su equitación en sus coleaderos y lazaderos; de sus bailes y sus canciones, que rebosan gracia, originalidad y carácter: porque lo único que encontramos malo y por lo cual no les tenemos rencor, sino compasión, es su absurda, su maldita política basada en el odio monomaníaco que tienen a Europa, y sobre todo a España (Gachupia), cuya raza son y cuya sangre corre por sus venas. En este sentido hemos hablado de Méjico agriamente en verso y prosa en este libro: pero protestamos que sólo considerándolos bajo el punto de vista político, y no social ni personalmente. Sentiremos que así no lo

comprendan: pero si así no fuere, tampoco nos pesará mucho, porque les daremos ocasión de mostrar su verbosa erudición, su gracejo nacional y su agudeza chispeante de
gracia flexible y de punzante malicia, al devolvernos lo que crean que les ofende. Y esto
en lugar de dolernos, nos enorgullecerá, porque vendrá a corroborar mestra aserción
de que tienen mucho talento. La política les envenena el corazón y es la única tacha
de sus buenas cualidades; así que, si arrastrados por esta nacional antipatía política,
nos envían en contestación unas cuantas calumnias bien intencionadas o unas cuantas
injurias bien personales, las recibiremos cordialmente como chistes del país, pues estamos acostumbrados a leer el Pájaro Verde y El Gachupín, que se publicó a la llegada de
Prim con la intervención.

Nosotros, humillándonos ante los juicios dIII Omnipotente como cristianos, nos meris

He leído en no sé qué periódico de por acá no sé qué sobre los remordimientos de Inárez por la muerte de Maximiliano. Juárez tiene orgullo y no remordimientos de tal pecado y no se cambia ahora por Alejandro Magno si resucitara, ni por Cromwell, a quien paredia. Los remordimientos son hijos de las creencias religiosas, y vayan a preguntarle al indio Juárez, cuál es su opinión sobre el catecismo del P. Ripalda, Juárez cree (v tal vez no yerra) que ha dado el cachete a la influencia europea en América con la muerte de Maximiliano. Ha insultado impunemente a Austria y a Francia en sus Embajadores v súbditos: ha demostrado la impotencia de las intervenciones y conserva insepulto el cadáver del Emperador para jugar con Austria al tira y afloja, o para poner al fin un precio enorme al piadoso anhelo de la familia imperial. Este sacrilegio es lo que no le perdonamos ni a él ni a sus secuaces: pero no teniendo la vanidad de creernos competentes para juzgar de las razones que tienen Francia y Austria para no darse por entendidas por ahora de ello, ni de la indisposición de la Emperatriz, comprendemos que nuestro papel es el de irnos con la música a otra parte, y nos vamos: porque en política somos ceros a la izquierda: en la sociedad nuestra importancia está representada por el signo menos, y en los anales de la literatura patria, no somos más que una errata de imprenta que desluce una página.

IV

Este libro no tiene en sí más que una cualidad buena: la de su inoportunidad; y de propósito hemos suspendido su publicación hasta que fuera inoportuna y extemporánea, porque habíamos llegado a apercibirnos de que nuestros amigos sospechaban que queríamos también especular con el nombre y la catástrofe de Maximiliano, publicando un libro de circunstancias, cuyo éxito asegurara su interés de actualidad. Las tuestiones de Italia y de Oriente, la actitud de Prusia con Francia y otros aconteci-

mientos que absorben la atención universal, hacen de la publicación de este libro una cosa parecida a una piedrecilla tirada al mar: y nos damos de ello la enhorabuena.

El autor de estos versos y yo hemos querido a Maximiliano en Méjico como si hubiera sido nuestro padre: hemos llorado su muerte en España como si hubiéramos sido sus hijos, y no haremos jamás de su nombre ni del de la Emperatriz Carlota un objeto de lucro, ni un medio de meter ruido ni de darnos importancia.

Consideramos a Maximiliano, desde que le vimos entrar en la capital de Méjice, como una víctima expiatoria enviada por Dios al altar del sacrificio: le vimos luchar con sus tribulaciones sonriendo con la resignación de los mártires: nos prodigó las más cariñosas muestras de cordialidad, mientras pudo sin riesgo nuestro manifestarnos en público su amistad, y nos apartó de sí cuando vió que se acercaba la hora del peligro. Nosotros, humillándonos ante los juicios del Omnipotente como cristianos, nos preciamos de ser de los pocos (no osamos decir los únicos) que conservaremos hasta nuestra última hora una religiosa veneración por la memoria del mártir, una profunda gratitud por los favores del soberano, una lealtad sincera a la cordialidad del amigo y un retrato del hombre a la cabecera de nuestro lecho, cerca del de Cristo: en cuya fe esperamos morir, a pesar de nuestra locura, de nuestra profesión, de nuestros escritos y de nuestra historia.

de Madrillino, Ha insultado impunement V a Austria y a Prancia; en sus Embajadores y additos: ha demostrado la junctiencia de las intervenciones y conserva jusqualto

Adiós, Pedro bueno y leal: nuestra intención era enviarte un libro que nos hiciera honor a nosotros y no te avergonzara a ti. Nuestro miserable ingenio no ha alcanzado a llenar nuestra buena voluntad: esperamos, empero, que, al hojear éste, tengas la agradable sorpresa de comprender que hemos perdido nuestro talento en América, pero que hemos encontrado nuestro corazón al volver a nuestra patria.

signet necessary on los aunies de la literatura parria, no somos más que mos erono de imprenta que dichecemas páginas sette en accesa, o citá des en el manor de observados

de propacita herioù mapendido en publicacion basta que fuera inopartura y extemporiren, porque habianits alregado a apercibirme de que maskros amiges sespechaban que quirianist también espicular can al nombre y la cathstrofe de Maximiliano, publicado un libro descinguatameire, upyu éxito asegurara an interva de notualidad. Las cuelturas deschabit wide Oriente, la actitud de diructe con l'equele, y otros acontect-

le son alla la serio estate a long trong la la la la la la El Loco comentador.

BOOS DE LAS MONTANAS

INTRODUCED ION

nigo despures manse la armonia de vinestra vez que baja de la alture.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

Reas do las memballas que metrados de los aguas, los vientos y los aves em la var, los muemullos y los ruidos, ristes, inmiroses, garralas o graves, pela a susurrar en mis outos del alto, acul entre los modas convest pue avara salienes el atma esta de cuestro varo sen la possis.

1

Ecos de las montañas, cinando aquest vientra sonora esencia con el viente que os llova se tre mil, como an sessotiviado por la fisera al firmungante. Son que placar la atmosfara resperta que buille y murmeras un alessa sonierto de ana primera al alessa.

Ш

Box de les montaday... emande et alle willenin a declinar y en la lisseura les arbeites, que dan a una prinches.

333

278 quit refullito 2006 de docte? Mi

No.

Inientes que absorben la atroción maivezem horra desta punticación de cite libra esta parecida a una piretrestifa tirsola al tosa e una comuna de rilo la cuborabación

El autor de estes verses y voltemes maniferes Maximiliano en Mejino tenna a labora si sido nuestro padre, bannes lluvado su municipa de Saprila como al hubifratas até sus minos, e na haremos famia de su municipa ni del me la Emperacia Carlora de sol de lucro, na sus medio de meter conte ra els darres importanda.

Compatiente de la compatiente de condenda per 10 se a sur condenda con la capital de Marcone una vertina replatoria enconda per 10 se a sur condenda con la residente de la capital con esta triba la seria de conditiona en la residente de la capital de la

Adam. Perles farcias y lean masser parem am era converta un libro que no libro que se libro posser y construir y que se attençan en era se construir a la genta no ba atendad la libro y la construir de la co

EL 1000 CONTRADOR

cunvisie las larvas e incubéis el gramme.

nesnedes, musgos, Hquenës og Heldelid H

ECOS DE LAS MONTAÑAS 64

INTRODUCCIÓN

se and piemples do virtud in

one exhalan vuestion bosques rumorous broffas desirrtas y phineces imecos

Ecos de las montañas que nutridos de las aguas, los vientos y las aves con la voz, los murmullos y los ruidos, tristes, medrosos, gárrulos o graves, venís a susurrar en mis oídos del aire azul entre las ondas suaves: jqué avara saborea el alma mía de vuestro vago son la poesíal

onevas de saltendos y alimañas, las que el hombre odupo con más anhelos

Ecos de las montañas..., cuando aspiro vuestra sonora esencia con el viento que os lleva sobre mí, como un suspiro enviado por la tierra al firmamento, jeon qué placer la atmósfera respiro en que bullir y murmurar os siento, concierto de una música sin nombre que envía Dios en el silencio al hombre!

nidos de buitres y miteos de chacales, devoradores de la genta Ilana

Ecos de las montañas..., cuando el día comienza a declinar y en la llanura oigo desparramarse la armonía de vuestra voz que baja de la altura, bendigo la montaña que os envía con la brisa, que impregnan de frescura los árboles, que dan a sus picachos rumorosos v móviles penachos.

> pasar de sombras 'vrsible bando, que entre risas, conjuros y suspiros.

¿De qué habláis? ¿Qué os decis? Mi [oído atento, vuestro murmullo al percibir, se lanza tras él y le persigue por el viento, de comprenderle al fin con la esperanza; mas, jay!, nunca por él mi pensamiento lo que decís a comprender alcanza. Ecos de las montañas, ¿vuestro ruido nunca lo que os decís dirá a mi oído?

bajo su manto de Vooles y hierba, ... ese mundo de espíritus quiméricos

Vagarosos rumores, yo os adoro porque hallé desde niño en vuestros sones para mi triste espíritu un tesoro de vagas e infantiles ilusiones. Vuestro susurro plácido es un coro que me canta del aire en las regiones

himnos cuyas palabras no comprendo, mas a las cuales con afán atiendo.

VI

Ecos de las montañas, yo percibo en vuestro son versátil y liviano algo que se os adhiere, fugitivo, de un invisible mundo no lejano.

Nunca me sé explicar lo que concibo de vuestro son oculto en el arcano: mas algo que habla en vuestro son comprendo, [prendo,

cuya palabra, a mi pesar, no entiendo.

con la brisa, que iminegnan de frescura

Ecos de las montañas, al sentiros bullir, el aire de rumor llenando, arrastrado tal vez siento en sus giros pasar de sombras invisible bando, que entre risas, conjuros y suspiros, rastro sonoro tras de sí dejando, pasan, y vuelven sin cesar, y ondean, y a la par que me encantan me marean.

sras él y le persiene nor al viento, de comprenderle a un con la esperanza:

¡Oh, montañas poéticas! ¿Es sueño de mi débil espíritu, que enerva el tiempo que en roer pone su empeño cuanto es caduco, o en verdad conserva vuestro recinto inculto y zahareño, bajo su manto de árboles y hierba, ese mundo de espíritus quiméricos de los tiempos románticos y homéricos?

porque hallé desde aino en vuestros sones para mi triste espirita un tesoro

¿No es verdad, joh montañas!, que

guardáis las larvas e incubáis el germen de las más primitivas tradiciones; que en vuestro seno sus fantasmas duer-

dándolas perfumados pabellones en vuestros silos húmedos y estreches, céspedes, musgos, líquenes y heleches?

XECOS DE LA

¿No es verdad que esos ruidos miste[riosos,
esos perennes y encantados ecos
que exhalan vuestros bosques rumorosos,
breñas desiertas y peñascos huecos
a los que manantiales caprichosos
cortinas dan de cristalinos flecos,
pueden la tradición y la leyenda
al poeta contar que les comprenda?

week a susurar on mis oldos

¿No son desde el diluvio las montañas cadenas y dogal del bajo suelo, cuevas de salteadores y alimañas, las que el hombre ocupó con más anhelo? ¿No minó con cavernas sus entrañas? ¿No trabajó con sólido desvelo para cercar sus cumbres y asperezas con triple cinturón de fortalezas?

en que bullir y millXirar os siento,

Y esas torres y alcázares feudales, de que hizo la política mundana nidos de buitres y antros de chacales, devoradores de la gente llana degollada en sus guerras señoriales, ¿no convirtió después la fe cristiana en monasterios santos y tranquilos, de caridad e ilustración asilos?

TAPINATION PRIMEROS ON A

Habrá dejado, pues, la humana raza por las montañas, al pasar por ellas, de sus ejemplos de virtud la traza al par que de sus crímenes las huellas. Páginas de una crónica que enlaza las figuras más torvas y más bellas, quedan en las alturas solitarios escombros de castillos y santuarios.

v sintiendo a cadaVIXol v adresimas

¡He ahí toda la historia de la tierra, toda la tradición de los dos mundos: Album de la ambición y de la guerra, labor de sus dos genios furibundos! ¿Y de cada montaña y cada sierra no podrán ser los ecos vagabundos voces de las quimeras insepultas, en la olvidada tradición ocultas?

lo que por ellos se minasses oquel la con lue tan artificia XX est una cuelos.

Ecos de las montañas, romped francos en palabras: narradme los misterios de las crestas, cavernas y barrancos do han dejado al pasar reinos e imperios pardos escombros y esqueletos blancos de alcázares, castillos, monasterios: mansión de vivos en la edad pasada, y hoy de sombras poéticas morada.

the has been allowed the selection of th

Ya va a ponerse el sol: ya centellea

cuya silueta ante su luz negrea como el monstruoso lomo de un bisonte gigantesco e inmóvil...; ya sombrea la cavidad azul del horizonte con su niebla el crepúsculo...; ya inerme se echa en su nido el águila...: ya duerme.

se enmple, -- [beoHVX barvis en-las en-

Forma, color y luz de luna toma, al oblibre ya del fulgor del sol ausente; allo per y lo que él abrasó por valle y loma platea su luz fresca y transparente. La flor da al aura su nocturno aroma, su frescura a la atmósfera la fuente; el cielo es una tienda de reposo, la tierra un lecho blando y aromoso.

Hevn en su frent HIVX dal coroba.

Es una noche que abrirá a la aurora los capullos que abril nutrió fecundo: una noche esplendente, inspiradora de ascético fervor o amor profundo. ¡Ecos de las montañas, es la hora de vuestra libertad, vuestro es el mundo! ¡Ea!, bajad de la montaña umbría y llenad las llanuras de armonía.

que vuelva nunca XIX alonar a España...; mas si me pierdo de mi patria fuera,

Descended: yo os evoco; yo os lo mando:
Dios esta noche a mi poder sujeta
la vaga voz de vuestro errante bando.
Pára, de ecos perdidos turba inquieta,
y en sus oídos al posar parando,
lo que dices al aire, di al poeta.
¡Ah!, ya sumisos a mi voz os siento
venir... ¡Ecos..., me habláis! Estoy atento.

himnes converse alXX of no spenish even

Habladme... ya os comprendo... casi os de la móvil calina en las marañas [veo de ráfagas, que en raudo serpenteo hace y deshace el viento en sus extrañas locas ondulaciones!... Mi deseo se cumple.—¡Ecos que hervís en las en[trañas

de las rocas que dan al Pirineo su diadema de rey de las montañas, sed los primeros cuyo son perdido un secreto de amor fíe a mi ofdo!

Diez siglos hace ya que esta leyenda pasó: la misma edad que Barcelona, de independencia señorial en prenda, lleva en su frente la condal corona. Yo se la escribo como pobre ofrenda que mi fe prueba y mi palabra abona: granillo que acarrean mis afanes que de la mies de los fastos catalanes.

su frescura a la atmissiona la fuente:

Le he sembrado, al volver de tierra

de la mía natal en la frontera, cuando al besarla al pie de la montaña me hinqué del Pirineo.—¡Dios no quiera que vuelva nunca a abandonar a España...; mas si me pierdo de mi patria fuera, no quiera Dios que se me pierda el grano que en tierra tan leal sembró mi mano!

y un sus oldos al nosar parando,

EL CASTILLO DE WAIFRO

CAPÍTULO PRIMERO

diminities perfunction published

Habri delado, queso la barmaneixexa ¡Perpetuo afán es del hombre volverse a mirar su sombra, majo amento en el libro de la vida en ab aup nagle volviendo al revés las hojas! ¿Por qué? —Porque, a cada paso que va dando hacia la fosa, sus dichas por el camino di acomposiva perdiendo una tras otra, y sintiendo a cada paso que una ilusión le abandona. como un amante vendido a verlas huir se torna. Mas según las va perdiendo le parecen más hermosas, porque el tiempo y la distancia con luz mejor se las doran. Porque son distancia y tiempo dos cristales que coloran lo que por ellos se mira con luz tan artificiosa, que las manchas desvanece, las imperfecciones borra, cambia en rosal el espino y el monstruo en ángel transforma. Tiempo y distancia en sus cuadros a las figuras históricas de toda miseria humana purifican y despojan: y el hombre en mirar los cuadros de la edad pasada goza, porque en ellos ve tan solo poesía, luz y gloria. He aquí por qué nuestra vida

suele pasársenos toda en anhelar esperanzas and la malan al ale v en acariciar memorias. El pasado engalanamos signing y officiano del tiempo presente a costa, v siempre mejor creemos el de entonces que el de ahora, He aquí por qué los poetas, cuvas almas perezosas an ma officiana fall las miserias de la vida desesperadas soportan, all in addition la poesía en el campo silibo cantilvarald de lo pasado colocan, diamento avento v en el de su tiempo sólo las miserias y la prosa. Lo pasado es la querida ausente, embelesadora, paratrollogram al como la flor perfumada, allamo ni ab al como el ángel luminosa: lo presente, por desdicha, es como la mujer propia, que anubla su poesía mora orteno sal ab con las miserias corpóreas. He aquí por qué los poetas neol sodana al tiempo pasado adoran in arron ob supy hojean con tal deleite del tiempo viejo las crónicas: porque las leen como cartas lingas obnis 7 que desde playas remotas a nome ana a hacer llegar a sus manos la ausente querida logra; mannin no aun porque hallan no más en ellas or per act que frases encantadoras (1947) naobrallas y deliciosos recuerdos mod lab estrot and que poesía rebosan, a arraga civilido supen un papel con su cifra a gal solutiono que aun trasciende de su cómoda al olor y al de la esencia con que perfuma su ropa,

y en cuya haz se ve la huella de sus manos primorosas de la la y que aún viene tibia y húmeda del aliento de su boca.

He aquí por qué los poetas, perdidos de su edad, bogan por el golfo, relatando las leyendas de las otras.

Y hacen bien; porque los años son lo mismo que las rosas: que, frescas, tienen espinas, y secas, no más que aroma.

Poesía omnipotente,
que con alas luminosas
a través de las tinieblas
de los tiempos te remontas,
que vas a cerner tu vuelo
en la purísima atmósfera
del cielo en que las quimeras
de la edad pasada flotan,
llévame a su edén poético
donde sin espinas brotan
sólo rosas con que hacernos
ramilletes y coronas.

Es el castillo de Waifro
una mole arquitectónica
que parece por titanes
asegurada en las rocas.

Al mirarla desde el llano,
no se concibe tal obra
consumada en tal altura
sino por arte diabólica.

El lugar en que está puesta,
la elevación prodigiosa
de sus muros y sus torres
y el trecho en que se prolonga,
recuerdan los monumentos
de aquella edad fabulosa

en que escalar quiso el cielo agua ana y la osadía babilónica omiro sonam ana ah Fábrica de varias épocas por des supery de gente poderosa, dem mbrotogilo fubde castillo y de palacio al mismo tiempo blasona, as absorblinga Los anchos patios que abarca; and la mod los aljibes que sus losas -h antimodal and ocultan, embovedando sus cavidades recónditas; los ventilados depósitos en que sus granos entroja; los almacenes en donde víveres v armas acopia; las extensas galerías en que aposenta sus tropas cuando el pabellón de guerra en sus torres se enarbola; sus defensas formidables. la refinada y fastuosa comodidad de las cámaras en que a sus dueños aloja, dan al castillo de Waifro no sé qué faz misteriosa que le hace a la par objeto de admiración y zozobra. En paz, se le cree de una hada pacífica y bienhechora el kiosco fresco en el cual no se concibe que se oigan en el silencio nocturno más que arrullos de palomas. sabroso rumor de besos, de brindis, arpas y trovas. En guerra, parece el cráter del volcán en donde forja el genio de las batallas sus máquinas destructoras. No se oyen en él más ecos a limpa el que los de la voz furiosa proprientados de la pelea, el incendio loges misdes no v la venganza y la cólera, robinan ma e Castillo y palacio, al par ano obsesse pi en guerra y en paz asombra: oquen lali v de él da el vulgo noticias a manuale y tales, tan contradictorias, manda ab in que a creer lo que se dice toq tope all del castillo en pro y en contra para infierno y paraíso lonhaminacim sal ni le falta, ni le sobra, que alla seguina Maravilloso edificio dutto flo ano almong al a cuya construcción sólida, obser of ala cuya grandeza regia with us ob lo may y a cuya esbeltez graciosa v annualm and contribuyeron a espacios of as obstag of la arquitectura de Roma, delma stressor la de la muelle Bizancio de la muelle de la muelle Bizancio de la v la africana v la goda. I hand lo omos encierra cuantas ventajas og sumana af a su construcción reporta manal omos as de las cuatro arquitecturas alduma any la amalgama en una sola. Anchos fosos le rodean, up 10q lipa all que de agua abundante colman direction los manantiales que bajan nos masiod e de las cumbres nebulosas. Veinte aspilleradas torres a sus muros eslabonan anyalq ebeah sup almenadas galerías an este a result roud que en gruesos cubos se apoyan. De su recinto en el centro millad oppros gallardean orgullosas bainanna anarri sup las torres del homenaje, upon sossististi v que edificio aparte forman. et alsong emp Capiteles las rematan, a goo leges au as cupulillas las coronan, bankant aun sup botareles las aislan so al sh la 7 note la y arabescos las adornan: united sup not

y en su pabellón soberbio sob no abreir sus nobles señores moran a al a embiliora en aposentos que el lujo de amadia ens más espléndido decora. Sus salones de homenaje, a ma sodare A sus camarines y alcobas liverning a home enbren cúpulas y domos a Insitray endos cuyas atrevidas bóvedas ma al samo amo fustes caprichosos cintran, i no sollore a dobles istrias acordonan, saminas and all sueltos pilares sustentan, caladas cornisas orlan. Afaindud annuges Entra el sol en sus estancias por ventanas espaciosas da gonnu ostro romanas y bizantinas, cuyos limpios arcos doblan y triplican las columnas que sus cavidades cortan a manera de ajimeces a singuilo a robuo como los de Fez y Córdoba, o abagasos Ricas vidrieras las cierran, luxa surva un cuyo artífice geómetra a amor ano son con lineas que el ojo pierde trazó en ellas minuciosa, and an en mun laberíntica y prolija b al outro di voq y combinación, tan armónica al mo allo que se admira, pero no sorgo alloma sise detalla ni se copia. Im atin ann orana Los vidrios, que en estos múltiples varillajes se encajonan del ant ortro roq en imperceptibles álveos al compressiones aos que por dentro les emploman, abas oraq están pintados de vivos militaro la faT colores, que nunca borrano ad sons lim ni el sol que les achicharra, contrifi leb ni la lluvia que les moja, de mobarra un ni el hielo que les destempla, ob la JaT ni el viento que les azota, ad sono lim

ni el polvo que les entrapa, ni el tiempo que les perdona. Cuando del sol por defuera les hiere la luz, y arrojan a man alen el interior los vívidos mang emp la no resplandores que de él toman, de ability focos de incendio parecen, a strati al mocascadas de llamas rojas, no obstinos Atea cataratas de oro y púrpura, mong anl ob de hornos encendidos bocas, ponivid leb cuvas reverberaciones los muebles y las alfombras ciñen, lamen y acarician moup wad oup con sus lenguas flameadoras, and animals Sus fugitivos reflejos van a perderse en las lóbregas anala emp chimeneas, en los negros ob samuali sal rincones y en las redondas es añaged as líneas de los pasamanos logiU ordos mor de las escaleras combas, ab amio non v cuyas espirales rápidas migra a ny mp se retuercen y se enrollan des un meivile a manera de flexibles o attain ann omor v descomunales boas with allitana and que el pavimento, girando con somo omos sobre si mismas, perforan, mila ne obeah Las terrazas de sus muros a ogal du ob y sus adarves festonan la formation and the y marañas de enredaderas, elemátides y gayombas, un ninuborgon la Incopiables perspectivas bubbles of alegran sus plataformas in engrous con vistas, luz y aires tales ya olada ola que los ojos enamoran, ambientad na y el alma triste recrean, l'agganti na oroq hacen más breve las horas manda and l y hacen más larga la vida, allim pol mos pues cuerpo y alma confortan. Este castillo titánico, alles odnarrico el

esta fábrica ostentosa, est cup ovlog la in l baluarte y palacio a un tiempo, ais la in propiedad a un tiempo y obra h obnaud de una raza (que aún no hace o maid eal en el que pasa esta historia o instal la pa veinte años que se ceñía un combinalmen en la frente una corona) ibasoni ali socol está sentado en las cumbres el rebusers de las montañas boscosas to ab saturadas del Pirineo, que partenbasons somod sh las fronteras españolas control montante anoma Su torreón de homenaje, y saldaom sol que hay quien cree que al cielo toca, domina extensión tan vasta um ana mon de las dos naciones próximas, displanda que alcanza en la Galia a ver las llanuras de Tolosa, solomo kaonemido en España casi espía del no y remonia por sobre Urgel a Gerona, sof all anomil y por cima de la sierra antelassa ant els que va a expirar en la costa, que succes divisa en gálico golfo da y manantar as como una niebla que flota. el sonom a Este castillo tan vano de la composido y como una coqueta hermosa, nivan la amp desde su altura se mira someint in undos de un lago azul en las ondas; y el agua, que siempre ha sido la como y traviesa, falsa y burlona, ma al antagana al reproducir su imagen, as y ashintmela de su vanidad se mofa, mog saldamoon! porque al repetir sus líneas de abajo arriba las toma, and sadaiv non y su hermosura le muestra, sojo sol oup pero su imagen trastorna, obilit amia lo Este lago, que se ceba averd ahm mond con los millares de gotas la mount y con que hace la nieve arroyos para sonq de corrientes saltadoras, di ollibas apal

tiende en dos leguas de anchura, medidas a la redonda, serones seldon as sus riberas, a pedazos am sommoga m estériles o frondosas, con obibastque alles A trechos su agua profunda, modes and muda e inmóvil, se agolpa sacitamo en sobre vertical peñasco y asluque mendus que tenaz la amalecona; anbivorta savus a trechos en las raíces de las encinas añosas huna anima reldat. labra, sin cesar batiéndolas, valid and and espuma burbujadora; luo analimos anfinlas v a trechos, en fin, metiéndose entre juncos, algas y ovas, les mece inquieta y susurra de anname salpicándoles de aljófar. a solumil somo Después que en su inmensa taza murmura, salta, retoza, babiyan ana nun ondea o duerme a capricho, sosegada o juguetona, wall of not muos su agua azul se abre salida por una rotura angosta que la encauza sobre un álveo que en un canal la transforma; y por él, entre la doble y zointendal orilla que la aprisiona, no milamidado de aquella opresión quejándose como una niña mimosa, de la allatale sa camina haciendo recodos por entre las peñas broncas, con corriente imperceptible, pero cada vez más honda.

Tal el castillo de Waifro mil años ha que en las rocas del Pirineo ostentaba su grandeza faraónica.

Tal, al despertar el mundo, mil años ha que la aurora

en primer luz, como un beso de la litalia le mandaba cariñosa. Tal por la noche ha mil años que en pabellones de sombra le encerraba la montaña como su madre a una novia. Par no tuvo en hermosura ni en fortaleza: mi tosca noesía no ha podido en estas rimas monótonas dar de él la más pobre idea, norque es una idea loca hasar sobre versos fábricas one los siglos desmoronan. Bella fué la del castillo de Waifro: mas, jay!, no hay cosa bella en la tierra sin mancha, v su mancha era su historia.

Hixo homenaje a loH francos ayot at ale

Hay razas sobre las cuales la maldición de Dios pesa, y donde ponen la planta desaparece la hierba. En vano a sus individuos fortuna y naturaleza de mos didisos al dan amigos, poder, oro, an dimen sebati fe, valor, genio y prudencia: no hay prudencia que les baste, genio que a su sino venza, valor que les dé victoria, ni fe que se les mantenga, ni oro que empleen con fruto, mis la ma ni poder que les dé fuerza, ni amigos que les sean fieles, difamill ni sol que a mirar se vuelvan, ni pan que les dé alimento, ni suelo que les sostenga, ni tierra que les dé tumba, ni ojos que lloren sobre ella, ni almas que sobre ella recen, ni manos, en fin, ni lenguas que de la calumnia póstuma su fama y honor defiendan.

Esas razas por el mundo cruzan como los cometas. dejando tras sí como éstos su cauda roja, una huella negra en su patria, en la historia una figura siniestra, v en la estirpe de que nacen baldón, deshonra y vergüenza. La memoria de estas razas al mivem ana las historias adulteran, mont accordent of la tradición la enmaraña, la torna el vulgo en conseja: y si un poeta la exhuma de sonne l'ac.I y saca a luz su leyenda, minid sodol oh es un testimonio falso a salvambanda la sin firmas, sellos ni fecha: salla la salla la un cuento que a nadie importa, ball y una voz que a nadie llega, ainzilop A ob un eco que el aire apaga, un fanal que ahoga la niebla, y la anno un alminar sin muecines, commi la div un instrumento sin cuerdas, a characteristica una aguja sin imán, me sinda a ressource un barquichuelo sin vela, una rosa sin perfume, una carta sin respuesta, un cantar sin estribillo de andos centros y un ave sin compañera. Porque esas razas malditas que, cuando el campo atraviesan de la vida, ni un ruin árbol de la vida de la para sombrearse encuentran, no hallan después de extinguidas

ni quien evocarlas sepa
tras el cendal de una fábula,
como unas sombras chinescas;
porque esas razas sombrías
tan mala sombra proyectan,
que dan mala sombra a un libro...
La de Waifro es una de ellas.

the last montant suche HI one is next obnigation

Roma sentía escapársele de las manos la cadena minis muniti anni con que amarraba a los pueblos al carro de su soberbia: "modesb noblad sus provincias se trocaban de esclavas suyas en reinas, animiaid ant se erguían en su presencia. Los francos, como manada long ma la v de lobos, hicieron presa, us and a some y al abandonarlas Roma, obsombled no so en las Galias indefensas; y Eudes, duque soberano sup cinema nu de Aquitania y de Provenza, p and and que las tenía por Roma la sup ose mo vió al franco, dragón naciente anima aur enroscado en sus fronteras, montanti no empezar a abrir sus alas miz aluga zum y a desenroscar sus vueltas. doluptud mi La Francia, dragón que a Eudes creyó oruga y vió culebra, dia atans amo avanzó sobre Aquitania de de Talano de amenazando comérsela: 1100 mis ova ma v y Eudes, viéndole venir sat and enough sobre él las fauces abiertas, dimens aup le echó atrevido en la boca abiy al ob nutridos haces de flechas. El aguijón de la oruga minoli millad on sintió el dragón con sorpresa; mas resuelto a devorarla, se preparó a la pelea. I odnom al zon la El dragón era más fuerte, la serpiente más mañera; fué larga y tenaz la lucha entre la maña y la fuerza. del Pirineo en las selvas su castillo, inexpugnable en su salvaje aspereza. Vencido, mas no rendido, dos veces dejó sus tierras de Carlos Martel en manos, acogiéndose a las breñas. Repuesto en ella dos veces. bajó al campo la tercera: pero por fin la corona compró con su independencia. Hizo homenaje a los francos. y fué en su fortuna adversa a encerrarse en las murallas de su oculta fortaleza. Gastó en ella sus tesoros para asegurarse en ella, di morragamb y a su muerte su hijo Hunaldo la recibió con su herencia. Eudes murió en su castillo tremolando su bandera, olima rolar el león que herido de muerte de la companya del companya de la companya de la companya del companya de la companya va a expirar a su caverna. ¡Tal es nuestra raza humana! Los odios de raza dejan de amportin en el alma de los hijos de la modela los padres que les engendran.

Hunaldo ofreció tres veces al rey Carlos obediencia, y otras tres, como su padre, se alzó en rebelión abierta. Como él se acogió en su fuga del Pirineo a las crestas, dina minero al como él en aquel castillo mos elaborabela enterrando sus riquezas; al randos erran llegando superstición al magallal amenados a ser de esta raza inquieta creer que estaba adherida en observal a su fortuna a aquellas piedras. Hunaldo, el más fiero apovo a Morras de de la dinastía vieja dello obile la omos de los reyes merovingios, and sollies and gastó en él sumas inmensas; la bibassa v cuando, después de ocho años de encarnizada contienda, benedita a v derrotado por los hijos de minima a mora de Carlos Martel en Neustria, renunció al poder y al mundo metiéndose en una celda, im la obst mos su hijo Waifro en el castillo vió la joya de su hacienda.

Waifro sucedió a su padre, mondos al amarrado que el rey franco and sony le dejó en el cuello puesta, obo la oboT Su padre Hunaldo en el claustro y su hijo Lupo en la regia servidumbre, respondían observido ob oxid de su fe con sus cabezas: omnob one I y Waifro a estas dos argollas o oxide est amarrado, en la impotencia la sejavita de rebelarse, tascaba des al a solla ab z su freno en calma colérica; y subsu fo y estos dos recios anillos al nomivados que las manos le sujetan para romper, confiaba ab oncome nos y de la fortuna en las vueltas. Para ocultar su coraje y distraer su impaciencia, et alleny and volvió al castillo los ojos de diover al a

como a la luz de su estrella: y el oro del padre Hunaldo y la mitad de sus rentas empleó en hacerse de él o am ordanaled la más fastuosa vivienda. Waifro, en las vicisitudes and and al de su vida romancesca, distributa de traffica corrió con su inquieto padre desde niño adondequiera que alzaron contra los francos and al couna lanza o una enseña, b y accordi ob ya el longobardo en Italia, lat alobada ya Taxilón en Baviera, a dobrálob mip ya en España los alarbes: " odif colifica en suma, por donde opuesta anobesim a Francia quedó en Europa el emodesar la comarca más pequeña. Waifro, observador curioso, al symbolist engrandeció sus ideas al sobrados estado en sus peregrinaciones; v en sus montañas de vuelta. recordó cuanto vió bello all militarra y en las marcas extranjeras, washa mily y echó menos la hermosura del que sel y donde halló de más la fuerza. Recordó aquellos alcázares, il semului v castillos, puentes, iglesias, and and and obeliscos y acueductos and milenem as de Italia, Bizancio, Iberia y Alemania; los detalles and la minut recordó de sus diversas arquitecturas: tan noble outpoor devent la romana, tan esbelta us un ollitaro lab la gótica, tan suntuosa alban ama agail la bizantina, tan fresca milaW y oqu.I la árabe, tan extremada da la obnomet Y dar de su alcázar quiso de signo na a solidez a la belleza, dechaq us eb oqual

de los primores de todas los detalles añadiéndola. Estucó sus camarines, balaustró sus escaleras. cintró sus embovedados, labró sus macizas verjas, apilaró las crujías, apretiló las mesetas, transformó, en fin, su castillo en la mansión más risueña, de ligereza v de gracia dándole tal apariencia sobradosmol fo av que, dejándole castillo sólido, hizo en él que fueran miradores las ventanas, rosetones las lucernas, botareles los estribos, belvederes las almenas, chales colgados los puentes, galerías las poternas, mandres por um un v las torres alminares, agranda and v v peristilos las puertas, v los adarves pensiles, va anatam and my v las explanadas huertas, managarina v y tapices las murallas, a ap altad aband y juguetes las defensas. Mas Waifro morar no pudo en mansión tan opulenta; per a mosifiado porque, al ascender al trono Pepino el Breve, en las fiestas de su advenimiento, Lupo huyó, y como una tormenta, del castillo de su padre llegó una noche a las puertas. Lupo y Waifro de venganza teniendo el alma sedienta, met minis al libres al verse, soltaron a su coraje las riendas. Il producto V Lupo de su padre Waifro et al sobilos

puso a la cólera espuelas, la ocasión ante el deseo pintándole como buena para cobrar la perdida soberana independencia, de los Estados del Norte a favor de las revueltas.

Waifro, el cuerpo entumecido desarrolló a tales nuevas, in la contamit como al balido del corzo sus anillos la culebra. Sacudió al aire los brazos como el león la melena, manh champe e y a su torre de homenaje asomándose, a los labios llevó su trompa, v en ella con todo el pulmón soplando, lanzó su señal de guerra. Los ecos de las montañas le echaron en las praderas, y en la Aquitania un soldado evocó tras cada piedra. Todo el odio de su raza, amasado en la vergüenza de su antiguo vencimiento, hizo de ellos dos panteras. Lupo, duque de los vascos, les hizo cruzar por sendas salvajes el Pirineo; y de ellos a la cabeza el padre y el hijo, ocho años sostuvieron la pelea sin vencer ni ser vencidos y con encono de hienas. Al fin, jay!, su sino infausto dió de la fortuna ciega una vuelta repentina a la revoltosa rueda.

Los francos les incendiaron el Berry, entraron la Auvernia, talaron del Lemosín los viñedos y las vegas; v Waifro, rendido no, see a la salface al mas agotadas sus fuerzas, desmanteló sus ciudades desde el Bearn a Angulema; envió a Lupo con sus vascos más allá de sus fronteras, y se metió en sus montañas como el león en su cueva. Los francos no osaron nunca seguirle por las veredas de las montañas; y Waifro con soberana fiereza siguió izando en su castillo su independiente bandera, rev libre de la montaña cuyos lugares le pechan. Waifro, del triunfo del franco como viviente protesta, cazaba por los breñales v andaba en su fortaleza con caballo encubertado, blasonada sobrevesta. manto ducal en los hombros y corona en la cabeza. Pero Waifro salió un día de su castillo, y la tierra debió tragarle, pues nunca dió a su castillo la vuelta.

the performing to IV arrest poses to goo

Un año después, subiendo de un cerro la áspera loma, que el solitario recodo de un brazo del lago acota, adelantaba un jinete por la soledad recóndita, tal vez buscando una senda borrada, perdida o rota, Alumbra el país inculto metablismo oun con tibia luz melancólica local asbira elque va desgarrando a espacios los celajes que la entoldan de la company aux mon un plenilunio de mayo, della medi obnob que en la tierra pedregosa applicamental del silencioso jinete de la adomb de A dibuja la móvil sombra, ateloia al actria Éste es, vigoroso y ágil, and annul mon un hombre que su persona de la luca la de pies a cabeza envuelve en las mallas de una cota. Toca su erguida cabeza con una ducal corona, bajo cuyo guardacuello grises cabellos asoman. No más de espada y merced va armado, y caparazona de malla no más las ancas mid on oper del tordo corcel que monta: cual si fiando de frente en sus manos poderosas, and ordes tan sólo se recelara de acometida traidora. La luna, que sus contornos de allemental de espléndidas líneas orla de espléndidas líneas rielando de sus mallas es sodistes sol ma en las bruñidas argollas, le presenta circundado que parece, desde lejos, luz de su figura propia; figura de acero, dura, de acero, el siniestra, amenazadora,

digna del agreste cuadro am adatmetaba en donde campea sola, or habelos al roq A sus pies se extiende estéril and say in una cuesta rocallosa, p ablime abayand que accidentan sólo peñas a la andomida de aridez desoladora. A su frente empaña el lago con sus vapores la atmósfera, millo mil donde incansables se ciernen las cenicientas gaviotas, manda a amo A su derecha, el castillo, con líneas negras y rudas el azul del cielo corta; v en su torre del vigía, v en la de aquella más próxima, dos luces que arden anuncian que velan los que en él moran. El caballo, cuvas riendas el caballero abandona, no sintiéndose regido, va con marcha perezosa avanzando cuesta arriba: pero no bien la trasmonta, on allam all enarca rígido el cuello, los firmes jarretes dobla. las orejas encapota. ventea, y fija en un punto diffumosa als la pupila recelosa, mana and all El jinete, enderezándose, anblimblimo els en los estribos se apoya am el obandeia y en rededor suyo tiende difficial and na mirada escudriñadora. Allá, al pie de los peñascos, and and alla cerca del agua, le chocan de apparatione informes bultos, que son unal un ob auf los que a su caballo asombran. Los temerosos objetos de que aún no alcanza la forma, mientras su caballo esquiva, él con la vista devora. De pronto una idea súbita le asalta: al corcel acosa; resiste el bruto; le clava los dos acicates; bota do sur olarmement el animal, no avezado a ayuda tan rigorosa, no con la alima y entre los bultos, de un brinco bufando a su amo coloca. Los bultos son dos cadáveres que aun tienen de carne y ropa restos y harapos asidos and non altingaa la osamenta asquerosa, matana Las de dos caballos yacen con ellos, lo cual denota que allí les dejaron muertos manos y almas alevosas. Los buitres han devorado las bestias y la persona del uno, a quien mal guardaban vestiduras poco sólidas. El otro conserva encima de la salabas y del busto su carne momia, merced a una recia malla que aún se le adhiere mohosa. Llegóse a aquél el jinete: mas como se le avizora, la colle // conti medroso de él, su caballo y le obliga a que se ponga junto al cadáver, el bruto al encabritarse toca con el casco herrado y mueve la seca osamenta cóncava. Al golpe y al movimiento, la calavera redonda med al organismo dejó de sí desprenderse el aro de una corona.

Vióle rodar el jinete di mara neling mana con tan profunda congoja como si viera a sus plantas nna sierpe venenosa. Rodaba el aro hacia el lago: mas él, que a tierra se arroja, antes que en el agua caiga de milion la con ambas manos le toma. Examinóle, y frotóle sacrog along a magazina con la piel de sus manoplas: de una corona ducal l'unbog la autora y era el círculo; las hojas dos oblamelos le faltaban, mas tenía las nueve perlas valiosas que para la de Aquitania de Aquitania regaló a sus duques Roma, mos emul y Al conocerla el incógnito, conillado aldelo rugió como una leona de la sugnol de obque halla su cachorro muerto cuando a su caverna torna. ¡Waifro!», exclamó con un grito de ira v angustia tan hondas que debió oírle el cadáver por quien le lanzó su boca: ¡Waifro!..., ¡hijo mío!..., añadió, maldita sea la hora en que me volví en el claustro g oro ab-y al Dios que nos abandona! ¡Alma de Waifro insepulto. la de tu padre te evoca! |Ven conmigo por la tierra de tu raza vengadora! ¡No perdonemos jamás a quien nos mata y deshonra! ¡No perdonemos nosotros a quienes Dios no perdonale Dijo, y su corona echando del lago oscuro en las ondas,

se encajó la del cadáver, montó y se perdió en la sombra.

ol porvenir arricany

Hay razas que condenadas
vienen a la tierra ya
a ser tragadas por otra
que de ellas marcha detrás;
y por más que ellas caminen
con rauda velocidad,
la que camina tras ellas
siempre avanza mucho más.
Su fe, poder y constancia
huella su fatalidad,
y se pierden como el polvo
al soplo del vendaval.

Hunaldo y Lupo, modelos pelo ne mos de constancia y fe tenaz, about and atletas vencidos siempre, a melas apprenta pero rendidos jamás, per outro over e tornaron por la vez última la Europa a insurreccionar compressible; contra los francos, con fiera y objecto y heroica terquedad, of our for obligant Palanca de su venganza de ab adoi sollo hacer supo perspicaz su astucia de cuanto puede man appara las pasiones exaltar; h tamana our mon y con firme pertinacia, polil o studingos con cauta sagacidad a bea office of a v diabólica doblez in aless alums us non la lograron combinar, arange ob bas mon Tras largas noches de insomnios, in olad tras largos días de afán, aban obmisti de azarosísimos viajes and attorno mana hechos de extraño disfraz a favor, de oscuras tramas próximas siempre a abortar.

nudo a nudo aseguraron bis al Marin on la espesa red de su plan, Poco con él importábales el porvenir arriesgar del cristianismo, encender la discordia universal y degollar sin escrúpulo de la Europa la mitad, y sabrant ma a con tal de vengar a Waifro and of nony a los francos de humillar, No quedó príncipe, duque, las abusa non ni conde, ni capitán que de los francos tuviera mays sumais qué temer o qué vengar, y mbon at ma cuya chispa de odio o miedo i ma allami no supieran en volcán convertir Hunaldo v Lupo lab olgos la con su destreza infernal. I v obliganti

Una tarde en la espesura matemos els de una selva secular, va sobionov antallaa cuyo centro recóndito il sobilimo orsa pinos resinosos dan sovieta non monamos toldo, rumores, aroma, secreto y seguridad, selament sol antino Hunaldo y Lupo juntaron and mioroil y diez jefes de sangre real, us el sonnie! un pacto de odio y venganza en sus manos a jurar anto ob ainutar na con que alcanzar de una vez sepultura o libertad. Solo acudió cada uno, limas atuas mos por su senda cada cual, dob andodnih v con sed de sangre en el alma, margol al bajo atavíos de paz. autour angual am'T Dejando cada uno oculta de sontal and escasa escolta leal, della complementa sh entró en el bosque mostrando de su estirpe y dignidad las insignias francamente,

como quien resuelto va a arriesgar todo por todo, men and and prevenido a todo azar, a mais telomos Y fué una escena diabólica, en cuyo éxito quizá lora to adebase tomó parte por Hunaldo el poder de Satanás; pa la ma amp mana norque Hunaldo conspiraba, con Francia por acabar, hasta en pro del paganismo v contra el poder papal. Y Hunaldo con la vehemencia, que solamente es capaz un odio a muerte en un alma cual la suya de inspirar, v Lupo con elocuencia doble, insidiosa y sagaz de su lengua de sirena v su intención de chacal, en la alma de sus aliados acertaron a infiltrar de su odio feroz de raza la acre ponzoña letal. La impresión de aquella escena contaron con la del vino generosa calidad; y de oro y licor vertieron tan generoso raudal, entre brindis y cantares de venganza y libertad, que al poner fin con la tarde a su regia bacanal pudieron Hunaldo y Lupo con ejércitos contar. A izar iban otra vez su bandera señorial: ya eran jefes; ya eran fuertes otra vez en tierra y mar.

2089

Sobre su tordo fogoso, lanzando otra vez audaz su grito de guerra al viento de un himno báquico a par, Hunaldo, a la luz ya incierta del crepúsculo fugaz, de sus aliados al frente volvió el bosque a atravesar. Ellos, tras él arrastrados, repetían de él detrás sus pasos descompasados v sus cantos sin compás; y lanza en mano, en las crines asegurándose mal, y con carcajadas de ebrios y de ebrios con ademán. con el ruido de un pedrisco que lanza la tempestad. como remolino de hojas que arrebata el huracán, saltando matas v troncos, a la luz crepuscular van, torbellino de Hunaldo, larvas de su odio voraz, sin recordar lo pasado, su porvenir sin sondar, sin mirar adónde pisan, sin saber adónde van.

Y Hunaldo llegó con ellos
a la Iglesia a amedrentar,
y vaciló Carlomagno,
pero un momento no más.
En Germania, Italia, España,
Francia, por tierra y por mar,
de Hunaldo y Lupo sobre ellos
cayó la fatalidad.
Los que una muerte no osaron
desesperada arrostrar,

de Carlomagno cayeron
bajo la planta imperial.
Hunaldo, con la increíble
y larga virilidad
de su voluntad de bronce
y sus fuerzas de titán,
murió apedreado en Pavía
por la furia popular,
excomulgado y cargado
con la maldición papal:
y la raza carlovingia
su trono al asegurar
le acuñó con los pedazos
de su corona ducal.

En el castilló de Waifro,
Lupo, después de encerrar
a su mujer y a una niña
a quien ésta el pecho da,
fué a tender a Carlomagno
emboscada en un breñal,
y le mató en Roncesvalles
de sus doce el mejor Par.
Carlomagno, despechado
por la muerte de Roldán,
entrampó a Lupo y le hizo
cual lobo rabioso ahorcar.

Raza infeliz en quien rudo
pesó el castigo de Adán
y en quien se cebó implacable
la injusta fatalidad:
raza a quien hizo la historia
por vencida criminal,
aunque sucumbió en defensa
de su tierra y libertad:
raza a quien ni los romances
quisieron patrocinar,
pues otros nombres y origen
a su casa y gentes dan,
dejó tras sí una azucena

cuyo aroma virginalezas onnamo(us) ali quisiera que en estas hojas uniq al ojad se pudiera respirar, and al non oblamuli Una doncella..., no, un ángel iv avial v de amor que en cuerpo mortal av ma ab vino al castillo de Waifro a amar, sufrir y expirar. perhaga altum Una hurí cuya poética gog airuit al nog levenda tradicional los Ecos de las Montañas dans al non me han venido a mí a contar. Feliz yo si su relato mana la omora na de estas hojas por el haz lograra extender, por ellas haciéndole resbalar como un arrovuelo límpido, cuvo sonoro raudal lame la arena v el césped que lecho v sombra le dan!

CAPÍTULO II noch sum ab

coldo, anuncia del la la la minima al roq

Buscad hoy por las rocas y breñales del Pirineo catalán los restos del castillo de Waifro: las señales en el aire buscad de sus enhiestos torreones y muros colosales tras de sus puentes levadizos puestos... sobre ellos han pasado como furias las razas sin piedad de diez centurias.

rasa a quien ni losH omanees

Allí do los macizos torreones do enquese burlaban del ímpetu del viento y a través de huracanes y turbiones

miraron sin temblar al firmamento, hoy anidan las águilas y halcones, vegeta apenas musgo amarillento y un invierno glacial lo que halla en somcon eternos carámbanos alfombra. [bra

tomos parte por Hanangal olumbique leb

Rastro que no hay ya de su feudal [grandeza: la estirpe real que le habitó en los días en que la acción de mi relato empieza dejó sus restos en las algas frías de un lago seco ya, y en la maleza que enmarañan punzantes y bravías húmedas tobas y carrascos secos do ya el viento a exhalar lúgubres ecos.

afair a proper at axed app

Aquellos fieros duques aquitanos que allí alzaron audaces los postreros su voz y su pendón de soberanos; la princesa gentil de ojos parleros, cabellos de oro y nacarinas manos, que en el césped dejó de sus senderos la casta huella de sus pies enanos y en el aire sus ayes lastimeros;

Y Hunnido)legó yon ellos almiro

la última grey de servidores fieles que la guardaba en su postrer asilo; los azores, neblíes y lebreles con que cazaba en torno del tranquilo lago, que de sus cañas y reteles pesca a su vez suministraba al hilo: todo aquel resto de ducal grandeza que rodeó su virginal belleza

-nda determine VI the maconing Int

¿qué son? Polvo no más que esparce el [viento;

rumores de la atmósfera vacía; sombras que se dibujan un momento en las hojas de un libro; poesía del tiempo que pasó; germen de un cuento hilvanado a la historia por la mía: son, poesía, sombras, polvo y germen que en las tinieblas del pasado duermen.

CAPÍTULO III

GENOVEVA DE AQUITANIA

cesa, ni su pie sel stiliscut ollav ab

Veinte años después regía
Luis el Piadoso el imperio,
y el más profundo misterio
el castillo guarecía.

Guardábanle las montañas en su virgen espesura, cual madre a la criatura pedazo de sus entrañas.

Las selvas que de maleza salvaje se enmarañaron, de la tierra segregaron de Waifro la fortaleza.

Enhierbados sus senderos, no hallaron ya a él caminos ermitaños, peregrinos, juglares ni aventureros.

Y como a dar no volvió de la tierra al poder guerra, de su raza y de él la tierra sin miedo ya, le olvidó. ¿Qué era de él? ¿Quién le vivía? ¿Quién alzaba aquel son vago que despertaba del lago ecos en la aura vacía?

¿De quién era aquel acento que oyó algún pastor tal vez la la nocturna lobreguez rasgar en alas del viento?

¿Por patios y corredores, echadas de tierra y cielo, lloran su eterno desvelo las almas de sus señores?

¿Arrastran por sus incultos bosques y oscuras crujías tras sí sus almas impías sus espectros insepultos?

¡Quién sabe! El aire a intervalos exhala sones de vida detrás de aquella extendida cortina espesa de palos.

Mas lo que interrumpe a veces de su silencio la calma, no son lamentos de un alma que pide póstumas preces;

no es el temeroso son de la voz de las leyendas con que puebla las viviendas precitas la tradición:

es el rumor halagüeño de un tierno cantar de amores, como el de los ruiseñores que guardan a la hembra el sueño.

Es la voz de un alma henchida de tiernísima pasión, que demanda un corazón que abra el suyo a nueva vida.

Es la voz que a todo ser infunde naturaleza

en cuanto el amor empieza a sentir en sí nacer.

Es la frase no aprendida que instintivamente sabe la alma a quien la pena cabe de querer y ser querida.

Es la voz de una mujer que, su amor cantando, acata la ley imperiosa y grata de ser querida y querer.

¿Quién será la que a intervalos canta, así de amor herida, detrás de aquella extendida muralla espesa de palos?

sus espectros ma II, ma

Un día, al mediar el sol, penetrando en la montaña por el lado que da a España del Pirineo español,

a través de las malezas se abría a hachazos sendero un robusto caballero armado de todas piezas:

y a juzgar por el afán que en enmarañarse tiene, o huyendo de un riesgo viene o a los alcances le van.

Dejado crecer acaso para que se cierre a expreso, no hay en el breñal espeso rotura, brecha ni paso:

y se ve que en muchos años no han buscado en él caminos pastores ni peregrinos, bandoleros ni ermitaños.

El caballero que explora de la tal montaña, y que acomete

tal paso, en el que se mete práctico tal vez no ignora,

Su vigoroso caballo, que en secundarle no duda, el bosque a romper le ayuda con el bien herrado callo;

y de pechero y frontal fiando en planchas y puntas, con todas sus fuerzas juntas trabaja el noble animal.

Con hacha, brazos y pecho el jinete, y el caballo con frontal, pechero y callo, se abren paso y ganan trecho:

hasta que, entre la hojarasca sumidos, sólo el rumor muestra que ni su labor cesa, ni su pie se atasca.

Y ya porque él no ignorase el fin de la zona espesa, o porque, loca, en su empresa la fortuna le ayudase,

tras larga y penosa brega consiguió salir a dar al linde de un encinar que acota un borde y que riega

un arroyo, el cual parece que le circunda y le zanja: coto de heredad o granja a que el bosque pertenece.

Saltó el arroyo, y metiéndose resuelto por la arboleda, topó con una vereda que poco a poco fué haciéndose

calle de árboles umbría que, aunque inculta y enhierbada, paseo llano o calzada muestra que ha sido algún día.

Hoy corta su césped fresco

senda que sobre él se pinta, como una greca de cinta que parte un tapiz chinesco.

Por ella echando, y al brillo
de los últimos reflejos
del sol, alcanzó a lo lejos
por sobre el bosque un castillo;
y avanzando por la calle
de árboles hacia él de frente,
desembocó de repente
en un pintoresco valle.

El caballero podría la espesura conocer, mas de seguro, a mi ver, el valle no conocía;

pues púsose a contemplar con arrobamiento vago de valle, castillo y lago el panorama sin par.

Verdeguean por las lomas las mieses y las legumbres; se vuelven desde las cumbres al palomar las palomas;

recogen por los oteros sus rebaños los pastores, y tornan los labradores cargados con sus aperos.

Allá viñedos ocupan lo que ayer broncos breñales; aquí en huertos los frutales ya florecidos se agrupan.

Allá donde el alma arredra el abismo de un barranco, con solo un ojo, de un tranco le salta un puente de piedra.

Por bajo de él con estruendo se precipita un torrente que le está continuamente, aunque en vano, sacudiendo: y su honda barranca estrecha bordea un ancho camino que baja el trigo a un molino que sus aguas aprovecha,

Todo acusa movimiento, labor, cuidado, abundancia: la montesina fragancia perfuma el salubre viento,

y el lago undoso le entibia del estío en los calores, y con sus frescos vapores el pulmón cansado alivia.

El caballero creyó que allí moraba alguna hada que, del edén desterrada, allí un edén se labró;

y estuvo espacio no corto contemplando en su belleza valle, lago y fortaleza, embebecido y absorto.

Y no pudo comprender quién, cómo y para qué quiso tan risueño paraíso en tal desierto esconder.

«¿Quién será la hada dichosa, se dijo, que este edén more? ¡Dichoso quien la enamore, si es como su edén, hermosa!

Yo la veré.» Cual si un mago realizara complaciente su anhelo, vió de repente salir del bosque, y del lago

avanzar por la ribera, una dama coronada, sobre una yegua montada como una corza ligera,

Traía encapirotado en su diestra un alcotán,

y el cuerpo en aire galán mi y en la silla colocado:

y traía en pos, en traje de caza, un viejo sombrío, dos mancebos de buen brío, dos halconeros y un paje.

Quedó un punto el caballero de encantado contemplándola, la agria subida mirándola emprender por un sendero:

y como que era entendió la dueña de aquel castillo, otra senda, que al rastrillo vió que guiaba, tomó.

Y de él la dama subía sin apercibirse acaso, mientras de intento su paso él por los suyos medía:

de manera que al pisar la plataforma ella y él, del postigo ante el cancel se vinieron a encontrar.

Contemplóle ella gran pieza silenciosa, mas no esquiva, y los de su comitiva con acusada extrañeza.

Él a su vez contemplóla con admiración tan franca, que ella tornó su piel blanca de azucena en amapola.

Mas como la situación comenzase a ser violenta, él de sí dándola cuenta trabó así conversación:

—«Dama hermosa, perdonad si un desconocido errante, de vuestra puerta delante os pide hospitalidad.»

La dama permaneció

aún un momento indecisa; y luego, como con prisa de excusarse, respondió:

«Servíos vos de excusar el silencio en que vacilo, porque hospedaje ni asilo no estoy hecha en ella a dar.»

Y aquí el caballero fué quien a su vez vaciló, de la razón que ella dió no comprendiendo el porqué.;

y siendo él quien es, y en sí derecho habiendo sobrado para ser bien hospedado, el diálogo anudó así:

—«Creed que aunque solo vengo y asendereado, tal soy que a par con príncipes voy, pendón alzo y hueste tengo; mas no os enoje ni asombre que mi nombre aquí no os diga, porque en público me obliga un voto a callar mi nombre.

—Calladle: que aunque no entiendo cómo habéis llegado aquí, lo que ignoráis vos de mí saber de vos no pretendo.

—Hasta vos para llegar bregué el bosque hasta romper; mas por llegaros a ver volvería a comenzar.

Y desde el punto en que he visto vuestra beldad soberana, de vos, noble castellana, quién soy en velar no insisto.

Dar puedo mi nombre a quien me dé un nombre al mío igual. —Entrad: yo os daré uno tal que esté junto al vuestro bien. Y aunque es la primera vez que mi nombre doy a un hombre, dársele puedo a quien nombre me pueda dar de igual prez.

—Si es mi demanda, señora, importuna o temeraria, la retiro. —Solitaria he vivido aquí hasta ahora:

y como hospitalidad nadie a pedir vino aquí, el primero que de mí la obtenga seréis: entrad.»

Picó, esto dicho, su yegua que ya escarbaba impaciente, y cruzó a galope el puente poniendo al coloquio tregua.

Picó a su vez su corcel
el caballero tras ella:
y su séquito, tras él
picando, sobre su huella
marchó en sonoro tropel.

Tras ellos cayó el rastrillo y alzóse crujiendo el puente; y el crepúsculo amarillo sumió en sombra lentamente valle, laguna y castillo.

Y unos por otros después de mis personajes tres, la dama y el caballero y otro a quien nombrar no quiero, pensaban al par: «¿Quién es?»

¿Quién es la que nunca dió a nadie hospitalidad? ¿Quién es quien se la pidió? ¿Quién el viejo que guardó tan muda severidad?

Mientras sueña el caballero en su lecho con la dama, y ella en el audaz viajero inquieta piensa en su cama, vamos al viejo severo.

pende en unedolH firante,

Un poco antes que la luna del horizonte saltase, que era la del primer día de un primer cuarto menguante, por una poterna al foso salió el viejo personaje con dos lebreles, que pegan el morro a sus calcañares. Desató una balsa oculta debajo de los sillares que el umbral de la poterna prolongan, quedando al aire, v atravesó el foso en ella: tras él los perros entrándose, como bestias avezadas a transporte semejante. Ató la barca a otra argolla aferrada a la otra parte: tomó tierra allende el foso, y echó hacia los encinares, descendiendo por la senda que lleva a la calle de árboles por donde fué el caballero a desembocar al valle.

Es un hombre alto y robusto, de resueltos ademanes, de barba gris, aguileña nariz y ojos perspicaces.

Pisa firme, mira fijo, lleva el cuerpo con buen aire, la cabeza alta, y con garbo de caballero su traje.

Éste es un jubón de paño, sobre el cual ajusta al talle

una túnica sin mangas de daliport con un ancho talabarte. De él un puñal de merced pende en un doble tirante, v va una linterna sorda presa en un gancho de encaje. Un pantalón frigio viste sus piernas correctas y ágiles, que a la pantorrilla ajusta con finas correas de ante. Lleva sobre el hombro izquierdo, haciendo extraño contraste con las demás, una prenda que va mal con su talante: que es la manta o sudadero viadob que los de a caballo traen bajo la silla de guerra para que no le maltrate. Un gorro de piel sin pluma y unos borceguíes árabes de este viejo de mi cuento completan el equipaje.

Y el llamarle viejo no es porque en realidad le cuadre tal adjetivo: no sólo de aland odas y no hay en él aún señales de decrepitud, sino que ostenta aún cualidades dob toq de robustez vigorosa y virilidad pujante. Le llamo viejo, primero entimentali por once lustros que le hacen blanquear cabellos y barba; pero las canas se sabe que aunque madurez acusan no enfermiza o débil carne, pues más pronto que los años en elencanecen los pesares. Le llamo viejo además

porque, al ir a presentársele
al lector, de un modo u otro
es necesario nombrarle:
y el interés de la historia
no permite a este romance
dar de sus héroes los nombres,
sino señas personales.
Por eso a éste llamo el viejo:
y a quien no le contentare,
que le bautice a su gusto;
yo voy con él adelante.

Él, pues, con planta segura, sin dudar y sin pararse, siguió hasta donde el arroyo sirve al encinar de margen: mas al comenzar lo espeso de los silvestres breñales, cual si se desorientara detúvose vacilante. Silbó a sus perros, y a oler la manta que lleva dándoles, «jhus!», dijo: y sin vacilar partieron los animales. Tras ellos bordeó el lindero del embreñado ramaje, hasta el sitio en que de muestra vió a sus lebreles plantarse. Fiado en su instinto, al punto luz con la linterna dándose, empezó a hacer del lugar el más detenido examen. Las huellas del caballero y del caballo palpables halló en la brecha por ambos abierta en los matorrales, sobre tal rastro podía sólo un ciego descarriarse: el paso del caballero era por allí indudable.

Su brazo era poderoso, su hacha pesada y cortante v el corcel de grande empuje, con que el destrozo era grande. Del examen satisfecho v seguro del paraje. cerró el viejo su linterna con intención de tornarse. Silbó a sus perros, mas ellos callaron: volvió a silbarles, v aullaron desde su puesto, nero sin abandonarle. «¡Hola!, dijo el viejo, hay caza»; y a los perros acercándose, othus!, thus!», les dijo, y los perros en el matorral lanzáronse. A poco oyó en la maleza ladridos descomunales, y luego rumor de lucha cual si a una res acosasen. «Diablos, ¡qué alimaña es esa!», dijo, a luchar preparándose, el viejo, tirando al punto del puñal que al cinto trae. Mas de pronto y con asombro oyó juramentos y ayes de alguno que con sus perros en la oscuridad combate. Lanzóse al lugar de donde el ruido y las voces salen, iddo ann y a la luz de la linterna vió a un hombre que, revolcándose, no impide, aunque se defiende, que los perros le ataracen, y que ya apenas rebulle entre los dos que de él asen. Contúvoles, y poniendo la luz y el puñal delante

de los ojos del caído,
le dijo resuelto: —«¡Date!

—Me doy, respondió el que en tierra
mohino y mordido yace;
me doy: tened vuestras bestias,
y a levantar ayudadme.

—No te menees: espera
que pies y mano te amarre.

—¡Eso no! —Pues cenarán
carne mis perros. —...Atadme.»

Dejó el del castillo en tierra
la luz: bufó de coraje
el derribado entre aquél
y sus lebreles mirándose.
Con un cordón del justillo
le ató el viejo los pulgares
a la espalda, y con el cinto
le dijo, los pies atándole:
—«Por amor sólo o por odio
lo que tú hacías se hace:
tú sigues la pista a un hombre;
pues le buscas, quién es sabes.»

Calló el atado; y el viejo
de hito en hito contemplándole
volvió a decir, así diálogo
entre los dos entablándose:
—«O me respondes, o dejo
que mis lebreles te masquen
el corazón. —¡Más valiera!
—¡No bravees! —No amenace:
dar carne cristiana a perros
es un pensamiento infame.

- —Y será un hecho. ¿Respondes?
- -¡Maldígaos Dios!... Preguntadme.
- -¿Quién es el hombre a quien sigues?
- -Un varón de alto linaje.
- -¿Cómo viene solo? -Huyendo.
- -¿De quién? -De los catalanes.

de un partido el estandarte.

—¿De cuál? —Del que en él tremola los blasones imperiales.

—¿Y a cuál sirves? —A ninguno.

—No rodees ni dilates tu relación: necesito saberlo todo; despáchate.

—Oíd, pues. —Habla más bajo.

—¿Hay quien nos oiga? —¡Quién sabe! Dicen que oyen las paredes, bien pueden oír los árboles.»

Puso el viejo sus lebreles del caído por guardianes; mató la luz, y a su lado, desnudo el puñal, sentándose, colocó su atento oído tan cerca del relatante, sol sollo al que su relación no estuvo más que del viejo al alcance. Sobre ella se extendió el ruido misterioso, indescifrable, fantástico y melancólico que exhala de noche el aire. Ese son, conjunto vago de esos rumores errantes, de esos gérmenes de ruido, en O cuyos miles de millares componen la voz de Dios que en las tinieblas se esparce: y la llamamos silencio por no comprender sus frases.

Alguna vez husmearon y ventearon los canes algo que en la oscuridad debió acaso avizorarles: mas se engañaron sin duda, pues tornando a adormilarse, tornó a envolver el silencio la escena y los personajes.

ren que chalest VI (est gennila, la v

Al mediodía siguiente, del castillo en una cámara que alumbran con luz espléndida dos bizantinas ventanas, ponen fin a la primera comida de la mañana los comensales y el huésped de la misteriosa dama. Alrededor de la mesa y del caballero, se halla cuanto forma su familia v la encadena a la humana. Entre ella v el caballero los dos mancebos que, a caza yendo con ella, volvían con ella cuando él llegaba. con muda atención están pendientes de sus palabras. sin perder una, siguiendo las aventuras que narra. Entre estos mancebos y ella y dando al huésped la cara, está el misterioso viejo que escucha, medita y calla: y no lejos sus lebreles, que obtienen la confianza y derechos de familia por la ley con que la guardan. Mientras los pajes retiran el servicio y las viandas, en su lugar colocando los picheles y las ánforas; mientras que los ministriles, guzlas, chirimías y arpas

recogiendo, el aposento a abandonar se preparan: v mientras los comensales oven y el huésped relata, en pie le escucha y contempla la graciosa castellana. Ésta que, aún niña, atropella la cortesanía falsa que a las conveniencias y usos de la sociedad se adapta, ann hace como una niña los honores de su casa; v como obsequiosa, inquieta, da, pide, dispone v manda a los pajes los objetos, que a la bizantina sala desde la repostería por un caracol la bajan. Benévola, como amigos a sus servidores trata, porque todos ellos siervos o hijos de los de su raza, o la han, viejos hoy, en brazos mecido cuando mamaba, o han sido, niños con ella, sus compañeros de infancia.

Y ahora que están todos juntos en buen lugar y a luz clara, mientras que la servidumbre va despejando la estancia, vamos de mis personajes las figuras y las caras a detallar, dibujándoles en cuatro líneas muy rápidas.

Ella... (y fuera del lector injuriar la perspicacia decirle que de mi cuento es la heroína fantástica) es, sin ser como heroína de cuento beldad sin tacha, un modelo primoroso de donosura y de gracia. Quiebran la luz sus cabellos castaños de oro con ráfagas que orlan su cabeza a veces como una aureola santa La paz va escrita en su frente, el pudor en sus miradas, a manda v conserva en su sonrisa la candidez de la infancia. Esta es tan fresca y alegre que torna en cielo su cara; cielo que alumbran sus ojos como luceros del alba, mas assessos Su piel, cual de la azucena la hoja, aterciopelada, mil sa abol y unida, tersa y sin pecas, es intensamente blanca. Bajo ella, como los juncos se ven a través del agua, moli me la red sutil se percibe de sus venas azuladas: y en la modesta caída de sus párpados de nácar las niñas transparentándose, parece que se la manchan. Sus facciones son tan móviles y su expresión es tan varia, que de semblante parece que con cada afecto cambia. Su cabeza va en su cuello con gentileza gallarda, v sus hombros se derriban airosamente en su espalda. Su estatura, sin exceso, mide más que la mediana, y el conjunto de sus miembros la proporción más exacta.

Su talle ondea y se cimbra como la mies y las palmas, bom me y al ponerse en movimiento se duda si flota o anda. Un ampo como a la nieve la circunda, y la acompaña un aroma propio suyo la man orace como a las marinas auras. Todo en ella emanaciones de virginidad irradia: todo en ella es puro y virgen, v lo más virgen es su alma. No ha amado nunca: ha vivido, paloma nunca apareada, como en claustral aislamiento, ignorante, libre cándida: y todo es inmaculado, meta apod al puro cuanto de ella emana; son castos sus pensamientos, su fe y su lengua son castas. Sus ideas en períodos tan sin artificio vacia, que hablar con ella es sentir correr una fuente mansa, y al brotar la melodía de su voz en su garganta, antim ent su boca parece nido de ruiseñores que cantan.

El caballero es un hombre que en los siete lustros raya, y cuya belleza es tipo de varonil elegancia.
El movimiento a sus miembros lo fácilmente que manda, la agilidad y la fuerza que hay en su cuerpo señala.
Su cabeza desdeñosa, naturalmente elevada, revela que ante muy pocos

v pocas veces la baja; pero la benevolencia de que procura impregnarla quita a su faz lo antipático de una cerviz engallada. Sus modales algo lánguidos v su tez un poco pálida, de vigilias o pasiones la historia en su rostro marcan, Por cortesano sus aires señoriles le delatan, amos esta may todo en él por sus hábitos cortesaniles agrada; su conversación encanta, con sus frases favorece v las voluntades gana. En el troyar es maestro: de cetrería v de caza sabe secretos que sólo príncipes tal vez alcanzan: v en sus pláticas sus raros conocimientos engarza con tal discreción, que instruyen sin pretenderlo sus pláticas. Noble sin altanería, franco sin bajeza llana, de todos igual parece cuando sobre todos se alza. Aún no ha hecho en el castillo más que unas horas de estancia, y en él más que como huésped como familiar se instala: la conversación dirige, y del mundo con gran práctica sin preguntar averigua, sin inspeccionar repara. Dos horas ha ya que tiene a la linda castellana

v a sus gentes de sus labios pendientes y embelesadas; v a pesar de haberles dado detalles de una batalla en que han sido él y sus huestes derrotado y dispersadas, lin alam a tras de dos horas, en suma, aún de sí no ha dicho nada, ni ha revelado su nombre, ni su empresa, ni su patria. Noble, sagaz, poderoso, versado en letras y en armas, maestro en amor acaso como en guerra y diplomacia, tal vez cae en el castillo como entre alondras el águila. Tal vez su venida pese a la hermosa castellana; porque ella es noble, sencilla, flor silvestre, niña cándida, v él tal vez sus intenciones con sus discursos disfraza; tal vez las espinas cubre con las flores que derrama, y trae la miel en la boca y la ponzoña en el alma. ¿Quién sabe? Con placer ella sus ojos mantuvo incauta sobre su faz escuchándole: muchas veces la mirada del narrador con la suya se encontró mientras narraba: muchas veces en su mente evocó ideas extrañas con frases cuyo sentido su sencillez aún no alcanza. y en su corazón vibraron latidos que nunca daba. ¿Quién sabe? Poder extraño

ejerce la voz humana sobre el corazón: la lengua por el oído le habla. y él por el oído escucha la voz que al corazón pasa por él; y en el corazón la espera y comprende el alma. Y la voz del caballero escuchó la castellana; y aquella voz que su oído halagó, como si un arpa de sus frases cadenciosas la música acompañara, puesto detrás de su oído el corazón escuchaba. ¿Quién sabe? Del caballero las maneras cortesanas, de las gentes del castillo las simpatías le captan. Y aprender de él sus secretos los cazadores aguardan, el trovador nuevos motes, novedades las muchachas, los dos mozos pasos nuevos en equitación y en armas, v todos con él esperan en el castillo mudanzas. Tan sólo el viejo sombrío le escucha, contempla y calla; mas no es hombre el caballero que sondar no sepa el agua donde se echa, ni apartar de su camino las zarzas, lo mismo que supo abrírsele por la selva con el hacha.

Mientras verbosa, voluble, vesátil y calculada su plática a sus oyentes distraía y fascinaba; mientras que de sus modales y sus formas la elegancia mantenía embebecidos de la son a los que le contemplaban, aqui la v él, observador profundo, sup soy al recogió al vuelo, excitándolas, de todas las impresiones para leer en sus almas, di any al V En la faz de los dos mozos, con el placer dilatándolas, con el terror contravéndolas de la la para mejor estudiarlas en todas las expresiones, vió claro que eran dos ramas del tronco viejo, dos vástagos que nutre la misma savia. Francos, leales, sinceros todavía, si prepara sus corazones el vieio. algún legado de raza para recibir, o un cargo ya de amor, ya de venganza, su alma aún no le ha recibido aunque a él esté preparada. Los mozos, pues, no le inquietan: para una danza de espadas buenos, la materia bruta, son de inteligencia escasa. Mas en la sangre del viejo percibe la perspicacia del caballero un ruin átomo bullir de desconfianza. Consumado cazador, al ver la excelente casta de sus lebreles, con ellos levantó sagaz la caza. Los perros no se han llegado a husmearle, y siempre en guardia

nendiente del viejo, están de su persona a distancia. Lebreles que no olfatean a un extraño ni le ladran, o va han venteado su rastro o mala intención le guardan. Él, cazador, sabe bien que un buen perro no se planta huraño ante las caricias de cazadores sin causa; v él la mano a los lebreles como en acción impensada tendió, sin que ellos mostrasen de corresponderle traza. Luego han venteado su rastro: y pues no les son simpáticas sus emanaciones, dieron sobre él a sus huellas caza. Luego hay de él recelos, y hay prevenciones a él contrarias, por el instinto del perro al cazador reveladas. Con que ha sido una imprudencia en un cazador de práctica dejar que el hombre rastreado a los lebreles rastreara. Y así, viendo el caballero que ha despejado la estancia la servidumbre doméstica, y que el porvenir le empañan de desconfianza nieblas que acaso un nublado cuajan, sagaz determinó a tiempo desvanecerlas soplándolas; y despistando del viejo la sagacidad taimada, de la red que teje a oscuras inutilizar la trama. Interrumpiéndose, pues,

y abandonando su silla, hincó en tierra una rodilla de la doncella a los pies:

y así, con la gentileza de quien la hinca solamente galán y no reverente a los pies de la belleza,

la dijo, depositando un beso en la mano bella, que besar le dejó ella confusa y casi temblando:

—«Castellana misteriosa,
que en vuestro blanco castillo
parecéis en canastillo
de jazmines una rosa,
para bien agradecer
vuestro hospedaje y favor,
debo nombrarme, y mi honor
debe un voto de romper.

Hícele de no llevar mi nombre hasta no vengarle; mas no es llevarle dejarle de un ángel en el altar.

Dignaos, señora, pues, escucharle a solas vos; y que me perdone Dios si romper mi voto es.»

Dijo el cortesano: y viendo a dama y viejo indecisos, continuó al punto, sin visos de repugnancia, diciendo:

--«Si escucharme en soledad tuviereis por mal consejo, and so un sacerdote o un viejo que me oiga con vos mandad.

—Recordad que ayer os dije, respondió la castellana, que aquí ninguno se afana por saberle, ni os le exige. —Dignaos vos recordar que darme ofrecisteis uno par al mío: aunque hombre alguno con vos merezca ir al par.

Y pues de este caballero y de estos mancebos fiais, la fe que les otorgáis también otorgarles quiero.

Aunque mi doble corona debo al poder de Alemania, soy duque de Septimania y conde de Barcelona.

Las montañas que habitáis están en mi señorío, y nunca soñé en el mío edén como el que moráis.

Hasta hoy jamás creí ser en tierra ajena vasalla: mis bosques fueron la valla de todo humano poder.

Paloma mansa, heredera de una audaz raza de halcones, jamás de mis torreones he quitado su bandera.

Libre viví en mi retiro que heredé de mis abuelos, y no cuento propios duelos que me cuesten un suspiro:

pues aunque os parezca insania que maravillaros pueda, en su alcázar os hospeda Genoveva de Aquitania.»

De su nombre al escuchar los dos la revelación, su nombre en el corazón quisieron tal vez grabar:

pues quedaron un momento uno a otro contemplándose, como en pintar ocupándose su faz en el pensamiento.

Y acaso en aquel instante sintieron cruzar por él de recuerdos un tropel confuso, vago y errante;

y puede tal vez el viejo ver cómo los de ambos giran, según sus ojos les miran por bajo de su entrecejo.

Los dos mancebos... quizás ven y oyen sin comprender, alcanzado por no haber los turbios tiempos de atrás.

El conde, empero, que explora pronto la tierra que pisa, dijo, al fin, con la sonrisa más falsa y fascinadora:

—«Excusadme que me asombre: borrado habían del mapa el Emperador y el Papa los Estados que os dan nombre.

—Los han borrado: es un hecho; mas no hay humano poder que de otros padres nacer me haga ya sin mi derecho.

—Ni seré yo quien pretenda disputárosle jamás; quien le mantenga de hoy más por vos seré, aunque os sorprenda.

Yo soy, porque Dios lo quiso y de la guerra un azar, quien ha venido a turbar la paz de este paraíso.

Vuestra raza está proscrita, vuestra existencia se ignora; la guerra civil que ahora nuestro territorio agita yo no sé a quién recordar hizo que en esta aspereza había una fortaleza que importaba utilizar;

y he aquí cómo, imprudente, vencido en esta campaña, en torno de esta montaña he dado cita a mi gente.

El misterio delicioso que os ha cercado hasta hoy, a romper sin culpa voy y a turbar vuestro reposo,

El aislamiento profundo, poético, dulce, santo, que cual por obra de encanto tal cielo os labró en el mundo, vengo, insensato, a romper; y os vais a tener que echar del mundo al revuelto mar, sus aguas sin conocer.

Y por fatal consecuencia de mi error involuntario, profané vuestro santuario e inquieté vuestra existencia;

mas como manchar no quiero con este baldón mi fama si me aceptáis, noble dama, seré vuestro caballero.

Tengo en la corte favor y oro en la tierra y poder: yo sostendré a la mujer contra el mismo Emperador.

—Caballero, pues por tal os dan tan nobles ofertas, aunque un evento a mis puertas os trae para ambos fatal,

si un Emperador tener puede a una mujer encono, su causa contra su trono os fiará la mujer. Yo iré, a la merced de Dios, amparo en el soberano a buscar: si obra villano conmigo, cuento con vos.

—Y si su favor no alcanza vuestro nombre en Aquisgrán, mis huestes le llevarán en el pendón de mi lanza.

—Huésped sois en mi castillo: sólo a vuestra voluntad puede mi hospitalidad cerrar o abrir su rastrillo.

Obrad, pues, como os importe.

—Un servidor mío espero,
y un seguro mensajero
deseo enviar a la corte.

Aquél debe de seguir mi rastro como un sabueso, y éste, si llega a ser preso, sin hablar debe morir.

—Al esperado aguardad, dijo la dama al anciano, y a la corte del germano al que ha de partir, buscad.»

Firme el viejo en su papel, oyó esta orden impasible, mientras echó imperceptible mirada el conde sobre él.

Así, por su propia insania o su tenaz fatalismo, su edén convirtió en abismo Genoveva de Aquitania.

¡Raza de Waifro precita! ¡Ni los ángeles que nacen de ti, tornar a Dios hacen hacia ti su faz bendita!

Versionalized September 1997

CAPÍTULO V

Hevaba en su corlidor of attach

Antes de expirar el día se halló y partió el mensajero: mas el que seguir debía el rastro del caballero, ya era noche y no venía.

Y he aquí la situación: demostrando cada cual serena satisfacción, oculta en su corazón algo que en él sienta mal.

Teme el conde haber sin fruto soltado ante el viejo prenda: teme el viejo al conde astuto que, al descuido de un minuto, pondrá el pie sobre su senda.

Teme uno y otro mancebo, al galán conde admirando, que un mundo al abrirles nuevo torne en sombras del Erebo la luz de que están gozando.

Siente y teme Genoveva una insólita inquietud que en su corazón se eleva: mas la acaricia y la ceba con ciega solicitud.

Teme algo desconocido que en su interior se despierta, y que jamás ha sentido, y que en su alma del oído se introdujo por la puerta.

Y el secreto al deletrear del alma de la mujer el conde y el viejo al par, lee el viejo con gran pesar y el conde con gran placer. Por eso a su habitación al volverse cada cual, llevaba en su corazón algo que le hacía mal: tal era la situación.

La dama y el conde el día pasaron juntos: empero aquel que seguir debía la pista del caballero, anocheció y no venía.

El conde de Barcelona, que al doble afán avezado de la guerra y la corona, nunca olvida ni abandona sus afanes de soldado,

antes de ir en su aposento comodidad para él a buscar, procuró atento comodidad y alimento para su noble corcel.

Mas por él al procurar, le halló limpio, en buen lugar y sobrado de forraje; y a su aposento al tornar halló a su servicio un paje.

Pero no hay por qué se asombre de esmero y cuidado tal; desde que ha dicho su nombre le han de tratar como a hombre de rango tan principal.

Así el paje que le espera de su puerta junto al quicio, mancebo al parecer era que estar nada más pudiera de príncipes a servicio.

De los dos pajes gentiles de Genoveva, el más mozo es, y en sus diez y ocho abriles aún no descontorna el bozo sus facciones juveniles.

Su tez de frescura llena, sus risueños labios rojos, y la mirada serena de sus dos azules ojos, y su abundosa melena

que hace cuadro a su semblante, y la gallarda apostura que da a su cuerpo elegante los contornos y el talante de un modelo de escultura,

abogan en su favor tan francamente, que el conde, experto conocedor, le acogió con el favor que a gracia tal corresponde.

Con él, pues, con rostro ledo así diálogo entabló:

—«¿Qué nombre lleváis? —Wifredo.

—¿Y en qué aquí serviros puedo?

—Quien va a serviros soy yo.

—¿Vos a mí? —Y de buena gana.

—¿Pláceos, pues, mi compañía?

—Desde que oí esta mañana quién sois. —¿Y quién os envía

ahora aquí? —La castellana,

—¿Venía por su orden expresa?

—No hay quien órdenes me dé
aquí más que la duquesa:
mas si, como temo, os pesa
de mi venida... —¡No, a fe!

Ni sé paje tan gentil cómo de admitir me excuse, ni siendo orden mujeril, cómo, sin ser incivil, obedecerla rehuse.»

Y así hablando, en él tenía fija el conde su mirada, que él tranquilo sostenía aunque el rubor encendía su tez aterciopelada.

Siguió el conde de hito en hito mirando un trecho al doncel: y con su tacto exquisito vió en su faz el sobrescrito de un alma sincera y fiel.

Mas como jamás se fía
de sólo un buen parecer
ni de amistades de un día,
no osó en su cuarto un espía
la primer noche meter.

Con gracia, pues, soberana de soberano artificio, le dijo: —«A la castellana decid que vuestro servicio acepto... para mañana.

Que hoy, errante aventurero, no irá bien a mi persona un tan apuesto escudero: mas que os acepto y os quiero paje mío en Barcelona.

Y como en ella que entrar suptendremos con lanza en ristre, del buena ocasión de ganar en mi campo buen lugar podrá ser que os suministre.»

Y con el más cortesano ademán y lisonjera sonrisa, le dió la mano, y de tal repulsa ufano tomó el mozo la escalera.

Cerró, y en su pensamiento.
se dijo el conde: —«No hay dolo
en él: mas en mi aposento
quiero de noche estar solo.
Veamos mi alojamiento.»

Del de la noche anterior

era su cuarto distinto:
mas le da, con ser mejor,
muestra de estima mayor
quien le hospeda en su recinto.

Abrió armarios y alacenas; las alacenas y armarios halló provistos y llenas; y aun más de los necesarios trastos ricos, ropas buenas;

cuantos útiles de lujo la moda ideaba ya; con los que Europa produjo, cuantos el moro introdujo desde que en España está.

Respira luz, alegría,
todo en aquella mansión,
frescura y coquetería:
chinesca tapicería
en lecho, puerta y balcón.

Porcelana, argentería y flores en profusión; alguna hada parecía que de pasar concluía por aquella habitación.

La armadura colocada en su percha en un rincón, pulida y encubertada; nueva y recién encordada un arpa junto al balcón;

reclinatorio a cincel trabajado junto al lecho, y un gótico horario en él, donde primores ha hecho de miniatura el pincel;

la lámpara perfumada, el espléndido bordado que orla la colcha y almohada... todo muestra de aquella hada invisible los cuidados. Todo lo repara el conde y a todo su precio da, puesto que no se le esconde de dónde viene y adónde esmero tan nimio ya.

Mas por si de su balcón hay otro balcón enfrente desde el cual una atención curiosa tenga ocasión de acecharle ocultamente,

se acordó a su barandaje, distraído al parecer, mas registrando el paraje sobre el cual de su hospedaje van las luces a caer.

Es una torre cuadrada de aquella fábrica inmensa, por dos lienzos flanqueada de una galería arqueada que corona el muro extensa.

De un adarve, convertido de la torre al pie en jardín, en rachas de aire perdido le envían su olor subido la retama y el jazmín.

Al cabo de ambas arcadas, dos torres como la suya se ven a otras enlazadas, cuya hilera sus miradas no alcanzan dónde concluya.

Al frente tender podía la vista por sobre el lago, a través de la sombría calígine que tupía el azul del aire vago.

La luna, que ya puntea al horizonte, allá... lejos, la cresta calva platea del monte en que titubea con luz pobre de reflejos.

La vista en el valle acota sobre el lago allá en la hondura masa de niebla que flota, a trechos del bosque rota entre la informe espesura.

Todo es calma en derredor:
no hay voz ni son que devuelva
el eco remedador:
sólo trina allá en la selva
muy lejano un ruiseñor.

Mas cada torre vecina
luz tiene en una ventana:
y de una tras la cortina,
no la ve, mas adivina
el conde a la castellana.

Y por si su voz llegar hasta la en que vela puede, su voz se resuelve a enviar a entrambas con un cantar, aunque en el aire se quede.

Diciéndose, pues: «Es llano que no han de haber puesto aquí tan buen instrumento en vano», puso en el arpa la mano, floreó el tono y cantó así:

MOTE MOTE

Sal a ser sol, estrellita; reina a ser, zagala, sal; sé magnolia, vellorita; fuentecita, sé raudal.

No preguntes a mi acento por el viento dónde va: si tu alma no halla abierta, ¿a qué puerta llamará? Azucena
de ámbar llena,
cuyo aroma
vida da,
mi existencia
de la esencia
que en ti toma
llena está.

Mi existencia en adelante de tu esencia vivirá; y en tu ausencia mi alma amante a presencia tuya irá.

> Tu fe sola la sostiene, la acrisola, la mantiene

como lluvia de maná:

y en ti mi alma su luz tiene, mariposa revoltosa

que en tu llama se entretiene,

y afanosa
vuela, gira,
se detiene,
se retira,
y a ti viene
y a ti va.

Blanca rosa, nacarina
y aromosa, que se inclina
de la móvil agua undosa
sobre el líquido fugaz,
cuya grata, peregrina,
pudorosa, casta faz,
de su plata cristalina
se retrata sobre el haz:

y a quien brisas y auras suaves van sumisas a arrullar,
y ondas, hierbas,
algas y aves
como siervas
a besar:

sal, señora, a tu ventana mis acentos a escuchar, y abre tu alma, castellana, a mi amor y a mi cantar.

Sal, aurora
de mi cielo,
fe y consuelo
venme a dar:
sal, señuelo
de esperanza,
do mi anhelo
sólo alcanza

luz y puerto desde el mar.

Sal, estrella rutilante,
y en el aura matinal
de tu amor manda a tu amante
el rocío celestial.

Transfigurate a mi acento, colibrí primaveral, y bajo otro firmamento ven a ser neblí condal, ven: verás que da mi aliento a tu vuelo viento tal, que podrás cortar el viento al del águila imperial.

MOTE

Sal a ser sol, estrellita; reina a ser, zagala, sal; sé magnolia, vellorita; fuentecita, sé raudal.

No preguntes a quién llama ni reclama mi cantar: si a él tu alma no está abierta, a tu puerta va a expirar.

Filomena
de amor llena,
que suspiros
de amor da
y anchos giros
tras de otra ave,
y aún no sabe
dónde está:

ya no píes sin reposo, que tu esposo ya a ti va: no le envíes por el viento un lamento inútil ya.

Tu fe sola se sostiene, se acrisola, se mantiene

de esperanzas con maná:

pero tu alma luz ya tiene, y amorosa mariposa

que en su llama se entretiene,

afanosa
torna, gira,
se detiene,
se retira,
de ella viene
y a ella va.

Vagarosa golondrina
de sedosa pluma fina,
que la móvil agua undosa
rasas rápida y fugaz;
silfo vago que haces nido
de florido rosal fresco
que de un lago pintoresco
te columpia sobre el haz;

Y a quien brisas
y auras suaves
van sumisas
a arrullar,
y ondas, hierbas,
algas y aves
como siervas
a besar:

desde el cáliz de tu rosa, nido, tienda y barco al par... Abre tu alma, joh hada hermosal, a mi amor y a mi cantar.

Sal, paloma,
de tu nido;
sal sin ruido,
sin luz sal;
y atrevido
vuelo toma,
y el tendido
viento doma
como el águila caudal.

Sal, y en brazos que te cierna el deshecho vendaval, cuando le hace la ira eterna de sus rayos arsenal.

Transfigúrate a mi acento, ruiseñor primaveral, y bajo otro firmamento ven a ser águila real: y verás que da mi aliento a tu vuelo viento tal, que tu vuelo corta el viento al del águila imperial.

MOTE MOTE

Sal a ser sol, estrellita; reina a ser, zagala, sal; sé magnolia, vellorita; fuentecita, sé raudal.

Así el cantar concluído, sostuvo el último son del mote en él repetido, mientras, atentos oído y ojo, salía al balcón.

Miró a las torres: no había luz en sus ventanas ya; pero su voz todavía vibrar por el viento oía donde apagándose va,

cuando a lo lejos el hueco de la atmósfera rasgó, agudo, rápido, seco, de su cantar como un eco, un grito que le asombró.

En el barandal de pecho, como dos carbunclos rojos los ojos, y un arco hecho, miró y escuchó buen trecho, todo oídos, todo ojos.

Irguiéndose de repente y aspirando fuertemente, pujante, seco, bravío, lanzó un grito en el vacío a modo de una serpiente,

Desgarró el viento su agudo salvaje y extraño acento: y tras un instante mudo, le devolvió agreste y rudo su voz de serpiente el viento,

¡Él es!», exclamó: y calándose sobre el birrete el capuz de la malla, apoderándose del hacha, salió llevándose del aposento la luz. serior, -- sOné en II que ocasión--

Y alumbrándose los pasos con su móvil resplandor. bajaba por el estrecho v empinado caracol. cuando como ecos del suvo los de otro paso sintió que, a su descenso, emprendía de la espiral la ascensión. -«¿Quién sube?, dijo, -;Quién baja?, repuso abajo otra voz. -El conde de Barcelona: y vos que subís, ¿quién sois? —Iba a buscaros: mas vuélvome v abajo espero. —Allá vov.» E hicieron lo que decían al mismo tiempo los dos. Percibió, pues, del de abajo el conde la evolución, v sus pasos ascendentes de chieffort que descendían sintió. Ovó al par el que subía, tornando a bajar, el son de las pisadas del conde que bajaba de él en pos: v al salir de la escalera por el postigo inferior, le la como M vió el conde al viejo esperándole con sus perros y un farol, hama lab

Al ver al conde, dejaron
oír amenazador
los perros sordo gruñido,
que el viejo imperioso ahogó:
y el conde, sin dar señales
de apercibirse del son
del gruñido hostil, el diálogo
así con su amo entabló:

—62 Íbais a buscarme? —Sí,

señor. - ¿Qué es lo que ocasión a vuestra visita daba? -Pues bajáis armado vos la ocasión de mi subida de mi debe de ser la razón lo rog adalad de vuestra bajada. —Iba bankuna y también a buscaros yo omor obnama para que abrirme mandarais un postigo: al campo voy. -Para ir al campo os buscaba; oí que a vuestra canción contestaba un grito extraño. —El de una serpiente. Dios me dió esa gracia: las bestias alzan su voz a mi voz, and a ad--Es don raro. -Vuestros perros la prueba evidente son de que le tengo: cuando hablo, gruñen. -Extraño les sois. - Extraño? Bah!, haber demuestran recibido educación, sola sola en el y no pueden extrañarme después de un día que estoy aquí con vosotros: conque, observot si de mis huellas en pos no han corrido, es positivo al al aco que tengo ese extraño don.

Y esto dicho, al parecer
con la candidez mayor
del mundo, clavó en el viejo
el conde su ojo de halcón:
y a su vez con aire cándido
el viejo no pestañeó,
como si nada entendiera
de semejante alusión.
— ¿Vamos?, dijo el conde. —Vamos»,
respondió el viejo: y en pos
echando el uno del otro,
uno y otro corredor

en silencio atravesaron,
y uno y otro caracol
descendieron, hasta dar
de la muralla exterior
en el cubo embovedado
del macizo torreón,
en donde mora el vigía
del rastrillo guardador.

A la voz del viejo, el aspa
aquél desapalancó,
y el rastrillo con el puente
moviendo en combinación,
el paso por sobre el foso
puso franco ante los dos.
Mas en el opuesto encaje
no bien el puente tocó,
un hombre que allá esperaba
metióse por él veloz,
y el conde y él se dijeron:
—«¿Todo está? —Todo, señor.»

Antes que sobre él pudieran los perros abalanzarse, el conde, con brazo hercúleo, les asió por los collares: y el viejo, en sus manos viéndoles, acudió al punto a amansarles, comprendiendo bien que el conde es capaz de estrangulárseles. -«He aquí el hombre que esperaba, dijo éste al viejo soltándoles: acostumbrad vuestros perros a que a mis gentes no ladren, porque hay cerca huestes mías, y hombres en ellas capaces de soltarles una flecha, con lobos equivocándoles.

—Los perros tienen su instinto, dijo el viejo sin turbarse, y ladran al forastero, de su amo y casa guardianes:

pero si tienen palabra
los varones de linaje,
yo espero que vuestras huestes
no entrarán en nuestro valle.

En cuanto sepa las nuevas
que este escudero me trae,
yo veré a la castellana
y se hará lo que ella mande.
Cuidad vos de vuestros perros,
que yo hallaré por mi parte
modo de que mis palabras
vayan con mis hechos pares.

Tal diciendo al viejo el conde y las espaldas tornándole, tomó a su torre la vuelta de su escudero delante: y tal escuchando el viejo, libre del conde mirándose, salió aprisa del castillo, que tras él volvió a cerrarse.

Y de su aposento el conde dando una vuelta a la llave, a solas con su escudero cambió estas rápidas frases:

cambió estas rápidas frases:

—«¿El Emperador? —Da a su hijo
Pepino sus facultades;
y éste cruza la Provenza
con vos y Ayzón a abocarse.

—¿Y Ayzón? —Les llamó en su ayuda
y es víctima de los árabes:
riñeron por el botín
y le abandonan robándole.

—¿Se le han vuelto? —Ya está solo.

—¿No podrá, pues, presentarse
conmigo al rey? —No. —¿Tampoco
podrá esperar nuestro ataque
con ventaja en Barcelona?

—Imposible: sus parciales

engruesan ya vuestras huestes a nuestro campo pasándose. -Nuestra derrota es un triunfo. -Si sabéis aprovecharle, was al v -¿Cuántos somos? -Cinco mil acampan en los breñales antibog on al pie del monte, y seiscientes jinetes, con vuestros pajes y escuderos, con la cerca de maleza tocan cuasi. -Que no la pasen. -Ninguno lo que hay detrás de ella sabe. -¿La Emperatriz? -En el claustro. Y dispensad: su mensaje no lo so vió Ayzón primero que vos. —Yo no le he visto. —A enseñársele fué Laimo, v vino escoltado por él hasta estos parajes. -Traidor! -El por vuestro rastro vino, y yo vine espiándole. -¿Por qué no le diste muerte? -Porque cuando a los alcances le iba, le dió otro caza lo ob salas como a una bestia salvaje. -¿Quién? -Ese que quedó abajo con sus lebreles. Los árboles me libraron a mí de ellos. -¿Cómo? -Tiempo sin dejarles para ventear mi rastro. con Laimo en lucha dejándoles, an alpude en salvo, como un pájaro a una encina encaramándome, sentir oculto en las ramas cómo sobre Laimo echándose, amp no se le entregaron rendido: abiy na abox y a su gusto maniatándole arrages ob ese viejo, que es un hércules, lab aup cargó, tras de confesarle, a al mimob con él en hombros. -¿Por qué la noll

entonces no les lanzaste un dardo que les cruzara a los dos? --Porque el ramaje v la oscuridad hacían mi tiro incierto, y matándoles no podríais sus secretos arrancar a sus cadáveres. Volví sobre vuestro rastro de nuestra gente a ampararme, para hallaros a la fuerza si la astucia no bastase. La aposté, v otra vez solo al castillo aproximándome, os of, con mi silbido hice eco a vuestros cantares, oí el vuestro v llegué al puente al caer éste en sus pilares. -Ahora comprendo a ese hombre el aplomo inexplicable: mas que yo lo sé no sabe. Paulo, a partir volverás antes de que el día raye.»

Tolkide Shangler Health Smith

Dulces afanes del amor primero, vírgenes y sabrosas sensaciones que, al invadir el corazón sincero que, al invadir el corazón sincero que, al invadir el corazón entero, que como entráis en su alma? ¿Cómo de ella señores os hacéis, y desde el punto en que el alma asaltáis de una doncella, toda su vida entera es un conjunto de esperanzas, recuerdos y temores, que del primer amor la imagen bella doquier la muestran entre luz y flores? Por dondequiera que sus ojos vuelva,

con el vago poder del pensamiento, en la sombra, en la luz, como elemento único de su ser, la trae el viento con el rumor del mar o de la selva, la bella imagen, el sonoro nombre, la fe leal del corazón de un hombre. Su ansioso corazón, su oído atento, su mirada voraz, tan solamente con afán delirante en cuanto abarca en el azul ambiente su enamorado pensamiento errante, la faz contempla de su amor ausente, las frases oye de su voz amante y el son lejano de sus pasos siente. ¿Por qué impregnan de amor el mundo

CASPANNIAL WHOLE DE A Jentero las sensaciones del amor primero? Dios lo sabe no más, que el amor hizo para el alma del hombre, y que absoluto le da para él inexplicable hechizo, deleite espiritual que niega al bruto. Porque el amor del corazón humano, chispa encendida en el amor divino, no es el instinto irracional, villano, ciego, torpe, brutal, loco y sin tino que a un placer material sólo conduce. instinto que las razas reproduce. Dios inspira otro amor al alma humana: germen de mutua fe, que en dos encierra para que encuentren dos un alma hermana que acompañe su viaje por la tierra, dejan de la existencia en el camino con sus besos de amor alimentados y en la agua de sus lágrimas bañados, hijos de su alma, que en su ser divino el germen puro de su amor reciben y en la que fueron engendrados viven. Por eso es siempre nuestro amor primero casto, infantil, poético y sincero.

La sociedad hipócrita, mundana, es quien de esta pasión santa y serena el germen vicia y el altar profana y del amor los frutos envenena.

Siempre el primer amor, rosa temprana de fe y aroma de inocencia llena, marchita a poco de nacer se inclina y en el alma no más deja una espina.

Nunca primer amor fué bien logrado para esas nobles almas, cuya esencia es ese amor por Dios inoculado en el germen vital de su existencia.

Los que ese único amor sólo conciben, los que para ese amor único viven en la tierra, al sentir su flor marchita, vuelven de esa pasión la fe infinita a Dios, de cuyas manos la reciben: siempre es fin de este amor, de fe misterio, la desesperación o el monasterio.

Genoveva, en su espíritu sentía brotar ese amor único, exclusivo: cuadro de flores, luz y poesía de irresistible v mágico atractivo: panorama de flores sin abrojos Jahora la puesto por vez primera ante sus oios. En ese estado plácido, halagüeño en que entregada el ánima tranquila de la vigilia a la merced y el sueño, suspensa en brazos de los dos oscila, animada del cuadro, atravesando su fantástico edén, de una ventura imaginaria un porvenir labrado: y risueña, gentil, aérea, errante, cambiada, por la atmósfera flotando, de forma y de lugar a cada instante.

A través de los párpados cerrados de la amante doncella las pupilas, de sus futuros días enlazados

sólo con horas de placer tranquilas, veía al conde por el campo ameno adelantarse rápido y sereno, may lo 7 como maná de bendición vertiéndolas por la tierra feliz de sus Estados, que en los deleites de la paz perdiéndolas convertianse en huertos encantados en cuyos frescos árboles floridos colgaban, columpiándose, sus nidos bando colibrís, cardenales y oropéndolas. Y la imagen del conde vagarosa, mil veces por doquier reproducida, iba con hebras tenues de oro y rosa tejiendo el hilo de su doble vida; porque ella iba tras él entre las flores no en la sonora vibración mecida del dulce son de un cántico de amores que el conde, reclamándola, entonaba y un ángel con un arpa acompañaba. Y de delirio tal en el empeño, y con el sueño y la vigilia en lucha, cediendo un punto a la vigilia el sueño, los sentidos cobrando, cree que escucha de lejano cantar son halagüeño; v según de su ser va siendo dueña, convenciéndose va de que no sueña. Salta del lecho, el pabellón descorre que la ventana gótica tapiza, v al divisar desde su enhiesta torre la torre fronteriza al molanniami in the donde su huésped mora, siente venir desde ella a su aposento el son de su arpa y de su voz sonora, que la trae una ráfaga incolora, suave suspiro del dormido viento. Aura que aroma y que refresca el lago, y que a la par que de su faz orea la fina piel con cariñoso halago y en sus revueltos rizos juguetea, a sus oídos la canción conduce, y el corazón amante la recrea, y el veneno en el alma la introduce de ese primer amor jamás dichoso: poética pasión, de fe misterio, a la que sólo dan paz y reposo en la tierra el panteón o el monasterio. De ese primer amor la savia nueva que dentro de su ser circular siente, deja que se introduzca Genoveva y que en su amante corazón fermente. No ve que se le brinda, como a Eva el pecado primero, una serpiente; que amor cuando en el alma se introduce locura en ella y ceguedad produce.

¡Raza infeliz de Waifro, que se olvida de que Dios de sus madres en el seno la sus hijos maldice, y que su vida con su leche al nutrir les dan veneno, y que su odio y su amor deben lo mismo abrir bajo sus pasos un abismo! ¡Raza infeliz de Waifro! Genoveva, la última flor que das en tus montañas, el fatalismo de tu sino lleva con su primer amor en sus entrañas.

Aquella noche por la vez primera
de la dama turbaron el reposo,
pasando en larga y silenciosa hilera
y en giro interminable y vagaroso
por su imaginación, las mil visiones,
quimeras, esperanzas e ilusiones
con que de una pasión el primer día
llena el alma dejándola vacía:
que al hacerse el amor del alma dueño
engendra la inquietud, ahuyenta el sueño.
Las palabras del cántico amoroso,
a las cuales hizo eco la bravía
y única nota del salvaje acento

desgarrada una ráfaga de viento, exaltaron después su fantasía con el vago temor de algún evento a cuya indagación en horas tales su decoro entregarse la impedía. Así fué que leyendo y releyendo y volviendo a leer las desiguales páginas, y en su afán las hojas sueltas de aquel poema de su amor uniendo y rompiendo una y cien, mil y mil veces, con su amor en su lecho anduvo a vueltas y olvidó acaso sus nocturnas preces: cuando en un corazón amor se anida, de sí mismo y de Dios por él se olvida.

Febril, inquieta, insomne y anhelosa, y sin darse razón de la impaciencia que así la agita el pecho, pálida, fatigada v ojerosa. con estrellas aún saltó del lecho. Despertó a su nodriza que duerme en una cámara inmediata; y como muchachuela antojadiza que de su humor excéntrico desata el raudal, y con hechos y con diches muestra que obra, víctima insensata, a impulso y a merced de sus capriches, mandó por primer vez con aspereza enjaezar su yegua aún fatigada, desvelar a sus pajes aún dormidos; se quejó de la inercia y la pereza de los de quien, por ella preferidos, debería de ser más contemplada, extrañando que duerman tedavía: aunque, por más que esté muy avanzada la noche y por la luna iluminada, aún está lejos y a clarear no empieza la ansiada luz del venidero día.

Por la primera vez de su existencia tal vez, mientras a solas se vestía dió señales de insólita impaciencia, casi sintiendo impulsos de coraje mientras, equivocadas, se vestía las conocidas prendas de su traje.

Acciones y propósitos extraños, que la nodriza ve y oye espantada también por vez primera en tantos años; y de los cuales viendo el sesgo serio, el intérprete a ser mustia y callada partio, sin darse cuenta del misterio de esta acritud y desusado imperio.

Genoveva salió tras de su huella y a aguardar en el patio fué impaciente su yegua enjaezada: montó en ella, y sola y en silencio cruzó el puente; mientras su servidumbre soñolienta buscaba al conde y al sombrío viejo, de tal salida para darles cuenta y demandarles orden y consejo.

Mas el viejo y el conde habían partido, con sus perros aquél, y acompañado éste del escudero, que a un silbido suyo se apareció como evocado.

el receloso instinto del docil animal,

¿Qué busca, qué desea y adónde va?
[¡Quién sabe!
En torno de su jaula girando sin cesar,
do hacer el primer nido se ve buscar a
[un ave
a quien, aislada, agita su instinto de ani[dar.
¿Qué busca, qué desea y adónde va?
[La clave
de la inquietud de un alma que necesita
[amar

la tiene Dios, que guarda del corazón la

y a la mujer y al ave crió para anidar.

Y lágrimas sin causa, temor sin funda[mento,

irritación injusta, voluble voluntad, afán inexplicable de cambio y movi-[miento.

han sido y serán siempre de amor necefsidad.

Por eso una barranca, que su corriente

al lago que la ofrece su seno de cristal, bordeando distraída recibe Genoveva sobre su faz los besos del aura matinal.

La luna, que el espacio cruzando va [tardía,

con un afán inútil de oposición tenaz luchar intenta en vano con el albor del día, que absorbe la luz débil de su amarilla faz.

Tal vez desarraigados los árboles parece que flotan de hoja ricos y secos a la par: a veces que el castillo se aclara, se enne-[grece

y cambia de contornos y muda de lugar.

A veces los vapores con sus movibles
[brazos

pedazos cubren y orlan de su extensión [total,

e informes e incompletos, parecen sus

en ruina los escombros de la mansión [feudal.

Platea aún la luna la superficie tersa de las peladas rocas y el agua del raudal; mas, aunque lucha, la alta calígine dis-[persa

encima de los montes la luz matutinal.

En medio de esta doble, fantástica, du-Idosa,

crepuscular y móvil y parda claridad, avanza Genoveva, como ella vagarosa, sin movimiento propio, ni propia voluntad.

Las riendas sobre el cuello del animal Syon v oidman ob aldania (paciente

y el cuerpo abandonado sobre la silla va, sin verlas, contemplando las aguas del [torrente

que riegan el desierto donde perdida está. ¿Adónde va, qué busca, qué anhela? No To sabe.

En torno de sí misma da vueltas sin cesar: así en redor de un árbol revolotea un ave a quien, aislada, agita su instinto de anidar.

Absorta, ensimismada, su yegua la conduce:

v sin tensión la brida sintiendo el animal, al conocido bosque torciendo, se introduce en él, la cerca virgen bordeando del breñal.

A un lado, rudo, agreste, tupido y espi-Inoso

el círculo se extiende del áspero zarzal: al otro, verde, fresco, balsámico y umbroso el bosque con su nuevo verdor primaveral. Los lirios campesinos, las leves ama-

las margaritas frescas, los nardos de San

las mil silvestres flores que nacen por sí solution is a rest of pringer dis [solar

y al campo mejor manto que el de los .inhuell ____ [reyes dan,

los sotos entapizan que Genoveva cruza sin percibir su aroma, su vista sin gozar, sin ver los miles de ellas que aplasta o [desmenuza

su yegua, los retoños al paso al despuntar.

Y a antojo de la bestia mohina o indosalfactwinibrosoft routophil about a lente

la dama descuidada sobre la silla va, cuando encarcando el cuello plantóse de

Sonie 1924 sodie Square [repente la vegua, rehusando pasar de donde está. Del cielo de sus sueños de amor la cas-

forms ously to obmit some [tellana cayendo, con asombro reconoció el lugar: y hallóse en el remate de la alameda llana que corta como cinta de felpa el encinar.

Enfrente, a pocos pasos, los densos matorrales

comienzan con que aísla la selva artificial. en red de nopaleras y recios enebrales tejidos con espinos, su valle señorial.

Y en ella, por un brazo de brío hercúleo Thecha

y que el prestigio ha roto del círculo [guardián

del misterioso valle de Waifro, está la obudungmoon & James Formed [brecha

asombro de la vegua y de la dama afán, Detrás de sus chaparros hay algo que avizora

el receloso instinto del dócil animal, y que el afán aviva de ver en su señora lo que a la bestia asombra detrás del inv obnobe w cossh our An [materral.

Allí, tras los chaparros moviéndose, se granso mis planning almaj pre ob fesconde

alguno a quien la dama interpeló: «¿Quién gya ROkto one duerman isdavku [va?

Y por la brecha al soto desembocando el Link he y por in hum flumingin [conde,

la dijo: «Un siervo vuestro que a vuestros isvelouell or del vanides de pies esta-

«¡Vos!», dijo Genoveva sintiendo a su frama), mientras a solas se ve [semblante

del corazón la sangre subírsela en tropel: «¡Vos!», dijo el conde, de ella llegándose [delante.

trayendo de las riendas en pos a su corcel.
«¡Vos! ¡Vos!», dijeron ambos, un punto
[de hito en hito

absortos del encuentro mirándose los dos: y el «¡vos!» en él de triunfo se asimilaba [a un grito

y en ella a una plegaria de protección a [Dios.

No que ella nunca osara dudar del ca-

ni que él saltar osara por su deber de tal: siente ella que la vende su corazón sincero, y él lee lo que en él pasa sobre su faz leal. Mas con la ingenua virgen el conde

[generoso, la situación para ella difícil allanó; e interrumpiendo el breve silencio emba-

así con ella fácil la plática entabló:

—«Hallaros es augurio de venturoso día. ¡Bien haya la fortuna que me depara Dios! —¿Fundáis buenos agüeros en la presencia [mía?

-¡Pues no, si habéis llegado cuando pen-[saba en vos!

Mirad: de margaritas tejía una corona, pensando de ella haceros en el castillo don: salido habéis sin toca; ceñíosla, me abona vuestro descuido: flores de buen agüero son.

Yo os la pondré: inclinaos. Si rehusâis

en que mi buena suerte simbolizó mi fe, haréis que se convierta de desventura en [prenda,

y por divisa infausta desde hoy la adop-

Y él diestro y persuasivo cuanto inex-[perta ella,

sus frescas margaritas en alto levantó: que su rubor mirara no quiso la doncella, y su gentil cabeza de querubín dobló.

El conde puso en ella las campesinas

[flores que, símbolos paganos de oráculos de [amor,

son aún entre cristianos horóscopo de

para quien da o acepta la misteriosa flor.

Y al recobrar su cuerpo la grácil genti-

con que en la silla cae cuando a caballo [va,

la dama ya a caballo, sin toca en la cabeza, vió al conde que aguardando sus órdenes la cabeza festá.

Le envió la castellana, partiendo, una

y el conde al lado suyo, galán, se colocó: y el sol, ante sí enviando la matutina brisa, tras el combado lomo del monte despuntó.

Tomaron del castillo la vuelta: ¿de qué [hablaban?

Crecido estaba el cesped, los árboles en

y en ellos, ya apareados, los pájaros can-

los no aprendidos himnos de su primer [amor.

La creación henchía de amor la prima-[vera

y en nuestro globo todo se preparaba a [amar:

temblaba estremecida de amor la tierra

del uno al otro pelo, del uno al otro mar,

-zoni admino arbitus Vojek, ormidi da Ylu-

¿Qué pudo, pues, el conde decir a Gepalicomobile longer on maniferrodes [noveva de ese cantar de amores universal al son? ¿Qué pudo oír de él ella, que en sus entralñas lleva el germen del incendio de su primer paprograficies, contamplante has an [sión? De amor hablaron ambos. ¿Hay alguien [que se atreva ni a imaginar que tengo la absurda prelinea linkra al occaso sa random [tensión de traducir la lengua que celestial y nueva inspira a un labio virgen un virgen coanythers; mislanda, partes au merano de [razón? De amor hablaron ambos: el corazón oiblad] conde que nguardando sus órdenes de la amorosa virgen voraz se abrió al ahm schmitting puntlishen at cover amor, como la tierra seca recibe en el estío

de la primera lluvia el jugo bienhechor.

De amor hablaron... basta. Cuando al campado de palabras no habían menessemble de la compado de palabras no habían menessemble de la compado d

[mujer. - Mas quien con brasas juega por abra-

y es presa de las ondas quien juega con el

El del mayor incendio, el de la mar más
[brava,
no es del amor primero con el peligro par.

De la pasión de virgen de la gentil irresistible el fuego prendió en su corazón, y el cortesano experto cayó a las plantas [de ella,

Amor es dios, y un monstruo muy torpe

La poesía virgen de aquel amor primero, el celestial hechizo de su virgínea fe del conde embelesaron el corazón artero. Amor es dios, y aplasta los monstruos con

El cazador tendía su red a la paloma y con su pico débil el ave la rompió: él queda en su red preso y el ave vuelo [toma.

Amor es dios: él prende, ninguno le pren-

A la inexperta virgen adora el cortesano, e idólatra en su alma la levantó un altar: jugaba con las ascuas y se abrasó la mano, jugaba con las ondas y se perdió en el mar.

Blee buyer by fortuity one changes, Dies!

Y yendo días y viniendo días pasan los veinte, y descuidado el conde con Genoveva en el castillo pasa las horas que no cuenta, mas que corren y ella con él las pierde recorriendo el soto, el lago, el pedregal y el bosque: con él corre las liebres por el soto, con él sigue las corzas por el monte, con él tiende las redes en el lago, con él suelta en el viento los azores, con él vuelve al castillo, y con él habla de los lances del día por la noche. Y uno del otro en el amor se embriagan con las volubles mil conversaciones

con que el veneno del amor, hablando,

y él la canta baladas mientras borda. y la narra leyendas mientras come, y la envía en la noche cantilenas cual trovador galán de torre a torre; y el viejo torvo y silencioso escucha y los dos mozos encantados oyen las trovas, las leyendas, las historias que canta y cuenta a Genoveva el conde. y el y ella de ellos a la vista cruzan el firmamento azul de sus amores. que alumbra un sol perenne y sin ocaso. enva luz no se quiebra en horizontes. Corre así el tiempo, y para el conde astuto aunque parece que sin cuenta corre, enamorado y capitán, atiende del amor y la guerra al juego doble.

Poco a poco ha alojado en el castillo de sus huestes de guerra algunos hom-

que, como él, con levendas y cantares se atraen a sus sencillos moradores: se captan su amistad, sondan mañeros el fondo de sus francos corazones, no inquieren nada y lo averiguan todo, sin pedirlos les dan de todo informes: a cambio de sus cuentos, del castillo se hacen contar la historia y tradiciones, estudian de su gente las costumbres, del servicio interior las horas v orden. su estado militar como castillo, como finca su renta y producciones, y en fin la noble fábrica de Waifro con vista inteligente reconocen. De modo que postigos y poternas, silos, cuevas, depósitos, prisiones, aljibes, escaleras, subterráneos, ad on ania erujfas pasadizos, caracoles,

distancias, vientos, espesor, alturas, cuanto desee del castillo el conde saber, no tiene más que preguntárselo y a ciegas podrá andar por sus rincones.

A más, la brecha que hizo en la maleza es ya sendero fácil que recorren los mensajeros ágiles y fieles de su correspondencia portadores: y a abrigo de las rocas embreñadas va de los Pirineos españoles volviéndose a acampar bajo su enseña el disperso tropel de sus cohortes.

Mientras él de la dama del castillo conquista el corazón en sus salones, en sus patios y campos le conquistan su gente sus astutos servidores: y el bijo del piadoso Ludovico, cuando rey de Aquitania se corone, en el conde galán de Barcelona tal vez de Waifro al heredero tope. Hoy la vergüenza del vencido arrostra: pero mientras se van sus vencedores haciendo en Cataluña impopulares. degenerando en bandas de ladrones, él, en el aislamiento misterioso del castillo de Waifro se repone; y tan alto desde él volar espera, que su vuelo a las águilas asombre. Corre así el tiempo: mas para él los días, aunque parece que sin cuenta corren, de su fortuna van uno tras otro afirmando al pasar los escalones. Oh! Y si logra anudar todos los hilos cuvos perdidos cabos busca y coge, tal trama hará con ellos, que su tela cuando el bajel de su fortuna enlone le podrá conducir a mar tan alta, que seguirle las águilas no osen;

mas a aire y mar para lanzarse espera la no más que viento favorable sople.

Y sopló, al fin, la deseada brisa, brisa pujante y rápida del Norte, que rompiendo a su barco las amarras le impele al centro de la mar salobre.

Paulo trajo esa brisa, al fin tornando después de un mes de ausencia: venir gabantoridos appor sal al pro-

el conde: bajó al puente a recibirle, y con él en su cámara encerróse.

Los escritos leyó que le traía, las nuevas que traíale escuchóle: y de unas y otros inquiriendo y dando a su vez necesarias ampliaciones, quedaron, lo escuchado y lo leído en su memoria colocado en orden, pensativo el señor, y en pie aguardando el fatigado servidor sus órdenes.

El caballero, al fin, exclamé irguiéndose:

«Paulo, tiempo es de que otra vez se [tornen las palomas que huían en milanos, los fugitivos corzos en leones.

La victoria es hoy fácil: mas quedemos del castillo de Waifro posesores; que pues crean un reino de Aquitania, su derecho ducal tal vez no estorbe.»

Dijo, y mientras que Paulo los detalles de la partida próxima dispone, él bajó al camarín donde la dama ya le aguardaba inquieta. Los dos jóvenes, con el viejo sombrío, de la mesa ya alrededor estaban, pues de noche a las veladas de la dama asisten y oyen del adalid las relaciones.

Cuando él apareció, los dos mancebos y el viejo levantáronse: acusóles con leve inclinación de la cabeza

su cortesía él, y dirigióse a Genoveva, cuya tez de rosa se tiñó de carmín, y los dos soles que puso Dios por ojos en su cara, le enviaron a la faz un rayo doble. Él recibió la luz de sus luceros como reciben la del sol las flores cuando el rayo primero que las manda la niebla azul que las enfría rompe. Los pliegues de su falda recegiendo para que cerca de ella se coloque, le hizo sitio la dama, y a su lado él como igual y familiar sentóse. Mas en lugar de la atención curiosa que solía excitarles otras noches algún cuento anunciándoles, así ésta con desusada gravedad hablóles:

«Llegó, por fín, el día en que debemos acudir a supremas atenciones: oídme, pues, señora, v mis propuestas pesad aunque os extrañen u os enoien. El viejo emperador parte su imperio entre sus hijos: mas en vez del orden que anhela establecer, va la anarquía a atizar: crecerán las ambiciones: los que hoy reciben de su imperio parte al todo aspirarán: Roma a la postre será contra él, y librará con suerte si del trono imperial no le deponen. Aceptado me habéis por caballero: y si no logro hacer que se revoque por el Emperador de vuestra raza la inútil proscripción, yo vuestro nombre bordaré en mi tabardo, de mi escudo sobre la empresa le pondré por mote, y a la luz a salir volverá escrito por inri de su cruz en mis pendenes. Mas no hay ya que pensar en presentaros al viejo Emperador; porque el más joven

va por Rey de Aquitania, la que en lote le cupo en el reparto. Yo le debo bondil amistad y obediencia, y él me impone la lev de que la suya o mi bandera de Waifro en el castillo se enarbole. Enarbolar la mía, sin derecho mejor que su mandato que me abone, me deshonrara: enarbolar la suva, os ultrajara. Es fuerza que se adopte medio mejor de izar una bandera que ni os ultraje a vos ni me deshonre. que sea vuestra aunque distinta fuere, y la misma aunque cambie de colores. No os propongo, señora, una alianza que en interés político se apove, sino un nudo más sólido que pueda con el derecho atar los corazones. Vuestro blasón doblad: ceñid a un tiempo la corona ducal y la de conde: di odorrob sed mi mujer, en fin, y en el castillo que sin rival vuestra bandera flote: y pues se erige la Aquitania en reino. que el primer rev en ella se corone deiad: crear un reino es más difícil que del difunto rev ser sucesores. El castillo de Waifro está muy alto, desde muy lejos se divisa, y ponen hoy sus ojos en él cuantos monarcas tienen en esta marca dos terrones. No hagamos cara al tiempo, que atropella a quien su paso a detener se pone. El castillo de Waifro ha de ser presa del odio o del amor: a los rencores de raza demos fin: que el tiempo nuevo como viejas memorias los devore: en el amor de una mujer el odio Alan A se sofaca de diez generaciones. Yo soy de raza franca, y por las vueltas

de sus hijos, Pepino, está en Provenza

del tiempo, que nada hay que noi tras-

salgo a lid por campeón de la Aquitania v unir quiero a los suvos mis blasones. El castillo de Waifro a amparo mío parecerá del rev; en vuestros montes todo el estío acampará una hueste mía sujeta a vos: tenéis un hombre en quien fiado habéis desde muy niña (v esto decía por el viejo el conde): que él gobierne el castillo: de mi hueste que tome la porción que le acomode: y si el riesgo se acerca, en el castillo que todo el resto de su gente aloje. Yo con el grueso partiré: ya importa que a Barcelona mi poder recobre. Nuestro enlace nuncial, si es aceptado, se hará cuando os pluguiere, v hasta en-Exalta sono debain sebaño que eftónices

Wifredo, paje mío, sus primeras ano ago armas hará en mi ejército: a las cortes de Aquisgrán o Aquitania irá conmigo; vo atenderé a los riesgos exteriores; II ab y si la guerra universal estalla, mon roq si el equilibrio universal se rempe, l'anno si tienen con las plumas de las flechas los reves que volar y emperadores, nos el castillo de Waifro está muy alto: 1000 v ni hav viento que tanto las remente, ni cuando el hielo del invierno crudo sus peñas de carámbanos alfombre, v podrán llegar a él más que las águilas y toparán en él con los halcones. De la raza de Waifro acepto el sino; cuando Dios por ser de ella me abandone, si muero a vuestros pies, siempre habrá senott gardeswije stal ne roomfun ångel que por mi ruegue a Dios y por mi llore.»

Este discurso artificioso, hecho ontro

para halagar de todos las pasiones, para excitar en todos confianza, hizo el efecto, al parecer, que el conde de él esperaba. Genoveva, ingenua y enamorada, el plan que la propone tuvo por el mejor: el viejo torvo objeción no le puso: los dos jóvenes vieron el porvenir que en él les cabe a su carácter y afición conforme.

Se aceptó: y convenidos, estas frases con sequedad el viejo dirigióle:

«Cuanto sanciona mi señora debo sin reparo aceptar, mas en la hipótesis de que estén hoy vuestra alma y vuestro [brazo

libres de otros empeños anteriores. Si algún lazo os ligó, que esté ya roto; que no sean dogales que os ahoguen palabras empeñadas ni deberes que cumplir con los nuevos os estorben. La situación es crítica; aceptables vuestras ofertas son, y vois sois hombre de llevar a buen puerto vuestro barco por mucho que la mar se os alborote: mas la raza de Waifro, condenada peleando a morir con todo el orbe, con su espíritu audaz tiene bastante contra reyes al par y emperadores. Dice la tradición que el viejo Hunaldo llamaba a las ondinas desde el monte, y que a su voz trazaban sobre el lago los diabólicos círculos veloces de su ronda infernal: Waifro, el misántropo,

hablaba con los silfos de los bosques, cuando van a la luna a columpiarse o nido a hacer en las silvestres flores: y yo sé que su espíritu ha quedado entre esas impalpables creaciones de la pagana edad, y que protege a su última heredera de traidores. Haced, pues, que en el lóbrego pasado de vuestra vida mis preguntas sonden; porque, a más de que creo en los espíritus, derechos hay en mí que me lo abonen,

A estas frases osadas sonreía con su sonrisa más graciosa el conde, callaban los mancebos, y la dama sentía sus mejillas sin colores,
Pero aquél, a quien nunca desconciertan las más comprometidas situaciones, le contestó cortés, como quien goza en que a cuestión difícil le provoquen:

«Quienquier que fuereis, cualesquier que

aquí vuestro derecho y pretensiones sobre la última dama que los tiene al trono de Aquitania: ya que os toque derecho tal por sangre, ya que os le hayan legalmente acordado sus mayores al expirar, yo los respeto, y nada hay en vuestra demanda que me enoje. Mas tales cuales son, vuestros derechos ir de hoy más deben con el mío acordes porque unidas desde hoy nuestras fortunas.

en un mismo bajel fuerza es que boguen, fuerza es que juntas a la orilla arriben o que en las ondas a la par zozobren: conque yo os voy a abrir el panorama que ansiáis ver de mis años anteriores. Oídme, pues, vos y esos mozos: ellos para que sobre mí no se equivoquen; vos para que al contar con mi pasado podáis sacar la cuenta sin errores. A más, ya he adquirido la costumbre de abreviaros la noche con canciones y relatos, y debo hasta la última

ser vuestro trovador, aunque hoy evoque recuerdos tristes para mí. Mi historia oid, pues. Hoy milito de la corte de la fuera, bajo el poder de una calumnia que no pudo encontrar mantenedores. Vindo el Emperador, volvió a casarse: nero, viejo, eligió mujer muy joven. instruída y hermosa: yo fuí el avo del hijo de estos impares consortes. La calumnia de aquí. De mi privanza se encelaron los clérigos, los nobles y los que lucro y medras esperaban del favor de los principes mayores, los hijos de Hermengarda, Creció Carlos, el hijo de Judith: su padre dióle narte en la sucesión con sus hermanos. lo que de ellos menguó las particiones. Viejo el Emperador, Judith hermosa: vo, como avo del príncipe, en honores. rentas y dignidad más avanzado que ellos, continuo y familiar mi roce con la imperial familia y, sobre todo, con la madre del principe... en menores apariencias basáronse calumnias que acarrearon tan grandes turbaciones. Pronto fueron supuestos atrevidos los que empezaron tímidos rumores; v, creándose atmósfera, tomaron del escándalo al fin las proporciones. El hijo de Judith desheredado, los hijos de Hermengarda de su lote harían partición: era preciso dar incremento a la calumnia torpe. La Emperatriz, desde que hacer osaron villanos a su honor imputaciones tales, con esa audacia de que sólo es capaz la mujer, adelantóse dipolos al sintiendo el trueno a provocar el rayo, aunque el nublado en su cerviz le arroje.

Adoptó por emblema un lirio blanco; le mandó cuartelar en sus blasones v grabar en su sello; de sus cámaras desterró en su favor todas las flores. e hizo de lirios blancos y azucenas colmar sus semilleros y jarrones: tomó por cetro, en fin, un lirio de oro, v con él en la mano presentóse ab wal al en los saraos y fiestas de palacio v en todas las solemnes recepciones. llegando a ser sentirle entre sus dedos necesidad e indispensable goce. ¡Nada exaspera más a la calumnia como que su ira el calumniado arrostre! El viejo Emperador recibió un día un infame cartel; en sus renglones a Judith acusaban de adulterio phano lo tres nobles, del cartel sustentadores. Exaltóse el monarca, y de su esposa fuese airado a la cámara; siguióle a de la cámara; su servidumbre atónita; atajámosles los de la Emperatriz: a los rumores de pasos acudió ella, v encontrándola el ciego Emperador en los salones, sin más explicación empezó a leerla del libelo las cláusulas atroces. A afrenta tal sobrecogida ella, a las primeras líneas desmayose: sentámosla; mas él siguió levendo dando al viento su honor hecho jirones. Yo le escuché dispuesto a protegerla, mas al leer del escrito los tres nombres que le osaron firmar, campo cerrado pedí contra mis tres acusadores. Eran el godo Ayzón y otros dos bávaros turbulentos: creí que el mejor corte del escándalo era el de dos filos del hierro de mi lanza y mi mandoble, v apelé sólo a Dios, fiando sólo

en su amparo, en mi brío y en los botes de mi lanza. Acordóseme el palenque: nombráronse los jueces; preparóse la lid: mas aguardéles en la arena desde que el sol saltó del horizonte hasta que tramontó, y ninguno de ellos a la liza bajó. Por quito dióme la lev del crimen que me fué imputado: dió a la par por infames y felones a los calumniadores fugitivos; por el juicio de Dios libres e incólumes la Emperatriz v vo de culpa y pena quedamos; mas era otro el primer móvil de la calumnia ruin: sembrar la duda v germen perenal de agitaciones. Y así fué: dudó Roma; entró en escrúpulos el crédulo marido; dividióse mandatora, e en bandería la opinión, e hicieron del palacio un infierno los traidores, los príncipes, los teólogos v todos los que invocan a Dios y a Satán oyen, y agitan las pasiones y el escándalo clamando contra el vicio y las pasiones. Judith resolvió airada v ofendida, huir a un monasterio, desde donde, creando nueva situación, pudiera poner para su vuelta condiciones. Yo debía volver a mis Estados, de los cuales no hay ley que me despoje, y de palacio y de la corte a un tiempo partimos disfrazados una noche. Yo, con mi servidumbre la escoltaba; un antifaz cubría sus facciones y un tabardo sus formas envolvía; con que no vió su rostro ni su porte ninguno. Al arribar del monasterio a la abacial jurisdicción, del bosque dejamos en el límite la escolta, v avanzábamos solos por el borde

de una laguna pantanosa en busca
de un atajo que oculto va a los trojes
del monasterio a dar, y ya sentiamos
de sus campanas próximas el doble,
cuando del lado opuesto del pantano
vimos a tres jinetes que a galope
corrían a cortarnos del atajo
la entrada. Perspicaz reconocióles
la Emperatriz y díjome: —¡Son ellos!
—El convento ganad, la dije entonces;
yo os ganaré harto tiempo, venza o muera,
y me lancé al escape, Bien salióme;
porque ellos, deteniéndose a espararme,
dieron tiempo a Judith, que huyó y salfvóse.

v vo le tuve de parar en firme en su carrera mi caballo dócil. No se engañó Judith: sí que eran elles: Ayzón y nuestros dos calumniadores. Ayzón venía en medio y sonreía crevendo en mi torpeza: imaginóse poder en mi carrera arrebatada cogerme entre los tres; pero burlóle mi astuto ardid y de mi buen caballo la superioridad; así que a voces: «¡Es el juicio de Dios!», les dije, asiendo de mi trompa; v con todos mis pulmones soplando en ella, desgarré la atmósfera con la vibrante voz del hueco bronce. Logré mi fin; miráronse azorados de mi seña, y partí: del primer bote tendí al que Ayzón tenía a su derecha; el caballo del otro encabritóse rebelde al freno; revolvíme rápido, y en el hocico al animal tal golpe di, que de espalda en el pantano dieron la indócil bestía v el jinete torpe: y a dos pasos de Ayzón quebré en redondo, le gané tierra y esperé su choque. Mas, o el juicio de Dios tentar no quiso, o de mi escolta, que acudía, el trote tal vez sintió y me dijo: «En Barcelona me hallarás»; con el puño amenazóme, y poniendo el pantano de por medio partió como un relámpago y perdióse.

Mi gente asió del muerto y del caído; yo eché por el atajo, y ya en las trojes no la vi; rodeé el claustro, y en el pórtico hallé a la Emperatriz. Aseguróse de mi fortuna en el combate, y díjome: «Que no hallen aquí rastro de estos hom-

entierra al muerto lejos: suelta al vivo, y que Dios le castigue o le perdone.»

Y sacando del seno el lirio de oro que le sirvió de cetro, añadió: «Tómale; si vuelvo al trono, llevaré en la mano, en vez del lirio, un látigo.» Tendióme la flor; me despidió: bésé su mano: partí: la oí llamar, y oí, en sus goznes rechinando al girar, ante ella abrirse y sobre ella cerrarse los portones.

Y he aquí el lirio: por nupcial regalo aceptadle, señora.» Dijo el conde, y y del pecho sacándole, en la mesa delante de la dama colocóle.

Quedaron conmovidos contemplándole la castellana, el viejo y los dos jóvenes; y en el silencio que siguió, el latido se oía de sus cuatro corazones.

Vió bien que en su favor se les ganaba su historia el caballero: el viejo inmóvil y grave como siempre, mas no huraño, cedía al parecer, y o convencióse, o afectó convicción. De Genoveva radiaba la alegría en las facciones; y tras breve silencio reflexivo, el lirio recogiendo, dijo al conde:

«Acepto vuestra ofrenda: desde ahora será la única joya que me adorne: y del panteón, del tálamo o del trono yo os le devolveré en los escalones.»

One am tester IIV riendes asing the

Blanquea el cielo apenas la luz del nue-

los pájaros apenas comienzan a piar: las flores, de rocío cargadas, todavía no empieza con sus alas el céfiro a agitar.

La atmósfera encapota calígine sombría que va tal vez en lluvia las nieblas a cambiar:

un alba cenicienta sin sol, sin alegría, parece auguradora de un día de pesar.

El conde con Wifredo se parte del

y fuera de sus muros a los que de él se

su último adiós con franco ceremonial [sencillo

los que en su hogar se quedan apesarados

Por cima del mancebo y el viejo, Geno-

y el conde se contemplan con silencioso

y de ella, de quien la alma y el corazón se

los ojos anublando las lágrimas están. \forall

Sus almas oprimía fatídica tristeza: del porvenir oscuro pronóstico fatal, hasta en las mismas bestias les dió natul'raleza

augurador aviso del venidero mal, maly al

Ni un punto a Genoveva dejaron sus [febreles mientras a vista fueron de su mansión feudal,

y el potro de Wifredo no quiso a los corceles

de guerra de Bernardo seguir por el breñal. Que un paje de sus riendas asiera fué preciso

del valle hasta sacarle que le miró nacer, y en tanto que sus hierbas olfateó, no osiup] a ros apenas comienzan a pine:

a látigo ni espuela rebelde obedecer.

El conde caminaba callado y cejijunto, cual si tras sí dejara la vida de su ser; y no dejó la dama de contemplarle un

mientras de lejos pudo la cabalgata ver. Hundióse en la espesura por fin: deslob atom or openial most fvanecióse

de la ondulante selva detrás del pabellón: en vano es que su vista tenaz y avara pose en el lugar do acaba de hundirse su visión.

Furtiva una mirada el viejo al paso Techóla:

al ángulo apoyada del grueso murallón, en medio se creía del universo sola, porque quedaba solo sin él su corazón.

Pasábanse los días; por cima de las onoismator nos matematicos es abalpeñas.

barrancos y breñales del bosque secular, en son lejano v vago los toques v las oía Genoveva del campo militar.

Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola carefaint asifiliat mulique sufsin nide,

salía con sus tristes recuerdos a vagar por entre aquellos troncos que cuando ha-[bía partido

le vieron en su marcha los últimos pasar. Los pasos de la amante tristísima donentered for root more artificial field for [cella

de lejos su nodriza seguía por doquier, y fuera de su vista, mas sin perder su alloud some alige: elin Harvelona

dejábala los sitios queridos recorrer. Mas cuando el sol poniente los montes wastbroomy consequiller as [transponia,

como se va una corza doméstica a coger, como a la corza dócil al paso la salía y a casa de la mano tornábala a traer.

Al cabo de diez días, trepar por el senamanti ve andinostili ira minifendero

que del torrado puente remata en el cancel se vió al gallardo paje, del conde mensadviv in affine teolof disease to a fiero,

montado gentilmente sobre árabe corcel. Traíala un mensaje: y una hora y una Stanto To Solimin Torres of offerin [seña

y un sitio la marcaba su enamorado formation T contain my live for fen él:

leyó, y su faz sombría tornábase risueña según iba levendo lo escrito en el papel.

Y una hora después, en la ribera solitaria del lago se encontraban, y se velan por la vez postrera y por la vez postrera se abrazaban. Mientras en tal abrazo el alma entera consagrarse uno a otro se juraban, cual la gaviota que a su voz huía, su fortuna la espalda les volvía.

adams of CAPÍTULO VI p mid of in historia of caballero; el viojo impovil

made do sus dustro coraxones.

I pave come siempe, mas no heralio,

cella al parecei, Vo convenciose, Once meses después hechos extraños, por fábulas tomados si la historia de ellos no diera incontestables pruebas, la faz cambiaron de la inquieta Europa.

En su arremolinado torbellino nuestra leyenda humilde desarrolla su poética acción, que con él rueda cual en un huracán rueda una hoja. Por eso en derredor de las figuras de sus cuadros fantásticos coloca la poesía pláticas, escenas, imágenes y fábricas históricas. Confundido lo cierto y lo inventado en la corriente va de sus estrofas, cual la de un río dulce y cristalino con la del mar salobre en que se arroja.

Ovendola, un espiritu cobarde variento o un anima de le supristiciosa.

Expiraba una noche de febrero: su claridad de la vecina aurora lograba apenas de las altas cimas pardear entre la niebla nebulosa. Los valles todavía encapotaba la densidad de las nocturnas sombras. en su sueño a la tierra perezosa. Sustituyendo al césped festonaban crestonados carámbanos las rocas, y bajaban por ella los arroyos de cuajado cristal entre dos orlas. Crecida con las Iluvias invernales, más extensa, más móvil y más honda, el agua, que del lago desbordaba, se deslizaba entre las peñas broncas. Y lamiendo los pies de los peñascos de su álveo al seguir las líneas combas, se quebraba corriendo y se torcía como en virgen breñal flexible boa. De este canal por la corriente turbia, aunque rápida no, sí peligrosa, del ob la en una barea frágil y sin quilla navega un hombre con audacia loca,

A través de la niebla densa y húmeda que el cauce estrecho del canal entolda, de su bulto se ve la mancha móvil que tras el velo de la niebla flota. Cuando la helada brisa matutina sobre sus pliegues ondulantes sopla, y desgarra los débiles cendales que sus aéreos pabellones forman, avanzar se le ve mudo y tranquilo, guiando su bajel con asombrosa destreza, el centro del canal guardando, aunque a merced de la corriente boga. De un largo palo de virar se sirve de doble garfio y regatón, que apoya o engancha a voluntad de ambas orillas en las peñas y troncos que las bordan, Sus formas y su faz su traje oculta; su parte superior cubre una gorra de nutria, la inferior espesa barba, v ancho gabán sin cinto su persona. Ni se puede juzgar si es viejo o joven, pues las hebras de plata que se notan en su barba, lo mismo puede dárselas el hielo de la edad que el de la atmósfera. Sus ojos centellean cuando giran bajo de sus pestañas en sus órbitas; y si espejos del alma son los ojos, alma debe tener muy vigorosa. Sobre su plano esquife conducido a la merced del agua juguetona, que va se arremolina en un remanso, va de un liso peñón la base azota, va se arrastra en zigzag entre colinas que se pisan la falda unas a otras, va por los techos de nivel perfecto recta como una cinta se prolonga, va el navegante audaz atravesando por estas solitarias y reconditas

cavidades, del agrio Pirineo
inhabitado la región ignota.
Como uno de esos genios de las aguas
de que habla la leyenda mitológica,
desembocó aquel hombre en otro lago
que de montes se abriga en una coneha.

El lago era un excéntrico capricho de la naturaleza creadora, que le colgó en el monte cual pudiera su nido en los zarzales una alondra. ¿Por qué le puso Dios en aquel sitio? ¡Sus designios recónditos quién sondal Dios hizo el mundo como quiso: acaso se le labró a las águilas por copa; acaso por espejo a la montaña para que en él se mire vanidosa se le puso a los pies, o en sus entrañas porque labre estaláctitas a gotas.

En cuanto entró aquel hombre de aquel en la sábana tersa y silenciosa, [agua con dos remos que puso en los escálamos lanzó su barca y despertó las ondas. El agua que dormía bajo el vidrio sutil sobre que el hielo se elabora, rompió al ondear sus istrias mal soldadas y alegre el barco salpicó de aljófar. Crujieron los cristales sutilísimos al romperse y dejar sus hebras rotas flotando sobre el agua, que mil círculos empezó a abrir ante ellas revoltosa. De aquella agreste soledad los ecos, no hechos ya a hablar en sus moradas cón-

a través de la niebla contestaron al extraño rumor que les evoca. Era la voz del que bogaba: acaso se ayudaba en su afán con su monótona ruda canción, o su compás le hacía dar regularidad a su maniobra.

Tosca, salvaje, primitiva, estaba su canción escasísima de notas hecha sobre una frase monorrítmica de ocho palabras célticas o godas. Un grito monosílabo servía de apoyo o estribillo a cada estrofa, que su voz sostenía mientras aire transmitir el pulmón puede a la boca.

Ya en el centro del lago, no podía verse la barca ni el que en ella boga, mas se oía brotar entre la niebla su original y bárbara salmodia. Oyéndola, un espíritu cobarde o un ánima de fe supersticiosa rezarían a Dios, por voz tomándola de aún invisible aparición diabólica.

Mientras el agua cruza protegido por el velo de niebla que la entolda, trepa un hombre a la altura donde el lago en su taza de mármoles reposa. Distinguirle la niebla no permite tampoco; mas se siente poderosa y uniforme su marcha en la maleza que por la cuesta al avanzar no afloja. Es un hombre de guerra: le delatan por tal las piezas de metal que chocan a cada paso que asegura en tierra y de su marcha la igualdad sonora. Es un hombre de guerra: sube solo y ya al borde del lago casi toca, cuando el rumor del cántico y los remos del de la barca percibiendo, acorta el paso; escucha, párase el monótono canto a reconocer, y de una estrofa al fin tomando el estribillo, vuelve al de la barca su salvaje nota. Creyó aquél una vez que era del eco repetición, y continuó la copla;

mas al grito al tornar del estribillo, ve bien que es de otra voz que se le torna. Se interrumpe, y percibe del que sube la voz que en su silencio se prolonga: vuelve al cantar, y tornan a volvérsele: fuerza el remo, y el otro el paso dobla. Tomó uno tierra, aproximóse al agua el otro, y por señal comprobadora de identidad en ambos, se dijeron a la vez: «Aquitania. —Barcelona.»

El sol, cuyo esplendor había ahogado hasta entonces calígine brumosa, comenzó a desgarrar la niebla espesa y a alumbrar el país y las personas.

Es el paisaje en que la escena pasa incomparable, de esos que se gozan sólo en el Mediodía. Es, a la altura media del monte, una ancha plataforma que da al Oriente: su mitad ocupa el agua perenal que el lago colma; mov de la otra en el suelo accidentado, inda obbizantinas mitad v mitad góticas, se levantan las ruinas de un castillo que en convento volvió fe religiosa v que volvió a tornar en fortaleza la raza conservada en Covadonga. Al Poniente la guarda de montañas inaccesibles, ásperas, boscosas, un triple cinturón, que ataja el paso a la vista por tierras españolas. nos leb En cambio, por Oriente dilatarse di andos puede por la comarca encantadora que cual lápiz de frutos y de flores desde Foix tendió Dios hasta Narbona. Al Mediodía el golfo, que sus huertos acaricia y arrulla con sus olas, it a bitoli y al Norte las almenas y alminares del castillo de Waifro se la acotan. Tal es la escena en que los dos incógnitos,

penetrando en las ruinas, van ahora a dar razón de sí, desenvolviendo la acción de esta levenda artificiosa. De ellos uno era el viejo del castillo, el que bajó por agua; el que por la otra parte subió del monte, Avzón, el jefe de la hueste del conde vencedora. Ayzón, cual godo de progenie noble, usa luenga melena, ancha tizona, largo manto germano y calzón frigio, con correas sujeto hasta la corva. Como barón independiente lleva casco con guardacuello v con corona, mas sin visera ni crestón: los godos tienen cubrirse el rostro por deshonra, y el crestón y las plumas en el casco cual vanidades de los francos odian: y Ayzón es godo y catalán, y ansía ver de su patria la covunda rota. Quiere que libre del dominio injusto de las razas germana, franca y goda, gobernada por condes de su tierra, camine libre, independiente y sola, Tales son los dos hombres que, metiéndose por las desiertas ruinas pavorosas, la a v traban plática tal bajo los restos de los hundidos arcos de sus bóvedas. Y así a Ayzón le decía el viejo torvo; o lo haciendo con su voz huir medrosas a las aves salvajes guarecidas en sus desiertas cavidades lóbregas:

*Esta fué la mansión de nuestros padres, Ayzón: de aquella raza lidiadora de independientes, que jamás el cuello dobló bajo coyunda ignominiosa. Aquí de los varones de la fama do los descendientes se acogieron; monjas, a quienes el estruendo de la guerra do ahuyentó como banda de palomas, les dejaron su claustro abandonado, que ellos cercaron de murallas sólidas, de gruesos cubos y almenadas torres... escombros viles, como ves, ahora. Engendrados nosotros de su sangre, de su idea política y gloriosa continuadores solos, trabajamos con serio afán en rematar su obra. Los germanos, los árabes, los francos usurpadores son: hasta las costas del mar, desde estos montes, nuestros pa-

conquistaron la tierra generosa que es nuestra patria, de la cual no debe una extranjera raza ser señora ni protectora ya. ¡Fuera señores!

Cataluña es mayor, puede andar sola. Sé que tal vez es pronto todavía; mas debemos sembrar con mano pródiga de nuestra independencia las semillas: alguno habrá que su cosecha coja.

Nadie nos oye aquí, ni nos espía: habla; de muertos héroes las sombras escucharán no más nuestros proyectos, y a ellos tal vez sonreirán gozosas.»

Dijo el viejo: y Ayzón, que le escuchaba contemplando el lugar con vista absorta, dijo: —«Si le hay, busquemos un abrigo mejor y estancia para hablar más cómoda. El tiempo es frío, asendereado vengo: lo que yo os tengo que decir no es cosa para dicha de priesa, y meditarlo con más sosiego y madurez importa.

—Olvidé que tus pies, ya acostumbra-

sólo pulidos mármoles y alfombras a pisar, y tu cuerpo, ya enervado con el aire letal de los aromas del imperial alcázar, se laceran del monte con las piedras, y se dobla bajo el arnés de guerra, más pesado que la seda y tisú de vuestras ropas. Como giran los astros en la suya, giran así los hombres en la órbita de acción en que en servicio de su patria su valor o la suerte les coloca. Yo esperaba encontrar en estas ruinas acogida mejor..., a más suntuosa morada paso, y ocasión propicia presentado de ser a altas personas.

—Y eso hallarás, Ayzón: pero ser deben de tal paso y honor dignas tus obras: si tu relato es tal que valga tanto, realizarás tus esperanzas todas.

Sígueme: en ese claustro hay una estancia cuya maciza fábrica, hasta ahora más fuerte que el pillaje y el incendio, la ira del tiempo destructor arrostra. Ven: allí encontrarás..., si hallo yo digna de abrir tal paso a tu ambición tu historia, la puerta del edén que asaltar quieres y la deidad a quien insano adoras.

Dijo el viejo, y de Ayzón la diestra asiendo con su mano vigorosa, [mano le hizo pasar del claustro derruído las ojivales aberturas rotas. Al cruzar la desierta galería, el eco les volvió su hueca bóveda del son descompasado de sus pasos sobre las sueltas piedras que la escembran. Allá en su fondo, en el macizo muro que las arañas y el hollín empolvan, al tacto más que con la vista, dieron con un portón que en la pared se empetra. Metió a tientas el viejo del postigo una torcida llave en la mohosa cerradura: correrse su pestillo se oyó, y abrió empujándola su hoja.

Pasó él, siguióle Ayzón, y sobre entrambos cerrándose de golpe, de la gótica galería quedó vibrando el ruido por las vacías cavidades lóbregas.

en una visienna vod Tilos budantes dont hervira ontre los qualites videi hilos olla

Media hora después, en el recinto de bizantino camarín, donde arde en un hogar inmenso de una encina la mitad del selvático ramaje, de una empezada historia continuaba la relación el godo; y escuchábale el viejo del castillo, dando claras de atención profundísimas señales. He aquí lo que decía Ayzón el godo: -«Lo que contar me resta es lamentable prueba del poco sólido terreno en que se asientan hoy las sociedades. Es una triste historia: es un ejemplo fatal para los hijos y los padres: la exhibición a par de dos poderes que el mundo solos por mandar se baten. El viejo emperador, abandonado de Bernardo y Judith, por quienes antes se hilvanaban las horas de su vida de doméstica paz en hilo frágil, empezó el sentimiento de la ofensa a ahogar en los recuerdos agradables de los íntimos goces y cuidados de que su amor y su amistad colmábanle. Del hijo de Judith haciendo un ídolo, adoróle en ausencia de su madre; y entre Lotario y él partió el imperio, de sus demás hermanos olvidándose. Lotario imaginó que aquel derecho del hijo de Judith era muy fácil de romper: v mostrándose sumiso, m ab en el trono esperó solo sentarse.

Los hijos de Hermengarda interesaron en pro suyo al Pontífice y los grandes del imperio, y dijeron de demencia que daba el viejo Emperador señales. Lotario, que les vió crecer, unióseles prefiriendo a luchar el engañarles. y arrojaron al padre de su trono. preso Lotario mismo custodiándole. Por él en vano al campo se lanzaron bravas huestes de fieles arimanes: Gregorio cuarto, que llevó de Italia, excomulgó a los fieles imperiales. A Compiegne por Lotario conducido, para que una asamblea le juzgase, fué Luis; v fué acusado por los clérigos de perjuro, sacrílego e infame, por llamar a las armas en Cuaresma, las riquezas de Dios por apropiarse, por juntar asamblea en Jueves Santo y ser, en fin, rebelde al Santo Padre. Condenado a abdicar, fué de la Iglesia entregado a los santos tribunales, despojado del cetro y la corona, del cíngulo e insignias militares; v de todos los males del imperio declarado por solo responsable, vistiéronle el cilicio y la capucha y a penitencia pública humilláronle: v el anciano infeliz, amedrentado de audacia y ceremonias semejantes, prosternado ante Ebbón, el arzobispo de Reims, de todo se acusó culpable: y en la misma ciudad do Carlomagno le entregó las insignias imperiales, encerrado se vió en un monasterio, irrisión y ludibrio de los frailes. Pero tal infortunio e ignominia tornó Dios en su pro: de ello indignándose

los corazones nobles, declararon o id so I crimenes y traición tantos desmanes, A su padre a París llevo Lotario, mi lali Emperador crevendo coronarse deb nuo alejando al anciano de sus fieles potentados y pueblos alemanes; mas a París corrimos diligentes por el Emperador, de todas partes, a arrancar al buen viejo de los claustros. Lotario, sin luchar, huvó cobarde, y el Pío Ludovico volvió al trono; mas, como ejemplo de vigor notable, a la Iglesia obligó a que le ciñese otra vez las insignias militares. Perdonó a los rebeldes y a sus hijos: y hoy, al frente de hueste formidable, avanza hacia Provenza y Septimania, cual nunca amado, poderoso y grande, Mas viene a impulso de su amor de viejo, que en su agitado corazón renace más que nunca voraz, de amor en brazos de su adorada adúltera a embriagarse. Diestra Judith para excitar su anhelo, su reunión haciendo menos fácil, abandonó el convento de Borgoña v a uno del Rosellón vino a ampararse. Yo atravesar su pórtico la he visto; de ella a Bernardo sorprendí un mensaje, y tengo un plan que al favorito pierda y a par de yugo a Cataluña salve. Oídle y combinémosle. - Detente, el viejo al godo Ayzón dijo atajándole: la situación es tal que habla ella misma: yo comprendo tu plan sin que le explanes. -De eterna enemistad, de odio infinito tender un mar entre los dos amantes. -Yo haré más, mucho más: ante mis ojos el porvenir de la venganza se abre. La fortuna nos sirve, y es inútil. Como

Ayzón, que más el seso te devanes: la independencia y la venganza a un [tiempo

hoy el azar a nuestras manos trae.
Yo tengo, Ayzón, para coger a todos
en una misma red hilos bastantes:
hervirá entre los padres y los hijos
un volcán de rencor y un mar de sangre.
—¿Él está en Barcelona? — Ha entrado
[en ella.

—¿La tomó? —Se la dimos: dispersarse mandé a mi gente: y mientras él se asombra de no hallar enemigos, se rehace mi hueste en estos montes, a su espalda a aparecer de nuevo preparándose.

—Yo la haré que aparezca a tal altura que, por más que Bernardo se levante, la vea despechado de sus ojos, pero no de sus manos al alcance.
Sígueme, Ayzón: tus locas esperanzas de realizar al fin llegó el instante.
Paso a mejor estancia y compañía mejor en estas ruinas esperaste hallar, y vas a hallarlas: yo de un golpe de señor y rival voy a librarle.
Mas si en lides de amor no eres más diestro, que en las de guerra, Ayzón, vuélvete... [parte.

-¿Tan obcecada está? --Le ama, le adora.
Mas yo la haré que le odie; alerta estáte.
Es un primer amor: es una niña.
-Sido hubiera mejor no alimentársele.

—La oposición enciende las pasiones y convierte las chispas en volcanes. Éste para apagar, su amor adúltero cuéntala, su pasión cual si ignorases. Vamos: yo te daré por el camino de su pasión y de mi plan detalles: y cuando tengas de los tres amores

y de la historia de los tres la clave, tú nos conducirás al monasterio de Judith... ¡y verás qué desenlacel»

Dijo el viejo; y a Ayzón hasta la boca de un subterráneo caracol llevándose, desde su entrada polvorosa y lóbrega dijo por ella hundiéndose y guiándole: «Baja, que aunque parece que al infierno, a la mansión conduce de los ángeles.» Hundiéronse... y volvió de aquellas ruinas la muda soledad a enseñorearse.

-Su pate man stok History and a story and a

Era la hora de nona: del castillo doraba el sol las altaneras torres con luz que la calígine enturbiaba según se iba inclinando al horizonte. Genoveva buscando en los adarves el calor de sus rayos bienhechores, hacia el llano tendía melancólica la vista por encima de los bosques. Delirios de esperanzas halagüeñas, a la quimeras de amorosas ilusiones, of bittie deliciosos recuerdos..., los mil sueños que pueblan el edén de los amores, dimis del vacío en los ámbitos azules nacían y expiraban a montones delante de sus ojos, y volvían de sus a nacer y a expirar, cual los vapores que hace brotar el sol del haz del lago, y cuyas manchas pálidas y móviles omos apenas en el aire se dibujan antimod son las disipa voraz o las absorbe.

Tristezas vagas del amor que espera, que halagáis sin cesar sus ilusiones; presentimientos vagos, que a quien ama sin causa sin cesar tenéis insomne; nquietudes quiméricas, que a veces

agitáis los amantes corazones cual gritos de un instinto misterioso de ouv que en la alma Dios de los amantes pone; vuestro ser, vuestro origen y el impulso que os excita en sus almas, ¿quién conoce? Misterios de la vida del espíritu que, viviendo, jamás sondará el hombre! Turba invisible de átomos dañinos que, del mal venidero precursores, en derredor de Genoveva hierven v a su alma dan incomprensibles voces! Como a una garza hacia la cual, dormida mirándola en la cúspide de un monte, por sus opuestas faldas se aproximan, acechándola al par, dos cazadores, así de Genoveva la ventura par ogal lab amenazan a un tiempo dos traiciones, que por diversas vías se la acercan para asestarle al corazón dos golpes.

Por bajo de la tierra, como gnomos que un cataclismo terrenal disponen, Ayzón y el viejo sótanos y cuevas, al castillo acercándose, recorren. Los macizos canceles, que franquean complicados, difíciles resortes; las palancas ocultas con que logran peñas mover al parecer inmóviles; los puentes que a su paso forman fáciles, recios y formidables murallones, y que hacen el camino inaccesible al que su oculto mecanismo ignore, ceden ante los dos, el paso abriéndoles a la morada señorial en donde concibe Genoveva alucinada pa obnana Y una de sus más dulces ilusiones. Domi no

Allá a lo lejos, la espesura hendiendo de la maleza virgen, que ya rompe ancho camino que al castillo le abre desde que el hacha se le abrió del conde,

a través de los árboles sin hojas la silviga vió salir de la selva un bulto móvil, que al castillo acercábase cruzando la superficie escueta de un desmonte. Conforme va acortando la distancia, sus formas Genoveva reconoce; es un jinete que resuelto avanza de la calzada entre la hilera doble de árboles, a través de cuyos palos vienen su vista a herir los resplandores de los dobles pedazos de armadura que jinete y corcel al sol exponen. Avanza: lo tupido de los árboles a trechos a la vista se le esconde; mas al tomar, dejando la alameda, del lago azul el descubierto borde, mostrándose el que llega, de la dama la mirada voraz reconocióle. Del conde trae en el broquel y el traje el escudo, la empresa y los colores. Es su paje Wifredo, que al castillo llegando va de su corcel al trote, de cuyos recios cascos Genoveva con íntimo placer los pasos oye.

Mas mientras ella con deleite cuenta los del caballo del doncel del conde, no siente los de Ayzón y los del viejo cruzar los subterráneos corredores.

Según el paje por la cuesta, ellos suben por los ocultos caracoles de las minas recónditas, y arriban a un tiempo al pie de las macizas torres. Y cuando aquél se presentó ante el puente, en uno de los patios interiores de un cubo lateral en el postigo

Ayzón detrás del viejo presentóse.

Genoveva, que una alta celosía abrió a Wifredo para ver, hallóles

aguardando al doncel, a quien sintieron venir de las defensas exteriores. Entró el paje en el patio, y hacia el viejo que le tendió las manos dirigióse; él con su indiferencia acostumbrada, mas sin ceño, besárselas dejóle. Contempló al mozo Ayzón, mientras cru-[zaban

el viejo y él brevísimas razones,
tras las cuales el paje al aposento
de la impaciente dama encaminóse.

—«¿Quién es ese mancebo?, dijo el godo.
—Su paje. —¡De Bernardo! —No te azores:
las cartas que le trae son hojas secas;
tú soplarás sobre ellas esta noche.»

rom lan que la rallique entrarbia bar aul mes

Sopló sin duda: consiguió su aliento las palabras de amor del pergamino desparramar del conde, como el viento desparrama de polvo un remolino. El noble corazón de la doncella sintió la dolorosa mordedura del áspid de los celos: su alma pura sintió encarnarse su aguijón en ella. De su pasión mostrándose ignorante, dióla Ayzón mil detalles de una historia que el cráter de un volcán en un instante abrió en su corazón y en su memoria. Presentado a ella el godo por el viejo como un jefe en la corte conocido por hombre de valor y buen consejo, y en los hechos de su época instruído, explayóla su crónica política: la situación extraña del Estado, la audacia de los príncipes, la crítica posición del monarca atropellado, la Emperatriz liviana..., el adulterio

que la luz del escándalo ha alumbrado aun para el vulgo vil, que su misterio de infamia y de traición ha penetrado: el viejo Luis corriendo al monasterio cuvas puertas abrirse vió Ayzón mismo ante su esposa, la ocasión propicia de alzar un nuevo trono ante el abismo en que el roído imperio se desquicia... Todo lo puso Ayzón ante los ojos de Genoveva, al devanar el hilo de la historia de su época, sonrojos causando a su alma, de pudor asilo: o inoculando en ella diestramente el germen de la idea madurada de él v del viejo incógnito en la mente, logró que la paloma fascinada se viniera a enredar desatentada en el lazo traidor de la serpiente. Ni al conde nombró Avzón en su relato. ni Genoveva a Avzón demandó el nombre del galán de Judith: instinto innato en la mujer leal cuando ama a un hombre es guardar el secreto de su alma, no dejar ver la sangre de la herida que la desgarra el corazón y en calma en la mano llevar como una palma el dardo que a su amor cortó la vida.

Genoveva escuchó, muda y serena, de la extraña relación del adulterio, de la enajena y a extinguir su cariño la condena; como si fuera extraña a su misterio. Mas resuelta a sondarle por sí misma, y la luz que la alumbre en tal abismo a no ver a través del falso prisma por el que ver se le haga el egoísmo o el interés de Ayzón, en quien recela personal interés que algo pretende y que su candidez aún no comprende,

-Cuando sopla del Sur, tal vez el viento traer puede hasta aquí de su convento el son de la campana: un assistada el obde estos montes tal vez desde la altura, del Rosellón al fin, muy a lo lejos, se puedan alcanzar por su llanura de la cruz de su torre los refleios. -¿Y decis que al convento se avecina el viejo Emperador? -A tan buen paso, que estuviera va en él sin el retraso que le ocasiona el tren con que camina. -Y si yo, aprovechando ese secreto, por los Emperadores intentara recibida allí ser... con noble objeto. ¿creéis que en el convento lo lograra? -Sin duda: el buen Emperador la adora: v si allí con Judith se reconcilia, quien ante ellos llegar logre en tal hora irá bajo la sombra protectora del ángel tutelar de la familia, h ortugo ' -Pues él despacio con sus huestes anda,

—Pues él despacio con sus huestes anda, y ella en la soledad más abordable ha de ser, llegó el día en que yo entable de mi derecho ante ambos la demanda. Pues se rompió el misterio de mi vida y se forzó la paz de mi retiro, de mi vida y se forzó la paz de mi retiro, de mi sepa, cuando mi nombre al mundo pida, si fe me otorga o si desdén le inspiro. Dormir mañana en el convento quiero. —Yo os apersonaré con la abadesa de quien soy deudo. —Bien: mas ¿si preconservar el incógnito, y primero [fiero que a Luis ver a su esposa me interesa?

-Como os plazca obraréis: y pues jus-

sólo vais a buscar, y en vos no cabe política traición, ni vil codicia, ni intento ruin que vuestra causa grave, porque no se avizore la malicia claustral, ni nada vuestros pasos trabe, difícil no es que mi favor recabe de la abadesa un traje de novicia y de una celda, si queréis, la llave.

— Despuntando la aurora partiremos, y los medios mejores para lograr mi fin combinaremos mientras que rumbo al monasterio hace-

Es tarde: adiós. No lo olvidéis, señores: del alba a los primeros resplandores quiero que fuera del castillo estemos. Dijo; y en pie poniéndose, marcóles de la plática el fin y despidióles.

- Sin dida: of baery Emperador In adora;

Mientras la dama, en su aposento a solutione de solutione

dentro de su alma embravecerse siente del turbio mar de su pasión las olas en desatada tempestad creciente; mientras su herido corazón agita el demonio implacable de los celos, que al alma triste del celoso quita la luz de la razón, la fe en los cielos; mientras la última epístola del conde lee y relee con afán letra por letra, y con celosa intuición penetra que en ella el dolo y la traición se esconde; mientras febril e insomne se prepara el caos a sondar de aquel misterio, que apaga de su amor la antorcha clara

en el aire letal de un adulterio; mientras las fibras de su ser estallan a impulso de un dolor nuevo y extraño, y en su ofendido corazón batallan su inextinguible amor y el desengaño, Ayzón y el viejo, en cámara segura de la apartada torre en que éste mora, las bases pactan de la trama oscura que del amor de la que al conde adora darán a Ayzón la posesión futura. Y su ambición se funda en la esperanza de que el amor vulgar, torpe y mezquino. como tan sólo la ambición le alcanza, suele como un villano a la venganza de su orgullo no más buscar camino. Por más que de su plan el edificio sobre la ajena voluntad construyen. fían del tiempo a su ambición propicio: y al poder imperial fuera de quicio viendo, sobre él el suvo constituyen, v así su pacto v plática concluven: -«Ella cuenta volver antes que el conde y, de su amor o su traición segura, rendirse o romper. - ¿Mas quién responde, si la vuelve a ver él, de la ruptura? -No se verán, Ayzón: Judith es brava y Genoveva dócil, pero altiva. Rompa o no rompa de su amor la traba Judith, de Genoveva no recaba ya su perdón el conde mientras viva. Como de la verdad del adulterio se llegue a convencer y permanezca, custodiándola tú, en el monasterio hasta que el jefe del caduco imperio en su recinto santo se aparezca, yo te prometo, Ayzón, que mi venganza se realiza a la vez con tu esperanza. La Emperatriz, en su altivez herida, para su amante infiel será una hiena:

y se le odia Judith y ella le olvida... cuando llegue él aquí... - Cortad su vida. _No. Ayzón; si su desdén se la envenena, si el pesar se la roe y se la infama el deshonor, que viva: es prenda buena su vida de venganza, y la reclama desde el peñón en que insepulto brama la alma de Waifro de piedad ajena, Oue viva aún, Avzón: vo sé lo que hago; logrará, al fin, mi afán de años prolijos que hierva entre los padres y los hijos un volcán de rencor, de sangre un lago. Con vosotros saldré: mas al convento sin llegar tornaré. Por el camino tú, circunspecto, a su servicio atento, de ti ni una palabra ni un momento la hables...: vo cuidaré de tu destino. Sé cortés, sé galán, sé fiel con ella, · v fía. Avzón, en mí más que en tu estrella.»

CAPÍTULO VII em obeob

A vista y casi a la sombra de las cumbres del Pirene y de la costa en que viene su espuma el golfo a cuajar, levántase un monasterio al cual halagüeño arrullo dan con su doble murmullo la hojosa selva y el mar.

En este deificio, mezcla
de gótico y bizantino,
del Orden benedictino
mora una comunidad:
santas mujeres que elevan
en él sus preces al cielo,
guardan a Dios bajo un velo
su fe y su virginidad.

A través de la espesura de serio de sus salterios el canto, en la inde sus salterios el canto, en la inde sus campanas el son, que a llevar van, de las noches en el silencio profundo, a las orgías del mundo de la la voz de la religión.

¿Quién sabe si el son perdido de sus vibrantes campanas en las tierras comarcanas cien crímenes evité? Tal vez del bosque a la vera o en un desierto camino, el brazo de un asesino su son inmovilizó.

Tal vez un tenaz incrédulo
o un impío agonizantes
en sus últimos instantes
abrieron su corazón
de la fe a la poesía
y a la luz de la creencia,
con que llamó a su conciencia
la voz de la religión.

Al abrigo de los claustros de este aislado monasterio, vino Judith el misterio que apetecía a buscar: y en él, como peregrina de largo viaje cansada, Judith aguarda hospedada a quien a él no ve llegar.

No ignora ya que su esposo de la busca anhelante su huella, mas al conde anhella ella antes que a su esposo ver; y aunque le ha enviado un mensaje, ni a su mensaje responde, de la constanta de la constanta

ni ve al monasterio al conde de America ni al mensajero volver.

Dos días ha que la agita mal encubierta zozobra, y según razón la sobra, tiempo faltándola va; si el Emperador llega antes que el conde su consejero, para el tiempo venidero geon qué aliado contará?

Ayo fué de su hijo Carlos:
sólo él por sus intereses
vió a través de los reveses
porque pasó su niñez:
y hoy, que su amor y su astucia
hallan de igualarle traza
de Hermengarda con la raza,
la falta el conde tal vez.

Ni su cariño de madre, ni su destreza de esposa, la empresa audaz a que hoy osa bastarán para lograr; el bando opuesto burlado y el viejo esposo rendido aún ha menester partido en pro de su hijo allegar.

Ella, a quien dieron el solio su belleza y su fortuna, quiere de su hijo la cuna del solio a sombra poner; del lecho imperial la mancha, si es que mancha hay en su lecho, la ambición dobla en el pecho de la madre y la mujer.

Sin derechos, soberana proclamóla la nobleza y acató de su belleza los derechos al dosel: hiedra por ella plantada del trono al pie, a él se adhiere y sus retoños no quiere que arrancar intente de él.

Y al conde Bernardo espera:
puso en él su confianza
porque cifra la esperanza
en él de su porvenir;
mas huye rápido el tiempo,
y según le siente que huye,
su esperanza disminuye
de verle a tiempo acudir.

En vano a los ajimeces se asoma de su aposento, y recorre del convento uno y otro mirador; en vano con ojo avaro tenaz y atenta escudriña en derredor la campiña: todo es calma en derredor.

Y ya ha tres días que acecha desde que el sol se levanta, cuantas sendas puede planta de hombre o de corcel pisar; mas no ve por los caminos silenciosos y desiertos, a través del bosque abiertos, viviente ser avanzar.

En vano con la abadesa y con las monjas platica, y demanda, y significa su impaciencia y su inquietud; la comunidad la muestra la solicitud más viva; pero ¿quién sabe en qué estriba la claustral solicitud?

De aquellas vírgenes cándidas la curiosidad despierta de la dama siempre alerta el mal escondido afán; y buscando en sus secretos para penetrar resquicios, tal vez sus buenos oficios a ofrecerla ansiosas van.

Judith, resuelta el incógnito
a guardar mientras del conde
no tenga nuevas, esconde
su rango imperial tras él;
mas sola contra la atenta
curiosidad del convento,
se la hace a cada momento
más difícil su papel.

La cuarta noche... en que el viento con todo lo inmoble en guerra parecía de la tierra que iba el convento a arrancar, de su celda, allá en el fondo, creyó en la sombra vacía of de la portería el aldabón resonar.

Imposible era en tal noche darse cuenta de los ruidos que iban rugiendo perdidos en la voz del vendaval;
Judith le oía en tumulto remedar tras su ventana cuantos puede lengua humana definir con son oral.

Solamente entre los sueños de su excitada impaciencia, percepción, mas no evidencia, pudo de alguno tener:
y si oyó el de los portones entre los ruidos del viento, oyó del presentimiento, no del sentido, al poder.

Amaneció el nuevo día; sereno, azul, despejado, del temporal ya pasado

no hay en el cielo señal; por rosetones, ventanas, troneras y miradores tiende el sol sus resplandores por la vivienda claustral.

En un extraño aposento
en que un claustro remataba,
y que atributos mostraba
de capilla y de panteón,
pues encajaba en sus losas
su piedra un nicho mortuorio,
tenía un reclinatorio
colocado en un rincón,

y, lo sacro y lo mundano barajando, un crucifijo tenía en el muro fijo junto a heráldico blasón:

Judith un libro hojeaba de primorosa escritura, sin poder en su lectura fijar la imaginación.

De tal distracción sacóla el son que en el claustro mueve un paso ligero y leve que aproximándose va: mas ver no puede la forma de aquel móvil ser viviente tras del ángulo saliente que remate al claustro da.

Continuaba aproximándose quien por el claustro venía, y conforme le sentía la distancia aminorar, sentía Judith, brotando de su inquieto pensamiento, un vago presentimiento su corazón asaltar.

Dobló quien llegaba el ángulo, tornó Judith el semblante, y llegar de ella delante de con muda sorpresa vió una novicia algo extraña, que costumbre no tenía de llevar bien todavía el hábito que tomó.

Un rizo de sus cabellos se escapaba de su toca: la sonrisa de su boca no expresaba santa paz: y la esbeltez de su talle que la humildad aún no encorva, y su mirada algo torva entre curiosa y audaz,

a la Emperatriz hicieron poner su espíritu alerta ante la intención incierta de aquella extraña mujer, que permaneció en silencio contemplándola un instante, qual si admirar su semblante quisiera o reconocer.

Al cabo de aquel examen profundo, mas no prolijo:
«sois muy hermosa, la dijo;
sí..., como una Emperatriz.
¡Qué lástima que los cielos, al daros tal hermosura, no os dieran igual ventura para que fuerais feliz!»

Judith fijó su mirada en la franca y atrevida en la franca y atrevida en la mana y de aquella desconocida; de aquella desconocida; de la mas vió que del corazón en la la habían salido las frases en la estado en que la había expresado en la su beldad y a su estado compasiva admiración.

Creyó, pues, que aquella joven

melancólica y sincera
víctima arrastrada era
sin vocación al altar;
y que creyéndola víctima
como ella, al verla tan bella,
sentía verla con ella
venirse en vida a enterrar.

Y sus ojos de hito en hito clavados en el semblante de la virgen que delante de ella inmoble y muda está, la dijo: «A mí no me arrastran con vos a vuestra clausura: yo espero aquí mi ventura; de fuera mi bien vendrá.»

La monja, con aire incrédulo, sonriendo con tristeza e imprimiendo a su cabeza negativa oscilación, dijo: «Os engañan, señora; de fuera no vendrá nada que a las dos una estocada no nos dé en el corazón.»

Alzóse, Judith, atónita, recelosa y prevenida contra esta desconocida presagiadora de mal; mas la novicia, que de ella sus tristes ojos no quita, trabó, con una infinita dulzura, plática tal:

—«Emperatriz fugitiva,
mal querida y mal casada,
y como todas burlada
por la ambición y el amor,
oídme, y ojalá pongan
mis frases en nuestra mano
un remedio soberano
de nuestro mutuo dolor.

¡Ojalá que la calumnia sobre vuestro honor se cierna, y a una desventura eterna escaparemos las dos! —¡Me amedrentáis!... ¿Quién os dijo quién era yo? —¿Quién, señora? ¡El afán que me devora, el amor..., los celos..., Dios!

—¡Dios..., celos..., amor! Doncella singular, si no estáis loca, temo, jay de mí!, que en la boca traéis por lengua un puñal!

—No, Emperatriz, no le traigo por lengua, sino en el alma clavado. Oídme con calma, que estoy en juicio cabal.»

Sentóse Judith, ansiosa de oír a aquel ser extraño:
la novicia en un escaño
cerca de ella se sentó;
y el reclinatorio entre ambas
para acodarse teniendo,
así la monja diciendo
su relación empezó:

reperud. -No year II any ok - Janear

—«En esos montes que por esa ojiva veis, mi castillo señorial se asienta, fábrica de los duques aquitanos: de su raza infeliz soy la postrera. Su exterminio ha sido obra de la raza de vuestro esposo: en el misterio envueltas, mi madre y yo vivimos protegidas por un cercado artificial de breñas. Mi nombre de familia está proscrito, partida entre los príncipes mi herencia, y el valle en que nací, con su castillo, es el único asilo que me resta.

Mi madre, al expirar, me dejó escrita una carta lacónica en que apela, primero, a la hidalguía de los reyes; después, de Dios a la equidad suprema. Esta carta, por ella dirigida al sucesor de Carlos que hoy impera, ser debe a vuestro esposo presentada en un caso no más, que es el que hoy llega. La invasión de los moros en España y de la Europa indócil las revueltas, rompiendo sus barreras de breñales, asaltaron mi edén. Mi fortaleza se alza en un punto inexpugnable; un [conde

debió sus huestes alojar en ella, reclamándome en nombre del imperio para el Emperador toda mi hacienda. Es el caso previsto por mi madre, que a su escrito da fin de esta manera:

Si los reyes de estirpe carlovingia. cebándose en los muertos como hienas, de la raza de Waifro no perdonan ni a la inocente y última doncella: si a la nieta de Waitro de su casa como a una loba de sus montes echan, los reues de la raza carlovingia, por mi aplacados, ante Dios parezcan; y puesto que los reyes carlovingios caballeros no son, malditos sean! Así acaba la carta de mi madre: alm ed y yo vine en las manos a ponerla 118 oup del carlovingio Emperador, que os busca, porque el caso llevó previsto en ella. -¿Mas quien os puso de mi historia al shoring and bib our rome as ob say [cabo?

¿Quién al convento os trae sobre mis

--Oíd: la historia de mi madre acaba aquí, y la mía desde aquí comienza.

Un conde, aún joven, cortesano, diestro, galán v seductor, llegó a las puertas de mi castillo un día: revelóme o la mina la situación política europea; y en lugar de ocupar mis posesiones. como traía la orden, a la fuerza, me ofreció su favor en vuestra corte v me contó una historia... suya y vuestra. -¡Suya y mía!, mirándola con ansia dijo la Emperatriz. -Si, la doncella respondió, de Judith en la faz pálida también clavando su mirada atenta: si él me mintió, vos lo veréis: oídme. Este conde gentil mi huésped era mientras su rota gente reunía en el monte otra vez a sus banderas, Y trovaba a mis rejas por la noche, me contaba románticas levendas por el día, cazaba en mis montañas conmigo, cabalgaba por praderas y selvas a mi lado, mis oídos llenaba de palabras halagüeñas y mi alma de esperanzas seductoras v, en fin, mis esperanzas de promesas: y eran de sus promesas y esperanzas las palabras e imágenes poéticas, gratas como el cantar de las alondras en un amanecer de primavera. De mis sueños de virgen parecióme que era el bello ideal. Le amé con esa pasión voraz de los que sólo tienen una fe y un amor sobre la tierra. Él su palabra me empeñó de esposo y en arras de su amor me dió una prenda, que ha de ser o mi cetro de Aquitania o en mi sepulcro de mi amor emblema, -¿Y cuál es esa prenda, doble símbolo de muerte o de poder? -Una azucena,

—¡Tan efimera flor! —Es inmarchita: es de oro. —¡Es de oro! —Hela aquí: [vedla,»

De entre los pliegues de su blanca túsacó el lirio del conde Genoveva, fnica v ante los ojos de Judith poniéndele. espió la impresión que hacía en ella. Palideció Judith: todo a sus ojos in la el pasado se abrió de su existencia: era un abismo de iras y de celos, de recuerdos de amor y de vergüenza. Reconoció la flor, y su pasado qui and prestó del porvenir luz a la escena: un torbellino de iras y venganzas soplando de la cólera en la hoguera. El lirio con el dedo señalando, o ano como si señalara una culebra. dijo, desencajándose sus ojos. en actitud v acento de pantera:

—«¿Él os le dió por arras? —Sí. —¿Ber-

—Conde de Barcelona. —Se revienta mi corazón. ¿Me sostendréis lo dicho delante de él? —¡Pues no! —Pues a que [venga

esperad. —No vendrá. —¿No? —En mi [castillo

debe esperarme ya. —¿Él os espera?

—Leed», dijo, y la carta recibida

por Wifredo a Judith, dió Genoveva.

Judith lo escrito devorando ansiosa fué renglón por renglón, letra por letra; Genoveva a través de su semblante leía en su alma con angustia inmensa, Era verdad: no estaba el lazo impuro roto aún..., la calumnia no lo era. Genoveva lo vió: pero en su alma lo hundió con mujeril delicadeza. Genoveva era un ángel en el mundo

condenado a expiar culpas ajenas;
la última de una raza en cuyos seres
fatalidad inevitable pesa.

Era un ángel de amor... de sí olvidada
tendió a Judith la mano: sondó ésta,
levantando los ojos del escrito,
de aquella alma sublime la grandeza;
y en llanto desgarrándose, la díjo:

—«¡Ambas a dos de su traición la presal —Ambas: pero mi herencia es la desdicha: soy de Waifro infeliz la infeliz nieta. ¡Adiós! —¿Partís? — Mañana: os dejo sola para que no os conturbe mi presencia. —Tenéis un alma de ángel. —¡Ay! Por eso no hay lugar para mí sobre la tierra.»

En su dolor miskaHHoo, un gran circulo

Mientras las almas de las dos a solas devoran en los lóbregos rincones atrol me de dos oscuras celdas del convento la tristeza mortal que se las roe: mientras que Genoveva del abismo del secreto imperial se asoma al borde, y en su oscura vorágine contempla cont hundirse el porvenir de sus amores: mientras Judith, rumiando su venganza, con su ambición a calcular se pone do non cómo anudar del porvenir la trama que la perfidia de Bernardo rompe; el viejo del castillo solitario en array ab de Waifro ve desde las altas torres como un punto perdido en la Hanura aproximarse del castillo al conde. Aún puede apenas divisar la forma de v de su lejano bulto vago y móvil, mis aún sus ojos de lince no le alcanzan, mas su odio de chacal le reconoce.

«¡Él es!», consigo mismo hablando dijo,

y torvo y silencioso, mas como hombre que llega ya al objeto a cuyo logro ha enderezado diestro sus acciones, a la bajó del torreón: cruzó los patios, pod y tomando consigo a los dos jóvenes y cuatro ballesteros, salió al campo, bajó la cuesta, se internó en el bosque y al fin de la alameda, en el lindero roto que acota el matorral, paróse, apostando los suyos donde a vista o puedan ser, sin oír, espectadores, o bando de les suyos donde a vista o puedan ser, sin oír, espectadores, o bando de su su su conserva de les conservadores, o bando de su conservadores de la campo de la

Ya entre pardos celajes nebulosos sentre el sol casi tocaba al horizonte, a maino ob y despuntaba la creciente luna desgarrando las masas de vapores. Tras breve espacio de esperar, cercano se sintió, acompasado y uniforme, am no el paso del caballo, que avanzaba por el sendere entre el breñal del monte. El viejo, a paso lento por la senda, lo sol al encuentro saliéndole, metióse; y al revolver el robledal, Bernardo Mana dió con él, paró en firme y saludóle. A boca del sendero, la espesura de la maleza al concluir, vió el conde apostadas la escolta y los mancebos mall y extraño semejantes precauciones, ad lab Ni de su faz ni su mirada empero banka la más leve emoción manifestóse, que pudiera acusar que le asaltaran sobre tal actitud duda o temores: Alb an y con serena faz, sonrisa afable a diab at y tono familiar interpelóle abanque as y al viejo el caballero de este modo, un on con cuya frase diálogo entablóse: -Parece que rondáis. -Es deber mío, a su mansión feudal mientras no torne su señora. - ¿Está ausente? - Ha pocos saldon sol one souteenn sam so dias.

—¿Y fué...? —Al convento en que su [afán esconde

la Emperatriz, que a Ludovico espera; de quien fía tal vez y a quien expone sus derechos, su historia y su demanda, porque por ella ante el monarca abogue.»

Sintió el frío de un miedo repentino paralizar su corazón el conde a tal revelación, sintiendo a tierra su fortuna venir de un solo golpe; mas dominóse aún, con ese esfuerzo desesperado que resulta enorme de quien, náufrago, nada, y dijo al viejo: «¿Y me podréis decir con qué intenciones vos, que sólo tenéis de aconsejarla el derecho, la hicisteis que se arroje en manos del monarca ante quien ambos convinimos en ir fuertes y acordes?» Dió un paso el viejo hacia el barón, clalos ojos en su faz, y enderezóle [vando esta pregunta, con la cual entre ambos rápido el roto diálogo anudóse:

—«Luego, sabéis quién soy? —Sin duda falguna.

—¿Luego no hay ya secretos entre el conde
Bernardo y Genoveva? —No: sois nieto
del bastardo de Hunaldo: esos dos jóvenes
pajes de Genoveva, vuestros hijos:
mas no pueden tener aspiraciones
a suceder a Genoveva; Hunaldo
os dió su sangre y os negó su nombre.
Os dejó a los legítimos sujetos
y en dependencia suya os reconoce
no más: podéis ser ricos, pero nunca
de su raza ducal los sucesores.
Es condición por vuestro abuelo impuesta.
—¡Y nadie apela de ella ni la rompe!
—Lo sé. —Somos bastardos, pero a veces
valemos más nosotros que los nobles

de legitimidad. Los de la nuestra, siempre reconociéndose inferiores a los de la legitima, les fueron leales como perros; y a sus órdenes. sin hombrearse con ellos, expiraron peleando a sus pies como leones. Somos la hiedra que se adhiere al árbol: debajo el árbol cuando cae nos coge. De su tronco no más queda una rama: y pues sabéis quién soy, mis intenciones no me debéis de preguntar: ved cómo se portaron mis dos antecesores. Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo, murió con él. Oíd el cómo, el dónde, el por qué y el por quién: es una historia que aclara nuestras mutuas relaciones. En su dolor misántropo, un gran círculo impenetrable de árboles enormes y matorral salvaje ideó Waifro su fortaleza para aislar del orbe. La escasa población de estas comarcas, de las que la ahuyentaron las feroces guerras de nuestra edad, favorecían tan excéntrico plan: enebros, bojes, tejos, nopales, madreselva, hiedras y enredaderas, libres de las hoces y de las hachas, rápidos tejieron por entre las encinas y los robles de mos esta ancha red de nudos infinitos, de flexibles y múltiples cordones, de varas espinosas y junqueras que, ganando la tierra a pasos dobles, de nopal en nopal, de seto en seto tendieron sus tupidos pabellones; y de la tierra circundada en torno su gigantesco círculo cerróse. Los soberanos francos desdeñaron, una vez de Aquitania posesores, in and al vencido león que acorralado

venía a sepultarse en estos montes: y sobre él y su raza fulminando las más anticristianas maldiciones. se partieron sus tierras, proscribieron su nombre y le olvidaron... y el ignoble vulgo acabó la obra de los reyes con su superstición. Las tradiciones sangrientas, las diabólicas levendas de que el castillo repobló, sus torres (que ven, mas cuya senda nunca hallaron peregrinos, juglares ni pastores) hicieron un objeto de payura para las espantadas poblaciones formed se de los llanos, que creen al divisarlas de Dios malditas sus desiertas moles. Treinta años de aislamiento son la vida de una generación; de labradores hubo aquí cien familias, de las cuales cortasteis vos los primitivos goces. La historia es muy sencilla; se comprende y se explica muy bien; mas desde entonces el tiempo y la política son otros: los reves necesitan nuestros montes, vallas para oponer de buena altura de África a los caballos saltadores. Tener necesitáis nuestro castillo vos para apoyar bien las pretensiones a vuestra independencia soberana; y fiado en delirios anteriores volvéis aquí, y os tropezáis conmigo, de quien aun ignorais las intenciones... Y las vais a alcanzar por el relato de lo hecho por mis dos antecesores. Mi abuelo, el ilegítimo de Hunaldo, murió leal con Waifro en estos montes, mas fuera de la cerca con que aislada su fortaleza aquél puso del orbe. Subterráneos... tal vez hov conocidos

de muchos, pero de él no más entonces, conducíanle a veces a los llanos, En una de sus locas excursiones. de una casa ducal reconociéndole le fueron a espiar los servidores. Estudiaron sus huellas, revelaron al duque su existencia, v... sus blasones empañó aquella casa previniéndole una emboscada infame en que traidores a Waifro y a mi abuelo asesinaron, cayendo sobre tres, diez y seis hombres. Uno escapó: cerrado el subterráneo e ignorando el lugar y los resortes que le franqueaban, se expatrió; mas pudo su secreto al morir fiar a un monje. De él le supo mi madre: ella expirando revelómelo a mí. De mis mayores así murió el primero; sé a quién debo su muerte y volveré golpe por golpe. Mi padre, en una aciaga retirada, dió su caballo a Lupo, y apostóse con otros diez a defender un paso entrecho entre dos peñas: a los golpes de los francos tardaron diez minutos en caer: mas bastó: Lupo salvóse. Mi padre v otros siete fueron pasto de los buitres, colgados en los robles. Es un sino fatal! La raza misma cuyos hijos de Waifro matadores fueron, dió los verdugos de mi padre también: es de venganza cuenta enorme. Lupo v vo en Roncesvalles les vengamos: mas con mi cuenta aún no estoy conforme. Lupo, al ir a una muerte desastrosa, aquí con su hija y su mujer dejóme: ésta expiró, a su hija encomendándome de años pocos de edad; aún no eran once. Tal mi derecho es: velar por ella mi obligación, mis solas intenciones,

—Velar por ella hasta que tal derecho la tenga no más de Barcelona el conde.

—No le tendrá jamás: son imposibles, al irrealizables son vuestros amores, an el-

-¿Qué es lo que hace ese amor tan im-

¿Está en ella o en mí lo que a él se opone?

—No hace el nido el milano a las palomas,
ni duermen con la corza los leones.

—Los proverbios son reglas de los tontos; no hay uno solo que no mienta o se equi-

y los que son verdad, lo son tan sandia como más pesa un buey que cien gorriones. No andéis, pues, con rodeos ni figuras; refranes excusad, dadme razones.

-Son la verdad y la razón amargas.

-Pero sólo los necios las desoyen.

—Con las armas de Waifro cuartelarse no pueden de Tolosa los blasones.

-¿Por qué? -Porque no hay paño que

juntos, ni mano que a la par les borde. —¿Por qué? —Porque su unión evocaría del insepulto Waifro el alma insomne.

—¿Por qué? —Porque de Hunaldo, Wai-

entre su nieta y vos la sangre corre. 2 2-2 Por qué? 2 Porque verdugos de los

-¿Por qué? ¿Porque verdugos de los

son vuestros padres. —No, los vencedores; mas de los hijos el amor un odio e oqual puede extinguir de diez generaciones.

—El favorito de la esposa adúltera del viejo Emperador dar con su nombre a la nieta de Waifro sólo puede... lo que no es cuerdo que deciros ose; pero lo que Judith y Genoveva se deben va haber dicho... y esta noche

contad con que las dos piden al cielo que os caigan de las dos las maldiciones. Y os caerán: desde hoy más, de una ni de

nada puede esperar vuestro amor doble: como las puertas yo de su castillo, os cerraron las dos sus corazones...

Absorto, estupefacto, anonadado ante tales palabras, quedó el conde como quien siente al estallar un trueno que un rayo el árbol que le ampara rompe. El viejo, de su asombro aprovechándose, se hundió en el matorral con sus seis [hombres.]

mientras.... millones de fanales de oro en la bóveda azul cuelga la noche.

sating and all all Vinni mile man odmi

Volvió en sí el caballero cual de un suey en torno suyo al revolver los ojos, [ño, su situación sondando con espanto, de la tierra en el haz se juzgó solo. Mas no es hombre a quien frases amilanen, cuyo paso se ataje con un soplo, ni cuya voluntad ceda cobarde a inesperado obstáculo. Furioso, mas su furor en calma devorando, cual si no hubiera con el viejo torvo tropezado, al caballo en la alameda hizo resuelto entrar saltando el coto. Seguro de que al viejo anunciaría su decisión de atropellar por todo, seña haciendo al castillo, de su trompa lanzó al aire el sonido vigoroso. Aún se oía, rasgando el aire trémulo, vibrar por él huyendo su eco ronco, cuando obediente a su imperiosa seña tendió el puente el castillo sobre el foso.

Espoleó a su corcel, que alzó al galope v al castillo avanzó; mas con asombro vió de él salir en pelotón confuso tropel de gente, que entre ruido y polvo comenzó a descender por la calzada abierta a pico en el peñasco bronco, como el cordón que forman las hormigas atravesando un páramo arenoso. A la luz de la luna, que en el cielo lucía sola ya, paróse absorto de ab la v aquella gente a ver, que hacia él bajaba cual procesión fantástica de gnomos. Veía sus figuras movedizas. dibujarse del lago silencioso de av suo no a través de la linfa transparente, and al cual si brotaran dobles de su fondo; v según les veía aproximarse de él menos comprendía el misterioso movimiento de gente, y le embargaba el corazón el miedo de lo ignoto. Bajaron del peñasco, y a su encuentro correr veía adelantándose a los otros, sin poder comprender si a él se acercaban amigos o enemigos, unos pocos. Enristró su lanzón, en los estribos aseguróse, y recogiendo al potro las riendas, preparóse para el choque que juzgó inevitable y perentorio. Mas asombrado vió que ante él parándose, en ademán sumiso y respetuoso dijo el más avanzado: «Señor conde, nada temáis, que de los vuestros somos.» El conde miró atento aquellos hombres, de quienes conoció trajes y rostros, y al demandar explicación más clara de su presencia incomprensible, un mozo almogávar, por bravo y por astuto

entre las gentes de su grey famoso,

entrególe un escrito, en cuyas letras de dan, sin duda, explicación de todo. A la luz de la luna, como pudo de mejor, desencajándose los ojos, de de con tanta avidez como trabajo de leyendo lo que dice de este modo:

Habéis metido en el castillo espías en lugar de soldados, y en sus fosos los que podían de él daros detalles muertos fueron cayendo uno tras otro. Uno de ellos, audaz, por orden vuestra, a Laimo asesinó en el calabozo donde yo le encerré, con una jara envenenada que de su arco moro le envió por una estrecha claraboya; yo le ahorqué de una almena; Ayzón, el godo, me envió su gente; desarmé la vuestra, y nada hay ya común entre nosotros. El eastillo de Waitro es solamente de la raza de Waifro patrimonio: y flotará en sus torres y baluartes el estandarte de Aquitania solo. Al pie de estos renglones se leía en caracteres claros cuanto toscos: El Bastardo de Waifro, como firma, y por fecha; Ochocientos treinta y ocho.

Quedó el conde un instante anonadado; mas en la silla irguiéndose de pronto, dijo a los suyos: «¡Vámonos, que un día traeré yo a este castillo un terremoto!»

y de un trianfo finW con esperanza,

Era una noche limpida, esplendente; la luna en el cenit resplandecía con esa luz tranquila y transparente que avergüenza a la luz del sol del día Era una de esas noches en que, llena de religiosa paz y poesía.

ciñe el globo la atmósfera serena, cual pabellón azul por Dios tendido sobre el orbe a sus pies mudo y dormido. Y de esta noche azul en alta hora, de su silencio y calma en el misterio, duerme Judith y Genoveva llora en aquel bizantino monasterio do el gozo al par de la tristeza mora, y que lo que hay de más feliz encierra y de más infeliz sobre la tierra.

Judith, astuta, audaz, calculadora, ha recibido a Luis, su anciano esposo, como esposa ofendida que le adora, que no tiene sin él paz ni reposo, y que en su solo amor cifra su vida, y que todo recuerdo doloroso perdona por su amor, borra y olvida.

Luis, viejo, enamorado, sacudido el vugo de ignominia a que hace poco que la postrada rebelión le ha uncido, vuelve ansioso de amor y de amor loco, de la pasión en alas que le ciega, a buscar en los brazos de su esposa lo que la humana ingratitud le niega, lo que del mundo en la extensión no halla: un minuto de paz, sólo un segundo que el mundo no le dió porque fué el desesperado campo de batalla [mundo do luchó sin cesar desde la cuna con el vaivén de su falaz fortuna. Judith, vendida y de venganza ansiosa y de un triunfo final con esperanza, en el extremo amor que a Luis acosa cifra su porvenir y su venganza. Luis, bondadoso y crédulo, vencido por la sagaz Emperatriz, ha dado de su esposa las culpas al olvido desde que sus disculpas ha escuchado: y en ellas con pesar de haber creído,

está pronto a otorgar cuanto le pida, aunque otra vez arriesgue trono y vida con ella por vivir como marido.

Aquella tarde a Luis en el convento, con pompa soberana, dió la comunidad alojamiento, y su viaje seguir debe mañana.

Judith le ha recibido en su aposento con humos de ofendida y de sultana: y él, de su voz ante el primer acento, ha postrado a sus pies su frente cana. Al descubrir su huéspeda quién era, la mujeril comunidad confía en que va a dar al mundo la alegría, la paz y la fortuna venidera, la reconciliación inesperada de la imperial pareja, en aquel día y en su santa mansión verificada.

Mas, joh monjil sinceridad, que ignora que no hay dicha sin duelo en este mundo, que no hay en nuestros días una hora, que no hay en nuestras horas un segundo en que no sea el bien en mal fecundo, ni la dicha de pena engendradoral ¡Oh mujeril insensatez, que olvida que quien ríe donde hay, siempre hay [quien llora

en el gran carnaval de nuestra vida!

Genoveva y Ayzón han presenciado
del engañado Emperador la entrada
en el patio, a través del enrejado
cada cual de su celda retirada.

El riesgo extremo que su vida corre
si los sagaces ojos de un espía
alcanzan en la reja de una torre
a ver al que a Judith acusó un día,
sabía bien Ayzón; pero vencido
por su ambición voraz y la belleza

sin par de Genoveva, da al olvido que arriesga al asomarla su cabeza. Ayzón, desde su gótica ventana, ve la reja frontera, a que se asoma a ver entrar a Luis la castellana cuando en el claustro alojamiento toma.

Genoveva de extraños pensamientos siente un balumbo descarriar su mente. y latir con extraños movimientos su corazón desnivelado siente. Fantástico pavor, presentimientos fatídicos sin causa, desvaríos inexplicables la distraen, la acosan, del corazón los naturales bríos la quitan; y se cambian poco a poco sus recuerdos, sus gustos, sus instintos que en giro nuevo e incesante y loco a su amoroso espíritu tormento dan, y hierven en su alma, y no reposan... cual las miriadas de átomos que el viento de una tormenta precursor levanta, que floran siempre y que jamás se posan en árbol, piedra, flor, césped ni planta, arrastrados sin rumbo y sin camino en los giros son fin del torbellino.

A través de este vértigo creciente y en poder de este afán desconocido que, por su corazón jamás sentido, la lucidez anubla de su mente, del viejo Emperador vió la llegada Genoveva, impasible y silenciosa, de su celda a las rejas asomada, como de aquel marasmo que la acosa por el frío febril paralizada.

Y era en aquella hora en que esplenla luna en el cenit resplandecía [dente con esa luz tranquila y transparente que rebosa misterio y poesía. Todo en sueño profundo o inocente en el convento al parecer yacía: ni un pájaro nocturno suspiraba, ni una brisa en los claustros murmuraba,

En uno de los cuatro que rodean un gran patio corinto-bizantino, cuyas columnas cuádruples platean con resplandor sereno y argentino los rayos de la luna, y do campean árboles enramados, del vecino aposento imperial a la desierta galería interior se abre la puerta.

Por ella, solo, apareció a deshora el viejo Emperador, que en su aposento dormida deja a la que tanto adora. Embriagado de amor, libre y contento, el placer infinito que atesora en ella sale a derramar al viento y a echar en él el hálito sobrante en que se ahoga el corazón amante.

Un viejo con amor se vuelve niño, y su amor infantil le espanta el sueño, y hace gala infantil de su cariño, y no tiene otro afán ni más empeño que ostentar sin disfraz, velo ni aliño, el exaltado amor de su alma dueño; y le cuenta su amor a cuanto encierra en su ámbito vital la madre tierra.

Y de este amor de viejo en la expansiva necesidad, el Pío Ludovico sale aire a dar a la erupción activa del volcán de su amor en fuego rico; y adelantando por los claustros iba, cuando de luz en el rasgado pico que en las baldosas traza como alfombra rota la luna, vió algo que le asombra

blanco bulto sin voz ni movimiento, del cual no puede aún ver el contorno, divisa en el marmóreo pavimento en un cerco de luz que le orla en torno. Llegando a él Indovico a paso lento, vió que era una mujer; mas en su adorno y su traje no ve de hábito prenda por que su estado monacal comprenda.

Contra el mármol la faz, hacia adelante por instinto la diestra al caer tendida, la mata de cabellos abundante por la espalda y los hombros esparcida, Luis de aquella mujer no ve el semblante, ni en su inmovilidad señal de vida; mas el perfume que su cuerpo exhala por hembra principal se la señala.

Asióla Luis en brazos, levantóla, y en el pretil de arbustos sombreado, en el muro apoyándola, sentóla; del tacto a la impresión, como crispado su cuerpo casto, enderezóse sola; y al hombre que su cuerpo había tocado, trémula y mal cobrados los sentidos, rechazó con los brazos extendidos.

Miró al Emperador por un momento con muda indecisión y vista vaga; en tanto que él la contemplaba atento aguardando lo que hable o lo que haga. En lid con su perdido pensamiento ella afanosa al parecer indaga por lo que en torno ve lo sucedido, pues su idea perdió con el sentido.

De repente la luz a su mirada
y el color a su faz tornaron vivos,
y a su forma, poco ha de acción privada,
su voluntad de impulsos decisivos;
y a Luis aproximándose encarada,
con gesto, frase y voz comminativos
dijo, como quien vuelve de su mente
a entrar en posesión completamente:

«Oye: te iba a buscar y me he extraviado, te iba a hablar y las frases he perdido. Venciste, al fín, por el poder del hado; mi corona a tus pies se me ha caído.

A mi raza la tuya ha exterminado, mas mi madre al morir te ha maldecido.

Toma..., yo moriré cuando eso leas: mas te emplazo ante Dios... ¡Maldito seas!»

Tendió al absorto Luis un pergamino, y la espalda volviéndole, con paso mesurado e igual tomó el camino del interior del monasterio. Escaso de luz el hondo tránsito vecino, por él, medroso Luis, la miró acaso a paso lento cual visión hundirse y en la vacía lobreguez sumirse.

Repentino pavor, supersticiosa duda asaltaren su ánimo apocado por la fortuna adversa que le acosa en su postrera edad; amedrentado en su gozo infantil por la que no osa creer visión ni mujer, amilanado e inmóvil, le conturba y da tormento su extraña maldición y emplazamiento

Su pergamino entre los dedos siente y sus frases fatídicas le suenan en el oído, y de pavor creciente el angustiado corazón le llenan.

De la luna a la luz insuficiente sus ojos, que de lágrimas se llenan, contemplan con asombro progresivo el escrito fatal conminativo.

Hubo un instante en que a su honor

quiso de la mujer seguir el paso; mas clavados los pies al pavimento sintió y al corazón de brío escaso.

Presuroso otra vez a su aposento se acogió al fin; y perturbado acaso de su miedo febril por el impulso, la llave con afán buscó convulso.

Entró, y tras sí con rapidez la puerta cerrando, de la lámpara que ardía dentro de un nicho con la luz incierta comenzó a descifrar lo que decía de escrito; Judith, que estaba alerta, al notar el afán con que leía, dejó el lecho, y de Luis por sobre el hominyestigó la causa de su asombro.

Los ojos al fijar en su lectura, del escrito el origen comprendiendo, con materna y solícita dulzura el pergamino a Luis quitó, diciendo:

—«¿Quién os dió eso? —Un fantasma.

—¡Qué locura!

Yo sé quién es y su intención comprendo: yolved, señor, al lecho: el frío os pasma: yenid, yo os libraré de esa fantasma,

Mientras Judith narraba y Luis oía, a e interpolando frases de cariño de ella en su narración, desvanecía de él en el alma su temor de niño, de claustro en claustro la visión seguía marchando en las tinieblas, del convento sin que la paz turbara ni el reposo de sus desnudos pies el paso lento ni el son de su ropaje vaporoso.

De un caracol al fuste asegurado con ambas manos, el oído atento de la mujer a quien sin duda espía y cuyas huellas resonar sentía en la espiral del caracol combado; y al asomar por el angosto trecho que franquea su lóbrega abertura y donde vela Ayzón puesto en acecho, casi se hallaron en la sombra oscura el fantasma y Ayzón pecho con pecho.

De la presencia de él apercibida la mujer, deteniéndose un instante del caracol oscuro a la salida, dijo: —«¿Quién va? —Yo: Ayzón. —Pues [id delante, y disponed al punto la partida. —Vamos cuando gustéis. —¿Todo está

-Aguardan en su puesto de la gente y los caballos. ¿Habéis visto vos al Emperador? —Sí; pero pronto partamos: voy a hacerme con un traje

partamos: voy a hacerme con un traje in mejor. —Y yo a aguardaros a la puerta del jardín. —Esperad a que yo baje al pie del caracol: mi planta incierta in o sabré yo guiar; no sé que siento. Yo creo que he perdido de esos claustros... —¿Qué? —Mi pensa mi carebro mal prendido.

Dijo, y siguió la dama a su aposento, permaneciendo Ayzón por un momento sin comprender lo que decir la ha oído.

palideció la esposa, IVel sobermo erodulo

Luz daba ya a los mundos el sol del ohogi [Mediodía;

la escolta y servidumbre del viejo Empe-

a la partida prontas, a él solo le esperaban del monasterio aislado delante del portón. Judith, que de la dama que por fantasma

sencilla y verosimil la historia la contó, no había ya dejado de Luis en el espíritu más que el recuerdo vago de su febril tunos proposicios de la febril

Benevolente, débil, humano y enemigo

de hacer ahogados odios volver a comstratent au escludiantels (bustion, con la proscrita raza del indomable Waifro en vez de entrar en lucha, por transigir optó. Traer a su presencia mandó a la noble ama obotty a siereny obanno sofdama a quien juzgó de noche fantástica visión; pero la dama, en sueño quimérico tornándose, zeladno zol y nándose, con la nocturna niebla tal vez se disipó. En vano del convento solícitas las monjas a escudriñar corrieron hasta el postrer Colad by hours a barrenalf - un frincon; la dama misteriosa con su encubierto paje desparecido habían cual sombras ante el sol, Judith, en la presencia de Luis, a la abasperson tild-e Shufty-reasoniansis so [desa con mil capciosos giros sagaz interrogó: la monja solamente que se llamaba supo, la dama, Genoveva, y el caballero, Ayzón. Al escuchar el nombre del insurrecto .oblo ad all nineh and ol asbustquifgodo. de la imperial deshonra funesto causador, palideció la esposa, y el soberano crédulo más pábulo a su miedo supersticioso dió, Judith, de la heredera de Waifro, con el inlihaibeld on toone ve to answer [godo al descubrir va tarde la inconcebible unión, cambió las simpatías que concibió por ella en repentino germen de miedo y de rencor. Luis, débil por las penas de sus postreros Amentalizon applicable labera d'idias y presa de su extrema febril superstición, volvió a temblar, volviendo de su visión utidas la na sin I sh chaje [del claustro las frases y los pasos a percibir en pos.

Judith, cuya conciencia y astuta perspi-

ogimum y oanmin lidah simile[cacia

comprende que no sombras, sino enemigos athra out attaqual at ab obe son, ordena que las huellas les sigan corredores v atados a sus plantas les traigan a los .atrola adales our dibbit cour [dos. Luis, ya por sus pesares en el cerebro heobirly helio, wile Lals por source of bomprensado por las garras del miedo el co-All light en su loctura, [razón. ordena la partida, ganoso ya de hallarse. de los rebeldes lejos, a solas con su amor. Partieron los monarcas; partieron cien jipor diferentes sendas a perseguir a Ayzón: quedando el monasterio con la infamante atonic so ord is today in today binota de proteger los planes del godo infamador. Mas él, del riesgo lejos va ya con Genoveva; sombría, silenciosa, sin propia voluntad, que va tras él parece, y el godo se la lleva como quien siente huvendo tras sí la tempestad. Según el bosque cruzan, cogiendo van de loma /non leb , andemir ast me obnacipaso la gente escalonada por el astuto Ayzón, y cuando, el sol saliente, de la espesura al baologay elagor us ab nos fraso desembocaron, era su escolta una legión. De Luis los corredores a verles alcanzaron, pero su priesa viendo y el número en que high about me comp it minim fvan, al ver que las montañas ganaban, se tor-Topildiroo loberies lab land fnaron, sabiendo bien que de ellas en posesión Amineda apendol ne asupu festán.

Cuando marcó en los cielos el sol del Me-

pasados llano y riesgo del Pirineo al pie,

diodia,

Ayzón de Genoveva notó la faz sombría, sin comprender en ella lo que de extraño [ve.

La boca contraída, la vista encapotada, sumida en absoluto silencio pertinaz, por una idea fija camina dominada, y de sacarla de ella nada halla Ayzón [capaz.

Al embocar un valle que la montaña abriga, ya a vista del castillo, determinóse Ayzón a dar de Genoveva reposo a la fatiga y en tanto ver si logra sondar su corazón. Dió Ayzón la voz de alto; y echándole las

[bridas al cuello, dejó en manos de un paje su [corcel:

y las del de la dama con la izquierda asidas, la dió la diestra mano para apearse de él. La dama, sin tomarla, saltô gentil en l'tierra.

y en un ribazo, a vera de un campo de labor,

sentóse en el sombrío silencio en que se [encierra

desde que habló en los claustros al viejo [Emperador.

Brindóla, Ayzón, con frutos sabrosos y [manjares,

brindóla un buen labriego con su caliente

mas rehusó con breves palabras singulares lo que él y el campesino con voluntad la fdan.

El godo con sentidas palabras de cariño dos veces distraerla solícito intentó: la dama, con la hosca tenacidad de un [niño

mimado, sus palabras y obsequios esquivó. Ayzón, que así atajada su pretensión veía, el alto prolongaba sintiendo la ocasión huir, cuando más fácil y asida la creía, para ofrecerla a solas la fe de su pasión. Mas ella, de repente, montando con el [brío

de quien vivió en sus bosques como ama-

partió, de Ayzón mostrando despreciador [desvío;

y Ayzón corrió asombrado tras su corcel [fugaz,

CAPÍTULO VIII de obledor

de Luis en mutuas Ides empenados,

Tiempo era aquel de lid. Diversas razas peleando en Europa establecían en ella su dominio: alzaban plazas de guerra; sus provincias erigían en reinos cuyo límite, existencia, prosperidad y suerte nada más dependían, con frecuencia, de la ley absoluta del más fuerte.

El piadoso Luis, como la historia le llama, dividió por vez segunda su imperio entre sus hijos, con notoria torpeza en guerras y rencor fecunda. Judith, con vanidad de su victoria, sobre el solio imperial recuperado a sentarse al volver, quiso consigo sentar a su hijo Carlos, declarado igual a sus hermanos; y afanosa trabajó en allegarle bando amigo, en oro y en promesas generosa.

Aceptaron los hijos de Hermengarda de Carlos la igualdad de los derechos; mas la fe ruin que sus palabras guarda mostraron pronto sus traidores hechos.

Enredados en pleitos tan prolijos, de lo volvieron a las manos and objecto de los padres con los hijos, a pelear hermanos con hermanos; y ensangrentaron otra vez la tierra en tan feroz como nefanda guerra.

Bernardo, que señor de Barcelona y heredero ducal de Septimania, todavía ambiciona, en su amor abrasado, la corona y fe de Genoveva de Aquitania, dueño ya sin rival de sus Estados, rebelde a los mandatos imperiales y libre de los hijos desleales de Luis en mutuas lides empeñados, allegó gente, levantó bandera v armó en pro de sus creces personales la juventud de su comarca entera. Fundada, pues, de Waifro en el castillo su esperanza, y su dicha venidera de oben el amor de su gentil señora, sonio no de quien espera el corazón sencillo volver a avasallar en una hora. al castillo de Waifro con pujante hueste y pertrechos de batir avanza, resuelto a dar, conquistador o amante, cabo v fin a su amor o a su venganza.

El castillo de Waifro era entretanto de extraño drama misteriosa escena; triste mansión de soledad y llanto que de gemidos su señora llena. Genoveva, al volver a su castillo como sombra escapada del Erebo, en silencio glacial pasó el rastrillo con nueva faz y con carácter nuevo. Su paso lento, su semblante adusto, su pertinaz silencio, su mirada fija a veces y a veces extraviada; la extraña rigidez con que su busto

llevaba sobre si de su cintura, modelo de esbeltez y ligereza, la inflexibilidad, cual su cabeza maciza el pedestal de una escultura. aparecer la hicieron de su gente a la vista asombrada, como su errante sombra inanimada desprendida del cuerpo de repente. o como su marmórea figura, u saodmo (A por el poder diabólico arrancada de encima de su hueca sepultura. y en lugar de su cuerpo ya sin vida. por poder infernal al mundo enviada fantasma de vapor, visión mentida. Así pasó al volver a su castillo rígida, esquiva y muda Genoveva el puente y el rastrillo; e internándose en él a paso lento. el camino tomó de su aposento, de ver ni oír sin dar visible prueba v a todo lo exterior indiferente: cual insensible autómata obediente al mecánico impulso que le lleva, que al parecer marchando por sí mismo por medio va de la asombrada gente, sin que hava mientras pasa quien se atreva a examinar su oculto mecanismo. Genoveva, en su cámara encerrada. por su nodriza nada más servida, rehusa a nadie ver ni escuchar nada, como ajena a las cosas de esta vida, de otro mundo en las cosas ocupada; y el bastardo de Hunaldo y sus mancebos y Ayzón, que con porfía, para verla o habiarla, medios nuevos inventan importunos cada día, no consiguen jamás mirar su puerta ante su afán o su cariño, abierta.

Demandan e interrogan a la nodriza en [vano; la anciana, de la puerta sentada en el [umbral, contesta solamente que Genoveva cuenta a solas de su vida las horas que se van. En demandar insisten y a responder se [niega

la anciana a Genoveva sin reflexión leal: mandóla ella el silencio guardar más abso-

y en su aposento a todos la entrada rehu-

Y calla y llora, y vuelven el viejo y los

a preguntar tenaces; y, fiel como tenaz, la anciana de la dama repite solamente que cuenta de su vida las horas que se van. Y el viejo y el mancebo, de su señora [hechos

la ley y los caprichos humildes a acatar, esperan que el capricho de su señora pase y de contar acabe las horas que se van. El viejo cree que el duelo del hondo des-

de la doblez del conde la dama olvidará; y pasará cual todo sobre la tierra pasa, como el placer más vivo, como el mayor

Pero el bastardo olvida que la infeliz

cuya alma su amor único nutrió en la so-

su amor único ahora para arrancar del

tal vez pedazos de ella con él arrancará. Y mientras él se fía con cálculos vulgares en la inconstancia de almas de condición [vulgar, y mientras él medita de insólita venganza con cálculos mundanos el tenebroso plan; olvídase el bastardo de Dios, que ha con-

también bajo el influjo de tal fatalidad. Ninguno de su raza será sobre la tierra feliz: de buena muerte ninguno morirá; es sino de su raza, y sobre todos pesa de su destino infausto la condición fatal.

con desdenosa calmili recogióndolo,

Y he aqui que el albor de la mañana al purpurear un día en el Oriente, asombró a los vigías del castillo ver de su base en rededor tenderse en numerosas y ordenadas haces, en tren de guerra y de batir con trenes, tomando posiciones estratégicas con ciencia militar armadas huestes. Por doquiera que un paso algo accesible abre un claro de bosque, una vertiente del agua torrental, o una quebrada que invisible salida ocultar puede, numerosa legión o escuadrón recio a apoderarse de él subiendo viene, sin dejar, por desprecio ni descuido, derrumbadero, atajo, salto o puente. Los moradores del tranquilo valle, mill en sus hogares asaltados viéndose, huven hacia los montes o al castillo corren desatentados a acogerse. Sus murallas y terres poco a poco coronándose van de armada gente, del bastardo y de Ayzón bajo las órdenes, quienes las dan con gravedad solemne,

sin priesa v sin temor, mirando juntos de la cuesta subir por la pendiente, sin miedo y sin temor lo mismo que ellos, con mesurados pasos un jinete. El bastardo y Ayzón, mientras subía, concertado su plan rápidamente. resolvieron salir a recibirle antes que a la alta plataforme llegue. Salieron ellos y él llegó. En la punta de su largo lanzón trae el que viene un pergamino, que tendió al bastardo de él v Avzón a seis pasos deteniéndose. El viejo, de la punta de la lanza con desdeñosa calma recogiéndole, rompió los sellos, v levó impasible estas frases tan claras como breves:

Arras de esposo a Genoveva he dado y vuelvo ante ella a que por tal me acepte. Por señor de esta tierra o por su esposo el castillo en que estáis me pertenece; o entregadme el castillo con mi esposa, o entro y os trato en él como a rebeldes. Decía así el escrito y se firmaba Bernardo en colosales caracteres.

El pergamino se guardó el bastardo, y al mensajero despidió diciéndole:

«Decid al que os envió con este escrito que hoy mismo a él contestará quien debe: y que si no trae alas, no sé cómo jamás a entrar en el castillo llegue.»

Dijo, dejó plantado al mensajero, y siguiéndole Ayzón, se cerró el puente. El bastardo de Hunaldo que, por hombre, de los vasallos de la dama jefe se cree y lo es por derecho, y su señora y ellos al par por su adalid le tienen, la suprema ocasión juzgó llegada a la cabeza de ellos de ponerse

y de hacerse otorgar por Genoveva, como en caso de lid, amplios poderes.

Al lugar en que ajena a lo que pasa de su castillo en derredor parece, el camino emprendió, determinado de su señora respetar a hacerse. Cruzó los pasadizos complicados, los cubos y baluartes que defienden la torre colosal del homenaje, analyza al de la señora del castillo albergue; lobrami v llegando a la puerta de su cámara ante la cual velaba tristemente la nodriza, la dijo: «Debo verla.» Y ella le respondió: «Sin duda duerme; desde aver no he sentido en su aposento ni voz, ni paso, ni el rumor más tenue.» «Abre, dijo el bastardo; es ya preciso que torne en sí v a la razón despierte.»

Atajarle la anciana intentó el paso; mas resuelto el bastardo e impaciente, empujando con impetu la puerta, entró en el silencioso gabinete. Corridos los espesos cortinajes sobre los bizantinos ajimeces, el camarín callado está en tinieblas; paróse el viejo en el umbral, prudente, v llamó a Genoveva, como el hombre de su absoluta confianza puede: 14 omos mas nadie respondió: tornó a llamarla y en la sombra su voz tornó a perderse. Avanzó a un ajimez: el cortinaje desatentado asió; y al descorrerle, penetrando la luz, de aquel silencio puso a sus ojos la razón patente. Sobre su blanco lecho Genoveva dormir con sueño virginal parece: a sus labios asoma una sonrisa, dimini Y la paz de la virtud brilla en su frente; cubren su casto cuerpo de sus ropas

con virginal pudor los anchos pliegues, y el lirio de oro que la dió Bernardo sobre su pecho entre sus manos tiene.

Con la suya el bastardo asió sus manos y las halló bajo su mano inertes:
fría, muda y ya rígida dormía, pero dormía en brazos de la muerte.
Un pergamino, de su casto lecho puesto a la cabecera sobre un mueble, desde la eternidad por ella hablaba al bastardo de Hunaldo de esta suerte:

Hoy el Emperador, por mi emplazado ante el juicio de Dios, a esta hora muere; voy a abogar ante él por nuestra raza; tú, bastardo leal, lee y obedéceme.

Mi cuerpo expira de alimento falto; mi espíritu fugaz de él se desprende como el aroma de una flor que brota en terreno sin jugo, erial y estéril.

Nada quede de mí sobre la tierra; pues de quien ser debió ser ya no puede, que ni aún el polvo de mi inútil cuerpo el vil Bernardo, si regresa, encuentre.

Símbolo de mi amor es la azucena que él me dió en arras; si le ves, devuél-

su prenda y su palabra; y a Dios deja que su traición castigue y mi amor vengue. Mis tesoros recoge, pues mi nombre y mis derechos heredar no debes; y que jamás ampare mi castillo contra Aquitania a principes ni a reyes.

Este escrito fatal leyó el bastardo con mudo horror; dos lágrimas ardientes brotaron de sús ojos, y un momento contempló aquella víctima inocente del fatalismo que a su raza acosa desde la cuna hasta el sepulcro siempre.

Mas no es hombre el bastardo a quien las hagan olvidar nunca sus deberes. [penas Tornó en sí; y extendiendo entrambas [manos

de Genoveva sobre el cuerpo inerte: «Yo te obedeceré, dijo; y a él... darle up procuraré con Dios lo que merece.»

Su sombrío ademán, su calma fría a recobrar tornó. Para que vele de su señora el cuerpo, a la nodriza introdujo en el triste gabinete: y mientras ella en despechados gritos exhala su dolor, rápidamente, mas con mano segura y claras cifras escribió para el conde este billete:

Si ver el conde por la vez postrera de la Genoveva de Aquitania quiere, al islote del lago acuda solo cuando toque el sol de hoy en Occidente.

del alma v. de los oidIII tens la admiracione

La atmósfera empañaba calígene on-

que desgarraba apenas amarillento sol: la tarde estaba opaca y el aire murmuraba en torno del castillo con quejumbrosa voz. Tocaba el sol ya casi los montes del ocaso, cuando del lago a orillas en escondido [ancón,

la voluntad postrera de Genoveva cumple con ceremonia extraña su extraño sucesor. En una barca estrecha, que se gobierna [sólo

por medio de dos remos, sin proa y sin

tendido está el cadáver de la infeliz don-

de su tronchado tallo como arrancada flor.

2160 Su tronco apenas verto, su faz privada raining be georodoli, sua asquir aubivi [apenas de la flexible gracia vital de su expresión, reposa sobre un lecho que cubre un rico oneq noveva subte el cuerpo inerte: que al agua cae plegado del barco en derredor, like lo que mercens, beard nos [derredor, Oprimen amorosas el lirio de Bernardo las manos del cadáver aún al corazón, y en el mortuorio paño su cabellera tiende sus rizos que aún exhalan inextinguible . sofre sobadosque en despechados eritos Las formas de su casto e inmaculado antin antil y murges onem ceuerpo dibujan su perfecta, gentil modelación, debajo de los pliegues de un velo trabapor las esclavas de Asia con oriental pri-.rom lo toque et sol de hou en Occidente. Hermosa todavía, su pálido cadáver del alma v de los ojos atrae la admiración; la muerte en aquel cuerpo de virginal aczana modera empañaba calicene onostenta su paz santa sin inspirar horror. Los hijos del bastardo, que en brazos le administration on a law waster ad Than traido por orden de su padre, que les seguía en Roqlba el sol va ensitos montos del ocasó; inconsolables lloran, mientras el viejo torvo desata los amarres del bote ondulador. ¡Tristísima es la escenal Del padre y de los Incepting official in a marker almonto Thijos las almas en silencio devoran su aflicción:

y con vigor un remo sobre la tierra hinsobrando de universe la dist. Bernardo esce pujó y sacó la barca del escondido ancón. Aseguró en los férreos escálamos los remos. y el agua la fantástica embarcación sulcó; bogando hacia el islote por el desierto lago, como la Estigia cruza la barca de Carón. Mas boga lentamente: los brazos del basobratil a la daliceera sobre un muchle. se ve que no despliegan su natural vigor: sus ojos se complacen sintiendo una por [una sus lágrimas ardientes brotar del corazón. Bogaba tan despacio, que de la luz del día la claridad rojiza crepuscular se hundió detrás del horizonte, sus últimos reflejos llevándose cual cauda de su áureo manto [el sol. Cuando del lago al centro llegó, la parda por cima del castillo la luna desgarró, y un ravo nacarino de su fulgor sereno desparramó su lumbre del barco en derre-Simbola da mi muon se la naucentamine lo que di ene dió en ayra: si la ena docuel-Cegado por su amor y su amor propio, la extraña cita al recibir el conde. respuesta a su cartel, desconfianza no tuvo en ir al solitario islote. Fiado en la pasión de Genoveva, creyó que al fin, a su reclamo dócil, darle quería tras de amantes quejas porque por vez primera del impasible entrada en la mansión de sus mayores; ojejv] redicade dos remos, sim prox y sin y como de la dama y del bastardo se ve en la faz la huella de su íntimo dolor. de tiempo atrás la lealtad conoce, Mas contemplando el cielo, les dijo de slleofrene ovacias lunes lice [repente: acudió sin más armas que su espada de la cita al lugar, solo, en un bote. evolveos al castillo», y en el batel saltó:

y largo tiempo que aguardaba hacía adormecido en dulces ilusiones, legan al cuando en la superficie de las aguas que sus miradas con afán recorren. allá a lo lejos divisó, acercándose con marcha lenta, perezosa y torpe para la honda impaciencia que le acosa, del bastardo el batel que el agua rompe. La luna que, en su lleno, poderosa W reina del firmamento y de la noche, nor él al elevarse había el cielo limpiado ya de nubes y vapores, quebraba sus reflejos argentinos en los puntos salientes que la móvil barca, al mecerse sobre el agua, inquieta ante los rayos de su luz expone. El velo blanco que el cadáver cubre, el lirio de oro que sus manos cogen, la nacarina tez de su semblante y sus dorados rizos, que del bote a popa hace la brisa con su soplo que sobre el paño funerario floten, lanzan destellos cuvo brillo envía luz de esperanza al corazón del conde. Recuerda la beldad de Genoveva, y al venir a su encuentro, la supone por mujeril instinto engalanada con prendas que sus gracias avaloren. Compasados, monótonos e iguales sobre el agua caer los remos ove, y el impulso que dan a la barquilla mide contando con afán sus golpes. Entró, al fin, en el círculo a que puede llegar la vista natural del hombre, y al notar la actitud de Genoveva, aunque lo cree, le extraña que repose. Coquetería mujeril juzgólo, dob dellomA dispuesto a favorables impresiones, y sonrió juzgándose seguro a la sudos ouro

de vencer de su enojo los rigores; y ciego en su ilusión, tomó tranquilo continente gentil, actitud noble, de la primer mirada de la dama un ob y para arrostrar sin desventaja el choque. Llegó el bastardo ante él: mas a distancia y de la tierra sin tocar el borde, serio vió que el viejo no más se levantaba. permaneciente Genoveva inmoble. El frío del pavor sintió en su pecho penetrar; el espíritu asaltóle annony de la verdad horrible la sospecha, y un crimen más horrendo imaginóse. Y al bastardo capaz de él suponiendo de pronto, allá en su espíritu imputósele, y de la muerte natural y el crimen quedó aterrado ante la angustia doble. Mudo, luchando con la doble duda, la vista fija en la mujer inmóvil, esperó con afán un movimiento de desercide ella o del torvo viejo explicaciones. Éste, con faz sombría v agrio acento le dijo: -- «Ha preferido, señor conde, la eternidad al tálamo. Os lo dije, dome no anidan con la garza los halcones, -- Muerta!--Como lo veis: v en ese escrito su voluntad postrera nos impone, Su muerte es obra vuestra: Dios tenía que maldecir, al fin, tales amores. Y el lirio y el escrito de la dama tirándole a los pies, mientras el conde se afana por leerle con la luna, desde el barco el bastardo así explicósele: «Se ha dejado morir por no ser vuestra, y hasta su polvo a que encontréis se : come nu noo avevered a ader opone: y no le encontraréis, porque este lago

no lo vuelve jamás cuando algo sorbe.

Su lecho es de larguísimas mimbreras

y ramajes acuáticos un bosque, que abrazarán su cuerpo en cuanto se [hunda

y de nudos sobre él harán millones.
Si por sed de venganza o por cariño nefando le buscáis, para que robe su presa al lago vuestro amor maldito, fuerza será que vuestra sed le agote.
Yo no os quiero matar, porque he escogido verdugo para vos más que yo noble; y aunque a mí vida y salvación me cueste, yo os llevaré a fin tal que al mundo [asombre.»

Dijo, y los remos el bastardo asiendo, dió tal impulso repentino al bote, que antes de que él de su estupor volviera, bogaba ya el batel lejos del conde.

Absorto, anonadado, sin voz, sin movi-

bogar con el cadáver mirándole quedó, como una de las sombras que deja aban-[donadas

a orillas de la Estigia la barca de Carón. Zumbaba en sus oídos, turbando su ce-[rebro,

del viejo inexorable la amenazante voz, sin que pudiera el conde tejer con sus [palabras

ideas que formaran sentido en su razón. La conmoción violenta del imprevisto golpe en el cerebro a un tiempo y el corazón le

y la verdad horrible le reveló de su alma, que amaba a Genoveva con verdadero [amor,

que amaba a Genoveva con un amor

de cálculos mezquinos de sórdida ambi-

y que perdía en ella la dicha en este mundo, la estrella y la esperanza en cuya luz fió. Sintiendo su cerebro, a la locura próximo, de aquella idea horrible girar en derredor, quedó por largo espacio inmóvil, como un febrio

que busca el equilibrio del cuerpo y la [razón,

Y mudo, contemplando la barca que se

en lúgubre silencio, tenaz permaneció, oyendo, sin conciencia de lo que ve y [escucha.

de los lejanos remos el compasado son. La barca de repente sobre el tranquilo fespeio

del agua azul del lago su marcha inte-

y sobre el casco inmóvil alzarse lenta-

se vió la móvil sombra del torvo conduc-

Bernardo lo veía, como quien ve de un sobre leb nozaros la azarreges [sueño

pasar las vagas sombras por su imagina-

y vió, sin darse cuenta de lo que ve, al

que un punto sobre el blanco cadáver se [inclinó.

Volver a enderezarse le vió sobre la barca, mas pareció aumentada su forma en de-[rredor

y dobles sus contornos, sual si su cuerpo [hubiera

tomado al levantarse la dimensión de dos. Aquella doble, negra, siniestra y móvil [forma

que sobre el cielo un punto fugaz se dibujó,

como un vapor al soplo del viento se des-[hizo del conde hiriendo a un tiempo la vista [y la razón. Al deshacerse aquella siniestra y doble

que un punto sobre el barco fantástica [se alzó,

se propagó en el aire, creciendo sobre el [agua,

un trémulo, profundo e indescriptible son.

Tras él quebró las ondas en torno de la

un círculo: y mil otros brotando de él en

concéntricos los unos tras otros extendieron interminables ondas del centro alrededor. Contra el islote apenas veloz, creciente y [trémula,

del círculo primero la onda se rompió, que la ruido de su espuma dió al alma de [Bernardo

de la verdad conciencia y luz a su razón.
Del viejo vengativo las frases concibiendo,
comprende que su infame promesa ejecutó,
y el alma recobrando y a la razón volvien[do,

de angustia y rabia un grito del pecho [desgarró.

Rindióle tal esfuerzo: sus lágrimas brotaron y a orillà de las ondas sin fuerzas se postró, y con despecho inútil sus ojos alcanzaron la barca del bastardo que a navegar volvió. Y el viento le traía del viejo una canción

de la que sólo oía mandalla sin la palabra el son, y a un tiempo parecía su extraña melodía pagana evocación,

mortuoria salmodía, baláda de una orgía,
clamor de una oración...

Y el conde la sentía
con íntima aflicción
mortal melancolía
traerle al corazón.

Así permaneció por largo trecho mudo, inmóvil, absorto y abismado en aquel pensamiento, que no acierta su mente a comprender: allá a lo lejos, bajo de las defensas del castillo la mon el bastardo en su barca permanece a su vez espiándole. Las aguas riza apenas un aura imperceptible: ioid alla quietud y el silencio de la noche de su azul extensión se enseñorean. cual si en torno del lago y del castillo tranquilo todo reposara en brazos como la del más profundo y apacible sueño. Como quien vuelve de él, empezó el conde su dominio habitual sobre sí mismo a recobrar al fin; lanzó del pecho del pecho hondo suspiro: la mirada vaga la la tendió en su derredor; y los lugares aldad reconociendo, comenzó conciencia a cobrar de los hechos; sus ideas and al se fueron aclarando; y poco a poco mi su razón a su afán sobreponiéndose, a laus al sentimiento dominó la idea, obros lob El hombre de partido, el ambicioso, up a el político, al fin, sus sentimientos a su interés somete: se avergüenza de tener corazón; y amor, familia, ol mos fe y amistad a la ambición pospone. Y así son los que son hombres de mundo: hombres sin corazón, que sacrifican los instintos que Dios en él les puso a los vacíos ídolos que adora o bapato aba la sociedad humana, esclava ciega al ob

de teorías locas. Y así el conde, su pesar sin remedio arrinconando en el fondo de su alma, el frío cálculo al fuego del pesar ahogó egoísta. Y el hombre de partido, el ambicioso, el político, en fin, ahogó al amante v al caballero en él; y sepultando su amor con el cadáver de su amada en el fondo del lago, irguióse altivo. dió a su ambición voraz todo el espacio que el amor en su espíritu llenaba, y ansioso de venganza y libre al cabo de la fe y del amor que a Genoveva le hicieron respetar, todo su odio concentró en el bastardo. Torvo, mudo, de su emoción señor, dueña absoluta de su dolor su voluntad, sereno, e la lace silencioso y a paso mesurado del islote bajó a la opuesta orilla; y el nudo en que la había asegurado soltando, se hizo al agua en su barquilla. ¡Era un hombre de mundo... y un malvado!

El bastardo sagaz, que su mirada había tenazmente desde lejos an allores en él tenido sin cesar clavada, de la luz de la luna a los reflejos miles a su movimiento vió; v adivinando cual si en la mente y corazón levera del conde su intención, quedó esperando a que del otro lado del islote animo M. el esquife del conde apareciera, Y apareció: su curso acelerando ma man con los remos le vió guiar su bote, el haz del agua límpida rasando como una golondrina, a la ribera, Entonces lentamente conduciendo su barca hacia el ancón, sobre la alfombra de césped que le borda y a la sombra de la mansión feudal saltó diciendo: «Con uno acaba de los dos la guerra de la raza de santos de Tolosa y la de Waifro impía y rencorosa. Veremos cuál es de ambas la que cierra de su último campeón la sepultura, y con su última lápida mortuoria cierra un gran manantial de desventura y un capítulo negro de la historia.

un trèmute, profundeVe indescriptible son;

Tras of quelly of his ordina on torno do hi Audaz el conde y el bastardo terco. los fosos hondos, los baluartes altos Bernardo del castillo apretó el cerco y le dió dos inútiles asaltos, lacoritamento Mas no es empresa fácil, aunque el conde conoce los ocultos pasadizos la la alta de v subterráneos cóncavos por donde poder minar baluartes tan macizos; pues le sale por minas y baluartes el bastardo a atajar por todas partes. Del castillo de Waifro es el recinto por cima y por debajo de la tierra de defensas y pasos laberinto: si sucumbe ha de ser en larga guerra. A apoderarse de él determinado, incendia en torno de él bosque y maleza el conde, con intento meditado de dejar sola en el peñón aislado de un desierto en mitad la fortaleza.

Despejó la montaña en que se apoya: y dondequiera que barranco, grieta, sima, gruta, quebrada, fosa u hoya salida pueden ocultar secreta, obstruyó, u ocupó con gente suya porque el bastardo de ellas no se valga, auxilio le entre o mensajero salga, y si le vence, al fin, no se le huya:

con cuyo ardid y al fin de cuyo estrago de cercó y circunvaló castillo y lago.

Cuatro días después llegó, rendido de correr, a su campo un caballero que había a los funerales asistido del piadoso Luis, que había partido o leb su imperio entre sus hijos, y heredero con ellos a la par de un grande Estado al hijo de Judith había nombrado. Pero ninguno de ellos satisfecho con la heredada parte de su tierra, de su ambición a Dios juez habían hecho, cada cual su derecho confiando a la suerte de la guerra: estaba, pues, la lucha fratricida de Luis entre les hijes encendida, motord De la muerte de Luis hav en la nueva un dato asaz extraño: que moría al la ma el viejo Emperador el mismo día em dis en que había expirado Genoveva, di mo es

Misteriosa y fatal coincidencia of my sal que en el póstumo escrito de la dama obot marcaba, la atención del conde llama cual fallo de la justa Providencia, yad on Superstición de la época, o misterio real de la alta justicia soberana, ordanda murió el último jefe del imperio, de la estirpe aquitana of y offey obtod le destructor, a la par en día y hora bann con la última ignorada castellana/o se on del aquitano reino sucesora. El conde comprendió con tal aviso que acosar al bastardo sin reposo, and la momento sin perder, era preciso, idano lob y no entrar el castillo vergonzoso. Il Salió, pues, de su tienda decidido nuevo asalto a ordenar recio y postrero; y al castillo al mirar, no conocido obnano vió un pabellón en el terreón frontero, que en escritura negra en campo rojo y ostentaba en latín este letrero:

KAROLUS REX. ¿Qué Carlos? ¿Por qué por qué oculta razón, por cuál misterio el hactardo de un rey toma el partido?

el bastardo de un rey toma el partido? ¿Qué jirón es su reino del imperio? Carlos Rey. Mas ¿qué Carlos? ¿Cómo

el bastardo antes que él lo que ha podido

de un éxito final darle la clave y afiliarle a ese rey desconocido?

Carlos Rey. De encontrados pensamien-

revuelta tempestad brota en su mente; de encontrados intentos febril efervescencia de repente de la gita con opuestos sentimientos.

Determinó, impaciente, el castillo asaltar, reflexionando que es fuerza para hacerse independiente en la guerra civil tomar un bando; y en tal resolución, con tal porfía preparando el asalto pasó el día.

Cerró la noche: de apiñadas nubes dejó el día cargado el horizonte: poco a poco la bóveda del cielo de del cielo del cielo

y aunque todo parece que en él duerme, todo tal vez en él vigila insomne.

No sé qué vago miedo hay en la atmósfera que oprime los más bravos corazones con un presentimiento como él vago, aunque explicable y a razón conforme.

Minando en las tinieblas por un silo la fortaleza están aquella noche los mineros del conde, y el asalto debe darse del día a los albores.

Y no hay valiente a quien de asalto en [vísperas

o batalla no asalten aprensiones, superstición, presentimientos..., miedo, en fin, del mortal riesgo a que se expone. Todo vacía en calma y en silencio y en tinieblas: el tercio de la noche transcurrido iba apenas, cuando pálidos comenzaron movibles resplandores movibles a divisarse del castillo dentro, destacándose de él los torreones, alminares v cúpulas v almenas sobre aquella cortina de luz móvil. Apercibióla el conde, que velaba, y temiendo un ardid que desconoce, lanzó en la oscuridad de su guerrera trompa un agudo y repentino toque. Todo el campo a su son en faz se puso de pelea: y con ojos avizores montholio del castillo la luz contemplan todos " que gana intensidad y dimensiones. Arde el castillo: mas el conde ignora si le lograron incendiar sus hombres por las minas secretas, o le incendian a expreso o por azar sus defensores. De repente un horrísimo estallido ensordeció la atmósfera; y la enorme torre del homenaje desplomándose, oto T el incendio interior manifestóse. Un horno inmenso reventó en el centro del castillo de Waifro; flameadores, de una palma de fuego cual penacho. como del cráter de un volcán que rompe en erupción furiosa y repentina, del centro alrededor los torreones, de la cúpulas, alminares, capiteles, atalayas, en fin, y miradores lamieron, azotaron y ciñeron lab old la tropel de salamandras y dragones inflamados, lanzándose a cebarse en las salientes piedras exteriores Las llamas con mil lenguas que en la becade aquel volcán renacen v se esconden sin cesar, reventando las vidrieras, brotaron por troneras y balcones. Tal poder concebirse no podía en el fuego que ataca tales moles. sin que el poder de Satanás le atice u ocultos combustibles se le doblen. Es un fuego voraz que lo calcina todo, lo pulveriza y lo corroe; es como el fuego griego, que materia no hav en tierra ni en mar que no devore.

Y creció sin cesar: su hoguera inmensa alumbró con siniestros resplandores el campamento, el lago, las montañas, el hondo valle y los lejanos bosques; mas del centro voraz de aquel incendio no se oyeron salir ayes ni voces, ni una sombra se vió de ser viviente asomar por sus muros ni sus torres. El fuego, al parecer, consumió a un tiempo del castillo de Waifro piedras y hombres, sin dejar de él ni de ellos más que un funevo

pábulo a pavorosas tradiciones.

Cuando logró después de cuatro días la censu recinto penetrar el conde,

no halló más que montones de cenizas dentro de sus ahumados paredones: y en el postrer baluarte que se alzaba sobre un peñasco inaccesible al Norte, sobre el lago, el pendón en que está escrito de Carlos Rey el misterioso mote.

Sólo su gente al recoger un día, tropezó en un barranco con un golpe de gente armada, que se dió a la fuga al doblar él la cúspide del monte.

Cargó, empero, sobre ella con su escolta: mas unos como zorras por los bosques se perdieron, algunos se salvaron jinetes en caballos muy veloces, y de unos pocos que cogió no pudo saber al cabo nada más que el nombre de su jefe: era Ayzón que del castillo rondaba alrededor; pero fugóse.

LA FE DE CARLOS EL CALVO

LEYENDA HISTÓRICA COMMONICA

(EPÍLOGO DE «EL CASTILLO DE WAIFRO»)

Es un crimen de rey, un sacrilegio que mal explican tradición e historia: es un perjurio vil el crimen regio que voy aquí a traer a la memoria. Del cronista y del bardo es privilegio de los reyes abrir la urna mortuoria, de la edad posterior llamando al juicio del bueno y malo la virtud y el vicio.

Mas Carlos, at let su nombre escribil

Descendencia imperial de Carlomagno, del piadoso Luis la raza inquieta desgarró el testamento de su padre, como suelen hacer las razas regias. Mientras no hay más que un príncipe

de la nación en que su padre reina, entra a reinar en paz; si tiene hermanos, rara vez contra él no se rebelan, Si el reino el muerto rev divide entre ellos, ninguno con su parte se contenta: si al uno nombra rey, todos los otros mejor derecho que el nombrado alegan, Promete cada cual mejores leves al pueblo y edén tornar su tierra: cree el pueblo sus palabras, se levanta. v mejorar crevendo, se degüella. Vence v queda uno solo: sube al trono, pero pobre de gentes y de rentas, lo soll vuelve a pedir al pueblo oro v soldados para poder cumplirle sus promesas Vuelve el pueblo a doblar sus donativos: cuanto más da oro v sangre, más se merma: no puede el rey cumplir; muere, y sus soldeugh entrar en lid con él, ansimdo

vuelven por mejorar a la pelea.

Es la historia de pueblos y de reyes desde Adán hasta hoy; tras cada guerra quedan peor los reyes y los pueblos, y ni pueblos ni reyes escarmientan. ¿Hay remedio? No sé: si le hay, no toca buscarle y señalarle a los poetas, que en la historia de pueblos y de reyes no hacen más que cantar lo que otros

Los poetas son átomos sonoros que con el viento de su siglo ruedan; mas a la edad futura de su siglo la queja y el cantar escritos legan.

Del piadoso Luis les nobles hijos, Carlos el de Judith, Luis de Baviera

de una parte, y Pepino con Lotario por la otra, de cordial inteligencia v de entrañable v fraternal afecto al obdando alto ejemplo v carifiosa muestra, en Fontenay vinieron a las manos como lobos que caen sobre una presa. Bernardo de Tolosa y Barcelona, que, aliado de Lotario, su bandera v gente unió a las de éste, de su campo mantenía por él la ala derecha. Asegura a Lotario la victoria della la los reinos de Aquitania v de Provenza; v a Bernardo, señor de Septimania, de Barcelona da la independencia. Los odios v alianzas de los reves sobre la fe del interés se asientan: Bernardo contra Carlos por Lotario por su interés a pelear se apresta. De Judith campeón, de Carlos avo, doble es su ingratitud, doble su ofensa; Carlos va entrar en lid con él, ansiando poderle amortajar con su bandera. Infame v deshonrosa la victoria para todos va a ser, venza quien venza: mas sin duda el ser rey cosa es muy dulce cuando amarguras tales atropella.

Carlos y Luis, más mozos e inexpertos, trabaron los primeros la pelea:
Lotario y sus aliados, más guerreros, al impetu opusieron la destreza, destreza, destreza de la ferocidad de las panteras, destreza y su odio fatricida hartó de sangre el campo que brotó roja la hierba.

Los de Carlos y Luis cargan furiosos, al mas aunque llevan lo peor, no cejan: los de Lotario, con mejores jefes y con el orden mejor, sus filas menguan.

Ya de Carlos y Luis iban las huestes,

lid apenas trabada, a ser envueltas: [10]
ya Lotario y Pepino con Bernardo [11]
entraban en la lid como a una fiesta, y
y ya Carlos y Luis a sufrir iba [11]
de su ardor juvenil las consecuencias, o
cuando cambió de la batalla el éxito [12]
nuevo adalid con quien ninguno cuenta,

A espaldas de Lotario comenzaron

con repentino incendio a arder sus tiendas v entre las nubes de humo que hacia el bearing copero, sobre alle con su escolta el viento trae desde su grande hoguera, se adelanta una hueste numerosa que con un jefe audaz a la cabeza. metiéndose por Carlos en la liza. las huestes de Lotario desordena. Un viejo v dos mancebos vigorosos, and obque tremolan lidiando una bandera que dice Carlos Rey, con sendas hachas de cada tajo una cerviz cercenan. Lotario y sus aliados impelidos ceian, a su pesar, por sus deshechas legiones, que en su fuga les arrastran a su perdida autoridad no atentas; y mientras que la lid por ambos flancos los fugitivos al huir despejan, Carlos y Luis, que avanzan por el centro. con su auxiliar incógnito se encuentran. La tierra de la lid literalmente estaba de cadáveres cubierta; con el polvo, el sudor, la ira y la sangre incognoscibles los semblantes eran.

Mas Carlos, al leer su nombre escrito en el rojo pendón que el viejo lleva, dirigiéndose a él, le dijo: --Os debo la victoria, el honor y la existencia; ¿quién sois? --Os lo diré con más espacio cuando ceñida a vuestra frente vea la corona de Francia, con la gente y el oro de que os vengo a hacer oferta. ¿Les aceptáis? —No son oro y soldados cosas de despreciar a la hora de ésta. —Pues si mi oro tomáis y mis consejos, ni un enemigo os quedará en la tierra. —Gracias. —No perdáis tiempo en vanas [frases;

los que vencidos hoy el campo os dejan, mañana volverán; y este consejo de la definición de aquel hombre hallando recto, Carlos tomó a aquel hombre tal cual era, y recogió su campo y al incógnito de la velogió su campo y al incógnito de la velogió de su tienda. De la velogió de la

como en aquesta elles axinoged co ore

Y si el diablo no es, del diablo tiene el incógnito el arte y sutileza, según de los destinos de su reino y del alma de Carlos se apodera.

Con Navarra y los moros de Lotario y Bernardo se unieron las enseñas; Carlos, por su consejo, el patrocinio se atrajo del Pontífice y la Iglesia.

Los obispos y el clero declararon buenos a Luis y a Carlos; de anatemas a Lotario cargaron, con fe unánime dando de Francia a Carlos la diadema.

Carlos fué rey de Francia: desde enton—

[ces

de Carlomagno apareció la herencia para siempre partida en la Álemania, Italia y Francia. Osados contra ésta, de Lotario y Bernardo por tres veces rompieron los pendones las fronteras. Mas por Carlos tres veces rechazados, volvieron a pasarlas con vergüenza. Lotario, al fin, cansado o impedido por la imperiosa voz de su conciencia, se metió en un convento, abandonando su real papel del mundo en la comedia. Mas Bernardo, señor de Septimania por derecho heredado, y por la sierra del Pirineo fuerte en Cataluña, mantuvo su derecho con firmeza. Carlos, modo no hallando de vencerle, le propuso aceptar su independencia de hecho si él se avenía a que en la forma feudatario de Francia apareciera, La forma era la paz; la paz el medio de ganar ocasión, prestigio y fuerza para poder más tarde soberano ser: aceptó de Carlos la propuesta. cual si de Cristo con la sangre

Les boyedes del tentrio estremecieren

Carlos bajó con ostentoso séquito del conde de Tolosa hasta la tierra:
Bernardo le hospedó en un monasterio de su ducal ciudad casi a las puertas.
La comitiva de ambos competía en sus trajes cargados de oro y seda, en su porte galán y en darse mutuas de confianza irrecusables muestras.

Era un día risueño que alumbraba un sol fecundador de primavera; de la la circulaba embalsamado con el primer olor de las primeras hierbas y flores: sus primeros trinos ensayaba en el árbol filomena; de la circulaba de abril en que iba virgen y a rejuvenecer la madre tierra.

Repicaban a vuelo las campanas y estremecía el órgano la iglesia, en cuvo altar mayor, lleno de luces, con la pompa católica celebra misa pontifical un viejo obispo: nubes de humo de mirra le rodean: grave comunidad de austeros monjes con él ofician y a su voz contestan. Delante del altar, sobre las gradas del presbiterio, comunión esperan de sus manos Bernardo y el rey Carlos, que juran ante Dios su paz perpetua. Delante de los dos, y entre un notario v un rev de armas, estaba en una mesa puesta el acta legal del juramento. Comulgaron los dos: de aquellas épocas a la usanza, el obispo con la tinta y el vino consagrado hizo una mezcla, y firmaron los dos con aquel líquido, cual si de Cristo con la sangre fuera. Las bóvedas del templo estremecieron los cánticos de paz con que la Iglesia en el nombre de Dios da paz al mundo; unió el pueblo a su voz la de una inmensa aclamación; y Carlos y Bernardo, de Dios y clero y pueblo en la presencia abrazándose, a Dios ante sus pueblos se juraron fe y paz sobre la tierra. Hiciéronse a la par mutuos regalos; mutuas explicaciones y promesas cambiaron, y partieron encantando al pueblo con sus dádivas y fiestas.

Aquella misma tarde del convento de San Sernín salieron por las puertas, tomando el buen rey Carlos y Bernardo de sus Estados a la par la vuelta.

Y mil veces y mil así se ha hecho entre reyes la paz; mas aunque de ellas una entre mil fué paz leal, ninguna fué jamás tan sacrílega como ésta.

enus de despréciery la nora de Vala

Era un año después: había expirado la Emperatriz Judith; con regia pompa mandó el Rey celebrar sus funerales v a su cuerpo labrar tumba marmórea Lloró el hijo a la madre: vistió luto: fué pesadumbre verdadera v honda: mas es lev de la vida: todo en ella nace, vive v se va, como las hojas que nacen en el árbol, que sombrean el campo en el estío, que se agostan en el otoño, que se caen y en polyo el viento, arrebatándolas, las torna, Era un año después. Carlos el Calvo. merced a la influencia protectora y al oro del incógnito, reinaba como en aquella época azarosa reinaban los monarcas, que sus guerras zurcían sin cesar unas tras otras: mas reinaba, hacia atrás en sus fronteras sin volver sus enseñas vencedoras. El incógnito aliado, a cuya diestra política y al oro que atesoran sus arcas su corona debe Carlos. conserva su influencia poderosa sobre él; su favorito tiene entera su confianza real: conoce en todas las jornadas su vida, y hasta parte su real trabajo y distracción por horas, y hasta educa los perros con que caza y elige los caballos en que monta; y según a sus cálculos conviene, halaga sus pasiones o las doma. Carles jamás le preguntó su nombre, y el saberle tal vez poco le importa;

pues de sus obras cada cual es hijo, y no importa quién sea quien tal obra. Carlos espera que el silencio un día por espontánea voluntad él rompa; y ese día llegó: y así el incógnito habló, por fin, con el monarca a solas:

—«Tres años van que os sirvo desde el día en que os di en una lid vida y corona con mi oportuna entrada en el combate y después con el oro de mi bolsa.

—Yo os lo he agradecido, dijo Carlos: jamás mi voluntad la vuestra acota, y ni aun cuenta os pedí de vuestro nombre cual vos no la pedís de vuestro silencio; ¿queréis que legalice y reconozca las deudas que con vos he contraído? La cuenta acepto, sin mirarla, toda.

—No se trata de cuentas: yo he obrado siempre en el mundo por mi cuenta propia; yo os he dado mi auxilio y mis tesoros, mas nada me debéis: mi cuenta es otra. Yo me he adherido siempre a las ideas: a una mía lo está vuestra persona, y por mi idea voy del rey de Francia por la vida mirando y por la honra.

-¿Alguna de las dos amenazada veis hoy? —Las dos lo están. —¿Quién en [la sombra las acecha? —Un traidor. —¿Quién es?

señor de Septimania y Barcelona.

—¿Él otra vez?—Él siempre: es una oruga que baboseó las imperiales ropas de vuestro vicio padre: es una espina

de vuestro viejo padre: es una espina que se os clava en el alma y se os encona. Vuestros padres ya a Dios han dado

de su vida: mas vos de su memoria

Carlos sintió subirle a las mejillas el fuego del rubor; su amigo toca mala al una llaga que él nunca se ha atrevido a tocar: de su madre la deshonra. Un adulterio real, hecho o calumnia, lleva cual los cometas una cola de luz, que en el espacio de los tiempos la voz jamás de los cronistas borra, Un adulterio real, hecho o calumnia, un áspid es que el corazón acosa de su real sucesión: la duda es áspid al que el fallo mejor jamás ahoga. Carlos había sentido en los rumores del palacio agitarse de una crónica truncada los pedazos, que en su oído ninguna lengua atar osó... ni osa.

El viejo favorito de la sierpe de aquella duda a reunir ahora iba los trozos de veneno hechidos; y Carlos tuvo miedo a su ponzoña. El viejo favorito, sin embargo, a entrar volviendo en la cuestión, que

hoy sin duda de intento, y la vergüenza sin mirar que la faz del rey sonroja, empezó de la historia de su madre los rumores a atar, con insidiosa destreza uniendo trozos de la vibora y a los ojos del rey dándola forma. Cuando con todos sus anillos sueltos volvió a formar la sierpe, cuando toda la historia de Judith, hecho por hecho, supuesto tras supuesto, hoja por hoja tuvo junta..., es decir, cuando a los trozos dió vida de la vibora, soltóla de Carlos a los pies para que él mismo que voluntad, la aplaste o la recoja.

«Así se cuenta, díjole acabando de la mujer adúltera la historia: loqui o así el juicio de Dios de la calumnia la absolvió y salió incólume la esposa. In Mas no lo cuenta así ni así lo escribe el conde desleal de Barcelona, a quien halaga echarse al pie del trono y un pico asir de su imperial alfombra.»

Carlos, voluntarioso, vengativo, rencoroso y colérico, a quien dobla la ajena voluntad que le maneja, y siempre vil cuando cedió a la propia, su ofendido amor propio rebelarse sintió en su corazón, y de la cólera amarillo tornándosele el rostro dijo con voz reconcentrada y honda:

—«Que no lo cuenta así, ni así lo es-[cribe?

¿Qué escribe, pues, qué cuenta? — Que la [esposa

no ofendida del juicio y la calumnia se acogió al monasterio altiva y hosca, fiada en su virtud y en su justicia, reparación para obtener más pronta, sino que huyó con él, amante ciega, por espontánea voluntad, y sola... Sola con él, de su caballo a grupa, y asida a su cintura, y con su boca la del galán adúltera buscando y apurando en sus besos su deshonra. Oue así fueron por páramos v selvas como un juglar errante y una moza sin pudor fugitiva de su casa, pernoctando al azar de choza en choza. Que un campesino les prestó su vegua, signiéndoles a pie, porque la loma y oib pudieran trasponer en que se alzaba el murado convento, donde mora nova

aún la abadesa que amparó su fuga y allí a la Emperatriz mantuvo incógnita, Y allí les vió llegar el conde Huberto una mañana al despuntar la aurora, y les reconoció: pero Bernardo, dejando a vuestra madre con las monjas, fué a emboscarse en el monte entre el

y el castillo del conde, que en la próxima altura se veia: y asaltándole o sangsob y de repente al volver, de una traidora lanzada le tendió, con su secreto dejándole expirar sobre la roca. Al trasponer el sol, vino sobre ella a dar con él su desolada esposa, confinil que aún llora su alevoso asesinato y el nombre vil del asesino ignora, b al Despojado de cinto y coselete, mano al del birrete condal y algunas ropas, o//achacóse su fin de bandoleros no sugmais sin Dios ni ley a vagabunda horda, o ov Déjalo así entender el buen Bernardo, señor de Septimania y Barcelona, o o 7 duque v conde muy pronto independiente, del honor imperial haciendo mofa. voo Carlos, tal al oír, dijo ebrio de ira:

—«¿Así lo cuenta?—Así. —¿Donde?—En

las hojas
de una carta, en la cual en vuestra madre
echa de infame adúltera la nota
y mancilla el honor del rey de Francia
de su raza infamando a las matronas;
y yo soy quien por él osa deciros:
el áspid aplastad que a su honor osa.
Al gusano aplastad que poco a poco
sierpe voraz a vuestros pies se torna;
ahogad ese reptil antes que vuele
con alas de dragón por vuestra atmósfera.
—¿Crees que puede tomar tan alto vuelo?

Tal vez sus alas a probar se apronta aprovechando el tormentoso viento que contra vos en las fronteras sopla. Pepino, a quien de título y derechos de rey el pacto de Verdún despoja, con Sancho de Navarra aliado ayanza y las fronteras de Gascuña asolan: y detrás de los dos está Bernardo que el fuego atiza. Aunque la mano esfectoda

tras de la hoguera inquieta, de su mano de la llama a través se ve la sombra. Mientras vivió Judith fué mi consejo que hubierais paz con él: os iba su honra; mas del calumniador en el castigo va la venganza de su honor ahora. Prevenido no os creen, pero yo os tengo hueste escogida a la campaña pronta; caed sobre Pepino y sobre Sancho, y tras el velo de sus huestes rotas quedaréis cara a cara con el conde y... os podréis entender con él a solas.

Dijo, y dió el favorito a su frase última doblez tan insimuante e insidiosa, que tornó en el espíritu de Carlos sed de sangre voraz la hirviente cólera; y rompiendo sus diques, de su asenso fué la expresión una palabra sola. «¡A caballo!», exclamó. Mientras se ar-

de marcha en pie las prevenidas tropas le puso el favorito, y partió Carlos al frente de su hueste poderosa.

Voló: cayó sobre Pepino y Sancho; trabó la lid: fué suya la victoria: incurleitó a consejo como rey y amigo and al al conde, y acampó frente a Tolosa.

los nubarrenes sin cesar condensarum, col

HI rev or brancho has satisfact unadagositat

Carlos tiene sus huestes acampadas en tierras de Bernardo; las fronteras están a sus espaldas; como aliado del conde, según él, pasó sobre ellas. De Pepino y los suyos, enemigos de él y el conde, a salvar vino sus tierras.

así a Bernardo se lo escribe Carlos y acampado le avisa que le espera.

En el ala de Orientel que los imanjes A

Bernardo, o inocente o amparado creyéndose de paz por la promesa y el juramento ante el altar escrito, del rey la cita y el servicio acepta. Y mientras él al llamamiento acude y los llanos y montes atraviesa, Carlos mete en sus campos sus jaurías y con su mies su ejército sustenta.

Nueva y extraña condición de amigo, de alianza y de paz extraña prueba; mas es Carlos un rey de extraño genio y hecho de niño a extravagancias de éstas. Tiene a veces quiméricos antojos que frisan en accesos de demencia, y sufre hipocondríacos ataques que diz que a veces su cerebro alteran. Enfermedad o depravado instinto, llo es que veces mil dió en su impaciencia o en su cólera muestras increíbles de una inútil y bárbara fiereza.

Hoy la embriaguez del triunfo o, como [quieren

algunos, de un mal astro la influencia en tal exaltación tiene su espíritu que su humor nadie a concebir acierta.

Carlos no acampa con su gente; tiene, su pendón y sus guardias en su tienda mas mora con su viejo favorito en un convento de su campo cerca. En el ala de Oriente, que los monjes libre por fuerza o voluntad les dejan, viven los dos servidos solamente por monteros y gente de pelea de la que el viejo favorito trajo cuando unió a las de Carlos sus banderas; gente toda valiente y bulliciosa, que el claustro tienen en inquietud per-

Del piso superior en las estancias Carlos y el favorito se aposentan: su gente de las bajas, más que huéspedes que las moran, bandidos se apoderan. En una de estas salas está siempre con fiambres y vinos una mesa prevenida, y pendiente de los dados v copas gente brava en torno de ella. Allí cantan y danzan de sus arpas al son las provenzales juglaresas. y ahogan el del órgano y los salmos los ecos de la zambra jacaresca, cuvos obscenos motes y estribillos los hombres ebrios a la par corean con los perros atados a los postes que del salón las bóvedas sustentan.

Y allí en las altas horas pasar suele, varias ya repitiéndose, una escena que no puede explicar más que de Carlos una manía bárbara y excéntrica.
Cogen todos los días en la caza, para barbarie tal, alguna pieza viva: una corza, un ciervo, alguna cabra montés; una alimaña, en fin, de fuerza: y amarrada a un pilar, hasta las horas más altas de la noche la conservan así, para la escena inexplicable de que el rey es el héroe, y que es ésta. Carlos, en medio del salón, de pronto con la espada desnuda se presenta,

se aproxima a la bestia allí amarrada v la cerviz de un tajo le cercena, Descompuesta la faz, desmelenado. torvo, febril, desatentado llega: inmola al animal, ve de su tronco la cabeza saltar, y da la vuelta Como espectro evocado se aparece: cual conjurado espíritu se aleja. Es una escena repugnante y algo de infernal y fatídico hay en ella. ¿Es manía? ¿Es febril sonambulismo? ¿Es alarde de brío v de destreza? ¿Por qué multiplicarle? ¿Es que a tal necesita tener la mano hecha? [golne Los que ven golpe tal, del golpe admiran la rapidez, la precisión, la fuerza; mas ¿de tal golpe la razón comprenden? ¿La res decapitada representa o reemplaza una víctima más noble? Es un hombre, una raza o una idea? Necesita el rey Carlos por ventura ganar con tajo tal alguna apuesta? Él lo sabe quizás. El favorito, como la sombra que del rey proyecta el cuerpo, detrás de él siempre aparece v parte detrás de él: sombra siniestra, agorera del mal, que del rey Carlos la incomprensible acción muda contempla, y que parte tras él después del golpe, como Carlos del golpe satisfecha.

domarchaten que los preventos trop la pare el davorito, py cartie Carlos

al brutesda an hueste poderose.

Es una tarde cárdena: ha amagado durante todo el día una tormenta que no rompe en turbión, aunque en el faire

los nubarrones sin cesar condensa. El rey a caza no ha salido: un vago miedo, una inquietud vaga se revelan en su semblante torvo: en su aposento se agita sin cesar como una fiera enjaulada: se asoma a las ventanas impaciente: se para y se pasea nor la cámara; a veces se dirige la palabra a sí mismo: otras conversa con el sombrío favorito, que oye a veces impasible, y le contesta a veces con palabras monosílabas. como si a las de Carlos no atendiera.

Entretanto su gente en las estancias bajas, donde sus órdenes espera, bebe escuchando las picantes trovas v cuentos de una errante juglaresa. No hay res a los pilares amarrada: las jaurías están con sus correas atadas en el patio a las argollas en que amarran los monjes sus acémilas. Algunos perros favoritos duermen a los pies de sus amos, u olfatean el fiambre v las pastas con que excitan la áspera sed con que los jarros merman. Aquella sociedad, de cazadores, de aventureros v soldados mezcla, aguardaba las órdenes de Carlos, que a su vez para darlas algo espera. De repente un relámpago asomándose con un fulgor de incendio a las vidrieras, alumbró el cuarto y deslumbró los ojos de los que en él estaban: voz tremenda de la tremenda tempestad, que al cabo en el aire cerniéndose revienta: un trueno seco, cóncavo, estridente, rugió en el cielo y conmovió la tierra, o y mientras esa idea salvadora a observado Rasgó sus negros flancos el nublado, busca con hondo afán y no la encuentra, y azotar se oyó al viento por afuera de pie en el centro del salón, es blanco los muros con la lluvia, sacudiendo de una curiosidad que le impacienta.

Al par del vendaval, por la del patio y como si el nublado le trajera, seguido de una corta comitiva, in omos se entró un jinete, que al portón se apea. Echó con señoril desembarazo de un paje en manos del corcel las riendas, y cruzando el umbral sin ceremonia, se metió en el salón sin pedir venia. Era un noble, sin duda, de alto rango, a juzgar de su traje por las prendas. Tendió en un banco su empapada capa, su coronado casco echó sobre ella v dijo a los presentes: «¿Hav alguno de vosotros que al rey anunciar sepa que ha llegado Bernardo de Tolosa, conde de Barcelona?» Con voz recia: «Yo», dijo desde el fondo de la estancia del rey el favorito entrando en ella. «¡El bastardo de Hunaldo!», exclamó el [conde.

hielo correr sintiendo por sus venas. «El mismo, dijo el favorito; un punto esperad aquí al rey, que pronto llega.» Y dejando la estancia, dejó al conde de la afanosa incertidumbre presa. Todo el pasado se agolpó a su mente: y aunque hecho tal a comprender no facierta,

comprende que le augura un mal tan sólo del bastardo de Hunaldo la presencia. De fiarse del rev y haber venido se arrepiente y comprende la torpeza, y pide ansioso a su profunda astucia una feliz y salvadora idea: salam zo.l furioso las ventanas y las puertas. Vicili La tempestad del cielo es, comparada

con la de su alma, ráfaga ligera: y la del cielo, sin embargo, ruge omo y como si fuese a desquiciar la tierra. Rauda, incesante, fúlgida, en la cámara la luz de los relámpagos penetra, y encima de sus bóvedas el trueno las del cielo parece que revienta. Y en medio del fragor con que del globo la tempestad el curso desconcierta, de espaldas a la puerta, en pie y aislado, el conde al rey desesperado espera. Y en medio del tumulto con que asorda el recinto claustral naturaleza. descompuesta la faz, desmelenado, mal unidas las ropas y en la diestra desnuda la ancha espada, presentándose el rey con pasos y furor de hiena, llegóse al conde por detrás y airado le cercenó de un tajo la cabeza, Saltó ésta hacia adelante; perdió el cuerpo su equilibrio hacia atrás, las manos tré-[mulas

tendiendo por instinto: y fué, lanzando caños de sangre, a dar sobre la mesa. Asirse y sostenerle en tal apoyo no pudieron sus manos ya sin fuerzas, y el tronco por el rey descabezado fué ante él a dar su convulsión postrera.

Do Darse del roy y haber woulds

Carlos, poniendo un pie del tronco encima, exclamó con jamás vista fiereza: «¡Deshonrador del lecho del que ha sido mi padre y tu señor, maldito seas!»

Salió el rey del salón: tras él salieron cuantos en él estaban: y las puertas el bastardo cerrando, dejó el tronco el dividido en la cámara sangrienta.

a vecession palula IIV monosilabas,

Al despertar el rey al día siguiente, buscó en vano al bastardo: había partido del convento en la noche con su gente. De la llave del cuarto en que tendido yacía el conde aún, halló pendiente un paquete sellado a él dirigido: era un rollo de cartas: la primera decía, para él, de esta manera:

«Desde esta estancia donde yace yerto sin cabeza por ti y sin sepultura, tu padre te maldice: ve si es cierto: tu madre en esas cartas asegura que eres hijo del conde, y tú le has muerto, mintiendo a Dios y a él tu fe perjura. Yo, de mi raza vengador, te he abierto tal porvenir de infamia y desventura. Mas libre ya de ti cuando esto leas, parricida sin fe, maldito seas!»

alumbro el cunto y deslumbro los ojos

de los que en él estaban; voz tren<u>onda</u> de la tremenda tempestad, que al cabo en el aire cernióndose revienta:

Los anales de Metz afirman positivamente «que Carlos el Calvo mató a Bernardo, conde de Barcelona, que se presentó a él lleno de confianza y sin recelo alguno del rey».

El señor Balaguer, en su *Historia de Cataluña*, cita, a propósito de este hecho, la relación de Odón Ariberto, corroborada por los anales de Fulda, que dice: «Mientras con la mano izquierda hacía ademán de levantar el rey Carlos a Bernardo, con la derecha le clavaba el puñal por el otro costado: y le mató así cruel y criminalmente.

atropellando en esto la religión y la fe jurada y aun con sospechas de haber cometido un parricidio; pues corría muy válida la opinión de que era hijo de Bernardo, siendo su rostro un testimonio patente e innegable del adulterio materno. El rey, tras el lastimoso homicidio, se apeó del trono salpicado de sangre y hollando el cadáver, prorrumpió en estas voces: ¡Mal hayas mil veces, manchador del lecho de mi padre y tu señor!»

«Extraño medio, exclama Romey, para borrar la mancha del lecho paternol»

Las historias del Languedoc dicen contestes que Bernardo, después de haberse querido declarar independiente en Cataluña, hizo paces con Carlos el Calvo, que firmaron uno y otro con la sangre preciosa de Jesucristo para que fuese más inviolable. Bernardo se dirigió en seguida a Tolosa, que estaba sitiando Carlos, quien le recibió sentado en su trono a la puerta del monasterio de San Sernín. En el momento en que el conde de Barcelona se inclinaba para besar la rodilla del monarca, según costumbre de aquellos tiempos, Carlos se levantó, y echando mano a un puñal, le clavó furioso en Bernardo, que cayó muerto sobre la segunda grada del trono. El cadáver fué arrojado a un lado, y dos días permaneció sin sepultura ante la puerta del monasterio, hasta que Samuel, obispo de Tolosa, aprovechando una ausencia de Carlos, que había salido a caza, le hizo enterrar al tercer día, con gran solemnidad, levantándole un sepulcro y mandando grabar en él un epitafio.

Grandemente enojado Carlos por ello con el obispo, le citó ante su tribunal; pero el obispo no compareció, y fué condenado por Carlos a una multa y a presenciar la destrucción del mausoleo erigido por el obispo a la memoria de Bernardo. Tales son los datos históricos y tradicionales de este hecho, que prueban lo monstruoso de la vengativa ferocidad de Carlos el Calvo.

La variación que el autor y el pintor han hecho en los detalles de la muerte de Bernardo, para hacer alarde del atrevimiento del dibujo que la representa en esta obra, no agravia a Carlos, cuyo alevoso crimen está probado. (Nota de los Editores.)

Lo que el pueblo por si para si orga-

LOS ENCANTOS DE MERLÍN

CUENTO

INTRODUCCIÓN

¿Quién no conoce de Merlín la historia? Me diréis con desdén: «¡Cuentos de anta-[ño!»

Pero, ¿quién no conserva en su memoria algún detalle de su cuento extraño? ¿Quién no alberga en su mente con cariño el recuerdo de alguna maravilla de aquel cuento que oía cuando niño o de un papel leía en un pedazo, sentado de su madre en la rodilla o mecido por ella en su regazo?

Todos sabemos de Merlín un poco: v aunque Cervantes hizo dura guerra con su ingenioso incomparable loco a cuanto libro su memoria encierra, el poder de Merlín no era tampoco de los que el soplo disipar podía del aliento de un hombre en solo un día: que en un día no más no se derroca, se aniquila y se entierra lo que ha siglos que el pueblo trae en boca, lo que al amparo popular se aferra. Triunfó de los vestiglos v gigantes paladines y príncipes andantes a quienes encantaba v protegía: mas con Merlín en tierra al dar Cervantes. no pudo echarle encima tanta tierra que bajo ella Merlín no se rebulla y, viejo pertinaz, de cuando en cuando entre el vulgo mortal no se escabulla señales claras de existencia dando. Y aunque no salga a luz con tanta bulla y en tan gentil y noble compañía

como cuando, al poder de sus encantos, delante de los príncipes hacía marchar las rocas y danzar los cantos, y con una palabra que escribía de un príncipe doncel en el escudo invencible le hacía, no por eso Merlín de avisar deja que, aunque duerme en la historia, todayía reina en la tradición y en la conseja.

Aún hoy de sus hogares rústicos al calor, los castellanos labradores, lo mismo que los rudos campesinos ingleses y germanos, flamencos y bretones, en sus rocas y playas do sañudos sin cesar rugen tempestuosos mares, narran y leen las viejas tradiciones, las leyendas y cuentos populares en que Merlín en alas de dragones acude a proteger en sus azares al bravo rey Arthur y a sus barones, a Carlomagno y a sus doce Pares. Todavía en la Galia y Gran Bretaña, lo mismo que en América y España, por ranchos, alquerías y lugares, ostentan las sin par ilustraciones de los miles de miles de ejemplares de sus innumerables reimpresiones la imagen de Merlín en su portada, de barba inverosímil decorada, fabulosa nariz y ojos saltones.

Lo que el pueblo por sí para sí crea, vive siempre con él y se le adhiere cual la corteza al árbol que rodea; y el pueblo lo apadrina, lo prefiere, lo acaricia, lo nutre y lo caldea y lo oculta y lo evoca cuando quiere, y con ello se encanta y se recrea.

No, que en vano la crítica lo espere: por añosa y por rústica que sea. la tradición del pueblo nunca muere: se acoge a los hogares de la aldea. del pueblo fiel en el hogar se anida, v cuando, desdeñada, no campea, al calor del hogar conserva vida. Merlin es popular porque es el mito creado por el pueblo; y ha durado su nombre nueve siglos, porque ha estado en la memoria popular escrito: y aún vivirá del pueblo en la memoria porque el pueblo las puertas le ha frandel porvenir fantástico, vedado [queado a la verdad de la severa historia. Campea, sin embargo, en alto puesto en sus nobles anales: de los reyes leal amigo y consejero sabio, faro que alumbra su época confusa, dió a su pueblo valor, creencia y leyes la inspirada palabra de su labio y el profético canto de su musa. Un dios hizo de Arthur con sus cantares: desde que niño le salvó en la playa, con su ciencia y poder teniendo a raya las crespas ondas de los Cambrios mares, hasta que, la evidencia de su muerte envolviendo en poético misterio, hizo por siglos de su brazo inerte la lanzada esperar que sólo puede vencer la raza del germano imperio, dió a su levenda la excelencia extrema que ni en la forma ni en el fondo cede a lo narrado en el mejor poema. Mas Merlín fué mortal: fallar no puede: pues fué de una mujer y un silfo hijo, tuvo en miserias que caer de fijo.

Merlín fué encantador, nadie lo ignora: mas, ¿quién le dió los mágicos poderes con que obró sus prodigios? ¿Tiene ahora poder alguno sobre algunos seres súbditos suyos? ¿Vive? ¿Dónde mora? Si murió, ¿dónde, cómo? Pareceres hay mil sobre esto y sobre todo hay datos: pero de cierto, nada entre dos platos.

Lo que se cuenta de su fin no basa más que sobre un rumor; su muerte ignota de relación quimérica no pasa.

Mi cuento va a sondar en la remota lobreguez del pasado y en la casa del mago, por si logra alguna nota a su historia añadir, que diga en suma lo que no dijo de él lengua ni pluma.

Descuidó una verdad de data luenga de escritores el vulgo olvidadizo, y es: «que hombre no hay que a tropezar [no venga

en la fruta de Adán: que escurridizo suelo la vida es: no hay quien no tenga el corazón de barro quebradizo.» ¿Cuál fué el tropiezo de Merlín? ¿No hay [huella

de mujer en su historia? ¿Quién es ella? Que los senderos ásperos descombre de su historia la pluma. Aquel portento de ciencia, que de ser goza renombre dueño de tierra y mar, señor del viento, ¿no tropezó jamás? Pues era hombre, ¿cuál fué su tropezón? Aquí está el cuento. Si tropezó Merlín, quedará huella de semejante tropezón. ¿Qué es de ella?

CAPÍTULO I

Harto, al cabo, Merlín de gloria y fama, y harto de ser el protector o el bardo de tanto paladín y tanta dama, de tanto rev legítimo o bastardo, em mos de tanto enamorado caballero mais repor y tanto vagabundo aventurero: harto de hacer castillos y palacios de unos para placer, de hacer a otros cruzar comarcas y salvar espacios, homo llevándoles a lomo, no de potros apporto ni de otra más vulgar cabalgadura, sino de grifos, sierpes y vestiglos de horrenda forma y de infernal brayura, para que fueran héroes de esos lances extremos v románticos percances con que la poesía de otros siglos con profusión que pareció locura, llenó historias, comedias y romances; determinó, por fin, el viejo mago la corte abandonar del rev Arthuro. para vivir en paz libre y seguro de tanta aparición, duende y endriago.

Merlín era va viejo: mas como hijo fué de un silfo inmortal y una druidesa, no tenía su vida tiempo fijo; y aún no sé cuál de sus cronistas dijo que ser no puede de la muerte presa. Merlín era ya viejo, mas el tipo mejor de dignidad v de belleza que pudo presentar griega cabeza de los tiempos de Apeles y Filipo. La vejez de Merlín era nobleza venerable v simpática, que admira por sobra de vigor; no repugnante decrepitud ridícula, que inspira por débil compasión. En su presencia, en su voz, en su acción, en su semblante rebosaba el vigor, la inteligencia, la inspiración del ánimo gigante del grande Ser, de superior esencia a los humanos y mortales seres que nacen hijos de hombres y mujeres.

Merlín, hijo de un silfo que fué un día ángel del cielo, de Luzbel hermano, y con él de su excelsa jerarquía privado por el fallo soberano de Jehová, tenía de divino en su ser más que de humano; tenía más de espíritu que de hombre, pues era un genio de mortal con nombre.

Su ciencia era insondable, prodigiosa; su padre, el silfo, el ángel destronado del cielo, con paciencia cariñosa cuanto sabía él le había enseñado: los secretos más hondos de la ciencia, los que hunden en misterio el más profundo

la fábrica, la marcha, la existencia de la admirable máquina del mundo, penetró de Merlín la inteligencia; en lo poblado a par y en lo desierto Merlín leía como en libro abierto. Por eso su existencia había pasado, ajeno a las flaquezas y miserias a las que vive el hombre esclavizado: y vivió, libre de ellas, entregado de abasis a concepciones grandes de obras serias. Mas harto de ayudar a los humanos en las grandes y locas niñerías en que pasan sus noches y sus días para hacerse no más, fieros o insanos, esclavos unos de otros y tiranos, la corte abandonó del rey Arthuro una mañana al despuntar el día, ma a dib crevendo que a hora tal partir podría de la vulgar curiosidad seguro. Partió, pues, de las nieblas amparado por el velo que el día hacía oscuro y en su nudoso báculo apoyado salió de la ciudad: bajó a la orilla del Támesis: cercana a la ribera

se mecía una barca de alta quilla, de larga eslora v por demás velera. Tripulación bretona la montaba. sin duda de Merlín bien conocida y que tal vez al mágico esperaba, destinada por él a su partida. Mientras Merlín al Támesis bajaba. salió tras él de la ciudad, su paso por el del sabio regulando acaso, una mujer que el rostro recataba y toda su figura and dish of ambay na z en los pliegues de su amplia vestidura. Llegó Merlín al barco; los bretones, con respeto acogiéndole profundo, demostraron que saben lo que el mundo debe al genio que admira a las naciones, Al pisar el bajel el viejo mago, mandó desarrollar la blanca vela y favorable ser al viento vago al rumbo de la dócil carabela. Pero mientras la vela se tendía y el revoltoso viento se fijaba, ligera como una árabe gacela, la velada mujer que le seguía en el bajel tras de Merlín saltaba: y la tripulación, que ha comprendido tal vez por el afán y la cautela con que tras él la incógnita ha venido, que tiene su sanción o por él vela, la acogió con amor: y al viento dando la comba faz del reforzado lino, se hinchó en él el mástil encorvando: y la nave bogó, tras sí dejando de hirviente espuma burbujeante estela del agua sobre el lomo cristalino: on pupy con el río rápido avanzando fué con velocidad maravillosa con él a entrarse por la mar ondosa. Merlín, o en los profundos pensamientos

de ulteriores proyectos absorbido,
o para dirigir los elementos
con el dominio de ellos que ha adquirido,
obligando a las ondas y a los vientos
a conducirle a su orden obedientes
al través de tormentas y corrientes,
de los seres mortales abstraído
sentóse a proa, con afán constante
mirando sin cesar mar adelante.

Los marinos bretones
dejáronle en silencio respetuoso
amasar de su mente en los rincones
las elucubraciones
de aquel arrobamiento misterioso,
a su poder fiando y a su ciencia
su barco y su existencia
a la merced con él del mar ondoso.
La velada mujer desconocida,
tal vez con igual fe, tendióse a popa:
y despierta o dormida,
allí permaneció muda e inmoble,
envuelta entre los paños de su ropa
y de su velo en el plegado doble.

El barquichuelo, en tanto, bogaba rapidísimo y derecho como llevado a impulso de un encanto a entrar, la isla costeando, en el estrecho. Entró en aquel canal siempre agitado por un mar borrascoso, que se irrita entre aquellas dos costas encajado, que azota sin cesar desesperado por ver si de los flancos se las quita. Y en aquel negro mar la carabela, entre la nube de marina bruma que el aire de este mar siempre encapota, iba debajo de su hinchada vela y en medio de un montón de hirviente [espuma,

sobre blanco vellón cual parda mota,

cual pelusa del aire en limpia tela, que sobre su haz más adherida flora y sobre su haz sin desprenderse vuela: iba, en fin, arrastrada en la apariencia sin gobierno, sin rumbo ni derrota, del viento y de la mar por la violencia a estrellarse tal vez en playa ignota. Mas obra fué, sin duda, del poder de Merlín: playa cercana se avistó con el sol de una mañana deliciosa de mayo: y de repente fué la barca a abordar roca desnuda, a cuyos pies en la tendida arena van a desparramarse mansamente las limpias olas de la mar serena.

Saltó en tierra Merlín, de bendiciones cargándole al partirse los bretones: mas apenas Merlín les dió la espalda cuando sobre las suyas los marinos de la mujer sintieron los pies finos posarse y resbalar su suelta falda.

Cuando alzaron absortos la cabeza. sobre ellos la mujer había pasado mado y en la playa saltado .olandsiaprad El con esa agilidad v ligereza biograndasod del corzo y del antílope, que rasan al parecer ingrávidos el suelo por sobre el cual en su carrera pasan, pareciendo a la vez carrera v vuelo. Entonces la mujer, que con pie leve la superficie de la arena lisa sin dejar huella en su tersura pisa, y a quien distancia todavía breve de la barca separa, um ob odim al ovino los dobles pliegues apartó del velo que entolda el cielo de su linda cara; con una graciosísima sonrisa que cambió en alegría su sorpresa envió su despedida a los marinos,

y a seguir al gran mago se dió priesa hacia una selva de gigantes pinos.

Apercibió Merlín el ruido suave de sus pasos tras él; y la cabeza volviendo a la mujer, su gesto grave de hallarla allí manifestó extrañeza; mas a mirarla se paró. ¿Quién sabe si fué para admirar tanta belleza? Paróse ella mirando que él se para y en calma le dejó que la admirara.

El buen Merlín la contempló un ins-[tante;

mas qué impresión en él tal hermosura hizo, no dejó ver en su semblante.
Y una frase encomiástica ni dura sin decirla, a seguir volvió adelante; ella afrontó con grácil apostura su mirada: y cuando él se apartó de ella, volvió a echar la mujer tras de su huella.

¿Qué pensó de ella el sabio? ¿La sentía con placer tras de sí? ¿Le contrariaba sentirla tras él ir? ¿La conocía? Sigámosles... y a ver en lo que acaba.

y la tripulación, qu'Il la comprendido,

Estamos en Bretaña: es esa selva que alcanzamos a ver la Brocelianda; a ella marcha Merlín, sin que se vuelva jamás a la mujer que tras él anda.

Él anda, como un viejo sabio y grave, a paso lento, igual y majestuoso; ella como el antilope y el ave que no gustan tomar pie ni reposo.

Él marcha como el genio; va buscando lejos del mundo soledad completa donde no yenga a interrumpir aullando el mundo ruin ni al bardo ni al profeta. Ella marcha tras él como la luna detrás del sol: impávida, tranquila: como el cisne que nada en la laguna sobre un agua dormida que no oscila.

En su traje talar marcha él envuelto, de laurel siempre verde coronado, y sin báculo ya: que ágil y esbelto al avistar la selva le ha arrojado.

Merlín no tiene edad: marcha derecho; es de casi inmortal naturaleza; sobra vigor en su robusto pecho y eterna lucidez en su cabeza.

Él es Merlín: le conocemos todos; hemos visto de niños en mil partes su retrato: mil libros de mil modos nos han dado razón de él y sus artes.

Él... es Merlín, y basta. ¿Quién es ella? Ella es una mujer con quien ninguna tiene comparación, porque es más bella que, al levantarse tras el mar, la luna.

Ella es bella sin par: es un encanto que respira: un prodigio que camina: mujer distinta de las otras tanto, que no agrada ni atrae, sino fascina.

Su cabeza es un faro, que en su cuello gira con gentileza soberana; cae de ella su riquísimo cabello como raudal que del peñasco mana.

Sus ojos radian luz: su frente pura refleja la del sol como un espejo: y dan no sé qué brío a su hermosura imperceptibles bozo y entrecejo.

Su boca exhala olor a gruta fresca produnde se guarda fruta en el verano, y su móvil sonrisa picaresca produce da a su faz un hechizo soberano.

Su bello cuerpo de marfil va oculto bajo talar, sutil y amplio ropaje; mas de sus formas el correcto bulto se dibuja gentil bajo su traje.

Sus dos brazos, flexibles como palmas, rematan en dos ramos de jazmines: Dios hizo a esta mujer por altos fines verdugo de hombres y ladrona de almas.

Cuajó su piel con hojas de azucenas, sus labios hizo con claveles rojos, del sol con rayos sus pupilas llenas, su alma de amor, su corazón de antojos: y poniéndola, en fin, fuego en las venas, fuego en el corazón, fuego en los ojos, la dijo al animarla: «Sin rivales en gracia y perfección al mundo sales.»

Se presentaran con vergüenza ante ella Eva, Niobe, Lais, Venus y Aspasia: tendrían, mudas, que besar su huella las hurís de Georgia y de Circasia; jamás abrieron a mujer tan bella Europa sus saraos, sus baños Asia; Dios la dijo animándola: «Sé muestra de lo que sabe modelar mi diestra.»

Tal era la mujer incomparable, tipo de perfección y de hermosura, que con tenacidad inexplicable va tras Merlín a entrar en la espesura de Brocelianda. Menester que la hable será por fin: porque ella lo procura caminando tenaz sobre su paso, por más que afecta él no hacerla caso.

Y cuando una mujer de prendas tales en sei la tentación pone su empeño de uno de esos filósofos morales que a la palabra *amor* fruncen el ceño, que mejores se creen que los mortales y el mundo ante su orgullo creen pequeño, como la tentación sepa y lo valga, vencedora, por fin, fuerza es que salga.

Merlín marchaba impasible: mas no cede

ella y sigue tras él: que se resuelva Merlín es menester; solo no puede entrar, cual se propone, en esa selva: fuerza es que al linde la mujer se quede, que entre con él o que Merlín se vuelva: él va a obrar un encanto que del mundo le abstraiga en el misterio más profundo.

Y debe solo entrar para efectuarle; es el grande secreto de su ciencia y no debe alma humana penetrarle; va a segregar del mundo su existencia, mas sin morir en él, ni abandonarle. Ese es su único fin, es su sentencia: por inmortal espíritu engendrado, muerto no puede ser, sino encantado.

Pero aquella mujer que le persigue le estorba, le distrac de su grande obra; no es posible en su encanto que a él se ligue

ser alguno mortal; la mujer sobra.

Al mar es fuerza que a tornar la obligue, pues ella audacia con su calma cobra; resolvióse Merlín, y de repente volvióse y de ella se detuvo enfrente.

Detúvose ella, y abatió modesta su vista ante la de él: y en ella fijo el ojo escrutador, con manifiesta impaciencia así el mágico la dijo: «¿Por qué me sigues hasta aquí? Contesta. ¿Por qué me sigues? Habla: te lo exijo.» Y ella, con voz más suave que el reclamo del ruiseñor, le dijo: «Porque os amo,»

Al son de aquel acento y al sentido de aquella sentidísima palabra perdió el ceño Merlín y abrió el oído, porque a ésta no hay oído que no se abra. Ella calló, el efecto producido por su voz esperando que en él labra:

y 61 por sinceridad o por reclamo repitió: —«Porque me amas! —Porque los amos.

repuso ella otra vez con voz entera, resuelta, persuasiva, audaz, vibrante; era la voz del alma: verdadera voz de pasión ardiente, delirante: no era voz, era acero, puñal era que iba derecho al corazón. ¡Instante fatal fué aquél para Merlín! El mago de su herida en el de él sintió el estrago.

Merlín, hijo de un silfo, ser mestizo de un infernal espíritu y una hembra racional, cuyo impío y tornadizo amor a su hijo exótico desmiembra de la raza de Adán por un hechizo; Merlín, cuya alma es campo donde siembra Satán, que ni es espíritu ni es hombre, semidiós de mortal con cuerpo y nombre, no había amado jamás, porque en la

en que le colocó su esencia extraña nunca halló una mujer que se atreviera a despertar su amor, ni él en su huraña ciencia en buscar pensó una compañera; mas en la que hoy le sigue y le acompaña por la primera vez ve alguna cosa

[esfera

En la corte de Arthur mil y mil veces ha visto a esta mujer: ante los ojos mil veces se le ha puesto; y por preñeces de orgullo tomó siempre y por antojos

cuyo ignoto poder al suvo acosa.

de mujer un amor en que aún quisiera dudar; mas de su voz ante el reclamo, con ella habla anudó de esta manera: —«¿Conque hasta aquí me sigues?...—Porfque os amo.

—¡Me lo has dicho mil veces!—Os lo he [dicho,

mas no lo habéis creído.—Ni aún lo creo; no me puedes amar; es un capricho. —Pues os amo. —¡A un decrépito! —Yo [os veo

como un ser superior, no como un hom-

mortal como los otros. —No: tú miras sólo a la vanidad de mi renombre de encantador. —Yo os amo. —¡Tú deli-[ras!

—Yo os amo con delirio y os consagro todo el inmenso amor que en mí atesoro. ¡Los hacéis y no creéis este milagro! Yo os amo; mal he dicho: yo os adoro.»

Merlín era un gran sabio y era viejo; mas a declaración tan terminante, lector, a solas calcular te dejo lo que sintió Merlín en tal instante.

Perder intensidad sintió al hastío que empezaba a roer su larga vida, y empezó a ver lucir en su sombrío cuadro una luz aún no apercibida.

Una esperanza, una inquietud..., ¿quién

lo que sintió explicar? Como él tampoco se lo explica, tornó con paso grave su camino a emprender muy poco a poco.

La mujer continuó sobre su huella caminando también; y sonriendo de él a escondida fueron, tras él ella, el linde de la selva transponiendo.

Internáronse así por la espesura de una selva: una selva pintoresca como se puede ver sólo en pintura, mágica, original, virgen y fresca.

Una selva de robles colosales y de pinos alorces corpulentos, que con perpetuos ruidos musicales pueblan arroyos, pájaros y vientos. Una encantada selva de Bretaña habitada otro tiempo por los druidas, donde albergó su religión extraña supersticiones mil aún no perdidas.

Una selva poética, imposible de imaginar por torpe entendimiento; una selva fantástica, increíble, como creada a posta para un cuento.

De sus gigantes troncos los ramajes exóticos flotantes parecían de abanicos de inmensos varillajes que mil monstruos quiméricos movían.

De estos troncos con frondas, que del

la luz impiden penetrar ni en hebras, parecen las raíces por el suelo garras de grifos, colas de culebras.

De uno de estos alorces tan frondosos como cedros del Líbano a la sombra, y de tupidos céspedes y añosos musgos, acres de olor, sobre la alfombra, sin mutuo acuerdo cual por mutuo ins-

oladidum simus zoma im oh olajo [tinto

un punto reposar determinaron, tal vez porque el selvático recinto de cruzar sin objeto se cansaron;

tal vez porque uno y otro compren-

que no hablarse era al cabo grosería, y por fin, porque ya que allí vinieron, para esquivarse aún razón no había.

Sentóse el sabio mágico el primero, colocando con grave compostura la posición del cuerpo, y con severo decoro en torno de él su vestidura.

La mujer, con la gracia y gentileza de una corza doméstica, en el suelo se acomodó a sus pies..., de su cabeza y de sus hombros apartando el velo. Poco a poco con tímida franqueza y sufriéndolo el sabio sin recelo, apoyó en él el uno y otro brazo y quedó recostada en su regazo.

Merlín esquivó al pronto su mirada; pero ella, con hondísima ternura en hallarle los ojos empeñada, se los buscó tenaz, como segura de que rebelde a su mirar no hay nada: y no lo hubo: Merlín en su hermosura fijó su vista al fin, y díjole ella: «Vedme y decidme si os parezco bella.»

Presa Merlín de sensación extraña, con muda complacencia contemplóla: y, aunque guardando aún su faz huraña, la cerviz con la mano acaricióla como a niño o doméstica alimaña: y ella, a caricia tal, de la amapola en el color tiñéndose, le dijo: «Señor, ¿por qué silencio tan prolijo?

¿No merezco respuesta o no os agrado? Habladme, mi señor, mi bien, mi dueño, que el cielo de mi amor tenéis nublado con la sombra tenaz de vuestro ceño: de mí decidme lo que habéis pensado; yo tengo sed de vuestra voz, y empeño de oír de vuestra boca una palabra que el claro edén de la esperanza me abra.

Hablad, señor, vuestra palabra espero como el tostado césped el rocío: vos sois, señor, mi porvenir entero. Yo os amo; y si me amáis, el mundo es [mío:

otro poder que vuestro amor no quiero. ¡Os sonreís, señor!..., yo me sonrío con vos, porque a mi alma esa sonrisa del edén del amor me trae la brisa.

Sonreídme, gran bardo, y gran proieta; decidme que aceptáis este cariño que os consagré con libertad completa, con la espontánea sencillez de un niño, con el ciego entusiasmo de un poeta. Tomad mi corazón, que sin aliño ni arte os viene a ofrecer la fe que encierra: tomadle y sed mi Dios sobre la tierra.

Y diciéndole así, sobre él fijaba húmedos de placer sus negros ojos, y con sus dedos de marfil peinaba la barba de Merlín, y con antojos y caricias de niño colocaba ésculos mil, que de sus labios rojos tomaba sonriendo con su mano, en los trémulos labios del anciano.

Merlín era un gran sabio, en ciencias [ducho; mas aunque mucho ha visto y mucho ha jamás había oído ni con mucho [oído, frases de tan dulcísimo sonido.

Era un sabio Merlín, mas de los sabios jamás tuvo la ciencia consistencia ante el hálito débil de unos labios con que sopla el amor sobre la ciencia.

La mano de Merlín, que la cabeza acarició cual niño o alimaña doméstica no más de aquella extraña mujer, tipo de gracia y de belleza,

resbaló descendiendo entre sus rizos hasta apoyarse en su desnuda espalda, y aquel puñado abrasador de hechizos a si atrayendo recibió en su falda,

A su contacto cálido, latente, por la primera vez sintió lo que era el amor y trabóse francamente diálogo entre los dos de esta manera:

—«Tus palabras halagan mis oidos como una suave música: tu vista mis ojos embelesa: mis sentidos se rinden sin poder que te resista,

Yo nunca me curé de las mujeres, porque su amor nunca cref. Que me amas me dices tú. ¿Por qué? ¿De mí qué quieres? ¿Por qué a mi corazón con tu voz llamas?

-Porque os amo, señor, ¿pues no os lo Seilled manne color de su pollejo

Yo sé bien que sabéis quién soy, de dónde vengo... v mi amor que no creáis me aflige. ¿Por qué el vuestro a mi amor no corresofner but rebog may you [pende?

-Sí, sé muy bien quién eres: es notoria en la corte de Arthur la historia tuya. -Pues bien, si la sabéis, ¿por qué mi his-Abstim al a eldniy olos fifteria

no me dejáis que a vuestros pies concluva con mi vida, señor? Si mi palabra os ha tocado al alma, si que os amo os digo y lo sentís..., ¿por qué que se abra vuestra alma no dejáis a mi reclamo?

-Escúchame, Bibiana, Yo sé sólo de tu pasado lo que el mundo cuenta: vo no le examiné: no sé si hay dolo de él en la narración: estáme atenta.

Eres hija de un noble y opulento godo, jefe en la marca lusitana: en la orilla del mar tu apresamiento logró el pirata Hisem una mañana: un repentino temporal violento a la sile alejó de su playa mauritana, somodob y en los mares del Norte al engolfarle de los bretones en poder fué a echarle.

-Sí sí: todo eso es cierto: al abordaje al entrar los bretones su navío, im omos de la cautividad y del ultraje vinieron a salvar el honor mío, desida

Mi padre a los bretones ha pagado después pródigamente este servicio, y yo entre ellos con gusto me he quedado. -Eso es lo que no cabe en nuestro juicio.

Con padre y con hogares en España, ser dichosa debías en su tierra. ¿Qué es lo que esperas, pues, en tierra ovitatria nat roma of a [extraña?

-Secretos para vos mi alma no encierra. gran profeta bretón. Vuestra Bretaña no tiene en valle, alcor, ciudad, ni sierra, nada que para mí tenga atractivo: sólo por vuestro amor en ella vivo.

Escuchadme, señor: mi pueblo godo, vuestro pueblo bretón.... la tierra entera en cuanto abarca su terreno todo. no tiene más que vos a quien vo quiera ni a quien pueda querer. En el ser mío hav algo superior al frágil lodo de que hizo Dios a la mujer primera: hav en mí, como en vos, algo que fío que os haga comprender por qué me quedo por vos en la Bretaña, por qué os sigo y por qué sólo a vos ofrecer puedo el misterioso amor que en mi alma abrigo.» Calló ella un punto al viejo contemplando, v siguió, viendo que él sigue escuchando:

-«Oid: la madre de mi madre era hija de un rey de la oriental comarca, quien la tuvo de un hada que, sincera, al amor se rindió de aquel monarca como podría una mortal cualquiera.

Mi madre, hija de aquélla, le fué dada por esposa a mi padre cuando apenas de la niñez salía; fué criada desde niña en su alcázar, y colmada fué de gracias por Dios a manos llenas.

Creció: llegó a la edad de los amores: la amó mi padre y se casó con ella; y era fresca y gentil como las flores, como el lucero de la aurora bella,

Pero en cuanto mujer y madre se hizo, en cuanto vo nací, se obró en mi madre

un sobrenatural y extraño hechizo que tristeza mortal causó a mi padre.

Los ojos de mi madre despedian resplandores de amor tan atractivos, que los hombres mirarles no podían sin que quedaran de su amor cautivos.

Ella en vano cerrábales y en vano les ocultaba siempre bajo un velo: no había paladín ni cortesano de quien no fuera su mirada un cielo.

Y era tal el poder de aquel hechizo que enfermaban de amor cuantos veían los ojos de mi madre... que enfermizo germen de amor letal de sí esparcían.

Y costaba a mi padre mil afanes hallar para su corte consejeros, para sus damas encontrar galanes y para sus campañas caballeros.

Mi padre prometió de su tesoro la mitad, y cien millas de terreno donde se habían hallado minas de oro, y un palacio en un valle muy ameno,

al que pudiera hallar un sabio mago que supiera el hechizo de los ojos deshacer de mi madre, y el estrago atajar de su influjo y sus antojos.

En vano sabios, magos y hechiceros con el afán del premio lo intentaron: los sabios más, como los más arteros, de mi madre a su vez se enamoraron.

Supo mi padre, al fin, que un muy de[crépito viejo, que era un gran sabio y un gran [mago, lejos del mundo y su social estrépito moraba en una gruta junto a un lago; que los reyes de Oriente le buscaba en desastres y apuros, y en el hueco

de su gruta romántica le hallaban solo, extenuado, amarillento y seco, leyendo sin cesar las hojas rotas de un libro cabalístico tan viejo como él, lleno de eifras y de notas y del mismo color de su pellejo.

Aquel viejo esqueleto dió a mi padre la fórmula potente de un encanto con que neutralizar el de mi madre. Díjola el rey, y su poder fué tanto

que mi madre quedó perpetuamente envuelta en una niebla y encantada e invisible a los ojos de la gente, y de él solo visible a la mirada.

Los de los ojos de mi madre esclavos en libertad quedaron: a la calma tornó su reino por sus cuatro cabos, y de mi padre el rey la paz al alma.

Mas cuando quiso el premio prometido al viejo dar por su poder de su arte, el viejo había ya desaparecido y nadie le halló ya en ninguna parte.

De la hija de aquella hada soy la hija: y como hay en mi ser algo divino, es imposible que mi amor se rija por la ley del vulgar. En el camino

de mi vida no hallé quien digno fuera de mi amor más que vos: ambos la vida debemos a ambos seres; compañera vuestra, con vos la mía se divida.

No pudiendo morir, por un encanto queréis tal vez desaparecer del mundo como mi madre: bien, yo haré otro tanto: amadme, y de ese encanto en el profundo

abismo silencioso ambos un día embriagados de amor nos sumiremos: vuestra vida, señor, será la mía, y encantados los dos nos amaremos por una eternidad: el mundo todo lo ignorará, y fantástica memoria vuestro pueblo bretón y el mío godo guardarán de nosotros en su historia.

Yo viviré encantada en vuestro seno, y yo sola oiré del gran profeta los fallos y los himnos del poeta sonar del aire en el azul sereno.

—Imposible, Bibiana: tal encanto por mí en mí debe obrarse solamente; si otro supiera de él como yo tanto, sería yo su esclavo eternamente.

—¡Y receláis, señor, que la que os ama os quiera nunca esclavizar cuando ella deja padre y hogares y se infama tal vez por ir besando vuestra huella! ¡Ah!, no me amáis, señor, ni amaréis

[nunca:

Dios o Satán, Merlín, que os dan la ciencia, negando a vuestra inútil existencia el placer del amor, os la dan trunca.

Habéis llegado sin amar a viejo; y hoy que encontráis una mujer que os lama

la rechazáis; mal hecho..., mal consejo, señor. Faro sin luz, bardo sin dama, veo que nunca me amaréis, y os dejo: yo de mi amor me abrasaré en la llama y arder en él me sentiré dichosa, de la luz de mí misma mariposa.»

Dijo, y al buen Merlín volvió la espalda, rápida levantándose y resuelta a abandonarle: mas al dar la vuelta la asió Merlín por la flotante falda.

«Espera, dijo el mago: si he vivido sin saber qué era amor, siento que ahora brota en mi corazón, jamás herido de amor con una espina punzadora.»

Radió el semblante de Bibiana oyendo tal decir a Merlín: siniestro brillo despidieron sus ojos; y volviendo su faz risueña al mágico sencillo, cándida al parecer, leal, sincera, tornó el diálogo a atar de esta manera: —«¿Conque me amáis? —Sí, te amo.—No [lo acierto

todavía a creer. —¿Por qué? —¡Es tan [nueva

esa pasión en vuestro pecho yerto siempre al amor! Mas de él dadme una [prueba.

—¿Cuál? —Dadme vuestro libro de con-

para que yo le guarde; mientras tanto que vos le poseáis, nunca seguros del poder estaremos del encanto que vos podéis obrar. —Mas tal capricho no puedo comprender. —Vuestra memoria flaquea: fué mi madre hija de una hada: sé que tenéis el libro de la historia del mago de mi madre. —¿Te lo ha dicho ella? —Sí: pues no estaba solamente para mi padre y para mí encantada. —Mas si el libro te doy... —¡Cobarde

—Mas si el libro te doy... —¡Cobarde [ciencia

que siempre teme al corazón! ¿Qué miedo tenéis de mí? Yo quiero mi existencia pasar con vos; pero vivir no puedo temiendo siempre que, al primer enojo, de encantaros sin mí tengáis antojo.

—Pero si tú en tu cólera o tus celos lees en él el conjuro... —¡Hay tal defmencia!

¿Cómo, si sólo vos tenéis la clave de sus cifras y en él nadie leer sabe? Dádmele o no me amáis y parto.» Y esto diciendo, entre los pliegues del vestido del buen Merlín con imprevisto y presto movimiento metió su mano diestra, y el libro entre sus pliegues escondido sacó, y su ojo brilló con luz siniestra.

Quiso Merlín asirla: mas de un salto se le escapó, y el libro cabalístico hojeando, encontró y pronunció alto del conjuro infernal el fatal dístico.

Oh amor, dicha del hombre v desventu-

La fórmula tremenda pronunciada [ra!

por ella apenas, retumbó en la altura el trueno, tendió el árbol su enramada copa en el suelo por el rayo herido; y del añoso tronco entre las grietas de la áspera corteza desgarrada por el conjuro se sintió cogido Merlín, y poco a poco de sus vetas el alorce sobre él cerró el tejido.

ne siempre home al corazini, sQuamielo,

En vano resistió: quedó encantada su vida en aquel árbol; y entretanto que se efectuaba el poderoso encanto, la mujer, que huye de él casi espantada, decía huyendo con acento bronco: «Olvidaste que soy nieta de una hada; quedas, alma vieja enamorada, encerrada por ciega en ese tronco.»

Tornó a España Bibiana, y de los ojos de su madre el poder con otro hechizo de las hembras de España tuvo antojos de pasar a los ojos... y lo hizo.

Y los encantos de Merlín, arteros, irresistibles, desde entonces solas en la luz de sus ojos hechiceros les tienen las mujeres españolas.

veo que nunca mo amareia, y os dejo:

NOTES HEL TOMBET

[2] J. H. Berlin, and M. Birk. Openhadis, Phys. Lett. B 100 (1994) 1 (1994) 1 (1994) 1.
 [2] J. H. Berlin, Phys. Lett. B 100 (1994) 1.
 [3] J. Berlin, Phys. Lett. B 100 (1994) 1.

NOTAS DEL TOMO I

control of the contro

property of the second second

The Mark County of the Local Property of the County of the

The secretary with their disconnections of the property of the contract of the

ATMINIO TO OTHER CONTROL OF THE PARTY OF THE

the section of latest and place and the section of the section of

The Version of Sir and potentiaring the second of the seco

And the state of the colors of the state of

The best of the first and the second of the

Table on rock and set in States do in your discount forms.

you filed in the see playing second do see, you are to the eight and departed.

Come the day with the man do not make a many, you then make do not make the company of the make the company of the make you are to be a common transment of the company of the part of the company o

En tene resista protes estada en estada en estada en estada en estada en estada en entre e

to the market of position are letter bending to the superior of allegatic rever unloger to prove a terration, a letter, arteres, and CLEATON colleges with

he forest for the real special st.

NOTAS DEL TOMO I

 (Pág. 13). Este prólogo de don Nicomedes Pastor Díaz va en el tomo I de las Poesías de Zorrilla: Poesías de don José Zorrilla. Tomo I. Madrid. Imprenta de I. Sancha. 1837.
 Este tomo I de las Poesías de Zorrilla comprende desde la poesía A la memoria desgraciada del

iste tomo I de las Poesias de Zorrilla comprende desde la poesia A la memoria desgraciada del joven literato don Mariano José de Larra, hasta la titulada Recuerdos de Toledo. A la terminación lleva

el capricho dramático Vivir loco y morir más.

Esta primera edición de las *Poesías* de Zorrilla constó de ocho tomos, cuyo contenido se detalla en estas notas. Se incorporaron estos ocho tomos, juntamente con otros a que luego nos referiremos, a la edición de las *Obras* de Zorrilla hecha en París por Baudry, primeramente en dos tomos (1847) y aumentada luego a tres (1852). Al frente de estas *Obras* iba el mismo prólogo de Nicomedes Pastor Diaz y una biografía de Zorrilla escrita por Ildefonso de Ovejas. Como Zorrilla dirigió personalmente esta edición de París, e hizo las enmiendas que estimó oportunas, seguimos aquí su texto para todas las obras en ella contenidas, y sólo cuando hay alguna errata, la corregimos conforme a la de Madrid. No insertamos la biografía de Ildefonso de Ovejas, porque hoy carece de todo valor.

En 1884, como ya se ha dicho en el prólogo, comenzó a coleccionar Zorrilla sus obras: pero sólo apareció un tomo: Obras completas de don José Zorrilla, Corregidas y anotadas por su autor. Edición monumental y única auténtica. Tomo I. Leyendas tradicionales... Barcelona, Sociedad de Crédito Intelectual, 1884. Respetamos aquí, naturalmente, las enmiendas que Zorrilla hizo en las leyendas contenidas en

este primero y único tomo de sus obras.

Lievaba este volumen la siguiente dedicatoria: «Al excelentísimo Ayuntamiento Constitucional de la Muy Noble, Muy Leal y Heroica Ciudad de Valladolid, dedica el trabajo de toda su vida su Cronista agradecido, José Zorrilla.»

Después de esta dedicatoria iban las siguientes Cuatro palabras:

«Publico la colección completa de todas mis obras, usando del derecho que la ley me concede; no porque tenga la absurda vanidad de creer que merecen ser coleccionadas, por escelentes, para que ninguna se pierda; sino para que después de mi muerte no se me atribuya ninguna que no sea mia. Corren por España y América composiciones estúpidas y libros infames, atribuidos por sus villanos autores a Espronceda y a mi, que ni él ni yo tuvimos jamás la idea de escribir.

»En esta colección no faltará nada que haya salido de mi pluma: ni los artículos diseminados por los periódicos, ni los pensamientos escritos por compromiso en los Álbum; y llevarán su nota de recuer-

do los que no haya podido tornar a haber a las manos.

*Ordeno mis producciones por géneros, porque así me han parecido mejor ordenadas que por épocas; y comienzo por mi legendario completo, porque mis leyendas son las únicas obras misa que mo dan derecho a una modesta pero legítima reputación, si no a la exagerada que por Margarita la tornera, El capitán Montoya y otras, me han acordado la benevolencia del pueblo español y el empeño de mis amigos. Las divido en tradicionales, históricas y fantásticas, y las coloco todas bajo el título de Cantos del trocador, porque aquella es su división natural y este el título que lógicamente las encierra y abarca todas.

sPongo notas esplicativas, aclaraciones y comentarios a todas mis composiciones, porque casi todas las necesitan por vagas, oscuras y desatinadas; y porque anotadas, esplicadas y comentadas, constitu-yen segán la ley una obra nueva, que yo solo puedo y tengo el derecho de hacer.

»Además, en estas notas y comentarios habrá, como en mis Recuerdos del tiempo viejo, curiosas noticias del en que fueron escritas y de los hombres entre quienes vivi; y el conjunto de ellas vendrá

a formar mi biografia completa con apuntes para las de otros.

No suprimo la de Ildefonso de Ovejas, publicada al frente de una edición francesa, para que no falte en esta colección nada de lo que en otras hayan visto mis lectores; pero la de Ildefonso de Ove-

138

jas no es mi biografía, porque ni a él ni a nadie quise dar nunca pormenores de mi vida; por la razón de que no habiendo querido jamás aceptar ningún cargo público, ni pertenecer a ninguna academia. instituto, ni congregación; no habiendo tenido jamás ambición de mando ni de honores, ni seguido ningún bando político; habiendo, en fin, vivido siempre en el aislamiento del trabajo, no hay en mi vida nada que no sea intimo, privado, doméstico y personal, y mi única biografia sen mis obras.

«De mis memorias intimas he levantado un poco el velo en mis Recuerdos del tiempo viejo, y no

tendre tal vez inconveniente en descorrerle casi del todo en las notas y comentarios de esta edición,

»No añado inmediatamente al artículo de Ovejas mi biografía por Ferrer del Río, porque de ésta, de él, de sus obras literarias y de sus obras para conmigo tendré que hablar estensamente en la Nota a mi drama Los dos Vireyes, que es su lugar.

»Las obras no concluídas, o de interrumpida publicación, como Dos escondidos y una tapada. Historia de tres Ave-marías, Pie de corza y otras, si no se concluyen y dan a luz durante la impresión de esta colección completa, quedarán en un apéndice que bajo el epigrafe de Post mortem constituye mis memorias póstumas; y que no podrá ver la luz hasta algunos años después de haber desaparecido yo de entre los vivos. - José Zorrilla.»

Al frente de este tomo, pues, pues Zorrilla la biografía escrita por Hdefenso de Ovejas y el prólogo de Nicomedes Pastor Díaz. Después, bajo el título de Apendice al prólogo de don Nicomedes Pastor Díaz, insertô los capítulos III al VI de los Recuerdos del tiempo viejo, relativos al entierro de Larra. Como introducción a las leyendas, puso la de Cantos del Trovador. Seguian trece leyendas, precedidas de notas, y a las cuales nos referimos aqui.

2. (Pág. 24). En el citado tomo I de las Poesias, a este prologo de Díaz sigue, en hoja aparte, la dedicatoria de Zorrilla: A mi amigo el Sr. D. José García de Villalta.

3. (Pág. 27). A Calderón. En el tomo I de las Poesías de Zorrilla, esta composición es más larga. tres apartados en vez de dos. Zorrilla, en la edición de Baudry, suprimió el II y puso este número al pues tiene que antes llevaba el III. Aquí nos atenemos al texto de París, por la razón antes indicada.

4. (Pág. 37). La cuarteta Tus labios son un rubi se ha impreso repetidamente, con una ligera variante, como de Espronceda; pero es indudablemente de Zorrilla, por las razones que he alegado en otro lugar (Espronceda, pág. 106).

5. (Pág. 42): Fragmentos a Catalina, Incluyó Zorrilla esta poesía en el primer tomo de la edición de Madrid, pag. 49, pero la suprimió en la de Baudry. Era refundición de dos poesías que había publicado en El Artista, con los títulos de A una joven y Amor del poeta. Estaban dirigidas estas poesias a Catalina Benito Reoyo, de quien Zorrilla estuvo ardientemente enamorado en sus años de estudiante,

(Pág. 44). Después de mi alma tenga entrada, y en el comienzo de la composición que se titulaba Amor del poeta, suprimió Zorrilla 42 versos.

(Pág. 45). A... Se publicó en El Artista con el título de A un poeta,

(Pág. 49). Romance. Esta poesía, inserta en la edición de Madrid, tampoco está en la de Paris.

(Pág. 53). Ella, él. Suprimida también en la edición de Paris.

10. (Pág. 65). Después de La noche de invierno, sigue una poesía titulada La última luz; pero Zorrilla la incluyó de nuevo en el tomo III, ampliada.

11. (Pág. 68). Aqui comienza el tomo II: Poesias de don José Zorrilla. Tomo II. Madrid: Imprenta de don José María Repullés, 1838.

Este tomo, después de la dedicatoria a don Juan Donoso Cortés y don Nicomedes Pastor Díaz. se inicia con la poesía El dia sin sol y termina con la leyenda A buen juez mejor testigo.

 (Pág. 85). Al reimprimir Zorrilla en Obras completas (1884) la leyenda Para verdades el tiempo y para justicias Dios, antepuso la siguiente Nota:

«He dicho en la nota de A buen juez mejor testigo, que comencé mi legendario por aquella tradición y a consecuencia de mi conversación con Olózaga; mas de las últimas palabras de aquella nota no se deduce que aquella leyenda sea la primera que escribi, sino la primera con que comencé mi legendario; la idea del cual no me había ocurrido hasta que a Olózaga le ocurrió la del romancero popular que me proponia. Al proponerme él un romaneero del siglo presente, me ocurrió instantáneamente emprender en lugar de éste un legendario tradicional; pero Olózaga me lo proponia, porque más perspicaz que yo había comprendido, por dos narraciones de este género que yo inconscientemente llevaba escritas (que eran Principe y Rey y Para verdades el tiempo), que había en mi algo de que hacer un poeta narrador. De Principe y Rey tomaré nota en el lugar de las leyendas históricas, que es el suyo; de Para verdades el tiempo, que no puedo suprimir de esta colección, por más que la crea indigna de recuerdo, porque no tiene más razón de ser que la de ser completa y contener todas mis obras, voy a decir aquí la verdad entera, con la más ingenua sinceridad.

»El pensamiento de extender en el papel su legendario asunto, no fué espontáneo, sino forzado por la obligación de dar un número fijo de versos a los periódicos, y por la premura de darlos en tiempo determinado. En uno de estos apuros de tiempo, en que como deciamos de estudiantes interestadas discurrit que rabiat, tropecé con el cuento de la cabeza, y sin más premeditación ni estudio y calculando que el número de versos en que podía desarrollar tal asunto llegaria al que para tal da necesitaba, empecé a escribir suponiêndolo todo, nombres, época, lugar, situación y forma, según ipa saliendo de mi pluma, sin detenerme a correir ni a determinar nada: mi unico afán era sin duda contar los versos. Tenia yo indudablemente la cualidad de poeta legendario; pero ni me daba todavía razón de ello, ni nucho menos pensaba en cultivar semejante terreno literario, ni en esplotar semejante mina, de donde resultó que esta leyenda Para verdades el tiempo, por ser la primera, es la peor de todas las por mi escritas.

»Su pensamiento es el mismo que el de La cabeza de plata; pero en aquella rebosa fe, poesía y espiritualismo, mientras en esta no acerté a darle ni siquiera contornos acusados que determinen la escena

ante la comprensión del lector.

En ella se revelan desde el primer verso mi inexperiencia en la narración, mi inseguridad en la pintura de caracteres y mi ignorancia de las costumbres de la época indeterminada en que pasa su acción, sin año ni lugar fijos: aunque al paracer en Madrid, donde digo que han dado prueba de va-

lientes mis dos protagonistas.

•En la primera redondilla quise sin duda decir algo que no supe especificar, y resultaron dos tonterias en cuatro versos: si Juan Euiz y Pedro Medina eran hidalgos, no podian menos de tener blasón; siquiera fuesen hidalgos de gotera, que no gozaban fueros de hidalguía más que en un punto o comarca determinados; pero seis estrofas más adelante digo de Juan Ruiz que era hijo de imporada cuna, de modo que mal podía ser hidalgo siendo su familia desconceida. La vaguedad de los términos con que doy razón de ellos no marcan tampoco la clase de sociedad a que pertenecen y en la cual viven: usan espada, y apunto que Medina fue soldado en Flandes y que Ruiz estuvo en Indias, como en los siglos xvi y xvii se llamaba las regiones americanas.

»Todo este batiburrillo de noticias tan vagas como inconexas, prueba que yo oía campanas sin saber a donde; porque la tradición de la calle de la Cabeza de Madrid, es la de esta leyenda indudablemente, y no alcanzo por que no fijé franca y seguramente los lugares, como hice después en mis recuerdos tradicionales; de todo lo cual resultan oscuridad y confusión fatigosas para el lector, que no sabe por

donde andan mis personajes.

*Las filosóficas reflexiones sobre los celos, son de la más cándida puerilidad, y una infelicisima imitación de los discreteos y juegos de palabras de las comedias del teatro antiguo. Lo mejor que recuerdo sobre los celos, es esta redondilla no sé de quien: tal vez del Conde de la Cortina, hermano del Marqués de Morante, dos cruditos ya difuntos:

¿Qué son celos?—Los recelos de una cosa imaginada. Si son celos, no son nada; si son nada, no son celos.

»Si yo hubiera podido decir algo así de los celos, podrían ahora leerse las nueve redondillas que perdi el tiempo en hacer para comenzar el tercer número de este relato.

 \pm La mayor y más palpable prueba de mi irreflexión, mi poco estudio y faita de práctica en la narración, es la siguiente: el número V concluye en mis anteriores ediciones, con estos versos, que he suprimido en esta:

No faltó en el barrio alguno
que a media voz se atreviese
a decir que cuando pasa
por ante el Cristo se tiene,
y el embozo hasta los ojos,
el sombrero hasta las sienes,
cruza azorado la calle
como si algulen le sigulese;

y a vuelta de hoja, digo muy fresco, y sin acordarme de que acababa de escribir lo contrario:

De entonces, en los siete años, después del hecho traidor, ni una sola vez de miedo por ante el Cristo pasó.

Y estos descuidos y contradicciones sólo a mí me pasaban y a mí solo me las han pasado la benevolencia de mís criticos y el favor del público, que han tenido la consideración de no echármelos en cara en cuarenta y cuatro años que anda impreso este tan contrahecho aborto de mi romántica inspiración. Ya que no sólo no tenia yo inconveniente sino que ponía empeño y tenia prurito de infringir todas las 2196

reglas y conveniencias clásicas, apor que no hice de esta tradición un cuadro realista haciendo a sus personajes gente del pueblo bajo, como los de la tradición madrileña de la calle de la Cabeza?

«Don José Joaquin de Mora, que aplicó antes que yo el título de leyendas a las suyas impresas en Londres, y que era hombre tan versado como apegado en las reglas y a las formas del clasicismo, os es atrevió a contar la tradición de la buñolera mora de Granada, por no mentar los buñuelos, juzgando bajo, vulgar y antipoético el aceite, la masa y el humo con que y entre lo que los hace la buñolera; y convirtió en bordadora la que Gonzalo de Córdova fué a cojer a las mismas puertas de Granada, para complacer a la Reina Católica, que tuvo antojo por los celebrados buñuelos de la mora.

»Esta delicadeza clásica se concibe en el meticuloso humanista don José Joaquin de Mora, que escribir octavas reales octoslabas; pero no en mí, que tiré por la ventana el arte poético de Horacio y la retórica en que estudié, al cojer la pluma para escribir mi pri-

mera composición a la muerte de Larra.

»Si hubjera yo puesto la escena de esta leyenda entre la gente y los barrios bajos de Madrid, y estudiando a Quevedo y a don Ramón de la Cruz, hubjera hecho un cuadro de género, animado y realista, en el cual las creencias supersticiosas y las costumbres picarescas de fines del xvri y principlos del xvri me hubjeran dado hecho los caracteres y las escenas populares y el milagro, hubjera contribuído esta tradición a aumentar justamente mi fama, en lugar de obligarme a pasar por la humillación de confesar que es uno de los borrones de las páginas de mis libros.

*Espero que el lector me la perdone, por la sinceridad de mi confesión, y que Dios me tome ésta

en descargo y por penitencia de haberla escrito.»

En esta reimpresión hizo Zorrilla ligerisimas enmiendas, que, claro es, conservamos aquí. La más importante, motivada por la razón a que alude en la Nota copiada, es la supresión de los siguientes versos, a la terminación del apartado V:

Mas no faltó en él alguno
a media voz se atreviese
a decir que cuando pasa
por ante el Cristo, se tiene,
y el embozo hasta los ofos,
el sombrero hasta las sienes,
cruza azaroso la calle
como si alguien le siguiese.

En estas conversaciones, cada vez menos frecuentes, pasaron al fin los años, uno, dos, tres, hasta siete.

 (Pág. 131). En el tomo de las Obras completas (1884), Zorrilla incluyó también esta leyenda, con muy leves correcciones. Precedía a la leyenda la siguiente Nota:

«Todos los que, españoles o extrangeros, nuestra poesía moderna conocen y de la mía se han ocupado, han convenido en que la espontaneidad y frescura que en esta leyenda rebosan, la hacen acreedora
a no ser completamente relegada al olvido; cuando el progreso de la ciencia, la depuración del gusto
literario y las obras de otros poetas de más saber y de más valía, arrumben entre el polvo de las bibliotecas las de los poetas que hemos escrito en la época revolucionaría del 33 al 47, a la cual he dado
en mís artículos del Imparcial el dictado del Tiempo viejo.

»Ni puede tener más altas cualidades que las de frescura y espontaneidad, siendo como es esta leyenda obra de un muchacho casi imberbe, ignorante, vagabundo y desaplicado, cuya poesía no obedecia entonces más que al capricho de su exaltada imaginación y de un instinto poético natural. Tengo, sin embargo, la debilidad de creer que no me deshonra; y de ella y de la del Capitán Montoya y de la del Margarita la Tornera saben algo de memorja cuantos aquella época de mi tiempo yiejo recuerdan.

»Lo que nadie sabe, es el origen y la razón que para brotar de mi fantasía tuvieron esta y mis

demás leyendas tradicionales o religiosas.

s Llevaba yo por aquellos tiempos muy buena amistad con D. Salustiano Olózaga, a quien mi padre había perseguido mucho y hecho emigrar por sus ideas politicas por los años del 27 al 30; durante los cuales fué mi padre Superintendente general de policia. Queriame por lo mismo D. Salustiano, que era hombre de grande ilustración y de mucho mundo, y habíame ofrecido siendo Ministro la devolución de mis bienes paternos, que estaban embargados, y el induito y jubilación de mi padre, impertérrito carlista emigrado en Burdeos. Ni la tenacidad de mi padre permitió a éste aceptar la generosa oferta de Olózaga, ni a mi mis quijotescas ideas recojer y administrar sus bienes, cuyas rentas cobraban intrusos arrendatarios; temiendo yo además que mi amistad con Olózaga no poco me perjudicara para con mi padre y sus correligionarios.

solfa yo comer solo con Olózaga los jueves; y los dos mano a mano de sobremesa solfamos tener mutuas espansiones, tal vez en el tan calculadas como en mi espontáneas, en las cuales el tornándose muchacho y yo pujando por hombrearme con el, nos decísmos cuanto pueden decirse, pero no escribir, dos tan distintos hombres como lo éramos D. Salustiano y yo; y un día concluimos por entablar

tras otros tan excentricos un diálogo por este tenor:

sTenso vo una idea, me dijo él, para hacer de V. el poeta más popular y tal vez el más rico de España. Abri yo tamaños oidos a lo de la popularidad y tamaños ojos a lo de la riqueza, mientras el continuaba diciéndome: Yo tengo a mi disposición los archivos de todos los juzgados y tribunales, y a la de V. todas las causas de los estafadores, ladrones, bandoleros y contrabandistas célebres del reino; desde Apolinario y José Maria, cuyas partidas empezó su padre de V. a destruir, hasta Candelas, a quia tengo yo ahora preso. En lugar de esas detestables coplas y bárbaros romances, con los cuales celebras sus hechos y los propalan por medio de los ciegos, famélicos poetastros a quienes tales obras no acarán famás del olyido, ni daránles más que pan para no morirse de hambre. V. podría hacer un omancero popular, y con un romance semanal desinfectar ese albañal literario, inocular en el pueblo su germen melor de poesía, y figúrese V. los cientos de miles de cuartos que le producirán los cientos de miles de pliegos semanales de tan populares romances.

»Ni per un solo instante deslumbró mi casi infantil ambición, ni mi inocente anhelo de gloria mundana el cálculo de aquella enumeración de cientos de miles, que podían muy bien llegar al millón.

Sólo me asordé de quién era hijo.

»Oiga V., D. Salustiano, le contesté sin vacilar: mi padre es aquel magistrado integérrimo y aquel incorruptible y tremendo juez que limpió de ladrones la capital, ahorcándoles en la plaza de la Cebada, y aquel abalde de casa y corte de cuya policia estuvo V. a pique de caer en manos: V. mismo me ha confesalo que, aparte del intolerante espíritu de partido que hacía de él un ciego y tiránico perseguidor de les criminales incorregibles confundiéndoles con los que él creia enemigos de la patria, mi padre era in magistrado recto por cuyo hijo tiene V. una simpatía igual al respeto que tuvo por su rectitud. Pues bien, mi padre tuvo la perdonable vanidad de hacer pruebas de nobleza, y yo no tiraré nunca mis versos a la calle por ambición de popularidad ni de dinero, para que los ciegos y los vagos los recojas y los lleven a las tabernas, a los garitos, a las cárceles, a los presidios y a los burdeles, Mi poesía y la popularidad que me alcance han de venirme de arriba y no de abajo: yo tengo instintos de volar, aunque sea tan torpemente como el pato, y he soñado alguna vez que me nacían alas: no seré jamás una rata que se meta en los albañales y se esconda bajo la tierra, privándose de poder levantar al cielo los ojos; yo pienso dar otro campo a mis romances en el de la tradición histórica y religiosa. Patrañas y vejeces, me dijo Olózaga, con aquella leve sonrisa mefistofélica que distendia algunas veces las comisuras de sus labios, iluminando como con un relámpago sus claros ojos cargados de magnético flúido. Vejeces: va V. a hacer de su poesía el epitafio de lo que muere, que no es otra cosa la possía de los recuerdos.

«No me gustó semejante amenaza para el porvenir de mis pobres versos; pero le contesté resuelto a no cejar voy a hacer volver los ojos a los días de su niñez a todos mís lectores. D. Salustiano; y no hay nadie que haya creído en algo que no recuerde con intima, poética y espiritual fruición las hay nadie que haya creído en algo que no recuerde con intima, poética y espiritual fruición las sado: y si muere con la tradición religiosa, siempre tendrá mejor enterramiento entre las piedras de los viejos altares y los recuerdos de santas y poéticas patrañas, que entre la infancia de los presidios nuevos y la embriaguez de las nuevas tabernas, bautizadas hipócritamente con el apodo industrial de co-

mercios de vinos.

»Y no hablamos más de ello y comence yo mi Legendario como hoy este libro por la leyenda del Cristo de la Vega de Toledo.»

 (Păg. 141). Poesías de Don José Zorrilla. Tomo III. Madrid: Imprenta de Don José Maria Repullés, 1838.

Comprende desde la poesia A Roma, hasta A una calavera inclusive.

15. (Pág. 145). En la edición de Madrid puso Zorrilla la siguiente nota: «La tizma Luz. Esta fantasia se publicó ya en el tomo primero. No siendo, sin embargo, más que parte de una composición que elautor no pensaba nunca concluir, se toma ahora la libertad de publicarla con el resto de la tal composición, porque precisamente sucedió lo contrario: La composición se concluyó, y esto prueba sin duda la inconsecuencia de los pensamientos humanos.»

Efectivamente, a La última luz, con que comienza la fantasia La noche inquieta, Zorrilla añadió

El silenciey la oscuridad y El amanecer.

 (Pá5, 211). Poesias de Don José Zorrilla. Tomo IV. Madrid: Imprenta de Don José Maria Repulles. 1839.

Emplea con la comedia Más vale llegar a tiempo que rondar un año. Luego siguen: Las hojas secas; Recuerdos le Valladolid; A Blanca; Canción.

17. (Pág. 215). Al reimprimir Zorrilla, con insignificantes correcciones, esta levenda en el tomo Obras completas (1884), cambió el título de Recuerdos de Valladolid por el de Justicia de Dios, y antepuso la Nota siguiente:

«Encemda sistemáticamente mi inspiración en el estrecho circulo de mis recuerdos, y dirigidas todas mis poesias escritas desde el 1837 al 45 por una misma senda y a un mismo fin, a borrar de la memoria de mi padre el crimen de mi fuga del paterno hogar, y a alcanzarme de él su perdón y el derecho de volver a vivir y morir en su compañía bajo el techo de mi solariega casa, en todos les argumentos de mis leyendas hay algo destinado no vida que a herir en mi favor los sentimientos de mi

padre, y a ser no más por él bien comprendido y tenido en cuenta.

sPerteneciendo el al partido realista, del cual fue uno de los más imperterritos sostenedores, miraba de muy mal ojo a la prensa, llamaba libelistas a los periodistas y tenta por filósofos volterianos a los que escribian libros que no fueran de religión o de moral; concediendo sólo el derecho de escribirlos a los sacerdotes, frailes o doctores. Todos los que de moral, religión o enseñanza no trataban, eran obras profanas que había que aceptar con mucha desconfianza y examinar con mucho culdado, porque no se exhalara de sus páginas el polvillo revolucionario y el corruptor espíritu filosofico del siglo xviii, que iban infiltrándose en el xix. Todo laico que daba a la prensa sus ideas en libro, fue objeto de recelo para aquellos alcaldes de Casa y Corte, compañeros de mi padre, integros jurisconsultos, persuadidos de que fuera de la jurisprudencia y la teología ni había ciencia ni para que escribir libros, peligrosos siempre para la multitud ignara. Las poestas contaban entre los libros inutiles; y hoy tengo para mi que no iban en semejante julcio descaminados; de modo que si aceptaban los versos de nuestro teatro antigno y los de Meléndez Valdés y de Juvellanos, era sólo porque los suponían productos de las horas de ocio de sabios monjes, de devotos sacerdotes y de julciosos jurisperitos.

Tan convencidos estaban de que no eran menester ya más libros de los que había, que un señor de Zuaznábar, honradisimo Alcalde de Casa y Corte que cedió a la debilad de publicar unos comentarios a no sé que leyes, que no le parecian suficientemente explicitas, fué objeto de menosprecio y acaso de burla entre aquellos severos furisconsultos; y siendo este Sr. de Zuaznábar vizcaino, y hallándose dos años después de dicha su publicación en las provincias Vasconsadas, al estallar la primera insurrección carlista en 1834, no faltó un chusco, imitador gerundiano de las coplas del P. Isla, que le hiciera éstos, que en aquel tempo y en aquel país se tomaron por chistosos versos, y aun of yo recitar

en mi casa

«El señor de Zuaznábar tiempo andando »de sus errores lágrimas vertiendo. »mostró arrepentirse con ojos llorando »de cuanto había hecho con pluma escribiendo.»

sDiscurri yo dos cosas, que crei muy a propôsito para hacer apechar a mi padre con mi pretensión y audacia de publicar libros; una, sialarme en el trabajo y esquivar tenazmente todo compromiso con que mi naciente reputación pudiera lizarme con ningún partido político; con el carlista, porque habia huido de el al abandonar mi familia, que era carlista; con el liberal, porque no era el de mi padre, quien no queria yo que jamás pudiera tacharme de hostilidad hacia el ni sol con contrato el ni soledad y el ni salamiento

de mi constante trabajo.

»Difícil era mi empresa, y más difícil la posición en que, en aquella época efervescente, me constituia en la sociedad de Madrid. Me labré una reputación sólo a fuerza de trabajo, y sin pertenecer a ninguna academia, instituto, club, ni pandilla, más que al Liceo, en cuyas sesiones hacía frecuentes lecturas: y pasé así seis años sin ser nada, ni siquiera guardia nacional. El fusil tuve año y medio tras de la puerta de la escalera de mi casa; y cuando venían a avisarme que al día siguiente me tocaba de guardia, alargaba un duro al que venía a participármelo, dieiéndole siempre «para el individuo que me represente». De estas representaciones vivían muchos; y como todos los vecinos útiles de Madrid estábamos alistados en la milicia, había como yo sin duda muchos sustituidos en las guardias por un individuo. No podía, sin embargo, marchar siempre por tan estrecho camino sin tropezar y al fin tropecé. Una de las atrevidas expediciones carlistas, no recuerdo si la del conde de Negri o la de Zariategui. llegó casi a la vista de Madrid: batieron generala los tambores de la milicia nacional: todo el mundo acudió a las tapias, que se llamaron murallas: Instaláronse las avanzadas: asoleáronse y serenáronse dia y noche los milicianos: y como no hay peor sordo que el que no quiere oir, yo no of la generala: delatáronme los vecinos y vecinas, que tenían al sol y al sereno a sus maridos y a sus hijos, y que me vieron desde las suyas a través de las vidrieras de mis balcones, y me formaron consejo de disciplina. Escribi El rey loco en aquellos quince dias de sustos para mis compañeros de armas y de encerrona forzosa para mi; y dejando de afeltarme en aquellas dos semanas de trabajo, cuando al fin de ellas me presenté en el consejo, pálido, ojeroso, enteco, mal embarbado y con dos certificados de no sé cuántas enfermedades profilácticas que en mi mezquino cuerpo llevaba con ellas, el consejo persuadido de que con tantos alifafes no podría yo vivir un mes más, me absolvió de culpa y pena; y volviéndome a desbarbar, me fui aquella misma noche a entregar a la empresa del teatro de la Cruz mi drama de

«Nadie hasta hoy ha sabido, ni aun tal vez sospechado, que el aislamiento en que siempre vivi y toda mi conducta ha obedecido a un principio fijo y a un cálculo sistemático. Esquivo siempre a la sociedad de mi tiempo, rechazando tenazmente la protección y las ofertas de amigos opuientos o poderosos, que quisieron hacer de mi un hombre como los demás, funde toda mi ambición y puse todo mi empeño en no ser nada más que poeta y en no vivir más que de mis versos; lo cual podia tenerse por un milagro en aquellos tiempos, pero cuyo milagro debía servir para asombrar a mi padre con mi doble

abnegación de arrostrar una vida de asiduo y escesivo trabajo, y el destino y título de poeta, en un país en donde semejante título y ocupación eran poco menos que un padrón de infamia y un certificado de holgazaneria; y todo ello por no aceptar nada del progreso del siglo y de los gobiernes constitucionales, que tanto aborrecía mi padre.

*Esta leyenda «Justicia de Dios» no es más que una prueba de mi aserto: sólo el comprendió el secreto impulso que produjo su argumento, que es un recuerdo de mi casa y de mi más corta niñez:

pertenece a los de mis primeros siete años,

»Por los de 1824 y 25 habitábamos en Valladolid el piso segundo de la casa del balcón grande de la Corredera de San Pablo. En ella visitaban a mi padre, entre otros muchos individuos del clero regular y secular, un dominico de San Pablo, condiscipulo suyo, doctor como él en ambos derechos, y como el tenaz y exaltado de espíritu realista y vigoroso y desarrollado en su corpórea humanidad. Encortrábase a veces con este corpulento dominico, un carmelita calzado del convento del Campo Grande, hoy y desde 1835 destinado a hospital militar, pero por los tiempos de que voy hablando, monasterio de monges, cuyo superior era este amigo de mi padre, también su condiscipulo, de noble familia, de

mucha ciencia, de borrascosa juvenil historia, y de reconocida y respetada virtud.

sel dominico, hombre tan firme en sus propósitos como recto de miembros, llevaba sus hábitos con brio y desenfado un poco mundanos, dejando ver claramente el hombre tras el escapulario: mientras el carmelita, profundamente creyente, religiose por convicción, y de ascético aspecto, respiraba modestia y unción cristiana dentro de su pardo sayal. Inspirábame a mi no poca infantil pavura el erguido dominico, y atraiame y me cautivaba el pálido y arfable carmelita; tomábame aquel a veces en sus robustos brazos y elevábame hasta tocar con el techo, burlándose de mi miedo natural en tal posición; y acariciábame paternalmente sonriendo el carmelita, dirigiéndome cariñosas y consoladoras palabras, diametralmente opuestas a las con que pretendia hacer de mi un valiente el dominico; temia yo, en fin, a éste, y encarifiábame con aquel, que era además el confesor de mi madre y con quien mi padre tenia más consideración que familiaridad.

*Una noche, en que yo convalecia de una enfermedad, en una alcoba inmediata a la cámara en que solian hacer su tertulia en invierno, hasta las ocho el carmelita y hasta las nueve muy largas el dominico, con mi padre, hablaban ellos y escuchaba yo, oyendo bien pero comprendiendo mal su conversación. De ella y de cien palabras de otras, que almacenaba yo en mi memoria, sin que ni ellos mi yo nos apercibiéramos de tal almacenaje, deduje yo más tarde que el carmelita había sido un hombre de la mejor sociedad, a quien un lance estraño y desengaños amargos de la vida, habían llevado naturalmente al retiro del claustro y a la virtud de la convicción religiosa. Entre los átomos sueltos de aquellas conversaciones que en la memoria conservé con la maravillosa e inesplicable retentiva de los chicos para lo aun inconcebible para ellos, había entre ruido de espadas e intervención de jueces y alguaciles, la imagen de un hombre muerto y una sepultura de doble cadáver a manera de aparición milagrosa; todo lo cual encerraba mi memoria en este circulo de palabras que dos o tres veces oi al carmelita; «Dios es justo: y en esta vida, quien no paga a la entrada paga a la sailda.»

*Estos recuerdos, tan vagarosos como pueden serlo los de un chico nervioso y destinado a poeta por su mal sino, forman la mitad de la base de mi leyenda «Justicia de Dios: recuerdos de Valladolid.»

»La otra mitad, es una historia en la cual fué actor mi padre, y mi madre y yo testigos de vista,

dos años después.

»A fines del 27, volvimos de Sevilla a Madrid, donde y a la sala de Alcaldes de Casa y Corte le traja el ministerio desde la Audiencia de aquella sultana del Guadalquivir; y mientras se preparaba para Superintendencja de policia y habitación de mi padre el palacio que hoy pertenece a los Duques de Santoña, estábamos alojados en una casa de huéspedes de la plaza de Santa Cruz, sobre cuyo viejo caserón ha levantado la suya uno de mis más leales amigos, D. Fernando de la Vera, de quien en otra parte de mis obras hago justa mención. Eran las diez de la noche del plenilunio de Agosto: no trasnochaba ni se alumbraba Madrid como ahora, y alzaba aun su aguda cupulilla la iglesia ya derribada de Santa Cruz; la Carcel de Corte, hoy ministerio de Ultramar, trazaba en el empedrado dos varas de sombra al pie de su fachada, y la de su torre del ángulo norte avanzaba de aquel negro pedestal un losange que casi tocaba con el pie de la de Santa Cruz, quedando el centro de la plaza bañada en la argentina luz de la luna. Tomaba mi padre el fresco en una silla puesta en el ancho balcón teniéndome sobre sus rodillas, y acompañábanos mi madre, acodada en su baranda de hierro: meditaba mi padre, respetaba muda mi madre su sílencio y yo estaba muy próximo a dormirme, cuando viniendo de la plaza Mayor, apareció de repente un homdre que corria desatinado, tras el cual corria furioso otro que llevaba en la mano un arma que relucía: alcanzó al perseguido el perseguidor en la raya final de la sombra y dió sobre él cayendo juntos; y antes de que en la plaza desembocara un tercero que tras el segundo venia, desapareció este por la calle de la Leña, mientras el tercero se inclinó a socorrer al primero, que en tierra yacia, desesperanzado de alcanzar al segundo, que en alas del miedo volaba; en cuyo momento acudió la guardia y los alguacies de la Audiencia, que prendieron como asesino al ayudador del asesinado, que tenía clavado bajo el homóplato izquierdo un puñal que habis partido el consora el marca. Mi padra que bafa e la plaza en bafa a considera del momento acudido de la consora el marca de la consora el marca. que había partido el corazón al muerto. Mi padre, que bajó a la plaza en bata y zapatillas, mi madre, a quien hubo que volver en si a fuerza de éter, el grupo de la gente que acudió alrededor del muerto, los lamentos de la de la casa y las palabras de mi padre, quedaron en mi imaginación y en mis oidos, turbaron mi sueño alguna vez y me sirvieron al fin para ofrecer más a mi padre que al público, este

doble recuerdo suyo de Valladolid y Madrid. Lloró mi padre en Burdeos donde estaba emigrado al leer esta leyenda que hice yo llegar a sus manos, y sintió sin duda placer, si no vanidad, al saberme famoso y al verse él tan misteriosamente envuelto en las páginas de mis librejos, y aplaudióme en su interior estas muchachadas mias: que nunca por más las dió por mucho en que las tuviera; pero no se consoló jamás de no verme doctor en leyes, defendiendo una causa por mala que fuese en el más desierto estrado del más oscuro tribunal.

"Tal es el origen de esta leyenda, cuyo valor literario no perderé el tiempo en ponderar, por su

poco precio, y porque lo dicho en otra nota anterior es aplicable a todas mis levendas.

*Esta tiene nifierias dignas de compasión: bastan para muestra los dos diálogos del número I entre D. Ana y D. Tello, y el del número III entre este y el juez. Al escribir el primero, estoy seguro de que no sabía yo aún en qué forma iba a desarrollar mi argumento; es verdad que esto les ha acontecido a los mejores poetas del mundo, en la mayor parte de sus obras de compromiso o de pane lucrando, Seguro estoy, como si lo hubiera visto, de que al empezar Calderón sus Emreños de un acaso, con uno que va a salir y otro que va a entrar por la puerta de una casa dice el uno:

De aquí no habéis de salir metal containing the land or the containing of quien sois he de saber;

y responde el otro:

Pues mirad cómo ha de ser, que yo no lo he de decir,

no sabía Calderón más de la forma y reparto que iba a dar a sus escenas, que lo que sabía yo del de las mías, al escribir el diálogo entre Doña Ana y Don Tello. De las filosofías del fraile, no digo nada por no arrancar lágrimas a los adoquines de mi rejuvenecida ciudad natal. Del Campo Grande, en el cual estaba el convento del fraile de mi relato, no hay ya muchos que recuerden haberlo visto tal como yo lo vi; una esplanada áspera y escueta a todos los vientos abierta, y encerrada entre fachadas y tapiales de iglesias y monasterios: San Juan de Letrán, de barroca arquitectura, del 1600; Jesús y Maria, cuyas monjas franciscanas, que guardaban cuidadosamente las modestas sepulturas de sus fundadores Don Ventura y Doña Isabel de Onis (1), desde el 1587; el de las Lauras, religiosas dominicas descalzas, que en la pascua de resurrección esponen a la veneración de los fieles el santo sudarjo en que fué envuelto N. S. J. C. y que conserva la venerada imagen de su divino cuerpo todavía en su tejido estampada; y el convento de carmelitas descalzos, albergue del monje amigo de mi padre y por mi convertido en héroe de mi Justicia de Dios. Hoy frondosos y cimbradores árboles, aromosas flores y sonoras fuentes han convertido en jardin ameno y saludable paseo aquella desierta y arenosa esplanada, donde tomaba el sol y elucubraba sus poéticos abortos el pálido estudiantillo, autor después de todos los miles de versos de que hoy estos sus libros se componen.

(Pág. 238). Poesías de Don José Zorrilla. Tomo V. Madrid. Imprenta de Don José Maria Repullés, 1839.

Empieza con la comedia Ganar perdiendo. Luego siguen: El crepúsculo de la tarde: A un áquila, oda: Oriental; Canción; *** A Mariana, canción.

19. (Pág. 252). Poesías de Don José Zorrilla, Tomo VI. Madrid: En la Imprenta de Yenes, calle de Segovia, 1839.

Contiene: Príncipe y rey, romance histórico: Las dos Rosas: El Niño y la Maga, fantasta,

(Pág. 282). Reimprimió Zorrilla Las dos Rosas en el tomo único de Obras completas (1884). con la siguiente Nota:

*Esta leyenda es otra de las espeluznadoras elucubraciones de mi viejo romanticismo: fruto natural de aquella estación revolucionaria, en la cual brotó mi poesía como una yedra salvaje o trepadora enredadera silvestre de lujuriosa y profusa vejetación, que todo lo invadía enlazando sus incultas ramas y colgando sus inútiles flores en todas las ruinas, tapias, árboles y asperezas del terreno en que nacía.

Desde los primeros versos de la introducción se echa de ver lo indeterminado y falto de estudio de su poco meditado argumento. ¿Dónde pasa la acción? ¿En qué época? Hoy que, para corregir las pruebas de esta publicación, leo estas mis Dos Rosas después de cuarenta años de haberlas escrito, me saltan a los ojos los muchos defectos que sus pocas bellezas de descripción empequeñecen y anublan.

»La escena pasa en un escondido valle por donde corre el Carrión; lo mismo pude hacer correr al Pisuerga, al Esgueva, al Arlanza y al Arlanzón, si el metro no me hubiera exigido un río de dos sílabas; y lo mismo que le hago correr al pie de una torre por entre una calle de chopos que aconsonanta con el valle, le hubiera hecho correr por encima de un pedregal, si la torre hubiera sido feudal. En resumen, ni mis lectores de entonces pudieron, ni los de hoy pueden, ni yo pude ni puedo ni entonces ni ahora saber en donde pasa mi narración. Ya casi al fin de ella digo que

⁽¹⁾ En Obras completas, por errata, de Ozús,

del espléadido palacio que ocupa en Valladolid el rey don Juan el segundo, nys de su reinado al fin.

estân hablando en un camarin, que no sé por que razón era oculto, el héroe de mi cuento y un Don Rodrigo, a quien saco a plaza, para que con su conversación con Pedro Ibáñez enlace la primera con la segunda parte de la leyenda. Del estrambótico y pueril diálogo con que mis dos personajes dan comienzo a esta segunda parte, deduzco ahora que la época en que pasa la primera es a más de mediados del largo reinado de Don Juan II; puesto que en la segunda aún es Pedro Ibáñez galán y por serlo va a casarse con Rosa de Montalván; y que si hubiera él sido brusco, se hubiera casado con una Rosa de Monte-Arusco. Esto en cuanto a la manera de localizar mis narraciones.

»Por lo tocante al descuido e incorrección de mis versos y a la incoherencia de la espresión de mis

ideas, no hay que pasar de las primeras páginas para dar con ellas: digo en la introducción

el agua y el tiempo pasa y él no pasa de pastor;

el agua y el tiempo forman plural y el verso acusa singular; de modo que el tiempo o el agua se inmovilizaron al escribir pasa, en vez de pasan; pero era necesario que pasara uno solo, porque pasa aconsonanta después con casa.

En el primer romance digo que altos y desnudos chopos tienden al agua sus ramas porque se miren en ella; y que ella pasando ufana por la sombra que de ellas recibe, lame sus troncos y raíces con blando murmullo. El chopo es un árbol alto, recto, de hoja romboidal y apretada, pero de corto ramaje que no se estiende ni se inclina para dar sombra y mirarse en el agua, como yo supongo: además de que digo que es invierno helado y aplico a mis chopos el adjetivo desnudos, es decir: despojados de hoja; cuyos pormenores en vez de aclarar y determinar la idea, la embrollan y la hacen incom-

prensible, contradictoria y absurda.

*Estos defectos son generales y peculiares de todas mis obras de entonces; y los marco aquí, aunque no los corrijo, porque entiendan mis lectores que soy modesto y reconozco mis faltas; sin que los muchos aplausos que me han valido, ni los muchos dineros que han producido a mis editores, me hayan cegado y enorgullecido hasta hacerme creer que mis versos son los mejores del mundo, y que yo soy el non plus ultra de los poetas de mi tiempo; y no corrijo estos defectos viejos en esta nueva edición, porque necesitaria refundir y casi hacer de nuevo todas mis obras; y porque ni el público ni la critica me aceptarían tales correcciones; el público porque no querrá conocerlas más que como las sabe, y la crítica porque no querrá concederme que sepa yo tanto como ella; y estoy seguro de que hallaría mis correcciones peores que mis defectos corregidos, y de que jamás me perdonaria mi ingenuidad siacera y mi modesta humildad, en estos tiempos de pandillaje y de bombo, en que no hay ya un zascandil a quien los periódicos no traten de eminencia: con cuyo sistema han convertido nuestra sociedad literaria en un sacrilego colegio de Cardenales; porque cardenales levantan en el sentido común las obras y los hechos de muchas de estas eminencias, en comparación de cuyas monstruosas producciones y elucubraciones espeluznadoras, tengo para mi, jy Dios me perdone mi vanidad!, que son tortas y pan pintado las mal meditadas y descuidadamente escritas narraciones de mis Dos Rosas y de los demás desaliñados cuentos que componen mi legendario. Abónalas de todos modos y testifica la poca importancia que yo las daba y la escasa estima en que al escribirlas las tenía, la pretensión modesta del final de la introducción de Las dos Rosas, diciendo a sus lectores que si escuchándome su narración se duermen al calor de su almohada, me serán deudores de una tranquila noche; con que, si no por ofendido, pero aun por contento me daba de que mis versos sirvieran para hacerles conciliar un sosegado sueño, venga Dios y vea si hay en España autor de menos amor propio y de más modestas aspiraciones que el de estas leyendas, out of the about polices serious contents of continues for a serious s

21. (Pág. 309). En un principio este verso era así:

Acogotando allí su envidia toda.

Sin duda no le gustó a Zorrilla al imprimir el tomo de sus Obras completas, y le sustituyó por

Acogotando así su ruin envidia.

No echó de ver que de este modo desaparecía el consonante, ya que ese primer verso de la estrofa había de rimar con el tercero: Brindan y cantan a la ansiada boda.

22. (Pág. 328). Después del tomo VI de sus Poesías, Zorrilla publicó, con el título de Obras de Don José Zorrilla, tomo VII, (Madrid, Repullés, 1840), una colección facticia de comedias, que contenia Cada cual con su razón y El zapatero y el rey. Después de esto apareció el siguiente tomo: Poesías de Don José Maria Repullés, 1840. Comprendia este tomo las poesías y leyendas que luego, en la edición de París, quedaron centenidas bajo el titulo de Septima parte, o sea desde la Dedicatoria a don Juan Eugenio Hartzenbusch hasta El escultor y el duque. Aquel tomo VIII llevaha además, como apéndice, la Apoteosis de Don Pedro Colderón de Barca.

23. (Pág. 329). Así ha de ser, naturalmente, no obstante lo disparatado de la palabra, para que rime con docta. En la primera edición (1840) y en la reimpresión de Paris, apareció anecada, Sin embargo, cuando Zorrilla reimprimió El capitán Montoya, con la dedicatoria a Hartzenbusch, en las Obras completas, puso anedocta.

 (Pág. 330). Al reimprimir Zorrilla El capitán Montoya en el tomo de Obras completas, puso la siguiente nota:

Es esta levenda la que dió más rápido impulso a mi reputación de narrador legendario: de la que más reimpresiones se hicleron, con perjuicio del editor, que el primero y con buen derecho la insertó en el sétimo de los tantos tomos de poesías, que a destajo publiqué en los tres primeros años de mi aparición en la arena literaria, y la que, fuera de Margarita la tornera, fué mejor aceptada y más dineros produjo a todos, menos a su autor.

»La historia de esta leyenda es muy curiosa: en su popularidad de América tuvo mucha parte un hombre, en cuya biografía voy ya a meter ahora mi pluma, con el mismo derecho con que el metió la suya en la mís; suprimiendo empero en ella lo que de la suya con la mía estaba enlazado, Este hom-

bre fué el que murió secretario de la Academia, Antonio Ferrer del Rio.

*Y la vida de Ferrer del Río fue una prueba viviente de hasta donde puede elevar a una medjania en España su perseverancia, su tenacidad y su atención a no desperdiciar las ocasiones de apoyar

el ple para alzarse sobre los hombros sólidos, cuyo apoyo al paso se les ofrece.

*Era Ferrer del Rio por los años 39 y 40 de nuestra centuria taquigrafo de las Cortes, con ocho mil reales de sueldo: y era hermano de una muy buena muger que tenía una tienda de gorras en la Puerta del Sol. Era Ferrer grande de estatura, un si es no es cargado de hombros, pesado de movimientos, de fisonomía vulgar, de ofos saltones y cortos de vista, y de palabra tarda de poco fácil elocución: pero de sencillez modesta, de conducta sin tacha y con el aire más natural de hombre de bien. Enfre Espronceda, Ventura de la Vega, Bretón, Hartzenbusch, Enrique Gil, Ros de Olano y otros ingenios de más valor, más mundo y más travesura que yo, bullia yo, sin embargo, y comenzaba a ser celebre y hombre de cosas: yo, que no era más que un insensato estravagante, con menos malicia que un conejo y más aturdimiento que un estornino.

Hizose Ferrer encontradizo conmigo en el circo de Paúl de la plaza del Rey, donde yo me embobaba como un babieca con el volteo y los equilibrios de Oriol, y en donde conclui por meterme a giumasta bajo la dirección de Ratel, de quien me hice amigo, y que era el clown que mejor ha hecho el papel de orangután en los circos de aquellos tiempos y los presentes. Intimó pronto Ferrer conmiso, cen quien todo el mundo ha podido y puede familiarizarse; y a fuerza de acompañarme al giumasio y al circo y a la sala de armas y al tiro de pistola, concluyó por bacer poco menos que vida común commigo, sirviendo con su formalidad de contrapeso a mi insensatez. Ferrer, que comía en mi casa, decia muy gravemente que la amistad de Ratel no era cosa que honraba mucho al hijo de mi padre; que la giumasta y el tiro de pistola eran ejercicios muy útiles y muy higiénicos, pero que pasarse cuatro o cinco horas diarias en el tiro y en el circo, y gastar el dinero de las questas en almuerzos y meriendas, era no utilizar las ganancias de la destreza y desperdiciar el tiempo que hacia falta para el trabajo; y Ferrer tenta razón y mi familia se la daba; pero Ferrer no depan nunca de acompañarme, de ser el primero que se sentaba a la mesa de los almuerzos y meriendas de los tiradores, embaulándose ampliamente sendas tajadas y vaciando alegremente tripudas botellas; reservándose por supuesto su derecho de moralizar filosóficamente contra nuestros desórdenes y despifarros.

*En esta posición commigo, instaló Ignacio Boix la primera casa editorial que hubo en España, con las condiciones de tal: despaño, oficinas, un periódico ilustrado, precios como hasta entonces no los habian alcanzado para los artículos y trabajos de la Avellaneda, Zárate, Esproneeda, etc. y pude este Boix ser el primer librero de España, si hechos y circunstancias de su administración y de su carácter, que no son del caso, no se lo hubieran impedido. De este Boix vino a ser empleado Ferrer del Rio; y su exactivad en la asistencia al escritorio, el orden con que llevaba el despacho de sus necocos, y la diligencia y homadez con que desempeñaba los que para fuera de la oficina se le encomendaban, le ganaron las simpatias y confianza de Boix; quien acabó por encomendarle el establecimiento de una sucursal en la Habana, encargándele de la venta de grandes cajones de valicoso libros en que-

lla isla.

*Por aquellos días escribi yo mi Capitán Montova, que lei en el Liceo, que entusiasmó a los românticos de entonces, que me captó un poco de benevolencia por parte de Lista y Nicasio Gallego, quienes hasta entonces me habían mirado de recjo como a un palabrero sin sustancia, y un versificador sin conciencia: de modo que acabé yo por pagarme de aquel Capitán Montova, valentón a quien habían comenzado a tener respeto aquellos dos sabios maestros y valientes mantenedores del clasicismo.

*Ferrer del Rio, que andaba por mi despacho como yo mismo, que escribia en mi mesa y que dejaba sus notas y papeles en sus cajones, me pedia o tomaba mis autógrafos; y se llevó a la Habana

el de mi Capitán Montoya, mostrándome mucho empeño en conservarlos y vanagloria en ser depositario de mi confianza y mis borradores.

»Y partió Ferrer para América; y mientras por Cuba y Méjico anduvo ocupado en los negocios de la librería de Boix, me compró éste los Cantos del trovador; cuya idea me fué inspirada por la buena

acogida que mi Capitán Montoya obtuvo en Madrid y en las provincias,

Al cabo de dos años volvió Ferrer hecho un hombre: los asuntos de Boix habían por él recibido no pequeño impulso, de sus beneficios tocábale a Ferrer un tanto por ciento, el sueldo de casa de Boix se le había triplicado, y comenzó a alternar con la gente de letras, y comenzaron a germinar en él las aspiraciones literarias y la comezón de escribir.

*A su vuelta me dijo: «Chico, tu Cavitán Montoya ha hecho furor allende el mar: no hay quien sepa leer, que no se sepa de memoria lo de castor con cinta el de atrás y el de adelante con pluma; yo he hecho de el custro ediciones, y no se halla ya un ejemplar por un ojo de la cara; he sido la admiración y en-

vidia de aquellas gentes pavoneándome con tu manuscrito,»

*Y me regocijé no poco tal escuchando; y hallé muy natural que un tan amigo mio hubiese dado tanto viento a mi leyenda; sin que se me ocurriese siquiera que la venta de custro ediciones perjudicaba a mi editor Delgado, ni que cuatro ediciones debian de haber producido un buen puñado de duros, de los cuales Ferrer no me traía una peseta. Pero ni había entonces ley de propiedad literaria, ni yo pensaba más que en hacerme famoso para que mi fama obligase a mi padre, aún espatriado, a perdonar mis estravios y mi fuga del hogar paterno,

Tales fueron el origen y la razón de la popularidad de mi Capitán Montoya, que no es más que un embrión del D. Juan, y una variación de la leyenda de D. Miguel de Mañara, de la cual sin duda

no conocia yo entonces los pormenores.

*Tengo para mi que el asunto de *D. Miguel de Mañara* es mejor que el de mi *Capitán Montova*; que hubiera yo hecho mejor en escribir aquella leyenda que esta; pero tal como es, creo también, y perdôneseme la vanidad, que mi *Capitán Montoya* es un trabajo que no me deshoura.

*Al relectle después de cuarenta años, he hallado en él algunos defectos que he corregido; por más

que a mi corrección se resistan los que aún me leen,

*En la dedicatoria a Hartzenbusch no he querido corregir ni innovar nada, porque hubiera sido preciso suprimirla, o hacerla de nuevo: se ve a tiro de ballesta que es un inocentísimo desahogo de un muchachuelo pretencioso, de cuyos pujos de malicía no resulta más que una nifieria.

*En la narración no he podido menos de corregir dos o tres locuciones defectuosas o inexactas.
*Todo el mundo romántico supo de memoria, y todavía no falta alguien que cita como modelo de descripción la primera redondilla de la leyenda;

«Muerta la lumbre solar iba la noche cerrando, y dos ginetes cruzando a caballo un olivar.»

*Prescindiendo benévolamente de la lumbre por la luz, y del ba singular aplicado al dual ginetes, el ir estos ginetes a caballo es a mi entender una perogrullada. Un ginete no lo es si no va a caballo. Lorenzo de Porras asomó entonces por el encinar con cuatro cientos ginetes, es decir, con cuatro cientos soldados de caballería. Así es que al leer que mis dos ginetes cruzan a caballo un olivar, me ha parecido que mis dos ginetes van dos veces a caballo.

Más adelante están los dos caballos de mis dos ginetes amarrados a una cruz de hierro, donde apardan en silencio acostumbrados a esperar: lo cual parece indicar que alguna vez han esperado podido esperar habiando. Lo que quise decir, y no supe entonoes, fué que esperaban tranquilos, sumisos,

quietos, y ahora lo digo.

*Al final del número II digo que el capitán con un último esfuerzo despoja la calle entera; una calle no puede ser despojada de gente, sino despejada; que es indudablemente lo que quise decir, y no

pude, vencido por el asonante del verso par.

«En la segunda parte del número VIII, Montoya, a un fantasma que se le acerca, « que le dice; y lo que se dice no se ve, sino que se oye. Estas y otras faltas por el estilo he corregido, porque lo he creído indispensable; y espero que mis lectores harán justicia a la modestia con que espongo y corrijo mis errores.»

 (Pág. 385). Al reimprimir Zorrilla El escultor y el duque en el tomo de Obras completas, puso solamente en la dedicatoria: Dedicado a la Sra. D.* Matilde O-Reilly de Zorrilla.

He aqui la Nota que precedia a esta leyenda en las Obras completas:

«Cuatro veces estuve abocado y resuelto a abandonar la poesía: y cuatro veces la muerte se metió entre la fortuna y yo; la primera fué el origen de la nuta del autor que precede a esta leyenda. Tocabame partir con otro una cuantiosa manda piadosa, suprimida la institución para la cual el testador la había destinado; interponíase y demandaba el capital otra asociación que se decía sucesora de la primera, y aun con tal pretendido derecho le poseía: el juez, que era amigo mio y a quien mi socio y yo habíamos hecho comprender nuestro derecho, iba a fallar un lunes el litigio a nuestro favor; pero el

sábado por la tarde bebió un vaso de agua de nieve estando acalorado y el domingo estaba de cuerpo presente. El juez que le sustituyó falló en favor de la asociación, y yo volví a sumirme en el infierno de las letras.

•En 1869, Cagigas, Portilla y yo plantamos en América un negocio que una casa de banca de los Estados Unidos compraba a los cinco meses de establecido en una cantidad suriciente para volver los teres a Europa y no necesitar más los productos de nuestra pluma. Cagigas, que era el alma de aquella empresa y el único de los tres capaz de llevar su administración, murió del vómito; Portilla murió hace cinco años dirigiendo un periódico en Méjico, y yo escribo todavía estas notas, preparándome para irme a morir a Valladolid, en donde vine a nacer.

*En 1866 recibi de Maximiliano el encargo de escribir dos libros por los cuales me ofreció una cantidad, que debía ponerme fuera de la necesidad de trabajar para vivir. Los libros y su precio debían

ser entregados y recibidos en diciembre de sesenta y siete: en junio fué fusilado Maximiliano.

L. W., editor americano, tha a establecer en 1868 una casa editorial en Paris y me hizo un contrato por diez años con cinco mil duros anuales, casa y mesa en la capital de Francia; mientras yo esperaba sus órdenes para ir a Paris, fué él a Strasburgo a no sé qué negocio; W., hablaba alemán, los prusianos le tomaron por espía y le fusilaron.

非非非

*Llamo cuento a la leyenda del Escultor y el Duque, porque la tradición no dice más sino que Torrigiano indignado de la avaricia del duque, que no quiso dar por ella el precio en que la estimaba, la rompió; por lo cual murió encerrado en la inquisición. Yo he inventado el personaje de la Tishe, y en vez de la avaricia he dado al duque otra pasión más disculpable; lo cual trasforma en cuento mio la tradición sevillana; de la cual da fe en un museo la llamada mano de la teta, que pertenece a la madona que rompió el escultor.»

26. (Pág. 399). Con El escultor y el duque, como queda dicho, terminaba el tomo VIII de las

Poesías de Zorrilla.

A continuación insertamos las composiciones que nuestro peeta coleccionó en el tomo III de sus Obras, edición de París (1852, y otras posteriores, aumentadas). Comienzan con Ofrenda poética al Licco Artístico y Literario de Madrid y terminan con el soneto Siempre amé y amo aún, y desde ahora, traducido del Petrarca. En el citado tomo de la edición de París, sñadido en la segunda edición de las Obras, incluyó Zorrilla, a más de dichas poesias, las siguientes obras, que ya se habian publicado aparte: Un cuento de amores: Ira de Dios, poema biblico; Maria, Corona poética de la Virgen, poema religioso.—Obras dramáticas: El Rev loco; La reina y los javoritos; La calentura: La Creación y el Diluvio; El Excomulgado; Traidor, inconieso y mártir. El artículo El Poeta, primeramente publicado en Los españoles pintados por si mismos, y, a modo de Apéndice, Epistola al señor Don Fernando de la Vera Isla-Fernández, Una historia de locos y Fantasia.

27. (Pág. 424). Mientras que Zorrilla hace constar que las anteriores octavas italianas son de Mariel, nada dice sobre el autor de estos sonetos. El primero (Sulla morte del Redentore) es de Onofrio Minzoni (1734-1817); los cuatro restantes (Sulla morte di Giuda) son de Vincenzo Monti (1754-1826).

Pág. 431). Recuerdos y fantasías por Don José Zorrilla. Madrid, Imprenta de José María.
 Repullês, 1844.

Aunque los Recuerdos y fantasias se publicaron después que los Cantos del Trocador, Zorrilla los puso antes que éstos en la edición de Paris.

 (Pág. 457). Reimprimió Zorrilla en el tomo de Obras completas esta leyenda de El caballero de la buena memoria, con la siguiente Nota;

De esta levenda son el origen y el objeto los mismos que los de las anteriores; pero se ve que esta luc escrita en un periodo de cansancio, o en una de las intermitencias que sufren las facultades productivas o creadoras de la inteligencia obligada por la necesidad a la producción a destajo. Su narración está hecha como va saliendo de la pluma, sin decir ni más ni menos que lo que exige su curso natural hasta la conclusión, sin un arranque de inspiración en los sentimentos, sin una pincelada original en los caracteres, sin una novedad en las situaciones y sin un alarde brillante de versificación; que son las dotes literarias que avaloran este genero, y los chispazos casuales de luz que lluminan los cuadros de las narraciones en que se revela mi genalidad característica en otras de mis levendas.

»En la primera parte se conoce a la legua el esfuerzo de la voluntad para obligar a la mano a comenzar a escribir con objeto de que lo escrito vaya obligando a surgir a la inspiración, que no surge. La acumulación de niñerias políticas y sociales de la primera parte, prueba mi poco conocimiento del mundo; y la muestra pobre de la esposición de los caracteres de Doña Elvira, Don Juan y Gabriel en más pobres diálogos, la candidez infantil del autor casi imberbe, que se perdia en el laberinto de un trabajo para el cual no tenia las suficientes facultades: y sin embargo el argumento de esta tradición se prestaba e algo mejor de lo hecho.

*A pesar de todo lo tan ingenuamente dicho, tiene para mi esta levenda mil agradables recuerdos. Es la primera cuyo precio metálico pude remitir integro a mi padre emigrado en Burdeos: en la misma semana en que se lo remiti, volvió a Madrid mi madre, que había pasado cinco años en un pueblucho de una sierra de Burgos, aislada del mundo en los inviernos por la nieve, y en los veranos envuelta en el misterio, bajo el nombre de María de los Dolores y el traje y atavios de una viuda campesina y nos volvimos a ver y a abrazar después de ocho años de ausencia, con el júbilo y la esperanza con que volverían a encontrarse sobre la tierra dos resucitados. Después...; jay de mi! mi madre fué condenada por Dios a no dejar sobre el rastro de su existencia más que un requero de lágrimas!

* * 8

•Pecos vivimos ya de los que conocimos el paseo y convento de los Recoletos como estaba cuando concluía en la puerta de la villa que de ét tomaba nombre; no era más que uma calle de umas cuantas hileras de árboles; prolongación del Prado, cuyo lado izquierdo acotaban un centenar de viejas casuchas y antiguos caserones, y en cuyo lado derecho se alzaba el monasterio con las tapias de su huerto y de su cementerio, entre otros centenares de álamos blancos y negros, y unos cuantos tejares y ladrilleras; el humo de cuyos hornos enturbiaba continuamente la luz de la atmósfera cuando reinaba el norte, y hacia toser a los que por alli paseaban en invierno con el olor de las viejas maderas que de las demoliciones compraban los ladrilleros para combustión más económica.

»Había, sin embargo, un pedazo pequeño de terreno, antes de llegar al monasterio, donde un ingenioso coronel de ingenieros había establecido una galería topográfica, un pequeño templo del arte, lleno de paz, de frescura y de poesía. Allí colocó, obras de su constante trabajo y pruebas de su talento y estudios, una vista de Madrid por el Campo del Moro, con su palacio real con todos sus balcones, balaustradas y chimeneas, con el agrio repecho de la cuesta de San Vicente, el cubo de la Almudena en la cuesta de la Vega, la casa de la duquesa de Benabente, heredada por Osuna, en lo alto de las Vistillas; y alcanzaba a verse en aquel Madrid en miniatura desde el puente de la casa de Campo, en la Virgen del Puerto, hasta el de Toledo en lontananza en el tercer término de la derecha del paisaje. No faltaba ni una de las del paseo de las lilas, ni un farol de los de la plaza de la Armeria; la ilusión era completa lo mismo en este panorama de Madrid que en el de Mequinez y otros que en aquella galeria se admiraban expuestos, con un lienzo de Blanchard representando el interior de la iglesia del Escorial; maravilla de perspectiva a cuyo lienzo solia tirar una bola de papel el cicerone que lo enseñaba, para probar que era un plano lo que parecia un hueco. Alli expuso también Espalter su Venus tendida, escultura de esmerada talla y primorosa belleza escultural; aunque con el defecto de todas las obras de arte que, estralimitándose de su idea modelo, se estrellan en la materia maciza del naturalismo positivista. Venus, Diana, la Magdalena y todos los personajes tradicionales y mitológicos, no pueden ni deben ser representados sino en las situaciones y con los atributos en y con los cuales la mitología o la tradición los caracterizan. Una mujer desnuda, corriendo en cueros por un bosque o sobre el fondo cualquiera de un cuadro, no será nunca Diana, ni Venus, aunque el pintor las bautice con el nombre de estas Diosas; ni una mujer desnuda, estirándose, bañándose o prosternada, será jamás la Magdalena. Una mujer desnuda brotando de la espuma del mar, llevada por el aire en su carro tirado de palomas, armada de carcaj y flechas seguida de sus ninfas, o abrazada con Endímión, recordará más o menos bien a Venus y a Diana: pero no comprendo por qué se ha de pintar a la Magdalena en una provocativa desnudez, puesto que sólo se la conoce desde su arrepentimiento. ungiendo los pies del divino Salvador con la preciosa esencia de su perfume, y enjugándolos con su riquisima cabellera. Es claro que Pompeyo y Cleopatra tuvieron que cortarse las uñas y cepillarse los dientes; pero maldito si el arte aceptaria el más positivo y verdadero trasunto de Alejandro o de Leonidas, de Cleopatra o la reina Sabá cortándose los callos o mudándose la camisa,

Y esto era el defecto de la Venus tendida de Espalter, espuesta en la galeria topográfica de Recoletos; que la llamábamos Venus, porque con tal nombre la había aquél bautizado, pero no era más que una hermossima mujer desnuda dormida sobre un almohadón de terciopelo: maravillosa escultura que honraba a su autor, pero representación de cualquier mujer meridional o africana más que de la Venus

»El convento de Recoletos, inmediato a esta galería, era una sólida y vasta fábrica comenzada en 1593, continuada, suspendida y acabada, tras varias vicisitules, en 1642, y habitación amplia para las dos docenas de monges Agustinos descalzos, que cuidaban del servicio de su tiglesia, y de la limpieza de sus altares. El templo sin ser suntuoso contenia notables recuerdos y valiosas joyas.

*En 1683 fray Miguel de Aguirre, comisario de Indias, trajo del Peru una copia de la imagen de la Virgen de la Copacavana, que colocó en una capilla rica en reliquias: el primer marqués de Mejorada, ministro de Estado de Felipe IV, y su mujer Doña Teresa de Salvatierra, la dotaron de ciertas rentas diez años después, a condición de ser enterrados en su templo; y estaban sus sepulturas delante del presbiterio. En su nave central y en sus capillas estaban enterrados el celebre Pico de la Mirándola, Don Diego Saavedra Fajardo y otros personajes conocidos en Madrid. Existía un cuadro en este corvento que recordaba la resurrección, esto es, la vuelta a la vida de una muerte aparente, de la ilustre dama Doña Teresa Centellas, que se levantó del féretro al ir a sepultarla en el panteón del patronato, sobreviviendo siete años a esta resurrección; y en la immensa huerta de este monasterio estuvo el cementerio de los ingleses protestantes que morian en la legación Británica.

La bodega de Recoletos era famosa, y su vino origen de meríenda y borracheras a la sombra de

los árboles de sus alrededores, especialmente en mayo, en cuyo plenilunio se celebraba una fiesta o

rosario de la Virgen. La historia de esta bodega es euriosisima.

Se la dejó con su hacienda a estos trailes una rica labriega de Castilla, con una cláusula estrambética en su donación, y era esta: que habia de pintarse en la pared de la bodega un mico con un vaso en la mano, el cual mico tenia derecho a diez y seis cuartillos de vino diarios; pero como el mico pintado era imposible que se los bebiera, debian hacerlo en su lugar los coristas, sin que pudiesen tomar una gota de aquella medida ni el prior ni los monjes lectores; y en caso de que a estos conviniese arrendar y no administrar la bodega, tenía que hacerse el arriendo con la carga de la medida de los diez y seis cuartillos para el mico, por quien se los bebían los coristas.

¿Qué diablo de razón tendría la testadora para dejar con semejante cláusula su donación? Ella se llamaha la casa del escudo: debió, pues, vivir en buenas y continuas relaciones con la comunidad; y yo no me atrevo a añadir una palabra más sobre asunto del cual no tengo datos. La casa del escudo quedó en pie después de la demolición del convento, y fué la última que desapareció al abrir la calle de Recoletos, y fabricar sobre los terrenos del monasterio y huertas de aquellos Agustinos el palacio de Salaman-

ca y las nuevas casas del barrio que lleva el nombre de este pródigo y fastuoso banquero.

»Hacía pareja con la capilla de la Virgen de Copacavana otra en la que se veneraba un crucifijo

de tamaño natural a la luz perpetua de una lámpara de plata.

No puede haberse perdido, porque era una talla de muy buena mano y muy venerada, a la cual atribuia la devoción muchos y estupendos milagros, entre ellos el de mi leyenda del Caballero de la buena memoria.

«Conservabase entre los monges la tradición de que el escultor a quien sus predecesores encomendaron aquel crudifijo, confesaba y comulgaba disriamente mientras en ella trabajaba; suplicando fervorosamente al Redentor que guiara su mano y le permitiera dar a su escultura una perfecta semejanza con su divina humanidad, para que la vista de su santo rostro infundiera devoción y respeto.

Y efectivamente: la cabeza de aquella correcta y característica escultura, coronada de espinas y orlada de su sangrienta cabellera, tenía una expresión tan torva, que no sólo respeto sino temor infunda; y habia muchos a quienes no complacía contemplarla, porque decian que al mirarla revelaba más el sufrimiento y angustia del dolor corporal del hombre crucificado, que la resignación divina del Re-

dentor aceptando tal suplicio para salvar a la raza de Adam.

e Yo he cometido en mi levenda un evidente anacronismo: la escultura fué hecha a principios del siglo xviri—y yo pongo su escena a principios del siglo xvi por el capricho manifatico de envolver los cuadros de mis levendas entre el polvo y las veladuras del tiempo y de la distancia—; pero recuerdo aquella imagen, que me dió miedo las dos o tres veces en que fui con mi pobre madre a orar ante ella, durante el curso de una misteriosa causa que trajo a mi padre insomne muchas semanas, por el misterioso hecho criminal que la ocasionó y en el que tuvo que interverir como juez del distrito de Palacio y jefe de la policia del reino.

He aqui el hecho, en la misteriosa incompletez y en la insoluble oscuridad en que por entonces

quedó sumido.

Era la noche del plenilunio de Mayo de 1829 (o 30), día en que celebraba la comunidad Agustina de Recoletos la fiesta de la Virgen de Mayo, despitando las cubas del vino nuevo, que tenian la hisitanica y claustral precaución de no gastar ni vender verde, sino cuando ya sentadas las heces, revueltas en el novilunio de Marzo, se habían posado en Abril, y el mosto se había hecho positivamente vino; porque los frailes eran cosccheros y bebedores, de más conciencia que los labradores, cuya ambición y cuya ignorancia les arrastra a comenzar a beber y a vender el mosto, falto de fermento y perjudicial a la salud, desde Enero y Febrero, antes de que sufra en los envases la benéfica influencia de las lunas de Marzo.

A las ocho de la noche estaba en su apogeo la romeria de Recoletos; al son de las panderetas y de los cantares bailaban acá y acullá con alegre bullicio, numerosos grupos y desparramadas pa refas, a la luz de los faroles de los vendedores de rosquillas, buñuelos y pastas excitadoras de la sed, y a sombra del verde toldo de los corpulentos árboles, que la luna en en su lleno pintaba en la arena y el desped como negro y móvil tapiz aguijereado y hecho girones. La gente del pueblo bebía y bailaba, los devotos visitaban la iglesia y saludaban la santa imagen, y los curiosos, los holgazanes, los enamorados y los elechuguinos, llenaban aquella poca frecuentada alameda, convertida aquella noche en paseo y mercado de

flores y golosinas, como las de san Juan, san Pedro y el Carmen,

*En un espacio y entre una concurrencia que ni era la de pueblo bajo ni de la gente de rumbo, sino de esa sociedad media en que todo cabe sin que nada se tire a la cara, andaban dos buenos mozos pasados ya de la treintena pero sin tocar aún en los cuarenta, exento de Guardías de corps el uno, según su uniforme, y militar también, según su estampa y bigotes, aunque en traje de paísano, el etro. Pescadores de truchas a saito en agua revuelta, iban dando caza com undo disimulo a dos garbosas enlutadas, que rebozados los rostros en las blondas de sus mantillas, y dejando adivinar dos cuerpos buenos de provocativo trapio, bajo los ceñidos pilegues de unas estrechas asquiñas de sarga de Malaga, ribeteadas con perdigones para evitar el balumbo, parecían anguilas escurridizas, pero dispuestas a picar a balendas en un anxuelo, que de pescadas las convirtiera en pescadoras. Damas parecían de muy buen porte, si va a decir la verdad; pero de trapillo y en aventura, por diversión o curiosidad- o por

algo que no era fácil traslucir a prinera vista. Apercibidas iban de la caza del exento y su compañero, según la presteza con que se la escabullían entre la multitud; pero ya por destreza de ellos o por partido por ellas tomado, no desaparecian del todo nunca; y aunque ni picaban ni se encuevaban, siempre culebreaban alrededor del anzuelo. Picados ellos y no bien escamadas ellas, los unos tras las otras salieron de Recoletos y torcieron subiendo por detrás de la Cibeles, hacja el Caballero de Gracia. De sus enerpos la derramaban al claro de la luna, y al quebrar por la calle de las Torres, iban emparejados ellos con ellas, cambiando palabras ellos con cortesano discreteo y ellas riendo detrás de los calados abanicos, y sobre que ellas eran unas señoras muy bien nacidas en pañales de Holanda y que se alojaban en honestisima casa, y sobre que ellos eran muy gentiles caballeros, como lo decía a voces el uniforme del exento que por su compañero abonaba; y sobre si la una era casada y la otra próxima a contraer matrimonio; y sobre que la compañía de dos hidalgos tan nobles no podía perjudicar a dos damas tan bien nacidas, y que un obsequio galán no era galanamente escusable, ellas se dejaron acompañar y aceptaron una visita, pero a condición de que ellos entrarian con ellas en su casa, y en ella las esperarian hasta que desembarazadas una de un marido ocupado de noche en cobachuelas y la otra de un novio con quien por razón de estado lo iba a tomar, volverían con tranquilidad a saborear, pero en su propio alojamiento, el refresco ofrecido y aceptado por el camino.

«Dió fin este por Jacometrezo a la puerta de una casa grande cerca de los Basilios; y subjendo las damas tres escalones que servian de umbral a un piso bajo, abrió una la puerta con precaución, recomendándoles la otra mucho silencio y un peco de paciencia; y empujándoles ambas por una antesala hacia una sala, donde debía de haber muchas flores por lo que a ellas trascendia su atmósfera, les dejaron en ella suplicándoles que les aguardaran y que por Dios que no las comprometieran. Besáronles ellos las manos en la penumbra; escurrieron las suyas ellas de entre las de sus galaxes, y volviendo a cruzar la antesala, cerraron tras si la puerta, y dijo el paisano al exento, han dado vuelta a la llave

y nos dejan encerrados».

»—Les habremos parecido de buena presa, respondió éste, y no quieren perderla. Fuéronse hacia la ventana, que estaba enrejada, y viéronlas doblar la esquina.

.- Muy aprisa van, dijo el paisano.

»—Así volverán más pronto, repuso el guardia.

-No me gusta esto, Miguel; parece que se van en son de fuga.

--Pues que nos dejan dueños del campo, ¿qué tenemos que temer? Y entre el exento que de nada recelaba, y su compañero que todo lo temia, síguió así el diálogo en la oscuridad:

*-¿Tienes eslabón, Miguel?

*-¿Para qué, si tengo el puro encendido en la boca?

*—Para encender luz, si hallamos bujia sobre algún mueble.

*—Toma mis avios, y echa tú yesca, mientras al reflejo del puro me oriento yo ror mi parte.

*Y el paísano a las chispas de la pledra, y el exento a las chupadas de su habano, comenzavon a palpar paredes y muebles; pero aunque hallaron candeleros sobre una cómoda, no tenían velas. Dos jarrones de rosas y azucenas, trascendian al lado de los candeleros; el sofa estaba forrado de seeda, y

el balcón tenía colgaduras.

--Aqui hay una puerta vidriera, dijo el guardia, y abrió las de una alcoba. -- Saca lumbre, Joaquín. Echó el paisano hacía el guardia siguiendo el sonido de su voz, y tentando éste una cama a la izquierda, animó su puro con una fuerte aspiración, y dijo: parecen gentes acomodadas: la colcha es de seda como el sofá. Aquí hay otra cama, dijo el paisano sacando con el pedernal una cascada de chispas, cuya luz arrancó un iah! simultáneo de los pechos de aquellos dos galantes caballeros, que a ello habían apercibido el cuerpo de un hombre tendido sobre la segunda cama: ifuego, fuego! exclamó el exento: y él aspirando su habano y su compañero sacando chispas, se acercaron a la cama en donde yacía efectivamente un hombre, pero con la cabeza casi separada de los hombros, entre un gran cuajarón de sangre cón que había inundado el lecho, la que aún a gotas manaba de su desgarrada degolladura.

»-: Ah malditas!, exclamó el guardia.

>- Estamos perdidos!, dijo su compañero con el acento del más profundo terror.

—Busquemos modo de salir pronto; ven: y cogiéndole el exento por la mano, arrastró a su amigo haria la antesala. Dió con la puerta de la escalera, que halló efectivamente cerrada con llave por las mujeres, y cuya cerradura resistió a todos sus estuerzos. Internõse por la casa, y halló todas las ventanas del pa,lo con rejas: volvió a la antesala y al tropezar con su amigo en la oscuridad, le sintió trémulo y anonadado exclamando sin cesar en voz baja: «Estamos perdidos!, estamos perdidos!» Dió a su cigarro las últimas chupadas acercándose a la cara de su compañero y le vió desencajado de espanto —y dando diente con diente—y se espantó de aquel miedo de un hombre como él militar, y cuyo valor conocia. Entreabrió con tiento la vidriera de la calle: ni un viviente en ella: pero daba vuelta a la esquina una ronda de polícia con cuatro voluntarios de los de alguna guardía inmediata. Comprendió la traición de las desconocidas y tornando a tientas a la antesala, desenvainó su espada, encajóse bien el tricornio en la cabeza, y dijo a su compañero: «A mí no me cojen vivo: Joaquin, sal si puedes por el paso que yo te abras, pero no se apercibió de la respuesta de Joaquin si le dió alguna, y ya sentía meter la llave en la cerradura, y vefa la luz de las linternas por bajo y por las junturas de la puerta.

*Abrióse ésta, de par en par; lanzóse el exento salvando de un salto tres escalones del umbral.

208 DUOT MATERIA NOTAS O ALBANOS PROC

emprendió a tajos con cuantos en él estaban, y antes de que los cuatro voluntarios realistas, quienes no eran al cabo más que paisanos armados, volvieran de su sorpresa y pudieran servirse de sus fusiles, ya estaba el guardia en la calle, y ganando la esquina, mientras los derribados del portal se daban cuenta de lo sucedido, se les fué de entre las manos; pero conocieron el uniforme.

*Al entrar en la casa con más precaución y luces, hallaron en la antesala un hombre que se desangraba en el suelo por la vena yugular que se acababa de cortar con un cortaplumas que aún tenía en la mano, y el cadáver de otro en una de las camas de la alcoba, degolidad hacía ya muchas horas.

según la rigidez y el enfriamiento de su ensangrentado cadáver.

→Y no hubo por entonces medio de dar con la clave de este misterioso suceso. Ningún guardia de corps había pernoctado tuera del cuartel: su compañero era teniente coronel retirado del servicio hacía meses, y nadie adujo el más mínimo indicio de las relaciones que pudieran existir entre éste y las dos mujeres y el muerto de la alcoba, ¿Se resolvió a suicidarse por sólo el miedo de caer en manos de la justicia, o la de Dios le obligió a darse la muerte, por lo que sabía del otro degollado? Su compañere el exento no lo supo jamás, aumque sus últimas palabras y su última resolución se lo hicieron sospechar.

Dió a mi padre esta causa largos desvelos; pero no pudo averiguar más, sino que la habitación en que sucedió estaba alquilada por un joven matrimonio de Valencia, que en aquella ciudad estaba desde principios de abril: que dos señoras que se dieron por valencianas, se alojaron unos días en el piso alquilado por aquellos recién casados de quienes dijeron traer órdenes y llaves; y ni en Madrid ni en

Valencia se volvió a dar con rastro de semejantes desconocidas,

»Mi madre hacia todos los años la novena de la Virgen de mayo de Recoletos; y mi leyenda del Cristo debia traer a la memoria de mi padre la tragedia de la casa de los Basilios.

»El exento era pariente de uno de mis condiscípulos, y por él supe años después lo que mi padre no supo tal vez nunca,»

(Pág. 493). Los Cantos del Trovador se publicaron en tres tomos en (1840-41). Cantos del Trovador. Colección de leyendas y tradiciones históricas. Por Don José Zorrilla. Madrid, I. Boix, Impresor y Librero. 1840.

Quedaron incluídos en la edición de Obras de París, tomo I.

 (Pág. 552). En el tomo de las Obras completas (1884) reimprimió Zorrilla Margarita la Tornera con la signiente Nota;

Es una tradición conocidisima desde el siglo XIII. Cuentala el primero como sucedida en su tiempo un Monge Benedictino alemán en un tratado sobre los milagros. La protagonista es una abadesa de un monasterio de Fontevrault, y la acción pasa en Colonia. La trae Don Alfonso el Sabio en sus cântigas gallegas, y Berceo en los milagros de la Virgen: la reprodujo en el siglo xvi ctro fraile italiano, y se cuenta en la historia de la orden cisterolense de Fontevrault: contóla en el siglo xvii en uno de los diez infolios que sobre diversas materias publicó en Lyon un jesuita francés, el P. Reynaud. En el siglo actual se ha escrito varias veces en verso y en prosa: El Museo de las familias la publicó en forma de novela: Câstor Nodiel publicó otra del mismo asunto en la Revisla de Paris en 1837, y Collin de Plancy (1) la relata y no mai en una colección de Levendas de la Virgen, dadas a luz en 1845. Ninguna de estas na-raciones me era conocida al escribir y om i Margantra la Tornera, el estilo, los caracterios daucir pruebas en pro de su originalidad; porque por más que su argumento es el mismo que el de todas las por los otros narradas, una monja que huye del convento con un amante y al volver a él arrepentida halla que la Virgen ha tomado su lugar durante su ausencia, la forma, el estilo, los caracteres y la relación del hecho en la mía, son completamente originales y de mi invención. El origen de su inspiración es el mismo de todas mis leyendas: el de mis propios recuerdos.

«Grabóla en mi memoria el Padre Eduardo Carasa, jesuita vice-director del Real Seminario de Nobles, en donde me eduqué, contándola en una de las pláticas doctrinales que solia hacernos los sábados. Pertenecía el P. Carasa a una noble familia sevillana, y en aquella Catedral había servido una prebenda, de la oual hizo renuncia para tomar la sotana y el ceñidor de los hijos de San Ignacio de Loyola. Era un hombre que contaba ya cerca de cincuenta años cuando nos contaba estos ejemplos: su tez fina, sus preciosas y cuidadas manos, su apacible mirada, la dignidad de su persona, su fácil palabra y su vasta erudición, revelaban en el jesuita modesto al hombre bien nacido y bien educado. Ocupaba una jerarquía superior en la Compañía, y por sus sencillos pero elegantes modales, por su carácter benigno y conciliador, y por su distinguido porte, vivió rodeado del cariño de todos los caballeros seminaristas, amparado por la nobleza después de la exclaustración, y respetado en Madrid durante las agri-

taciones de los partidos en la primera guerra civil de los siete años.

*Él fué el confesor que ayudó a bien morir al general Don Diego León, acompañándole en la carretela en que fué conducido al lugar en que fué fusilado: y la memoria de la tradición de MARGARIX LA TORNERA quedó en la mía entre los recuerdos de aquel digno sacerdote, tipo de la calma y convicción religiosas, de la dignidad sacerdotal y de la monástica modestia; modelo del buen obrar y del buen decir, a quien nadie oyó nunca una queja ni un improperio contra la marcha de los sucesos, ni la conducta de los hombres políticos que, arrojándole del claustro, turbaron la paz en que había pensado mo-

⁽¹⁾ Carlos Nodier y Collin de Plancy quiere decir Zorrilla, Acaso sean errata de imprenta.

rir, arrolándole otra vez al mundo y a la vida del trabajo sacerdotal en una época revolucionaria. Así que, mi leyenda de Margarita La Torrera, salió versificada como él contaba los ejemplos de sus pláticas; en un estilo florido, france e impregnado de los perfumes de la fe y de la poesía.

Egcusado es también repetir en esta lo que en otras notas he dicho: que yo escribia mis levendas para que las leyera mi padre: y en esta más que en ninguna es trasuca la intención mía y se trasparenta puerlimente la silueta de mi personalidad. Desde la introducción, aquel mancebo tropera y des-

aplicado a quien

Un canónigo muy viejo,
parjente suyo, le dió
quejas a que él respondió
con insolente despejo:
» Que tenía el alma seca
de hablar de legislación,
y que sentia intención
de quemar la biblioteca»,

debia de recordar a mi padre que me envió a estudiar el primer año de derecho romano a la Universidad de Toledo, y a casa de un prebendado de la Catedral, pariente suyo, de cuyas quejas y consejos bice yo el mismo caso que de su tío el canónigo el Don Juan de mi Margarita.

»El final de la misma introducción revela positivamente mi intento y esperanzas al escribirla con

sus dos últimas redondillas.

Tornóle el padre a sus brazos y perdonó en conclusión; que al cabo los hijos son de las entrañas pedazos.

*El pasar la escena en Palencia, de donde era mi padre, el carácter del juez Aguilera del apéndice, cuyo original era un togado de quien mi padre tildaba las aficiones, y el ser de mi padre la casita aislada en que pasa el desenlace final, hacian para mi familia una especie de cuento casero de mi MARGARITA LA TORNERA; descontornando sin embargo todo lo posible las copias de las figuras del padre y del bijo, para que sólo él y vo pudiéramos conocer muy a lo lejos los originales.

»Escribí yo esta leyenda con cariño sincero: vertí en ella todo mi espíritu infantil, el sentimiento religioso, el pueril calaverismo con los que creía agradar a mi padre y entusiasmar a mi madre; y aunque no logré mi objeto, Margarita la tornera es la única obra por la cual conservaría el cariño con que la escribí, si yo pudiera tenérselo a ninguna de mis obras, que estimo tan en poco, que ni las he tenido nunca en mi librería, ni me he vuelto a acordar de ellas hasta ahora que tengo por fuerza que revisarlas para corregir sus pruebas. La mayor parte de ellas me cojen tan de nuevo, que tengo que leerlas para saber lo que en su argumento pasa, porque lo he olvidado completamente.

De Margarita La Tornera no quiero añadir una palabra más: se han hecho de ella cien reimpresiones, y es la más conocida de mis leyendas: es el embrión original del Tenorio y en él copié algunos versos de ella, que después han llegado a hacerse populares y a andar de boca en boca. Pretender yo ahora aplicar mi juicio a una cosa juzgada, ni buscar defectos a una obra sancionada por la general aceptación, no sería más que una hipócrita pedantería. Yo no siento felizmente y a Dios gracias, vanidad ni soberbia por ninguno de mis escritos, pero debo confesar francamente que tengo conciencia de que puedo reconocerme sin sonrojo por autor de Margarita La Tornera».

32. (Pág. 664). He aquí la nota que puso Zorrilla al reimprimir esta leyenda en el tomo de sus Obras completas:

«Todos sabemos lo que la historia dice de los tiempos que alcanzó el protagonista de esta leyenda Don Rodrigo del Ronquillo, Alcalde de casa y corte de S. A. I. Don Carlos V de Alemania y I de España.

*Que sus pueblos eran unicamente tratados por los Flamencos que en nombre del rey en vez de administrarlos los vejaban y saqueaban sin consideración ni tregus; que arrebataban y entre si se repartían las contribuciones que arrancaban a los pueblos con los más estraños inventos de imposiciones y por los más violentos medios: que era imposible que un pueblo tan valiente, conquistador de tantos países y naciones y vencedor de tantas batallas, tolerase con paciencia que el oro y la sangre española fuesen chupados por las sanguljuelas de la corte; y que al fin tomarian por armas venganza de aquellos *Flamencos que para calamidad de España se habían hecho dueños y señores del poder y de la riqueza.

*Esto en cuanto a la gente seglar: por lo que toca a la iglesia dice: «Que había el Pontifice concedido al rey Don Carlos la décima de las Iglesias para los gastos de la guerra Sagrada; pero que Don *Alonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, habiendo juntado su clero, se opuso a la concesión del Papa y a los intentos del rey; y a ejemplo suyo hicieron otro tanto las Ixlesias de Castilla: en consecuencia "de lo cual fué puesto entredicho en ellas y se cerraron los templos por espacio de cuatro meses, al scabo de los cuales habiendo redimido el elero por lo menos que pudo su antigua inmunidad, se restitusperon al culto los altares.

Por este tiempo murió el Arzobispo Don Alonso, que tuvo muchos hijos en una concubina, de los ecuales Don Juan fue nombrado sucesor en la silla arzobispal de Zaragoza, con grave escándalo de la Religión. Don Martin García le sucedió en la Sede de Barcelona, pues eran muchos los obispados que disfrutaba este Arzobispado por la excesiva induigencia de los Pontífices. Tales eran entonces las costumbres del siglo. Estas palabras del Padre Fray José de Miniana, continuador de la historia del Padre Mariana, nos dan la clave de la conducta del Obispo de Zamora Don Antonio de Acuña, en la guerra civil de las comunidades.

Cuando reunida la junta Superior de los comuneros en Tordesillas allegaba gente y dineros, y dió el mando de sus tropas al inquieto y revoltoso Don Pedro Girón, sin stender a Padilla que irritado por ello se retiró del campo, ¿Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, arrojando las sagradas vestiduras y trasformado en soldado, se pasó a los reales de los conjurados, arrastrado de la ambición se saltear un obispado más pingüe: y en el escuadrón que él mandaba, se contaban cuatrocientos su-vecrdotes, que con el perverso ejemplo de su prelado, habían desertado del altar y tomado las armas.

»Más tarde, cuando el conde de Haro cayó repentinamente sobre Tordesillas, después de saquear de paso a Peñaflor, «los de la junta de Tordesillas pidieron en vano socorro a los de Valladolid, no se «desanimaron sin embargo los que defendían la villa cuya guarnición se componía en gran parte de

»sacerdotes Zamoranos».

«Como se ve por lo citado, el obispo Acuña, que capitaneaba estos sacerdotes, era hombre de pelo en pecho; porque antes de ser dispersados, mataron en la defensa de la villa doscientos sesenta soldados de las tropas reales, hirieron a los hijos del marqués de Astorga y de Alburquerque y al conde de Benavente; desmontaron matándole el caballo al de Alba de Liste, y atravesaron a balazos la bandera real que llevaba el conde de Cifuentes.

Luego «voló el obispo de Zamora a Toledo en solicitud de las rentas de aquel Arzobispado, por
haber muerto algún tiempo antes desgraciadamente el cardenal de Croy; pero como hiciese correrias
por aquel territorio Don Antonio de Zúñiga que habia reprimido la sedición comunera de Sevilla, salió
de Toledo el obispo Acuña con su gente para rechazarle, y cerca de Ocaña pelearon ferocisimamente

hasta que los separó la noche».

Después de la rota de Villalar, rindiéronse los de Valladolid a los gobernadores de Don Carlos, y los magistrados les concedieron indulto general, esceptuando sólo a dos cabezas, para que sirvissen de secarmiento y satisfacción a la vindicta pública. Animados con esta indulgencia las demás ciudades senviaron a porfía diputados a los gobernadores, pidiéndoles la misma venia y atribuyendo la culpa de todos a la ambición de algunos pocos. Viendo pues esto los autores de la sedición, se apresuraron a salir de España; pero el obispo de Zamora que se huia disfrazado, fué conocido en Villamediana por sel alférez Peroto, y habiéndole preso, le encerraron en la fortaleza de Simancas.

"Tal era el obispo de Zamora, Don Antonio de Acuña, según la historia. Yo pedi permiso a Hartzenbusch para poner por introducción a mi leyenda del Medde Romquillo la que del obispo habia publicado hacia ya tiempo, por no meterme a tocar un asunto que él habia tratado ni a dar cuenta del caracter episcopal de Acuña, de quien yo tenia y tengo otra idea muy distinta de la que de él tenia

Hartzenbusch y de la que hoy tiene la generalidad de la gente,

All objeto era sólo el fin tradicional de Alcalde Don Rodrigo de Ronquillo, de cuyo carácter quería couparme no como juez, sino como cortesano y supersticioso: cuyo fin y condenación tradicionales prueban el odio y el miedo que le tavieron sus contemporáneos. Yo no sé aún si está bien probado que el mismo Ronquillo echase el dogal al cuello del objeto, y le colgase ahorcado de la baranda: delo de ella la responsabilidad a las bellas y severas octavas de Hartzenbusch, y las incluyo en esta codección, aunque no son mías, para no publicar mi leyenda de Ronquillo sin todo lo contenido en su primera publicación.

Del Alcalde Ronquillo oi yo hablar desde muy niño. Ia tradición de que se llevaron los demonlos su cadáver, es conocidisima en Valladolid, y las huellas de ella se conservaban en una capilla lateral de San Francisco, de cuyo monasterio no queda hoy más que la memoria. Era una suntuosa nave gotica orlada de primorosas y curiosisimas capillas, las cuales eran fundaciones y enterramientos de nobilisimas famílias o celebérrimos personajes de Castilla, como los Mirandas, los Lacerdas, los Medinaceli, Viveros, Don Álvaro de Luna, Fray Alonso de Burgos, Cristóbal Colón y otros, entre los cuales se vela mal en una de las más oscuras la sepultura vacia y las huellas del ahumado agujero por donde el diablo se lievó a Don Rodrigo del Ronquillo.

y era natural: Dios y su Iglesia no podian dejar sin castigo ni infamia al asesino de un prelado; porque, por más que según lo que de la historia de ambos se colige, el obispo y el alcalde fueron tal

para cual, la dignidad sacerdotal del mismo exigia sin duda la condenación del segundo.

s'Todas las tradiciones religiosas tienden a enseñar y probar a los pueblos la inmunidad de la Irlesia y el castigo de los que contra sus sucerdotes atentan; y bado este punto de vista, he escrito yo todas las mías como buen cristiano y poeta popular, y por eso he llegado a serlo, porque no he contado a mi pueblo más que lo que mi pueblo sabía; si he hecho bien o mal, o he debido hacer otra cosa, lo dirá la posteridad; pero felizmente yo no lo he de oir.

*Post Scriptum,

«Como cronista que soy ahora de Valladolid, debia tal vez haber dado aquí largas noticias y minuciosos pormenores del convento de San Francisco, que era una maravilla arquitetural; pero además de haberlo creido enojosa proligidad para mis suscritores, y de que pruebas y muestras de sus primores se conscrvan en el museo de mi ciudad natal, no faltara ocasión de ampliar esta nota, al añadir la suya a mi drama del Alcalde Ronquitlo, cuando llegue a este su turno en esta publicación. Me limitar sólo a decir aquí que la casa donde murió el Alcalde de casa y corte de Carlos V y Felipe II estuvo situada en la plaza de Santa Ana, frente al convento: todavía siendo yo estudiante y anu posteriormente, en 1849, estaban en pie sus ruínas, trasformadas en almacén de maderas; y denominadas casa del diablo y casa del duende, eran aún p.r aquellos años objeto de miedo para el vulgo supersticioso de aquella vecindad. En la representación de mi drama El Alcalde Ronquillo estrenado en el teatro de la Cruz de Madrid, el telón de fondo de lº decoración del segundo acto, era una copia de aquel caserón dibujado por mi y reconstituidos su balconaje y enrejados según el gusto de la arquitectura y ornamentación correspondientes a su época y arquitectura.

"Cuando concluida esta publicación, si Dios nos da vida y paciencia para llevarla a cabo a los que la hemos emprendido, vuelva yo a morir a Valladolid en donde vine a nacer y vuelva a husmear los recovecos de sus calles y callejuelas y a evocar los fantasmas de los cuentos que se cobijan bajo las piedras de sus ruínas y tras los remodernados paredones de su viejo caserio, volveremos a hablar de Don Rodrigo del Ronquillo, de los fefes de las comunidades y de otros presonaies que con ellos por

Valladolid anduvieron en los revueltos años del reinado del emperador Carlos V.*

La introducción a la leyenda, como se verá, está formada por una bella composición en octavas de Hartzenbusch. Luego, en el número I, comienza la leyenda.

 (Pág. 676). Tenía esta leyenda cuatro versos más a la terminación, que suprimió Zorrilla en las Obras completas.

 (Pág. 695). Aparecieron en un tomo: Vigilias del Estío. Por Don José Zorrilla. Madrid, Boix, editor. 1842.

El contenido de este libro pasó luego al tomo I de las Obras, edición de Paris.

35. (Pág. 696). Al publicar Zorrilla esta levenda en las Obras completas, puso el título de este modo; La cabeza de plato (El talismán). A modo de apéndice agrego el episodio, antes publicado en los Recuerdos del tiempo viejo, tomo I, capítulo XVII, de Doménico Maggioretti y su nieta Stella: Antepuso a la Jeyenda la siguiente nota:

«La leyenda de El Talismán fué concebida y escrita bajo el título de La cabeza de plata, con el

cual hoy la publico.

Utido a esta restauración del título primitivo, a esta confirmación del primitivo nombre, va el doble recuerdo de dos personalidades por mi tan queridas como conocidas del público, para quienes puede decirse que exclusivamente la escribi, a quienes al escribirla quise complacer, y con quienes busqué, amasé, consulté, correjí y refundí su argumento, al extenderle sobre el papel: estas dos personas fueror Carlos Latorre, el actor que estrenó casi todas mis obras de teatro, que abandoné desde su muerte, y Ángel Saavedra, Duque de Rivas, el poeta de mi tiempo con quien vivi más encarinado, que me conservó su amistad hasta su última hora, y cuyo recuerdo durará vivo en mi memoria hasta que la muerte me la apague en las tinieblas de la eternidad.

«Y ¡qué recuerdo tan fresco, tan juvenil, tan poético (he dicho en mis recuerdos del tiempo viejo), ses el de mi viaje a Sevilla y de mi estancia en la casa y con la familia de aquel tan gran poeta y tan grande amigo como fué mío; aquel a quien yo llamaba mi Ángel, y a quien la posteridad llama Duque «de Rivas: y cuya memoria vive aún por la amistad en mi corazón y en España por su Don Alvaro,

«que está todavía en pie sobre la escena en que hace cuarenta años que apareció!».

«El recuerdo de la amistad, de la casa y de la familia del Duque de Rivas es una isla de arribada en el revuelto mar de mi existencia, un oasis frondoso en el desierto de mis estériles aspiraciones, una tienda de reposo en el pedregal por donde ha hecho peregrinar mi inutilidad viviente mi improductiva e imprevisora poesía. La casa del Duque en Sevilla es en mis recuerdos un nido de ruiseñores,

»donde fué a albergarse una noche de primavera una golondrina desanidada.»

*Y fué así positivamente: desde los brazos de aquel Sansón de la escena que se llamó Carlos Latorre, que en ellos me mecia y en sus rodilhas me sentaba cuando, solos en su cuarto de la plaza de Santa Ana (hoy del principe Alfonso), nos contábamos uno a otro esas cosas intimas que no son ni historias, ni cuentos, ni quejas, ni plegarias, ni propósitos, ni promesas, ni ofertas ni peticiones, pero que tiene algo de todo, que para nada se dicen, pero que para todo sivve a las almas que confidencialmente se las dicen, pasé yo un día a la casa y a los brazos del otro gizante de la poesía que se llamó Ángel Saavedra, llevando en mi cartera de viage la mitad de mi Cabeza de plata, para leérsela este después de habérsela leido a aquel.

"Carlos Latorre me había pedido um escena en que él se encontrara con la calavera de una mujer querida, entre las manos: cuento que anda siglos ha por los libros de los místicos: yo había concebido bajo um forma profana el argumento en que tal pensamiento cristiano podía encerrarse; pero poeta lírico más que dramático, no lograba yo modelar mi argumento para la escena, y le propuse escribir la leyenda, y que el medio en el modo de encajonarla en el drama, contron el la concibiese corrigien-

do y refundiendo la leyenda, quitándola o añadiendola lo que a su juicio estuviera de más o faltara en ella. Emprendí, pues, mi trabajo y llegué de él hasta el encuentro de Genaro con la calavera; pero por más que anhele dar a la escena un carácter filosófico y dramático, aquello era pura leyenda; no pude dar con el drama; y cuanto más al drama me empeñaba en inclinarme, más francamente vagaba por el fantástico campo de la leyenda, y más me pagaba yo de mi trabajo, que enamoraba pero no satisfacia a Carlos Latorre. Este se extasiaba con mi legendaria narración y mis románticas descripciones; yo me encariñaba con mi leyenda según él con ella se familiarizaba, y llegó un momento en que ni él supo cómo aconsetarme, ni vo cómo continuar mi relato.

*Atravesése en esto el compromiso de escribir Los dos Virreyes para época fija, y huyendo de la caída fatal que con este drama esperaba yo que diera mi reputación, me fugue a Sevilla desde los

brazes de Carlos Latorre para arrojarme en los de Ángel Saavedra,

«Sucedióle a éste le mismo que a aquêl con mi leyenda; su lectura embriacó de placer a la Duquesa y encantó a las muchachas por lo romántica y apasionada; y aquel enamoradisimo Genaro a quien vuelve loco la cabeza de Valentina cortada por su bárbaro y celoso tutor, y cuya historia no sabia yo a punto fijo ni cómo continuar ni cómo concluir, estuvo a punto de volver locos al reflexivo Enrique (hoy ya Duque de Rivas) y al bullicioso Álvaro (hoy ya Marqués de Bogaraya), pero ni Angel, ni Enrique, ni Álvaro pudieron abrirme más camino ni darme más consejo final que el de laborca al tutor; consejo que segui al pie de la letra, pero variando toda la segunda mitad de mi leyenda, inspirado por un sucesso vulgar de mi vida, del cual mi afición a lo absurdo y a lo fantástico hizo una historia poética, cuyo tierno y delicioso recuerdo influyó en la inspiración del desarrollo y conclusión del argumento de la presente leyenda.

Como apéndice de ella, encontrará el lector el recuerdo del personaje tan encantador como desventurado a la influencia de cuya historia debi la inspiración de la vaguedad y riqueza de románticos

pormenores de mi narración desde el sueño de Genaro,

*Yo reconozco con satisfacción como hija de mi ingenio esta levenda: y espero que el lector perdonará al padre este cariño por su hija.»

36. (Pág. 783). La azucena silvestre se publicó en tomo aparte: La azucena silvestre, levenda religiosa del siglo IX por D. José Zorrilla, Madrid, 1845. En la imprenta de D. Antonio Yenes.

Pasó luego a la edición de Paris, y se insertó también en el tomo de Obras completas, con la siguiente nota:

«Falta a esta leyenda color local, y sus personajes legendarios no conservan en ella, como debian, su caracteres históricos. La montaña de Monserrate me era desconocida cuando la escribi, y como siempre, tan atrevido como ignorante me metí a oscuras y a la carrera por la poetica montaña, sin pararme a mirar más que la gruta de Juan Garín, como me lo había hecho concebir la ruda y cándida

devoción del libro en que tal tradición hallé consignada.

*La de Monserrat es una montaña originalisima, que no se concibe por descripción: es preciso verla; la misma fotografía, por más que la copia con exacta fidelidad, no da idea de su natural grandeza, de su romántico carácter, ni de su mistica poesía. Es una corona de peñascos amontonados y encajados caprichosamente unos en otros por el poder inconcebible de una fuerza subterránea, que al verificar el cataclismo que la produjo, dejó la montaña hueca bajo sus peñascos por un milagro de equilibrio. Es un peñascal pintoresco hasta lo maravilloso que hizo brotar un día en una llanura la misma mano que partió un día el peñón de Gibraltar.

«La montaña de Monserrat, que está hueca por debajo, está cubierta de hendiduras y derrumbaderos cuajados de flores y de yerbas aromáticas que dan frescura y salubridad a su misterioso retiro.

Es el más propio lugar para una inexplicable tradición, y para una aparición celestial, sobre las cuales fundar un monasterio capaz de atraer a la montaña una perpetua romería.

El pueblo catalán la ha henchido de tradiciones que sus peñascos guardan hasta hoy entre los pliegues del velo de la fe y de la poesia; y al coronar sus rocas de divinos fantasmas, llenó sus subterrâneos de seres infernales, constituyendo sus antros húmedos, abovedados y pavimentados por estalactitas y estalagmitas de portentosa aglomeración, en alcázar de los demonios que alli se daban a orgias y recreaciones infernales.

Las oraciones de Juan Garin, favorito de Dios antes de su tremendo pecado, lograron que la Virgen de Monserrat, encerrada aún en las entrañas de piedra, los ahuyentara de allí una noche librando para siempre de su presencia maidita los abismos santos de la montaña. Hoy las visitan los devotos y os curiosos, sin temor de que la sombra y el aire de sus negras alas de jigantesco murcièlago asombre

sus ojos ni apague las antorchas, a cuya luz admiran sus subterraneas maravillas,

Encontrada milagrosamente la Virgen que en el templo se venera, elevado a par de él un monasterio de Benedictinos; obtenidos de los papas bulas, indultos, inmunidades, indulgencias y privilegios, comenzaron a visitarla y concluyeron por tenerla por su patrona los reyes de Aragón; y no hubo ninguno eque ne haya hecho alguna señalada merced a la casa, dándola posesiones, rentas y pueblos enteros, anexándola algunas Iglesias y abadías claustrales, que son filiaciones y prioratos de Monserrate; como S. Ginés en el Rosellón, santa Cecilia en la misma montaña, S. Benito de Bages, san Pedro de Ríu-de-Villas, san Sebastián del Panadés, y hasta en Nápoles y en las Indias, en Méjico, en Lima y en el Perús. (Pujades, —Crón. univ. de Catatuña). Consta en su archivo que por los años de 1018, un caba-

llero llamado Wifredo donó a N.º Sra. de Monserrat sus tierras y alodios de Aiguillera, que están en el Panadés; que Gilaberto, vizconde de Barcelona, y su mujer Hermesendis, en el 1090, la ofrecieron la iglesia y cuadra de San Miguel, a un cuarto de legua al medio día de la montaña; que Gilberto Hugo y su mujer Lutgarda, en 1030, la dieron la Iglesia de San Jaime de Alcaza con sus diezmos y primicias; que Guillem Ramón de Odena y su mujer Hermengarda, en 1102, ofrecieron a esta reina de los Ángeles la Iglesia y cuadra de San Miguel de Odena con sus diezmos y derechos; que el caballero Dufort la mandó en su testamento su castillo y lugar de Collbató en 1375, y don Ramón Berenguer su Baronia y aldea de Artesa en 1506.

El Emperador Carlos V y su mujer D.ª Isabel, dieron a este santuario considerables limosnas y la Vera Cruz engastada en oro que se saca en las solemnes festividades; y Felipe segundo, que fué muy devoto de N.ª Sra. de Monserrat, dió a sus Monjes veinte y cinco mil ducados: catorce mil para la hachura del retablo de la Iglesia nueva, nueve mil para sus dorados, y dos mil que les mandó en su

testamento para sostener la l'ampara que arde siempre ante la Imagen.

Todos los reyes de Aragón y los de Castilla han sido peregrinos de Monserrat, o han hecho a su Monasterio donaciones más o menos ricas; centenares de peregrinos la han visitado en todas épocas y

depositado sus ofrendas ante el altar de la Virgen.

»¿Quién puede ya contar ni recordar las joyas de su tesoro? Hablan los libros que de Monserrat se ocupan, de un viril de oro que llevaba 1.106 diamantes, cien perlas, ciento siete ópalos, tres grandes zafiros y varias turquesas y en lo alto una pluma de 15 ópalos, estimada en cuatro mil duros: de cuatro ricas coronas que tenía la Virgen, una estaba tasada en cincuenta mil ducados, y contenía mil ciento velnte y cuatro diamantes, 1800 perlas, 38 esmeraldas, 21 zafiros y cinco rubies, rematando en un navio valuado en diez y ocho mil pesos.

»¿Qué se han hecho todas sus riquezas? ¿Qué los privilegios y el poder temporal de sus señores

espirituales?

»El tiempo y las revoluciones han pasado sobre todo, llevándose de todo algo, grano por grano, atomo por átomo, a la insondable sima del pasado; sobre la boca lóbrega de cuyo antro queda no más

flotando el dorado e impalpable polvillo de los recuerdos.

*¿Qué manos sacrilegas robaron aquellos santos tesoros? ¿Qué almas impías son las responsables ante el tribunal de Dios del despojo de aquellas sagradas naves, cuyas bóvedas derrumbaron las llamas, después de saqueados sus altares y camarines? ¿A qué razones lógicas, a qué leyes inescusables obedece la trasformación del rico monasterio, y de las santas ermitas de su montaña, en una modesta hospederia, y en merenderos finales de alegres y profanas excursiones, rematadas en balloteos o cachetinas?

*Dios y el tiempo (Alláh nazzaman, como dicen los árabes), que son los grandes trasformadores de los mundos creados, tienen la llave de semejantes secretos. Hoy se va en rápidos y lujosos trenes y en carruajes de encascabelados tiros, por una ancha carretera, donde Iban a pie descalzo por estrechos y espinosos senderos los devotos y los peregrinos. Hoy, donde comieron raíces duras e insaboras legumbres los ermitaños, sirve capones trufados del Perigord y Chateau Iquem un fondista francés, dueño de

un confortable restaurant.

La humanidad es siempre la misma, el mismo el sino de todo lo fabricado por ella. Primero viene la fe que funda, después su especulación que usa y desgasta, después la política que abastada las más legitimas creacjones, después la guerra que arruina y asola, y después, la moda que banquetea y balla

sobre los escombros

*Al pasar el año pasado (1883) por Monserrat, de vuelta de la vendimia de la hacienda de Comasia, situada entre la montaña y Manresa, propiedad de mi amigo el poeta Manuel de Mata y Maneja, que en ella me invita a descansar unos dias de mis inexcusables trabajos, fuimos a ofrecernos al superior del monasterio, para agradecerle el hospedaje, como gente cristiana y bien educada. Hablando de las cosas y evocando los recuerdos de la Abadía, le pedi noticia de los monjes monserratinos de Nápoles, que de ella dependian in illo tempore. «Nada sabemos ya de ellos, me respondió el monje: ya se han emancipado de nuestra jurisdicción.»

»Yo creia que los dejaba bajo ella, cuando fui como comisario rejio a librarlos del secuestro de la ley italiana, declarándolos españoles; la humanidad es siempre la misma: y lo mismo en lo religioso que en lo civil, el problema de la vida está en no pagar y en no obedecer y la base del progreso social de nuestro siglo es la emancipación universal: y el símbolo de nuestra reliz Fspaña es ¿Zarzuela y toros:

canto flamenco en los cafés y puñaladas en la calle».

»¡Quién sabe si andando el tiempo levantaremos una plaza de toros en la plaza de Monserrat!

como complemento característico de toda fiesta española.

»Yo no he querido refundir y monserratizar mi Azucena sitrestre y ponerla a la venta con los rosarios y las medallas, por no hacer logrería de las cosas santas; yo deploro lo que el tiempo derrumba, mi poesta pone sobre ello un epitafío; pero yo no ballo sobre el polvo de los sepulcros.

"Tal como es mi pobre Azucena silvestre, encantó al gran romancero Ángel Saavedra, Duque de Rivas, yo se la dedique y él me la pagó con su Azucena milagrosa, que vale más que la mia, y yo las tengo a ambas en estimación y cariño, a la suya por él y a la mía por el tiempo que me recuerda,»

 (Pág. 831). El desafio del diablo y Un testigo de bronce. Dos leyendas tradicionales por D. José Zorrilla, Madrid: I, Boix, editor. 1845.

Estas dos leyendas, pues, se publicaron en un solo tomo. Pasaron luego a la edición de Paris y al tomo de Obras completas. En estas, El desafío del diablo iba precedido de la siguiente nota:

«Mi poesía legendaria no está basada más que en mis recuerdos personales. Las circunstancias y posición de mi familia en la época de mi nacimiento; el excesivo mimo con que mi madre me cuido en los primeros siete años de mi vida, a causa de la debilidad de mi constitución y lento desarrollo como sietemesino; el temprano y repentino alejamiento de mi casa desde el octavo año por mi entrada en un colegio: el sistematico despego con que me trató mi padre en mi juventud, por mi repugnancia al estudio de las leyes, y las memorias de mi paterno hogar con el entrañable amor a mi madre que se desarrolló en mí alma desde que me hallé alejado de él y de ella y solo en el mundo, forman todo el germen de mi poesía, desde 1837 en que apareci y me arrojé desatentado en la escena literaria, hasta que en 1849 la abandoné y me ausenté de mi patria, huyendo de mis recuerdos y hastiado de mi mismo.

»La amargura, la tristeza, la desesperación que en mis versos rebosan, y que manchan con lágrimas las tres cuartas partes de las páginas de mis libros, no son hijas del romanticismo llorón y de aquella escuela falsa que obligaban al imberbe poetastro a darse por hombre de ilusiones perdida y corazón gastado, no; yo cantaba la luz, las flores, la vida, la esperanza, la fe, a Dios en suma; pero nenchido mi corazón de legitima pesadumbre, y presa mi conciencia de insomne remordimiento, mis cantares más juveniles, más espontáneos, concluían en algún jay! amarguísimo que a pesar mio se exhalaba de mi corazón. - Por eso vivi siempre alciado de la sociedad, y por eso me llamaba Espronceda en 1841 viejo de veinte y cinco años: porque no vivía para mi, ni para la sociedad de mi tiempo, sino para regenerarme ante la justicia de mi padre, presentándome a sus ojos conocido, estimado, aplaudido, coronado de laureles, pero sin apoyo, sin importancia, sin representación política en una sociedad y en un partido en los cuales él no estaba, y por cuyas costumbres, por cuyo progreso vivía él espatriado,

*Era un Quijotismo extremoso, pero leal y noble y del cual no me arrepiento.

«Consecuencia de aislamiento tal, fué la concentración en mi mismo. Mi aspiración no era la gloria, no la riqueza, no la fortuna: mi esperanza estaba en mi padre, mi anhelo era forzarle a volverme a su gracia, mi porvenir volverme a sentar con él en nuestro solariego hogar de Castilla; y fijo siempre y siempre encastillado en esta idea, el tiempo y la sociedad giraba en torno mío sin arrastrarme en su progresiva marcha, y toda mi poesia estuvo alimentada por este intimo y único anhelo y por mis intimos y solitarios recuerdos. Aviváronse éstos, esclareciéronse y ensancháronse cuanto más en ellos me concentraba: y llegué así a poder evocar en mi memoria los de mi más tierna infancia, con sus más mínimos pormenores: recordé hasta hechos y palabras, que aún no comprendía cuando las oi y las presencié; y de los cuentos de mis niñeras, y de las estampas de los libros que mis padres me hacían hojear, y de las imágenes de los altares ante quienes mi madre me hacía hincar, y de los ejemplos de las pláticas semanales de los jesuitas, y de los casos raros de vicios y virtudes aducidos en ellos y en los libros del P. Nieremberg, el año cristiano y otras místicas elucubraciones; y de los relatos completos, o pormenores sueltos oídos o sorprendidos de boca de mi padre y de los magistrados sus compañeros, o en los papeles del Superintendente de policia, y en las conversaciones familiares de mi casa, y en las declaraciones y careos de testigos en el gabinete de la Superintendencia, salieron el Cristo de la Vega, y el de la Antigua, que juran, y el de esta leyenda, que ase de los cabellos a la monja prevaricadora, a la monja que se escapa del redil: y allí tienen su origen todas mis tradicionales y fantásticas leyendas: y no supe hacer otra cosa, porque no sabía más; porque no salía de mi mismo y de mis recuerdos y sólo en mis recuerdos podía inspirarme.

Mi padre pertenecia al partido realista: frecuentaban mi casa muchos obispos, monjes, canónigos, inquisidores y eclesiásticos de todas categorías, condiscípulos, amigos, amparadores, auxiliares, pretendientes, servidores o aduladores de mi padre; mi madre me llevaba a visitar muchas monjas que me daban escapularios, rosarios, juguetes y golosinas: conocia yo y los recuerdo aún los tornos y locutorios de las Claras, las Isabelinas y las Caballeras de Santiago de Valladolid; las salas de recepción de las Huelgas de Burgos y las Caballeras de Toledo y de Palencia; y por eso andan en mis leyendas y en mis dramas, Margarita la tornera, y Doña Inés de Ulloa y Beatriz de Hinestrosa, a quien vuelvo a tener hoy entre los puntos de mi pluma, después de haberla tenido veinte y dos años completamente ol-

vidada. El hecho del crucifijo que por los cabellos la ase, es del P. Rivadeneyra o del P. Nieremberg; los nombres de los personajes y el lugar de la escena son imaginarios: la acción tiene sin embargo un fondo histórico: y está amasada por mi con átomos sueltos y palabras perdidas que el aire trajo a mi casa desde el tribunal de una Audiencia, y de los cuales fueron eco las frases vagas de mi padre, los

suspiros de mi madre y los comentarios en voz baja de nuestra doméstica servidumbre.

En 1826 fué enviado mi padre a la Audiencia de Sevilla, en cuva ciudad permanecimos un año: Y desde entonces llevaba yo fotografiados en mi memoria la Torre del Oro a la margen del Guadalquivir. San Telmo, la Giralda, el puente de barcas de Triana, la cesa y el jardin tapizado de pasionarias de la calle de los Monsalves en que vivi, la plaza de toros a los cuales fué mi padre grande aficionado, y la alegria, el bullicio y la châchara del pueblo andaluz y la delicia de sus noches en el arenal, etc., etcetera; todo lo cual se me quedó en desorden encajado para siempre en el magin, entre las rejas de los coros y locutorios de las monias y los claustros de los conventos de frailes, donde mi padre y mi madre me llevaron en Valladolid y en Burgos en mis ocho primeres años.

»Frecuentaba mi casa en Sevilla un médico que asistía a mi madre en los mujeriles achaques que

la acosaban, hombre rayano ya en los sesenta, pero sano y vigoroso, de juicio recto y palabra facil, a quien mi padre toleraba, ignoro el por qué, las puntas de liberalismo y despreceupación que sobre

ciertos puntos no se tomaba el trabajo de disimular,

**Con este doctor venta alguna vez a mi casa un Don Lorenzo, hacendado cordobés, con una hija llamada Micaela, una criatura bellisima un poco pálida y melancólica, y un su hermano muy buen mozo y muy bien plantado, pero torvo y callado y tan antipático para mi como agradable su simpática hermana. Estos tres individuos de la familia cordobesa vinferon tres o cuatro veces a mi casa, y mientras los hijos platicaban con mi madre en el gabinete, el padre y el doctor se encerraban en el despacho con mi padre.

*El doctor abogaba siempre por Micaela, de quien se hablaba en mi casa siempre que el doctor se sentaba en nuestra mesa; pero yo no comprendía bien aún de lo que se trataba, y sólo comprendía

que Micaela debia de profesar, y que el Médico no era partidario de las monjas.

*Un dia, antes de comer, el doctor encerrado con mi padre en el despacho, habló muy alto, y se me figuró que mi madre se amedrentaba al rumor de un altércado en que ambos persistían; pero duró pocos minutos, y no volvió más: mi padre se sentó a la mesa incómodo y fruncido el ceño y dijo a

mi madre: es imposible: es un voto y no es cosa de mi incumbencia.

*Semanas más tarde recibió mi madre un regalo de dulces y flores, que la trajeron de la fiesta de la profesión de Micaela que había tomado el velo en no sé qué convento, y antes de salir de Sevilla, volvió a presentarse el doctor una tarde al anochecer, y esperó a que mi padre volviese de paseo. Apenas llegó este a casa, volvieron a encerrarse en su despacho: volvimos mi madre y yo a oir rumor de altercado entre el Médico y mi padre; y volvió a poco a suceder lo que antes; que el doctor se marchó muy descompuesto, y mi padre-se quedó cabizbajo. Mi madre le preguntó: ¿qué ha sucedido?—Y él la dijo; que Rafael acaba de matar de dos estocadas al hijo de Hinestrosa.

En aquel mes, salimos de Sevilla para Madrid, en donde mi padre acababa de ser nombrado Alcalde de Casa y Corte. Estas idas y venidas del doctor, estos altercados con mi padre, las palabras de éste y el miedo de mi madre, se me quedaron a mi hondamente grabadas en la memoria, y formaban una historia muy frecuente en aquella década encerrada entre la reacción anticonstitucional de 1823 hasta el 33; en que al fallecimiento de Fernando VII instituyendo regente a Maria Cristina, volvió ésta a convocar las cortes, y se abolió la inquisición, se exclaustraron los monges, se abolieron los mayorazos, etc., etc. Durante aquellos diez años vi yo muchos chicos con hábitos y muchas chicas con toca en brazos de sus nodrizas y de la mano de sus niñeras. Micaela (que es la Beatriz de milevenda) había andado así cuando niña. Su madre hizo voto de meterla monja, si Dios la sacaba con bien de su difícil alumbramiento: lo cual venia como anillo al dedo a su hermano. Pero el novio de Micaela, que debió ser un mozo sevillano templado a lo Don Juan, le mató una tarde en cuanto su hermana profesó; y la justicia de entonces, que consideraba el duelo como asesinato, alnorcó a Rafael.

*De estas nebulosas y desgarradas memorias, de estos girones y retazos de infantiles recuerdos, de las palabras sueltas de mi padre y del Médico, mezclando en todo esto el crucifijo de los ejemplos del P. Nieremberg, está evocada y trazada esta loyenda. Cambiados los nombres de sus personajes y atra-

sada casi un siglo la época del suceso, que mi desordenada imaginación exornó a su antojo.

*La leyenda está escrita con cariño; pero se ve que con vertijinosa rapidez; no medi, o no tuve tempo de corregir ni de pensar, y hoy debo confesar que no comprendo por qué lleva el título de En DESAPÍO DEL DIABLO.

*Debi sin duda tener una razón, por estraña o efimera que fuera, para ponérsele; pero no la recuerdo absolutamente—tal vez la exigencia de un editor que pedia un título llamativo; tal vez al co-

menzarla tenía un pensamiento más diabólico para concluirla; no lo sé ya,

»Si pensé alguna vez en que el diablo interviniera en el combate de Carlos con Don César, y en que esta lid fuera desafio que el diablo preparara, y no encuentro casual y pelea sin condiciones de duelo ajustado, como es en la leyenda, o varié de plan, o se me fué el Santo al cielo, el diablo no respondió a mi evocación, y puse a mi leyenda este título como el que equivoca el sobre de una carta escrita a uno y dirigida a otro;—y el diablo que lo entienda ya; puesto que no lo entiendo yo, ni espero que mis lectores den con mejor esplicación.»

 (Pág. 867). En las Obras completas, e indudablemente por involuntaria omisión de la imprenta pues queda sin consonante el verso en el mundo más feliz—, falta este verso y los cuatro anteriores.

39. (Pág. 881). Al reimprimir Zorrilla esta leyenda en las Obras completas, la tituló El testigo de bronce e hizola preceder de esta nota:

«Precede a esta leyenda una especie de sinfonia, que no parece otra cosa la escala métrica en que describo la pesadilla del primer personaje que en mi relato presento.

*Eran, por los años en que este se publicó, una manía los alardes de versificación: y desde que Victor Hugo escribió sus Djins no pudimos creernos poetas sin hacer un rombo, o escala métrica. Espronceda y la Avellaneda tienen el suyo, y yo he perdido mi tiempo en confeccionar tres o cuatro, uno de los cuales es esta introducción del Tastrico de neoxos. Esto de escribir una escala métrica lo concebirár yo si hubera sido costumbre entre nosótros, como entre los árabes, escribir las composiciones poéticas en las murallas; o si el poeta, autor de alguno de estos rombos, teniendo pretensiones fundadas de ser un gran pendolista, pudlera permitrirse el escritrico cápricho de exponer su tribajo en un cuadro, donde se admirara y aplaudiera por el vulgo la romboidal construcción de su poesía; pero tal es el poder de la moda y de la novedad, especialmente en los tiempos de revoluciones literarias. Esto se hacía por varios ingenios en aquella época, y esto hice yo con aplauso de muchos, asombro de pocos y desdén de clásicos y eruditos. Hoy me asombro yo también de esto por mi hecho entonces: y al volver a hallar entre mis obras, por mi olvidadas y no leídas en cuarenta y pico de años, hallo que la primera parte de esta escala métrica no vale el trabajo que me costó, y que la segunda es perdonable por su mayor regularidad en la forma, y por su verdad en la descripción,

«Conozco una italiana mejor que todas las castellanas, del autor anónimo de In solitudine: su argumento es también el sueño, más amplio que el del mío, que no es más que una pesadilla. Puedo citar esta poesía italiana porque es moderna, y no pude inspirarme ni nipsodiar en ella, ni una palabra de mi escala métrica presente. La lengua italiana, cuyos plurales terminan en vocal y no en eses silbantes y asperas como la castellana y que es rica en monosilabos, dos ventajas inmensas que Italia tiene sobre nosotros para su armonia y la melodia de la metrificación, y sería la única a la cual podría perdonarse tan extravagante capricho. Basten para prueba el principio y el fin de la del autor de In solitudine:

and the d'ombre plen, as a comme action to a beindreigh to supgreve breve vien, which are parelled on another the vien.
caldi
baldi
sagni
d'or, parversion in obegit is end out as or male, shallows a vanno come of the party and about the of any of the fuor. l'onda far: 4 of continues and the man about the geme freme

| Là | E a volo | lo stuolo | ciel | dei silf | dei silf | non | d'amor, | d'amor, | del seno | sereno | pel | de l'onda | vien | tuor, | pian | To rido | non | sul lido | un | guatando | can: | nel ciel, | e chiude | non | le mude | v'è: | mie palpebre | qui | sono | Re. | le silfe | la como | le silfe | le silfe | la como | la como | la como | le silfe | la como | la co danzando sul mar. not salt to the specific ad-

Nell'aria volano Meiraria volano posan sul fiore, luce ed amore sembran spirar, e van del etere abitatrici l'aura felici parve l'aura felici larve a popolar,

Discese a danzare de l'onda sul velo, fanciulle del cielo? Perché mentre dormo sul mar dell'obblio l'ampio il loro zonzio mi viene a destar? il loro zonzio Bases of the Bold Court's find with a further process, are based in the court of th

La atrevida acumulación de versos de una, dos y tres silabas está ayudada por la flexibilidad de la lengua italiana, y no lo es menos el tejido métrico con que el autor prolonga los versos largos en el centro de su composición, doblando y anadiendo hemistiquios; v. g.:

E poscia che a lungo danzare le vide su l'onda raccolte in un rapido volo lontano fuggir, io solo guatando rimasi pensoso la sponda, pareva che tutta la terra voiesse sparir; un zeffiro non spira, non batte una fronda un ramo leggiero non s'ode nel bosco stormir.

Y pasan las ilusiones de la existencia en esta escala métrica para el autor que sueña; y con el mismo atrevimiento y la misma confianza en su lengua armonjosa, flexible y rica con que empezó el crescendo, prolonga de esta manera el diminuendo.

La vita è l'istante La vita è l'istante dai colli
che vola spreggiato raggiungere
qual onda spumante a vol
sul crin del passato; ia stella
fra l'ieri e il domani si bella
sospeso l'uom pende che chiamamo
finebè non discende il sol.
del nulla nel mar.
Un cuore
d'amore
d'amore
d'i fede

Perchè si palpita d'amor, di pena? sentivo senti Perchè si piena l'ansia del cor. se tutto sciogiersi col tempo deve a la callata con admittabased as anoma an toronica attrabase and sun s'aura son breve gioia e dolor?
Pari a nottivaghi
Duri,

Pari a nottivaghi scuri
astri dorati scuri
i i giorni andati tristi
i non son già più; quando
di quella vergine stando lieta follia. crada ironia II. resti sol tu? Ineri,

che favelli, sem pre
che mi gunti più,
coi capelli tetri
scompigliati, spettri
col tuo riso vengon
pien d'algor su,
con quel viso Vale,
frale derisor?

derisor? Fraie
Mi rampogni caldo
mi calpesti: cuor;
;ah! miei sogni resto non fur questi! mesto; Quel non chiesi tutto tuo bicchier, non v'apresi fiele a bert

Ma lieto des diffesse dessolutiones essentitudes soldo sina o secreto sans escreto suprestato base discoso imperior olbani en a col labro granapado incolo est promentarios en little a and del cor, to aske est obligate and ded me and the al o pura and an expense and a second and a second as the proposed j-matura, butter lett stormenst one supply these sees surped on io beyvi sh compount meaning an amonthing occasion l'amor; for many e wolli of attendance in the scale to sup an action

dai colli di fede seren. giulivo balzarmi nel sen.

> stando ritto frale in the lambiant to waters in muor! at the defector and the complete of the

> col vol nel nel and all obliges it supplies wealt gran with the talley benefit of the ab sol, on collect arranged the star of latery va ... at ab ubtrost ad our out you, ats cuor and a second of the court of Or the state army of pales nor one roof the assessment of resources white objects of

côr		ciel.
fior!		
Ma		ver.
del		
fiel	name and tropic	Pare
pel		22072
gran		bar!

»Basta para prueba de los desvarios de escuela y de los extravios del gusto; por más que sea también prueba del poder del estudio y de la facultad de versificar. Yo no recuerdo ya si mi escala métrica del TESTIGO DE BRONCE fué escrita precisamente para el despertar de Osorio, o si teniéndola ya escrita se lo apliqué a manera de sinfonia al capítulo primero de mi leyenda; probablemente seria lo segundo; hoy sólo me toca lamentar mi audacia juvenil y reconocer mis desatinos; entre los cuales no ha sido el menor la mania de amplificar los pensamientos y de miniar y afiligranar la versificación.

»¿De qué sirve al viejo el tiempo que ha vivido, si no sabe conocerse y corregirse? ¡Desdichado quien llega a ser famoso y no sabe llegar humilde al borde de la sepultura! La gloria no es más que el ruido del aplauso, que se extingue en el aire que lo devora; las coronas, las flores, las condecoracions que nos conquistan los versos de nuestros libros, se han de quedar y secarse y deshojarse sobre nuestra tumba. Desventurado mil veces el poeta soberbio que olvida que sus coronas, sus flores, sus libros y su nombre, han de parar en polvo que ha de devorar el tiempo, como el aire el ruido de los aplausos. Yo muero reconocido a Dios que me ha librado de la soberbia; y creo que estas mis notas, valen más que aquellos versos míos del tiempo vieto.

»Volviendo, empero, a ellos y a mi leyenda del Testigo de Bronce, no necesito repetir que fué escrita para que mi padre la leyera. Aquel alcalde de Corte don Miguel de Osorio, que anda a estocadas en pro de la ley y por quien el Cristo de bronce baja de su cruz para atestignar en pro de su idea terrenal de la justicia, tenía no pocos puntos de semejanza con el severo e intransigente magistrado que fué superintendente general de policía en los difíciles años del 27 al 30 en que fermentaba la revolución debajo y en torno del palacio de Fernando VII. Ni yo inquiri de mi padre, ni él me dijo jamás lo que pensaba de mí don Miguel de Osorio; pero para mi está bendita esta leyenda porque tengo un

ejemplar cuyas hojas regaron las lágrimas de mi madre.

«El Cristo de bronce no sé si tuvo nunca nicho en los muros de la iglesia de Ntra. Sra. de la Antigua. Mis recuerdos al escribir la leyenda, se tijaron en la calle del Bolo, que da a la plazuela de la Solanilla; por esta corría entonces el Esgueva, y las yerbas y alamillos de sus riberas ocultaban la preciosa arquería del claustro Bizantino que hoy se puede admirar a la sombra de la torre de don Peranzules. Por una de esas inexplicables aberraciones de la memoria local, que coloca a veces un objeto falso entre los más positivos y exactos recuerdos, mi fiel memoria local, que me recordaba clara y minuciosamente la Solanilla desembocando en la plazuela Vieja, prolongándose apretilada hasta el puente de la calle de Esgueva, y quebrándose por otro puentecillo en el callejón del Bolo de la Antigua por donde se alcanzaba a ver la Universidad, había erróneamente colocado un Cristo en el callejón del Bolo; precisamente frente a la única casa de este callejón y delante de cuyo Cristo supongo la acción de otra de mís levendas. Hospedábame vo el año de 1835 en que cursaba el segundo de leyes, en la calle de Esgueva, y en la casa que hacía esquina al puente más arriba del hospital yendo hacía la Universidad; pero yo no iba a cátedra por el camino directo, más que cuando iba con mi compañero de casa, el hoy canónigo de Valladolid, don Segundo Valpuesta, que hacía conmigo por disposición de mi padre los buenos oficios de hermano mayor, y a cuya autoridad vivia yo dócilmente sometido por la amistad sincera y el fraternal cariño que le profesaba, y que hasta hoy me honro yo de que él me conserve; pero cuando iba y volvia solo, iba yo siempre y volvia por el pretil del Esgueva, la Solanilla y el Bolo de la Antigua, para recrearme en la vista del claustro y la torre Bizantinos. Aquel callejón era uno de los recovecos del viejo Valladolid de que yo estaba enamorado; y la turbia corriente del Esgueva, que lamía el pie de la torre y la arcada del claustro, el refuerzo de ésta rematado en la bola de donde tomó el callejón su nombre, las viejas casas que acotaban la Solanilla desde el callejón a la plazuela Vieja quebrando por el lado de las Angustias, y la única que el callejón formaba con el muro de la iglesia, quedaron fotografiados en mi memoria; pero con la extraña adición de un Cristo en un escaparate alumbrado por un farol, que creo que nunca existió y que debió colocar mi memoria al pie de la torre, y sobre el Esgueva, confundiéndole con el de otra parte de la cual le arrancó para colocarle alli.

*Con tales recuerdos y con tal error de mí buena memoria local, escribi esta leyenda; apacentando con delicia mi espíritu en las memorias de mi ciudad natal, de la que jamás me olvide. En mis oídos llevé siempre el sorido de sus campanas: y cuando ahora las oigo al despertar por la mañana o en medio de mi nocturno trabajo, me figuro (ay de mí! que no han trascurrido los años de mi inquieta e inatil vida, y que soy todavia niño, que mí pasado es un sueño, y que aún vivo en la inocencia de la infancia, que no me he movido de la casa en que nací, y que aún ignorante del mundo y de él desconocido, vivo feliz bajo la salvaguardia del materno cariño, en el rincón trauquilo de mi paterno hogar. Y por eso no más, y para unir mi principlo y mí fin, he tenido y logrado mí empeño de venir a morir en donde vine a nacer; haciéndome la ilusión de que el viaje de mi existencia no ha sido más que el

breve espacio de camino que hay desde la esquina de la calle de la Ceniza (hoy de Elvira) en donde se meció mi cuna, y el cementerio en donde el município de Valladolid me ha dado tierra en que

abrirme modesta y cristiana sepultura.

De tales recuerdos, de tales esperanzas, de tales aspiraciones son hijas estas y otras leyendas mías; y ojalá que a ellos solos se redujeran todos los de mi asendereada existencia, y ojalá que sus dos cabos se atasen desde mi cuna a mi sepultura, sin abarcar más que el pedazo de tierra que ocupa mi ciudad natal. (Valladolid enero 23 de 1884s). Il recommendo por la completa de completa de

40. (Pág. 917). Un cuento de amores se publicó primeramente en el Semanario Pintoresco Español de 1850, y luego, unido a El duende de Valladolid, de Garcia Gutiérrez, en un folleto: Un cuento de amores, escrito por Don José Zorrilla y D. José Heriberto Garcia de Quevedo, Madrid, 1850.-Oficinas y est, tip, del Semanario e Ilustración,

Pasó al tomo 3.º de la edición de París.

Como una nota del Cuento indica, Zorrilla escribió hasta el capítulo VI inclusive, y García de Quevedo el resto.

- 41. (Pag. 969). Insertose este poema integro en el tomo III de la edición de París. De Pentápolis habia dado a conocer Zorrilla en el periòdico *El Laberinto* (1.º febrero y 16 agosto 1844), dos cantos, uno de ellos formado casi totalmente por su composición *El Angel exterminador*, inserta en el tomo VIII de sus Poesías. Estos fueron los únicos que para Pentâpolis compuso Zorrilla. Aunque en la edición de Paris solamente se dice que el segundo canto es de García de Quevedo, en realidad lo son todos, a excep-ción del primero y el tercero. Así lo hizo constar el propio García de Quevedo al publicar sus obras en Paris, en una nota que puso para justificar la inserción de Ira de Dios, Maria y Un cuento de amores. «El segundo motivo—dice—es rectificar un error que noté en la edición de 1852, dirigida por mi compañero y amigo Zorrilla. En la portada del poema bíblico Ira de Dios se cmitió mi nombre y sólo consta que el segundo canto es mío, por una nota puesta al pie, siendo así que en dicho poema sólo tiene el Sr. Zorrilla los cantos 1.° y 3.°, y son míos el 2.°, 4.°, 5.°, 6.°, 7.° y la conclusión. Hecha esta aclaración, sólo me resta decir que en la presente edición restablezco al poema su primitivo nombre de Pentápolis, no sólo por ser más concreto a su argumento, sino por su mayor eufonia. Así le llamó el Sr. Zorrilla cuando, años atrás, publico los cantos 1,º y 3,º en un periódico literario que por aquel entonces se publicaba en Madrid, y cuyo titulo, si no me es infiel la memoria, era El Laberinto; y así lo llamamos ambos cuando posteriormente me invitó él a que lo continuase,»
- (Pág. 997). Maria, Corona poética de la Virgen. Poema religioso de Don José Zorrilla, y Don José Heriberto García de Quevedo. Madrid. 1849. Imprenta que fué de Operarios.

En otros ejemplares de esta primera edición no figura el nombge de García de Quevedo.

Se incorporó este poema a la edición de París, tomo 3.º Como en el consta, Zorrilla sólo escribió la primera parte, o sea hasta el fin del libro cuarto. La segunda parte, que es la más extensa, y hasta la terminación del poema, pertenece a Garcia de Quevedo.

La dedicatoria a don Manuel Joaquín Tarancón, que en la edición de París está suscrita por Los autores, en la de Madrid había aparecido de este modo:

Al Exemo, Sr. D. Manuel Joaquin de Tarancón, Obispo de Córdoba y Senador del Reino. - Exemo, e Ilmo, Señor. - La amistad intima y antigua que habéis dispensado a mi familia, el cariño que me habéis mostrado en mi niñez. los buenos consejos de que os es deudora mi juventud, y el aprecio que habéis hecho de mis obras literarias, me han impulsado a tomarme la libertad de dedicaros mi CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN: esperando que recibireis mi dedicatoria como leal testimonio de lo honrado que me considero con vuestra generosa amistad, de la buena memoria que guardo de vuestro cariño, del respeto con que he recibido vuestros consejos, y de la alta estimación en que tengo los julcios de vuestra ciencia, Permitid, pues, que aproveche en favor de mi presente obra el prestigio que la dara vuestro ilustre nombre. Sabéis mi historia y conocels mis extravios; sé que sois justo al juzgar aquella, y benigno para con éstos; leed mis religiosas inspiraciones, como habéis leido mis profanos versos, y comprendereis el fondo del corazón de vuestro más atento, reconocido y respetuoso amigo. - José ZORRILLA.

 (Pág. 1111). Esta epistola se insertó en el libro siguiente: Ensayos poéticos por D. F. de la Vera e Isla Fernández, Encargado de Negocios de S. M., precedidos de una introducción en verso por D. José Zorrilla, París, Imprenta de Pillet Fils Ainé, 1852.

Pasó luego al tomo 3.º de la edición de Paris.

44. (Pág. 1119). Esta Carta-cuento se publico primero en un opúsculo impreso por Arbieu, Poisy, 1852. Era, como se observará, el anuncio de un Cuento de cuentos que no llegó nunca a publicarse. La

carta-cuento pasó luego al tomo 3,º de la edición de Paris. Cierrase este tomo 3,º de la edición de Paris con una Fantasia dirigida a don Bartolome Muriel; pero no la incluímos en este lugar porque vino a servir de introducción al poema Granada, y con el a reproduciremos.

45. (Pág. 1133). Granada. Poema oriental. Precedido de la leyenda de Al-Hamar por Don José Zorrilla, Paris, Imprenta de Pillet Fils Ainé; Calle de Grands Augustins, 5, 1852.—2 volúmenes.

La Leyenda de Al-Hamar se había ya impreso con anterioridad, precedida de una dedicatoria en

tercetos a don Rafael de Guardamino. Esta epistola, con la excepción de los 78 versos primeros, en que Zorrilla trataba de demostrar a Guardamino su error al suponer que el poema Granada no se publicaría nunca, y de otros 37 versos antes de finalizar la fantasia Las dos luces, pasó integra a la que, dirigida a Muriel, puede leerse al frente de Granada.

Al fin de cada tomo de Granada, Zorrilla puso las notas que aqui reproducimos en la misma forma, En 1895, y costeada por don José Martínez de Rada, en favor de la viuda de Zorrilla, se publicó

la segunda edición de Granada, en la cual quedaron suprimidas las notas.

46. (Pág. 1224). Aprovechó aqui Zorrilla, con muchas modificaciones, parte de los versos de su poesía La sorpresa de Zahara, inserta en el tomo II de sus Poesías.

47. (Pág. 1266). Aquí termina el tomo I de Granada. A la terminación, en una advertencia Al lector, corrige Zorrilla varias erratas.

Al fin del tomo II hace también Zorrilla algunas advertencias sobre las personas que en Europa y América estaban legalmente autorizadas para la venta del poema.

48. (Pág. 1391). Cuentos de un loco. Episodios de mi vida, por Don José Zorrilla,

Comenzó a publicar estos Cuentos de un loco, por entregas, la empresa del Semanario Pintoresco

Español, en 1853; pero no pasaron de la primera parte.

Como se observará, el capítulo tercero se titula De cómo aparece la Aurora en el presente libro, dando principio a un cuento maravilloso. Efectivamente, a continuación del verso y a las heridas de tu pecho bálsamo, empieza lo que llama Zorrilla: Maese Adán y su hija. Cuento diabólico. Este cuento está solamente comenzado. Andando los años, en 1859, publicó Zorrilla en la Habana la segunda parte de La flor de los recuerdos, e inserta en ella una Historia de tres Ave Marias, que no es otra cosa sino el cuento de Maese Adán y su hija, levemente aumentado, pero sin alcanzar aún su término. En el lugar correspondiente, pues, insertaremos la Historia de tres Ave Marias,

49. (Pág. 1415). La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos Don

José Zorrilla. Tomo I.-México, Imprenta del Correo de España, 1855.

Es un libro en prosa y verso. He aquí su contenido: Introducción y prospecto. - Al Exemo. Señor Conde de la Cortina y de Castro. - Las Rosas mexicanas, Serenata morisca. - Album de viaje, Leila y Fatma. - Correspondemcia. Al Sr. D. J. M. Torres-Calcedo. - A S. M. I. Eugenia, Emperatriz de los frangeses. Serenata morisca. - Historia de dos Rosas y dos Rosales. - Correspondencia. Al Exemo. Sr. Don Áncel Saavedra, duque de Rivas. México y los mexicanos. - Conclusión.

- 50. (Pág. 1466). Sigue a continuación: Historia de dos Rosas y dos Rosales, Leyenda en dos partes. Sin embargo, como en este tomo de La flor de los recuerdos esta levenda sólo alcanza hasta el Fin de la historia de la primera Rosa, y cuatro años más tarde Zorrilla la reimprimió en la Habana, ampliada con la Historia de la segunda Rosa, reservamos su inserción para el lugar correspondiente.
- 51. (Pág. 1548). Como se ve por esta Conclusión, aqui termina el tomo de La flor de los recuerdos dedicado a Méjico. De los trabajos que aquí anunciaba Zorrilla para un Apéndice, sólo se publicó en Méjico El delator (1857), más tarde reimpreso en el Album de un loco.
- 52. (Pág. 1549). La flor de los recuerdos. Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos don José Zorrilla. Isla de Cuba.-Habana. Libreria e imprenta El Iris, de Majin Pujolá y Cp.4-Calle del Obispo, núm. 121, 1859.
- 53. (Pág. 1552). Ramon Losada, relojero español establecido en Londres, se hizo famoso por sus relojes, no ya sólo en Inglaterra, sino en toda Europa y América. Por los años de 1830, cuando el padre de Zorrilla era superintendente general de policia en Madrid, Losada, complicado en asuntos políticos, jugó una broma pesada al superintendente y huyó al extranjero. Veintitres años después, Losada sacó de un grave apuro a Zorrilla, el poeta, que se encontraba en Londres falto de recursos.
- 54. (Pág. 1613). Como ya queda dicho. Zorrilla publicó la primera parte de esta leyenda en los Cuentos de un loco, Madrid, 1853. Al reimprimir ahora esta primera parte en La Flor de los Recuerdos hizo ligeros cambios, ya con la supresión, ya con la adición de algunas octavillas, muy pocas.
- 55. (Pág. 1687). Dos Rosas y dos Rosales. Leyenda en dos partes por D. José Zorrilla. Habana: Imprenta del Diario de la Marina, 1859.

Ya se ha dicho que en La flor de los recuerdos (Méjico, 1855), se había publicado la primera parte de esta leyenda.

56. (Pág. 1861). Lecturas de don José Zorrilla en el Casino Español en 1864. México. Imprenta de Andrade y Escalante. Calle de Tiburcio, número 19. 1864.

Es un folleto de 32 páginas, que contiene: Confidencias y Serenala a S. M. C. Doña Isabel II. Historia de una Rosa. Lectura del Cuento de las flores.

Más tarde, en el Album de un loco (1867), reimprimió Zorrilla las Confidencias y la Serenata. Las reservamos, pues, para el lugar correspondiente de aquel libro, y aqui sólo incluímos la Historia de una Rosa,

Andando los años, en 1879, y en el Almanaque de La Ilustración Española y Americana, Zorrillapublicó Principio y fin de la Historia y Álbum de una Rosa, con algunas diferencias respecto al texto de Méjico.

(Pág. 1871). Álbum de un loco, por Don José Zorrilla. Madrid, Alonso Gullón, editor, Calle del

Pez, número 40, 1867.

- 58. (Pág. 1882). Después de la Introducción y prospecto, sigue en el Álbum de un loco la Primera parte. Álbum de viaje. Iniciase con la poesia Al Exomo. Señor Conde de la Cortina y de Castro, que es la misma puesta como 'dedicatoria en La flor de los recuerdos (Méjico, 1855), seguida de los versos a Leila—a la cual Zorrilla llama aqui Beida—, y que figuraban también en La flor de los recuerdos. A continuación van las poesias A Dios y A la señorita Bolivia de Francisco Martín, también publicadas anteriormente en La flor de los recuerdos.
- 59. (Pág. 1890). La traducción de II Delatore se había publicado antes en un folleto: El Delator, por D. José Zorvilla. México. Imprenta de M. Murguia, Portal del Águila de Oro. 1857.—Llevaba esta dedicatoria: Al Señor D. José Joaquín Pesado, en memoria de amistad, El Autor.
- 60. (Pág. 1895). Después de El delator siguen Las golondrinas y Los pensamientos, ya publicadas en La flor de tos recuerdos, (v. pág. 1464 y 1463). A continuación, va A Paz en sus bodas; y después de En el dibum de Mariana R., sigue A Paz. Ambas poesías a Paz se habían publicado ya en La flor de los recuerdos, de la Habana. Iusignificantes diferencias ofrecen en el Album de un loco, alguna de las cuales más parece errata que otra cosa. La titulada A Paz va encabezada con esta fecha; Habana, Diciembre 8 de 1858.
- 61. (Pág. 1967). Después de Al Ateo sigue: A la Exema. Sra. Marquesa de la Habana, Vizcondesa de Cuba, dedicándola un tomo de La flor de los recuerdos. Es la misma poesia impresa como dedicatoria

en La flor de los recuerdos (Habana, 1859)

- Después de esa poesia, siguen en el Álbum de un loco las Confidencias y Serenata a S. M. C. Doña Isabel II, incluidas ya, como hemos visto, en el folleto Lecturas (Méjico, 1864). Y tras de la composición leida en la Escuela Imperial de Minas, sigue otra también publicada con anterioridad en La flor de los recuerdos, o sea la dedicada A S. M. I. Eugenía, Emperatriz de los franceses.
- (Pág. 1989). El drama del alma. Alyo sobre México y Maximiliano. Poesía en dos partes, con notas en prosa y comentarios de un loco, por D. José Zorrilla. Burgos: 1887. Imprenta de D. T. Arnáiz, plaza del Mercado. n.º 17.

En agosto de 1867 se publicó la primera entrega de este poema, que contenía la introducción y prospecto, la composición A D. Pedro Antonio de Alarcón, el poeta, y el Comentario del loco.

- 63. (Pág. 1997). Aquí da comienzo el poema, que apareció a fines del mismo año, con este título: El drama del alma. Algo sobre México y Maximiliano, poesía en dos partes, con notas en prosa y comentarios de un loco, por D. José Zorrilla. Burgos: 1867. — Imprenta de D. T. Arnáiz, plaza del Mercado, n.º 17.
- 64. (Pág. 2073). Ecos de las Montañas. Leyendas históricas. Dibujos del eminente artista Gustavo Doré, abiertos en acero por los más acreditados grabadores ingleses. Leyenda primera. El castillo de Waifro, por D. José Zorrilla. Barcelona. Montaner y Simón, editores. Calle Condesa Sonadiel, 10.—1868. En el segundo tomo, en vez del título de la leyenda, dice: Tomo II.

En 1894 publicaron Montaner y Simón una edición económica de Ecos de las Montañas, en un tomo. En ella rectificaron acertadamente la numeración de los capítulos.

Androne he also, on 1870, you at Amanague de La Indereción Marabala a Aparenne, Coralles qualités (Principes y flu de la Wideria et Africa de cione com alguna difunciales majorde al turales at turales.)

55. (PAR 1871). Aftern de na bou, per hou Jout Zervillo, Medrid, Alonio Culbin, editor, Caile del

52. (Fig. 1882). Begintis the halocherisis prompted, again on of Alomande as one, in Promise and another them as since the following the Castro, and the property of the prope

[33] FFAR, 18901. The Cardington de R. Deldare se habits multipuido sinhu, se um redigido. St. Deldare, por P. José Arodin. Medica Timpento die Si Marguia, Perdal sell Aradin de Catas. 1807. – Moralin della Aradin de Catas.

(6) Plan 1925. House do Wildsfater simuli Les polandrieurs y Los noramidades, ramabilisades ou les foncts for the recorded of the fate of the former former in the second former in the second former in the second of the fate of the

61. (Car. Surv., Dispute the A. And Otto, L. Lee anne. A. J. Korner. Ser. Manqueen We fo. Problem, Preschieber to the control of the vectors of the control points in the control of th

the flor de les recognica (Habbana, 1858)

Despite the set question of the control of the set of the control of the control

(e.C. (Pag. 1980). At around the cheer, this notes Merico y Maximiliano, Pounts in the parties and are as present as the sea Reco, now it, and Secretia, Regions, 1867, Improvide do D. T. Arraig, plans del Recordo, n. 17.
Lin month de POUV et audico la Primera entreta de cale vector, que contente la infradroción y

a monocularitar at significar super manoon who of custom structured in custom the view and the companies of the custom of the companies of the custom of the

6. Control of almost the same the commence of the same of the s

[44] 1942. 2071. From the ast Montains. Expends transform Diffusion of such matter violents. In April 1972. Some action of the sub-confirmed probability of the sub-confirmed probability of the sub-confirmed probability of the sub-confirmed probability. Some Scale Southern Matter Southern States of the Leave Southern States of the Scale Southern States of the Sou

elle deut publicarea Montaner z signéa una gilleton escológica, de Zem de 1de Montañat, pa un tone. Est alla mellifetara accitatomente la acunomición de los capitules.

the first plant of the same of the design through the same of the same of the Same of Same of

the state of the same of the s

And the control of th

the latest the same of the sam

Man factor and district the second se

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO



54 56 57 58	Elvira	
00	Oriental	
380		
80	INDICE DEL TOMO PRIMERO di sh adossa al	
88	Hecographic for Tolado	
80 80	Temperad de vezano EURAP AGUUDAE Recuerdo a X, P D I. POESÍAS airotacibaC in nila C II E	
	La forre de l'uepsaldana	J
OESI	fas	
Pr	cologo de don Nicomedes Pastor Díaz	13
	tal vilgen a) pie de la Crez	
ror	Napoleón La sorpresa de Zahara, STRAG ARIMING	
eo A	la memoria desgraciada del joven literato don Mariano José de Larra	25
a A	Calderón guan to y toma the	26
To	oledo ab atmon al A	27
di El	reló	31
L	a luna de enero	32
A	una mujer . 8	34
CI O	riental aruseig a.l.	
09A	Venecia hothovoj ad	37
U	n requerdo y un suspiro.	39
ESTA	don Taginto de Salas y Quirage	41
F	ragmentos a Catalina	42
TRIA	A horn mer, mejor nedigo.	45
0	riontal management	47
Li		48
R	omance	49
Α	la estatua de Cervantes	51
730	Ila, d	53
19	H8. 81	

ÍNDICE

Págs,

	1 To
Elvira	
La tarde de otoño	
Indecisión	57

Oriental	60
Romance	60
A un torreón	62
La noche de invierno	.1.01.01
Recuerdos de Toledo	65
and the second of the second o	. DMT
SEGUNDA PA	
Dedicatoria PAIRGOS	
El día sin sol	
Inconsecuencia	
La torre de Fuensaldaña	
La duda	
Para verdades el tiempo y para justicias Di	ios
Para verdades el tiempo y para justicias Di La Virgen al pie de la Cruz	Talka'l sebeladelle don on on oggical 94
Napoleón	98
Napoleón La sorpresa de Zahara	DM1314 101
A los individuos artistas del Liceo	
El amor v al agua	
A la muerte de ***	
La orgía	
El canto de los piratas	
Oriental	/118
La plegaria	
La juventud	
La amapola	
La noche v la inspiración	
Un recuerdo del Arlanza	120
A buen juez, mejor testigo	
TERCERA PA	ARTE nonmarifiem al
A Pome	9pm,000 ² 141
Ta noche inquieta	14:
Soledad del campo	0 all'15
Concurred der camporresservices	

W) -					
IN	D	I€	31	6	

		Págs.
	Soneto.	156
	A Blanca.	
	Oda	157
	La margen del arroyo	160
	Al último rey moro de Granada, Boabdil «El Chico»	163
	El velo	172
	Vanidad de la vida	172
	Tenacidad	174
	Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan	176
	Sonetosolvocinil	194
	Tempestad de verano	195
	Recuerdo a N. P. D.	199
	A la niña C, D, E,	202
	A una calavera	205
	El escultor y el duque	
	El escultor y el duque anno Parte CUARTA PARTE CUARTA PARTE	
46	Las hojas secas	211
130	Requerdes de Valladolid	215
0)[-	A - Plance : 6	236
I.	Canción	238
	and the first of the second se	
Œ,	A Adelaida AFRICA AFRIUQ QUINTA PARTE AND SERVICE AND A la señorita doña buisa Larros.	
H.	El crepúsculo de la tarde	238
T.	A un águila	244
11	Oriental	246
	Canciónshra-til	248
A	A Marianasansatus est université la casasa	250
	Al renacimiento del Liceo. Girculta a RESTUENTA	
	Al repacimiento del Liceo. ATRAS ATRAS ('anción carnavalesca SEXTA PARTE ('anción carnavalesca	
	Príncipe y rey	252
	The Property of the Property o	282
Į.	The size of the manner of the state of the size of the	313
	A THURSDAY AND A TOTAL OF THE A	
	SÉPTIMA PARTE SE Allasiomanam A	
	La vinela de Manasés	328
뒠	Dedicatoria	328
	El capitán Montoya	990

2228 ÍNDICE

		Pags.
156	Vigilia	353
156	Gloria y orgullo	356
TOT	Pereza	358
1.60	Cadena,prypre, let prypre, p.1	
168	En un âlbum	362
172	Misterio	362
172	Justicias del Rey D. Pedro7	365
174	Leídos por los actores en el Teatro del Príncipe	371
176	A la Luna	
194	Horizontes	375
195	Impresiones de la noche	378
cer	Fe distribution of T. R. M. v. obranga R	380
	A España artística	382
206	Ira de Dios.	
	El escultor y el duque	385
	Ofrenda poética	399
	El bautismo de Jesús	401
TIE	Recuerdos	402
915	Hosanna	405
986	Hosanna	405
	En la muerte de ***	407
	A Adelaida	408
	A la saccepta dace Tuice Larios	409
	A Teresa. Spran al sp oinsaigens E	411
148	En un álbum	413
216	La guirnalda.	419
	El wals	413
250	Desde el Mirador de la Sultana	41
	Al association to del Tiene	41
	Al renacimiento del Liceo	41
	Table Dama Sa	41
	Jerez y Borgoña	
288	En el álbum de la señora doña Adelaida O'Dena	100/100
	A mi mujer	41
	A mi mujer	
	A mademoiselle de N	41
	La viuda de Manases. Poesías italianas traducidas en castellano.	
	Poesias italianas traducidas en castellano	40

NDICE	2229

Page 1900	Págs.
RECUERDOS Y FANTASÍAS HEZ AL MO OUZBARREL U HE LA ALOTE	RPE
Introducción Los borceguíes de Enrique Segundo. Oriental Una aventura de 1360. Las estocadas de noche. El caballero de la Buena Memoria. A María. Poco me importa A don Wenceslao Ayguals de Izco. A mi amigo Wenceslao Ayguals.	431 434 447 449 454 457 483 484 485 487
CANTOS DEL TROVADOR RAIRES RAI HE C	orne.T
Introducción LEYENDA PRIMERA.—La princesa Doña Luz. LEYENDA SEGUNDA.—Historia de un español y dos francesas LEYENDA TERCERA.—Margarita la Tornera. LEYENDA CUARTA.—La Pasionaria LEYENDA QUINTA.—Apuntaciones para un sermón sobre los Novísimos LEYENDA SEXTA.—Las píldoras de Salomón	493 494 529 552 616 664 676
VIGILIAS DEL ESTÍO	
Prospecto. El talismán. El montero de Espinosa. Dos hombres generosos.	695 696 740 757
LA AZUCENA SILVESTRE.	(65)
EL DESAFÍO DEL DIABLO y UN TESTIGO DE BRONCE	Loos
El desafío del diablo	831
	917
IRA DE DIOS	969
MARÍA, CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN	997

- Phint	Págs.
EPÍSTOLA AL SR. D. FERNANDO DE LA VERA/ISLA-FERNÁNDEZ. $\mathbb T$	1111
UNA HISTORIA DE LOCOS	1000
GRANADA, POEMA ORIENTAL ISTROIT	3 881
Dedicatoria a don Bartolomé Muriel. O381 ab arutusva and Las dos luces	1133
hat Las dos luces	1138
Tol- Aspiración atrouell anend al el orelindas E	1149
Las dos luces	1145
LEYENDA DE AL-HAMAR onlavoneW ogima im	
Libro de los Sueños. Libro de las Perlas. AGGAVORT JEG 201	1151
Libro de los Alcázares	1166
10) Alhambra	1168
Jeneralife	
Al-Hamar en sus Alcázares	1171
LIBRO DE LOS ESPÍRITUS	1173
Recuerdes	
La carreranimusis el constitución de la constitución de la carrera.	1177
Libro de las Nieves	1183
Inspiración	1183
La carrera	1185
Alcázar de Azael	1188
Epifogo	1196
Del Timbres remeasure	415
Total Market GRANADA. Tomo I	
PAT AND	
Libro Primero.—Exposición	1199
I Invocación Priviosas sel contrast val y casado dad obtara	1199
IRE II. Narración	1204
Libro Segundo.—Las sultanas	1210
I. El camarín de Lindaraja	1210
I. El camarín de Lindaraja	1220
Libro Tercero.—Zahara	1224
Notas	1241
IA. Coroxx rogram ne la Vinger	MATE

Invocación 1267 1268 1268 1268 1268 1268 1268 1268 1269 1268 1268 1269 1		Pags.
Libro Cuarto.—Azael 1268	ECOS DE LAS MESOS GRANADA.O.Tomo.HEC OTREUS JEC A	EUTOEL
LIBRO QUINTO	INVOCACIÓN	. 1267
Introducción 1286 Narración 1387 1304 1304 1304 1304 1304 1304 1306 1307 1304 1306 1307 1306 1307 1306 1307 1306 1307 1306 1307 1306 1307 1		
Narración 1287 1302 Narración 1304 1304 1304 1308 1304 1308	Libro Quinto	1286
LIBRO SEXTO.—Las torres de la Alhambra. 1302 Narración . 1304 LIBRO SÉPTIMO . 1327 LIBRO OCTAVO.—Delirios 1340 LIBRO NOVENO.—Primera parte . 1356 Introducción . 1356 Notas . 1363 OUENTOS DE UN LOCO 1366 PRIMERA PARTE.—Inspiración . 1391 SEGUNDA PARTE.—Inspiración . 1394 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (México) . 1415 PRIMERA PARTE.—Leila y Fathma . 1423 Correspondencia . 1441 México y los mexicanos . 1467 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (CUBA) Preludio . 1549 Una repetición de Losada . 1552 Poesías sueltas . 1605 Historia de tres Ave Marías . 1613 DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo . 1687 PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa . 1689 Segunda Parte.—Historia de la segunda Rosa . 1793 Correspondencia . 1793	Introducción	
Narración 1304 Libro Séptimo 1327 Libro Octavo — Delirios. 1340 Libro Noveno. — Primera parte 1356 Introducción 1356 Notas 1363 CUENTOS DE UN LOCO 1366 PRIMERA PARTE 1391 Segunda Parte. — Inspiración 1394 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (México) 1415 Primera Parte — Leila y Fathma 1423 Correspondencia 1441 México y los mexicanos 1467 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (Cuba) 1552 Poesías sueltas 1605 Historia de tres Ave Marías 1613 DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo — 1687 Primera Parte. — Historia de la primera Rosa 1689 Segunda Parte. — Historia de la segunda Rosa 1793 Correspondencia 1793 Correspondencia 1683	Narración	. 1287
LIBRO SÉPTIMO. LIBRO OCTAVO.—Delirios	Libro Sexto.—Las torres de la Alhambra	1302
LIBRO OCTAVO.—Delirios	Narración	. 1304
Libro Noveno.—Primera parte		
Introducción 1356 Notas 1363 CUENTOS DE UN LOCO 15 Introducción 1391 PRIMERA PARTE 1391 SEGUNDA PARTE.—Inspiración 1415 PRIMERA PARTE.—Leila y Fathma 1423 Correspondencia 1441 México y los mexicanos 1467 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (CUBA) Preludio 1552 Poesías sueltas 1605 Historia de tres Ave Marías 1605 Primera Parte.—Historia de la primera Rosa 1689 SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1793 Correspondencia 1793 Correspondencia 1689 SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1793 Correspondencia 1793 Correspondencia 1793 Correspondencia 1793 Correspondencia 1793	Libro Octavo.—Delirios	. 1340
Notas CUENTOS DE UN LOCO ab lancian digelo lab solutar ab mudia la ad PRIMERA PARTE digelo lab solutar ab mudia la ad SEGUNDA PARTE.—Inspiración 1394 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (México) 1415 PRIMERA PARTE.—Leila y Fathma 1423 Correspondencia 1441 México y los mexicanos 1467 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (Cuba) 1552 Preludio 1569 Preludio 1569 Preludio 1569 Preludio 1569 Preludio 1569 Presías sueltas 1605 Presías sueltas 1605 Presías poesías veltas 1605 Priólogo 1689 Príólogo 1689 Príólogo 1689 Príólogo 1689 Priólogo 1689 Prió	Libro Noveno.—Primera parte	. 1356
CUENTOS DE UN LOCO ab lancian orgale de aciment ab mudia la aciment de aciment de minimirate al acimental de la composition de la composition de la composition de Los Recuerdos (Cuba) LA FLOR DE LOS RECUERDOS (México) de acimental de la composition de la composit		
Primera Parte	el álbum de Mariana R	
SEGUNDA PARTE.—Inspiración	a distribución de premios del Colegio Nacional de 2004 NN aniondiribución	
LA FLOR DE LOS RECUERDOS (MÉXICO) Introducción y prospecto. PRIMERA PARTE.—Leila y Fathma Correspondencia México y los mexicanos LA FLOR DE LOS RECUERDOS (Cuba) Preludio. Una repetición de Losada Poesías sueltas Historia de tres Ave Marías DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo Primera Parte.—Historia de la primera Rosa Segunda Parte.—Historia de la segunda Rosa Correspondencia 1441 1423 1441 1467 1467 1549 1652 1605 1613 1629 1637 1637 1638 1639	Segunda Parte.—Inspiración	1394
Correspondencia 1441 México y los mexicanos 14467 LA FLOR DE LOS RECUERDOS (CUBA) 1549 Una repetición de Losada 1552 Poesías sueltas 1605 Historia de tres Ave Marías 1603 DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo 1687 PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa 1689 SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1793 Correspondencia 1833	LA FLOR DE LOS RECUERDOS (México) M. 2 a alamons y anismolidi	Com
Preludio	Correspondencia	1441
Una repetición de Losada	LA FLOR DE LOS RECUERDOS (CUBA)	EL DRA
Poesías sueltas	Preludio	1549
DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa Correspondencia Correspondencia 1833	Ona repeticion de Losada	1605
DOS ROSAS Y DOS ROSALES Prólogo PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1177 1793 Correspondencia 1833	Too Historia do tros Ava Marias	1613
Prólogo PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1777. 1793 1793 Correspondencia 1833	mistoria de tres Ave manas	dr.T
Prólogo PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa SEGUNDA PARTE.—Historia de la segunda Rosa 1777. 1793 1793 Correspondencia 1833	DOS ROSAS Y DOS ROSALES	
PRIMERA PARTE.—Historia de la primera Rosa	150% a [5081) - oznazav og	111111111111111111111111111111111111111
Segunda Parte.—Historia de la segunda Rosa	Prologo Proposition de la primara Posa	1689
8408 Correspondencia kilolo will control 1833	TRIMERA PARTE, HIStoria de la primera nosa	1793
860° Frilego Restel A, eb, object A, exbed. Cl. /1858	BLOC Company and are in Segundar 1000	11838
	8602 Endors Bestal A ob oisota A orbest A	1. / 1858

2232 ÍNDIGE

Pias	Pags.
LECTURA DEL CUENTO DE LAS FLORES	
Historia de una Rosa	1861
Curara Anne Lineau Line	Tanana T
ÁLBUM DE UN LOCO (OTRICIO)	
ABBUM DE UN LOCO ORGIN de la lacidade de la lacidade de lacidade	1871
Introducción y prospecto	1875
Primera Parte.—Álbum de un viaje	1883
PRIMERA PARTE.—Álbum de un viaje	1883
ORC Historia de una voz	1886
Bost II Delatore	1890
Ala memoria del insigne actor mejicano Antonio Castro	1895
Table Los pobres	1899
En el álbum de Mariana R	1901
En la distribución de premios del Colegio Nacional de San Juan de Letrán.	
I SEGUNDA PARTE.—La inteligencia	1905
10 Tercera Parte Address noisethead	
Al ateo	1962
Confidencias y Serenata a S. M. C. Doña Isabel II D. 201 NA 200	1967
Composición leída en la distribución de premios	1972
Inauguración del Teatro Nacional de Melico	1970
La corona de pensamientos.	70.1
La corona de pensamientos	1981
GOR DE LOS RECUERDOS (CURA) AMAR LIST AMARG LIST	
Introducción y prospecto	1989
S. A. D. Pedro Antonio de Alarcón	1992
Comentario del locovatinue asleno	1993
El PRIMERA PARTE.—Introducción	1997
Libro primero.—Méjico	2000
Libro primero.—Méjico	2013
TRUE LIBRO TERCERO.—(1865)	2021
SEGUNDA PARTE, Companyed and Resident Rose savere Party Andrews	
LIBRO CUARTO.—Fe y Patria	
EES/LIBRO QUINTO.—¡Vae. victis!	2046
8381A D. Pedro Antonio de Alarcón	2058

ÍNDICE	2233
	Pags.
ECOS DE LAS MONTAÑAS	1
Introducción	2073
El castillo de Waifro	2076
La fe de Carlos el Calvo	2167
Los encantos de Merlín	2178
Notas	2191
ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO	2223

2829

HE P

URA DEL CURNTU-UN LAS TOSTOS 22

ECOS DE LAS MONTAÑAS

 2076	of the liv		Introducetón
1615			Notas

Michaela de como los

TI Dallabase

et al la menteria des seus la la la calcala

Los pristres

Ku of libeau de libeau so

En la distribución de la companya del la companya de la companya d

Security Takes of the second

Tenergo, Forces.

Al adeo

Confidencia

Composition

Internal section of the last

Le errors in

Confedencias v. ---

EL DRAMA DEL ALSO

Introducción y prosper-

A D. Pedro Automie de

Compatante dal Joes.

Personal Papers - July of the Con-

Litero curricio - Mojos

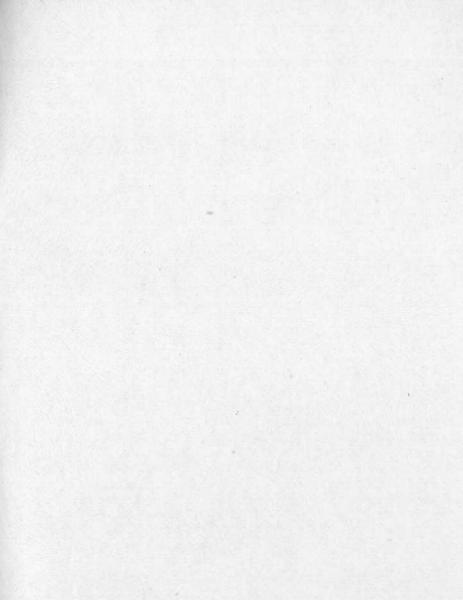
Запане пригодо. — Макада

SEGURDO, EASTE

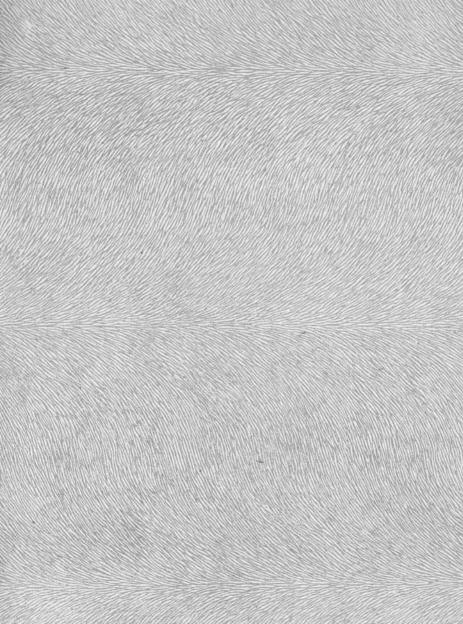
of Landon excurre. To a Parising

Lesses others. - | Vice when

A. D. Podro Antonia da Alicana

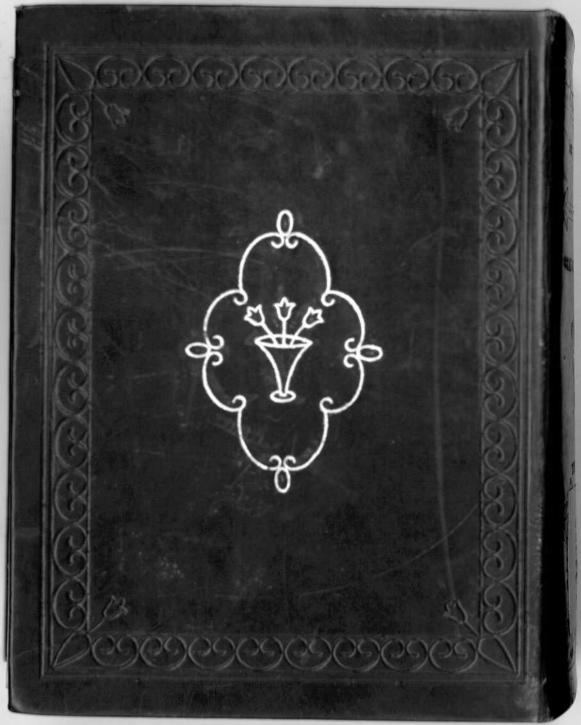












Jose Zorrilla

OBRAS COMPLETAS



TOMO I

G 3238